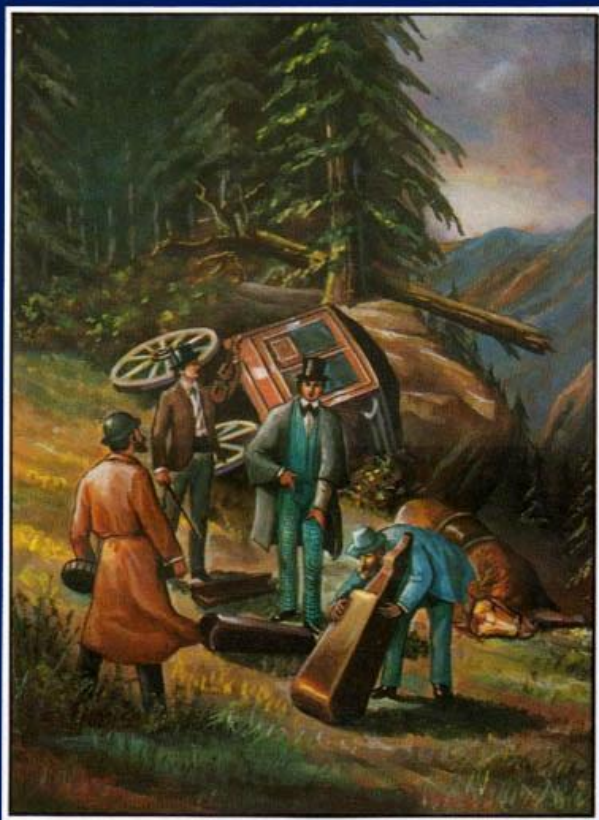


Julio Verne

La isla de hélice



de

Un cuarteto de músicos franceses (Sebastian Zorn, Frascolin, Yvernes y Pinchinat), que viajaban desde San Francisco hasta San Diego, deben ocuparse en divertir a la población de Standard Island, que no es más que una inmensa isla artificial diseñada para viajar a través de las aguas del Océano Pacífico. Las riquezas de los residentes de la isla sólo pueden medirse en millones.

El cuarteto es contratado para tocar varios conciertos para los pasajeros mientras dure la gira por las islas del Pacífico Sur. La isla se asemeja a un paraíso, una especie de benigno edén tecnológico con control del clima, teatrófonos, aire acondicionado, casas de aluminio con paredes transparentes y poderosas dinamos, sin embargo está dividida en dos facciones y el desacuerdo entre ambos grupos amenaza el futuro de la propia isla.



Jules Verne

La isla de hélice

Viajes extraordinarios - 41

ePub r1.0

Titivillus 07.12.2017

Título original: *L'Île à hélice*

Jules Verne, 1895

Traducción: Saénz de Jubera

Revisión de la traducción: Elisenda Bachs

Ilustraciones: Léon Benett

Editor digital: Titivillus

Editor digital original: Luangoru

Digitalización: Vampy

ePub base r1.2





LA ISLA DE HÉLICE

Volumen I





CAPÍTULO PRIMERO

EL CUARTETO CONCERTANTE



uando un viaje comienza mal, es raro que termine de buena manera. Por lo menos ésta debía de ser la opinión que podrían sostener cuatro instrumentistas parisienses, cuyos instrumentos están en el suelo. El coche en que habían tomado asiento en la última estación acaba de caer bruscamente contra el talud del camino.

—¿Hay alguien herido? —preguntó el primero que se levantó.

—Yo he sufrido un arañazo —respondió el segundo, limpiándose la mejilla herida por un cristal.

—Yo una desolladura —dijo el tercero, de cuya pantorrilla se escapan algunas gotas de sangre.

Cosa poco grave, en suma.

—¿Y mi violonchelo? —exclama el cuarto—. ¡Con tal que no le haya sucedido nada a mi violonchelo!

Afortunadamente, los estuches están intactos. Ni el violonchelo, ni los dos violines, ni la viola han sufrido por efecto del choque, y bastará con volverlos a afinar con el diapasón. Son instrumentos de buena marca, ¿no es cierto?

—¡Maldita diligencia que nos ha dejado a la mitad de camino! —dijo uno.

—¡Maldito carruaje que nos ha hecho naufragar en pleno campo

desierto! —añadió otro.

—Y en el momento en que empieza la noche —dijo el tercero.

—Felizmente nuestro concierto está anunciado para pasado mañana —observó el cuarto.

Después cambiáronse algunas bromas entre los cuatro artistas, que tomaron alegremente su mala fortuna. Uno de ellos, siguiendo una antigua costumbre de emplear en sus palabras locuciones de la música, dijo:

—Entre tanto, he ahí nuestro coche, compañeros.

—¡Pinchinat! —exclamó uno de sus compañeros.

—En mi opinión —continuó Pinchinat— ha habido demasiados *accidentes de la llave*.

—¿Callarás?

—Y haremos bien en *trasponer nuestros fragmentos* a otro coche —se atrevió a añadir Pinchinat.

¡Sí...! Demasiados accidentes, como el lector no tardará en saber.

Esta conversación se ha tenido en francés, pero hubieran podido tenerla en inglés, pues el cuarteto habla la lengua de Walter Scott y de Cooper como la suya propia, gracias a numerosas peregrinaciones por los países de origen anglosajón. También en esta lengua acaban de interpelar al conductor.

El pobre hombre ha sufrido más que los otros, habiendo sido arrojado en el instante en que se rompió el eje delantero del coche. Todo, sin embargo, se reduce a diversas contusiones, menos graves que dolorosas. No puede, no obstante, andar por efecto de un esguince. De aquí la necesidad de buscar para él algún medio de transporte hasta el próximo pueblo.

Milagroso es en verdad que el desastre no haya provocado la muerte de algún hombre. El camino es sinuoso a través de una comarca montañosa, rasando con profundos precipicios, bordeado de torrentes tumultuosos y cortado de vados casi impracticables. De haberse roto el eje unos veinte pasos después, indudablemente el vehículo hubiese rodado por las rocas de aquellos despeñaderos y tal vez nadie hubiera sobrevivido a la catástrofe.

En fin, el caso era que el coche estaba fuera de uso. Uno de los caballos, cuya cabeza ha chocado contra una aguda piedra, está en el suelo. El otro tiene una herida de bastante gravedad en un anca.

En suma, la mala suerte ha acompañado a los cuatro artistas en los territorios de la Baja California. ¡Dos accidentes en veinticuatro horas...! A menos de no tener mucha filosofía..., el caso era para desesperarse.

En aquella época, San Francisco, la capital del estado, estaba en comunicación directa por la vía férrea con San Diego, situado casi en la frontera de la antigua provincia californiana. En esta importante ciudad, nuestros músicos debían dar, dos días después, un concierto muy anunciado y muy esperado, y a ella se dirigían los cuatro viajeros. Habían salido la víspera de San Francisco, y no estaba el tren más que a unas cincuenta millas de San Diego cuando ocurrió el primer contratiempo.

Sí, *¡contra-tiempo!* —Como dijo el más joven del grupo; y tolérese esta expresión a un antiguo maestro del solfeo.

Hubo que hacer alto en la estación de Paschal, pues la vía estaba cortada, por efecto de una crecida repentina, en una extensión de tres a cuatro millas. Imposible ir a tomar el tren dos millas más allá por no estar aún organizado el trasbordo, pues el accidente no databa más que de algunas horas.

Preciso era elegir entre esperar que la vía volviera a ser practicable, o tomar en la próxima aldea un carruaje cualquiera para San Diego.

Se hizo esto. En un pueblo vecino descubrióse una especie de viejo landó, cuyo herraje sonaba mucho, estaba muy estropeado y no era nada cómodo. Arreglóse el precio con el alquilador, se le hizo al conductor la promesa de una buena propina, y partió el cuarteto con los instrumentos y sin el equipaje. Eran, aproximadamente, las dos de la tarde, y hasta las siete el viaje se realizó sin grandes dificultades ni fatigas. Pero he aquí que un segundo contratiempo acaba de tener lugar. Volcó el coche, y con tan mala suerte que era imposible utilizarlo para proseguir el viaje.

¡Y el cuarteto se encuentra a más de veinte millas de San Diego!

Ahora bien: ¿por qué razón cuatro músicos de nacionalidad francesa, y, más aún, parisienses de nacimiento, se han aventurado por aquellas inverosímiles regiones de la Baja California?

¿Por qué? Vamos a explicarlo en veinte líneas, y a pintar con algunos rasgos a los cuatro artistas que el azar, esa fantástica repartidora de papeles, iba a introducir entre los personajes de esta

extraordinaria historia.

En el transcurso de aquel año —hará unos veinte— los Estados Unidos han doblado el número de las estrellas del pabellón federativo. Están en el mayor vigor de su poder industrial y comercial, después de haberse anexionado el dominio de Canadá hasta los últimos límites del mar polar, las provincias mexicanas, guatemaltecas, hondureñas, nicaragüenses y costarriqueñas hasta el canal de Panamá. Al mismo tiempo, el sentimiento del arte se ha desarrollado entre estos *yankees* invasores, y si sus producciones se limitan a una reducida cifra en el dominio de lo bello, si su genio nacional se muestra aún algo rebelde en materia de pintura, de escultura y de música, por lo menos el gusto por las bellas obras se ha extendido entre ellos. A fuerza de comprar a peso de oro los cuadros de los maestros antiguos y modernos para formar galerías públicas o privadas, a fuerza de contratar a precios formidables artistas líricos o dramáticos de renombre, e instrumentistas de gran talento, se han penetrado del sentimiento de las bellas y nobles cosas que por tan largo tiempo les habían faltado.

En lo que concierne a la música, la audición de las óperas de Meyerbeer, de Halévy, de Gounod, de Berlioz, de Wagner, de Verdi, de Massé, de Saint-Saëns, de Reyer, de Massenet, de Delibes, los célebres compositores de la segunda mitad del siglo XIX, ha apasionado, en primer lugar, a los *dilettanti* del nuevo continente. Después, poco a poco, han llegado a comprender la obra más íntima, más penetrante, de Mozart, de Haydn, de Beethoven, subiendo a las fuentes de ese arte sublime que se derrama por todas partes en el curso del siglo XVIII. Después de las óperas, los dramas líricos; después las sinfonías, las sonatas, los conciertos. Y precisamente, en el momento a que nos referimos, la sonata causa furor en los diversos estados de la Unión. Se pagaría con gusto a tanto la nota: veinte dólares la blanca, diez la negra, cinco la corchea.

Entonces fue cuando, conociendo este extremo delirio, cuatro instrumentistas de gran valor concibieron la idea de ir en busca de grandes éxitos y de fortuna a los Estados Unidos de América. Cuatro buenos camaradas, antiguos alumnos del conservatorio, muy conocidos en París, y muy aplaudidos en lo que se llama la música de cámara, poco extendida en el norte de América. ¡Con qué rara

perfección, con qué maravilla en el conjunto, con qué sentimiento tan profundo interpretaban las obras de Mozart, de Beethoven, de Mendelssohn, de Haydn, de Chopin, escritas para cuatro instrumentos de cuerda, un primer y un segundo violín, una viola y un violonchelo! Nada de gran ruido que denotase el oficio, pero ¡qué ejecución tan perfecta! El éxito del cuarteto es tanto más explicable cuanto que en aquella época comenzaba a sentirse cansancio por las formidables orquestas armónicas y sinfónicas. Aunque la música no sea más que un estrépito artísticamente combinado de ondas sonoras, no es preciso desencadenar esas ondas en tempestades ensordecedoras.

Nuestros cuatro instrumentistas resolvieron iniciar a los americanos en las dulces e inefables emociones de la música de cámara. Partieron para el Nuevo Mundo, y durante los dos últimos años los *dilettanti yankees* no les escatimaron ni los aplausos ni los dólares. Dieron gran número de *matinéés* y *soirées* musicales. El *Cuarteto concertante*, así se les designaba, apenas podía cumplir con las invitaciones de los ricos particulares. Sin él no había fiesta, ni reunión, ni *five o'clock*, ni *garden-party* digno de llamar la atención pública. Con tal entusiasmo, el cuarteto había embolsado grandes sumas, que, de estar acumuladas en las cajas del Banco de Nueva York, hubieran constituido ya un bonito capital. Mas ¿por qué no confesarlo? ¡Nuestros franceses americanizados derrochan mucho! ¡No piensan en ahorrar, esos príncipes del arco, esos reyes de las cuatro cuerdas! Han tomado el gusto por esa vida de aventuras, seguros de encontrar por todas partes y siempre buena acogida y buenas ganancias, corriendo de Nueva York a San Francisco, de Quebec a Nueva Orleans, de Nueva Escocia a Texas; son, en fin, algo bohemios; de esa bohemia de la juventud, que es la más antigua, la más encantadora, la más envidiable y la más querida provincia de nuestra vieja Francia.

Es un momento oportuno para presentarles individualmente a nuestros lectores, que no han tenido ni tendrán jamás el gusto de oírles.

Yvernés, primer violín, treinta y dos años, de estatura más que regular, delgado, rubio y con el cabello rizado, rostro lampiño y con grandes ojos negros, manos largas, como hechas para extenderse desmesuradamente sobre los trastes de su *Guarnerius*, aspecto

elegante y que gustaba de envolverse en su capa de color sombrío, cubriendo su cabeza con un sombrero de copa, de seda, y seguramente el más descuidado de la comparsa, el que menos se preocupaba por la cuestión de intereses; artista prodigioso, entusiasta admirador de todo lo bello, un virtuoso de gran talento y gran porvenir.

Frascolin, segundo violín, treinta años, pequeño, con tendencia a la obesidad, lo que le producía gran rabia, de oscuras cabellera y barba, cabeza recia, ojos negros, nariz larga y movable, marcada por dos líneas rojas en el sitio donde colocaba sus lentes de montura de oro, sin los que era hombre perdido; buen muchacho, amable, servicial, echando sobre sí todas las fatigas para librar de ellas a sus compañeros, llevando la contabilidad del cuarteto, predicando la economía, sin ser jamás escuchado, sin envidia de los éxitos de Yvernés, sin la ambición de elevarse al rango de violín solista, excelente músico, y vestido entonces de un guardapolvo para preservar su traje de viaje.

Pinchinat, viola, al que se le llama generalmente *Su Alteza*, veintisiete años, el más joven de la compañía, el más alocado también, uno de esos tipos incorregibles que son siempre chiquillos, fina cabeza, ojos espirituales y despiertos, cabellera tirando al rojo, bigotes en punta, lengua chasqueando de continuo entre sus dientes blancos y acerados, apasionadísimo por los retruécanos, presto tanto al ataque como a la respuesta, de un buen humor inalterable, complaciéndose en mil bufonadas, sin que el disgusto que podría causar a sus camaradas le detuviera, y por este motivo objeto de regaños continuos del jefe del cuarteto.

Porque hay un jefe, el violonchelista Sébastien Zorn, jefe por su talento y por su edad. Cincuenta años, pequeño, regordete, rubio, con los cabellos abundantes y peinados en onda sobre su frente, el bigote erizado perdiéndose en sus patillas, la tez de color de ladrillo cocido, los ojos brillantes a través de los cristales de sus gafas, las manos regordetas, la derecha acostumbrada a los movimientos ondulatorios del arco, adornada con sortijas en los dedos anular y meñique.

Creemos que este ligero perfil basta para pintar al hombre y al artista. Pero no impunemente se ha tenido durante cuarenta años una caja sonora sobre las rodillas. De esto se resienten toda su vida

y su carácter. La mayor parte de los violonchelistas son locuaces y de mal genio, palabra desbordada y no sin gracia. Y tal es Sébastien Zorn, al que Yvernés, Frascolin y Pinchinat han confiado voluntariamente la dirección de sus *tournées* musicales. Déjanle decir y hacer como a un hombre entendido. Acostumbrados a sus modales imperiosos, rien, cuando «pasan de la medida», lo que es lamentable en un músico, como hacía observar en tal caso el irrespetuoso Pinchinat. La composición de los programas, la dirección de los itinerarios, la correspondencia con los empresarios son sus múltiples ocupaciones, que permiten, a su temperamento agresivo, manifestarse en mil circunstancias. En lo que no intervenía era en la cuestión de gastos, en el manejo de la caja social, confiada a los cuidados del segundo violín y primer administrador, el minucioso y meticuloso Frascolin.

Ya está el cuarteto presentado al lector, como lo hubiera sido en un salón. Conócense los tipos, si no muy originales, al menos muy diferentes, que lo componen. Permita ahora el lector que se desarrollen los distintos episodios de esta singular historia, y verá qué papel van a representar en ella estos cuatro parisienses que, después de haber recogido tantos aplausos en los estados de la confederación americana, iban a ser transportados... Pero no anticipemos los sucesos; no «apresuremos el movimiento», como decía Pinchinat, y tengamos paciencia.

Los cuatro parisienses se encuentran, pues, hacia las ocho de la noche, en un camino desierto de la Baja California, junto a los restos de su coche volcado. Si Pinchinat, Frascolin e Yvernés han tomado filosóficamente la aventura, si hasta les ha inspirado algunas bromas propias de su oficio, se admitirá que aquélla sea, para el jefe del cuarteto, la ocasión de entregarse a un acceso de cólera, bien inútil, no obstante. El violonchelista tiene la sangre muy alborotada; así es que pretende que debe descender de la línea de Áyax y de Aquiles, esos dos ilustres rabiosos de la antigüedad.

Para no olvidar nada, diremos que Sébastien Zorn es bilioso, Yvernés flemático, Frascolin pacífico y Pinchinat de una extraordinaria jovialidad; todos, excelentes camaradas, sienten unos por otros un cariño de hermanos. Están unidos por un lazo que ninguna discusión de interés ni de amor propio podría romper jamás, por una comunidad de gustos idénticos. Sus corazones, como

sus instrumentos, de buena marca, marchan al unísono.

Mientras Sébastien Zorn echa pestes por la boca palpando la caja de su violonchelo para asegurarse de que está sano y salvo, Frascolin se aproxima al conductor.

—Y bien, amigo mío —le pregunta— ¿qué vamos a hacer?

—Lo que se hace —responde el hombre— cuando no hay ni caballos ni carruaje... Esperar.

—¡Esperar lo que venga! —exclama Pinchinat—. Y si no viene...

—Se busca —observa Frascolin, al que su espíritu práctico no abandona jamás.

—¿Dónde? —rugió Sébastien Zorn, que se paseaba febrilmente.

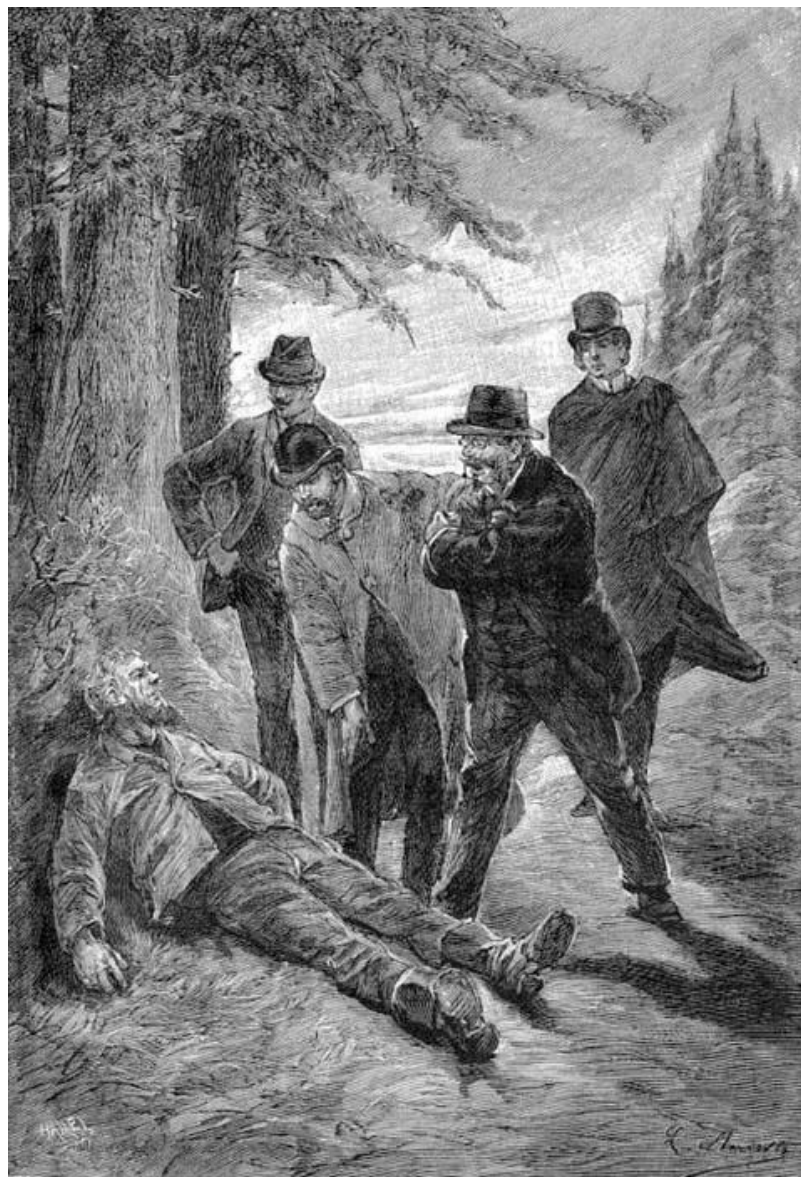
—Donde lo haya —replica el conductor.

—¡Ah, sí! —exclama el violonchelista con una voz que sube poco a poco a los más altos registros—; ¿crees tú que eso es responder...? ¡Cómo...! He ahí a un desventurado que nos vuelca, rompe su carruaje, estropea sus caballos, y se contenta con decimos: «¡Salid de aquí como podáis!».

Arrastrado por su natural locuacidad, Sébastien Zorn comienza una serie de maldiciones contra los descuidados, cuando Frascolin le interrumpe con estas palabras:

—Déjame hacer, mi viejo Zorn.

Después, dirigiéndose de nuevo al conductor, le pregunta:



—Amigo, ¿dónde estamos?

—A cinco millas de Freschal.

—¿Una estación de tren?

—No, una ciudad cercana a la costa.

—¿Y encontraremos un carruaje?

—Un carruaje, no... Tal vez una carreta.

—¡Una carreta de bueyes como en los tiempos de los reyes merovingios! —exclama Pinchinat.

—¡Qué importa! —dijo Frascolin.

—¡Eh! —añade Sébastien Zorn—; preguntémosle más bien si en ese agujero de Freschal hay alguna posada donde pasar la noche.

—Amigo —interroga Frascolin— ¿hay alguna posada en Freschal?

—Sí... La posada donde debíamos mudar el tiro.

—Y para encontrar ese pueblo, ¿no hay más que seguir la carretera?

—Todo derecho.

—¡Partamos! —exclamó el violonchelista.

—Pero sería cruel abandonar a este hombre en tal estado —hace observar Pinchinat—. Veamos, mi amigo, ¿no podría usted... ayudándole...?

—¡Imposible! —responde el conductor—. Además, prefiero quedarme aquí, con mi coche... Cuando llegue el día veré la manera de salir de aquí...

—Una vez en Freschal —dice Frascolin— ¿no le podemos enviar auxilio?

—Sí, el posadero me conoce... y no me dejará en tal estado...

—¿Partimos? —exclama el violonchelista recogiendo la caja de su instrumento.

—Al momento —responde Pinchinat—. Pero antes ayudadme a depositar a nuestro conductor en el talud.

Conviene, en efecto, sacarle fuera del camino, y, como no puede valerse de sus piernas, Pinchinat y Frascolin le levantan, le transportan y le colocan sobre las raíces de un arbusto cuyas ramas bajas forman, cayendo, una cuna de verdor.

—Partamos —ruge Sébastien Zorn, por tercera vez, después de haberse colocado su caja a la espalda, por medio de una doble correa dispuesta *ad hoc*.

—Ya está arreglado —dijo Frascolín.

Después, dirigiéndose al conductor, añade:

—Así pues... convenido. El posadero de Freschal le enviará auxilio. Hasta entonces, no tiene usted necesidad de nada... ¿no es así, amigo...?

—Sí —responde el conductor—, de un buen trago de ginebra, si queda algo.

La calabaza de Pinchinat está aún llena y *Su Alteza* se la da.

—Con esto —dice— no tendrá usted frío esta noche... ¡interiormente!

Un último juramento del violonchelista decide a sus compañeros a ponerse en camino. Suerte ha sido que sus equipajes se hayan quedado en el furgón del tren, en lugar de haber sido cargados en el coche. Si aquéllos llegan con algún retraso a San Diego, por lo menos nuestros músicos no tendrán el trabajo de transportarlos hasta el pueblo de Freschal. Bastante hay con las cajas de los violines y, sobre todo, con la del violonchelo. Un instrumentista digno de este nombre no se separa jamás de su instrumento, como un soldado no se separa de sus armas, ni un caracol de su concha.

CAPÍTULO II

EL PODER DE UNA SONATA CACOFÓNICA



aminar de noche, a pie, por un camino que no se conoce y

por una comarca casi desierta, donde los malhechores son generalmente menos raros que los viajeros, no deja de ser algo inquietante. Tal es la situación en que se encuentra el cuarteto. No hay duda de que los franceses son valientes, y los nuestros tanto como es posible serlo; pero entre el valor y la temeridad existe un límite, que la sana razón no debe franquear. Después de todo, si el ferrocarril no se hubiese encontrado con una planicie inundada por la crecida, si el coche no hubiera volcado a cinco millas de Freschal, nuestros instrumentistas no se hubieran visto en la necesidad de aventurarse por la noche en aquel camino sospechoso... Esperemos, por otra parte, que no les suceda nada malo.

Eran las ocho de la noche aproximadamente cuando Sébastien Zorn y sus compañeros tomaron el camino en dirección hacia el litoral, siguiendo las indicaciones del cochero. No llevando más que los estuches de cuero de los violines, ligeros y no muy incómodos, los violinistas no tenían gran motivo para quejarse. Así es que no se quejaban ni el sabio Frascolin, ni el alegre Pinchinat, ni el idealista Yvernés. ¡Pero el violonchelista, con su caja del violonchelo, una especie de armario colocado sobre su espalda...! Dado su carácter se comprende que encuentre causa para enfurecerse. De aquí la gran

serie de gruñidos que se exhalan bajo la forma onomatopéyica de ¡ah!, ¡oh! y ¡uf!

La oscuridad ya es profunda. Nubes espesas cruzan por el espacio, agujereándose a veces en estrechas desgarraduras, por las que aparece una Luna burlona, casi en su primer cuarto. No se sabe por qué, quizá porque es irritable y furioso, la rubia Febe no agrada a Sébastien Zorn. Éste le muestra el puño gritando:

—¡Qué quieres tú con tu perfil estúpido...! ¡No! ¡No conozco nada más imbécil que esa raja de melón sin madurar que se pasea por lo alto!

—Más valdría que la Luna nos mirase de cara —dijo Frascolin.

—¿Por qué razón? —preguntó Pinchinat.

—Porque veríamos más claro.

—¡Oh, casta Diana! —declama Yvernés—. ¡Oh viajera de las apacibles noches! ¡Oh pálido satélite de la Tierra! ¡Oh adorado ídolo del adorable Endimión...!

—¿Has acabado tu balada? —grita el violonchelista—. Cuando estos primeros violines se ponen a disparar...

—Apresuremos el paso —dijo Frascolin— o corremos el riesgo de dormir en campo raso.

—Y de faltar a nuestro concierto en San Diego —observó Pinchinat.

—¡Ha sido una linda idea, a fe mía! —exclama Sébastien Zorn, sacudiendo su caja que causa un sonido quejumbroso.

—Pues tuya ha sido —dijo Pinchinat.

—¿Mía?

—¡Sin duda! ¿Por qué no hemos permanecido en San Francisco, donde podríamos haber encantado a toda una colección de oídos californianos?

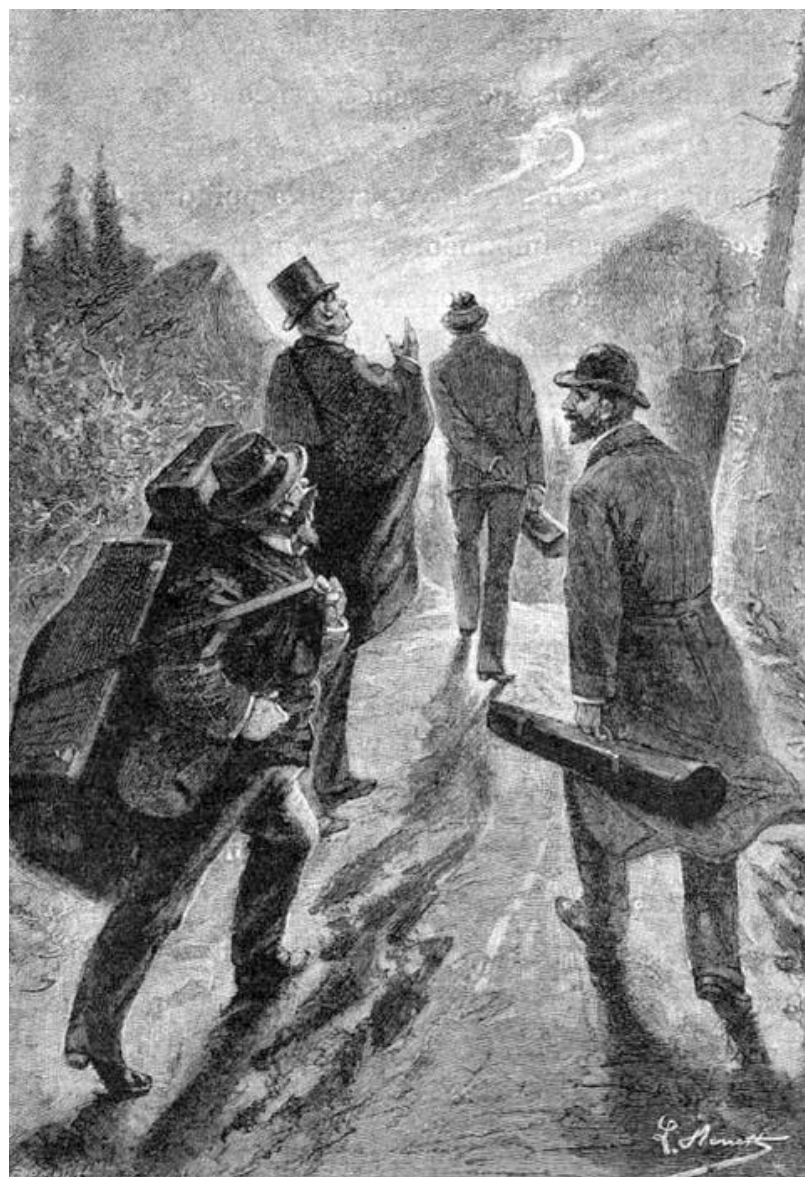
—¿Por qué hemos partido? —pregunta el violonchelista.

—Porque tú lo has querido.

—Pues preciso es confesar que he tenido una inspiración deplorable, y si...

—¡Ah... amigos míos! —dijo entonces Yvernés, señalando al cielo, donde un tenue rayo de luna orla, con una franja blancuzca, los bordes de una nube.

—¿Qué hay, Yvernés?



—Decidme si esa nube no parece un dragón, con las alas desplegadas y una cola de pavo, donde se ven los cien ojos de Argos.

Probable es que Sébastien Zorn no posea el poder de la visión centuplicada que distinguía al guardián de la hija de Inachus, pues no notó un profundo agujero donde su pie, por mala suerte, se hundió. De aquí una caída sobre el vientre; y como llevaba su caja sobre la espalda, parecía un gran coleóptero arrastrándose por el suelo.

Violento furor del instrumentista —y hay razón para ello—, después maldiciones dirigidas al primer violín, estático ante su monstruo aéreo.

—¡Es por culpa de Yvernés! —afirma Sébastien Zorn. ¡Si no hubiera mirado a ese maldito dragón...!

—¡Ahora no es ya un dragón, sino un ánfora! Con un poco de imaginación se le puede ver en manos de Hebé, que vierte el néctar...

—Tengamos cuidado, que hay mucha agua en ese néctar —exclama Pinchinat— y tu encantadora diosa de la juventud puede arrojárnosla en forma de ducha.

Hubiera sido una nueva complicación, y realmente el tiempo amenaza lluvia. De aquí la prudente orden de apresurar la marcha a fin de buscar abrigo en Freschal.

El colérico violonchelista se levantó. Ofrecióse el complaciente Frascolin a llevar su caja, en lo que al principio no consintió Sébastien Zorn... ¡Separarse de su instrumento! ¡Un violonchelo de Gand y Bemardel! Era lo mismo que separarse de una mitad de sí mismo... Pero se tuvo que rendir, y esta preciosa mitad pasó a la espalda del servicial Frascolin, quien confió su ligera caja al dicho Zorn.

Vuelven a ponerse en camino. Se anda a buen paso durante dos millas. Ningún incidente digno de apuntarse. Noche cada vez más negra, con amenaza de lluvia. Caen algunas gotas muy gruesas, prueba de que provienen de nubes altas y tormentosas. Pero el ánfora de la linda Hebé de Yvernés no se vierte más, y nuestros cuatro noctámbulos tienen la esperanza de llegar a Freschal completamente secos.

Siempre hay que tomar minuciosas precauciones a fin de evitar

caídas sobre aquel oscuro camino, lleno de profundas sinuosidades, con vueltas bruscas, bordeado de abismos, en los que se oye mugir los torrentes. Con la disposición de su espíritu, si Yvernés encuentra muy poética la situación, Frascaolin la encuentra muy inquietante.

Igualmente tiene lugar el temer ciertos encuentros que hacen muy problemática la seguridad de los viajeros sobre aquellos caminos de la Baja California. No lleva el cuarteto más armas que los arcos de los tres violines y el del violonchelo, y esto puede ser insuficiente en un país donde fueron inventados los revólveres Colt, extraordinariamente perfeccionados en esta época. Si Sébastien Zorn y sus camaradas hubieran sido americanos, se hubiesen provisto de uno de esos revólveres de bolsillo. Nada más que para ir en ferrocarril de San Francisco a San Diego, un verdadero *yankee* no se hubiera puesto en camino sin llevar uno de seis tiros. Pero los franceses no lo habían creído necesario. Añadamos que ni han pensado en ello, y tal vez se arrepentirán.

Pinchinat marcha en cabeza, registrando con la mirada los taludes del camino. Cuando éste está claro, a derecha y a izquierda, hay menos motivo para temer una agresión repentina. *Su Alteza*, con sus instintos de payaso, siente ganas de jugar alguna broma pesada a sus camaradas, bestiales deseos de causarles miedo, parándose de repente, por ejemplo, murmurando con voz temblorosa:

—¡Eh!... allí abajo... ¿qué es lo que se ve...? Estemos alerta...

Mas cuando el camino se hunde en un bosque espeso, en medio de esos «mammoth-trees» de una altura de ciento cincuenta pies, esos gigantes vegetales de las regiones californianas, el deseo de la broma desaparece. Diez hombres pueden ocultarse tras cada uno de sus enormes troncos... ¿No se va a ver una luz seguida de una detonación seca, y a oír el rápido silbar de una bala? En tales sitios, ideales para un ataque nocturno, es muy posible una emboscada. Si por dicha no se encuentran bandidos, es que este apreciable tipo ha desaparecido totalmente del oeste de América, o que se ocupa entonces de operaciones financieras en los mercados del antiguo y nuevo continente.

¡Qué fin para los nietos de los Karl Moor y de los Jean Sbogar! ¿Quién si no Yvernés ha de reflexionar en esto...? «Decididamente, piensa, la obra no es digna del decorado».

De repente Pinchinat queda inmóvil.

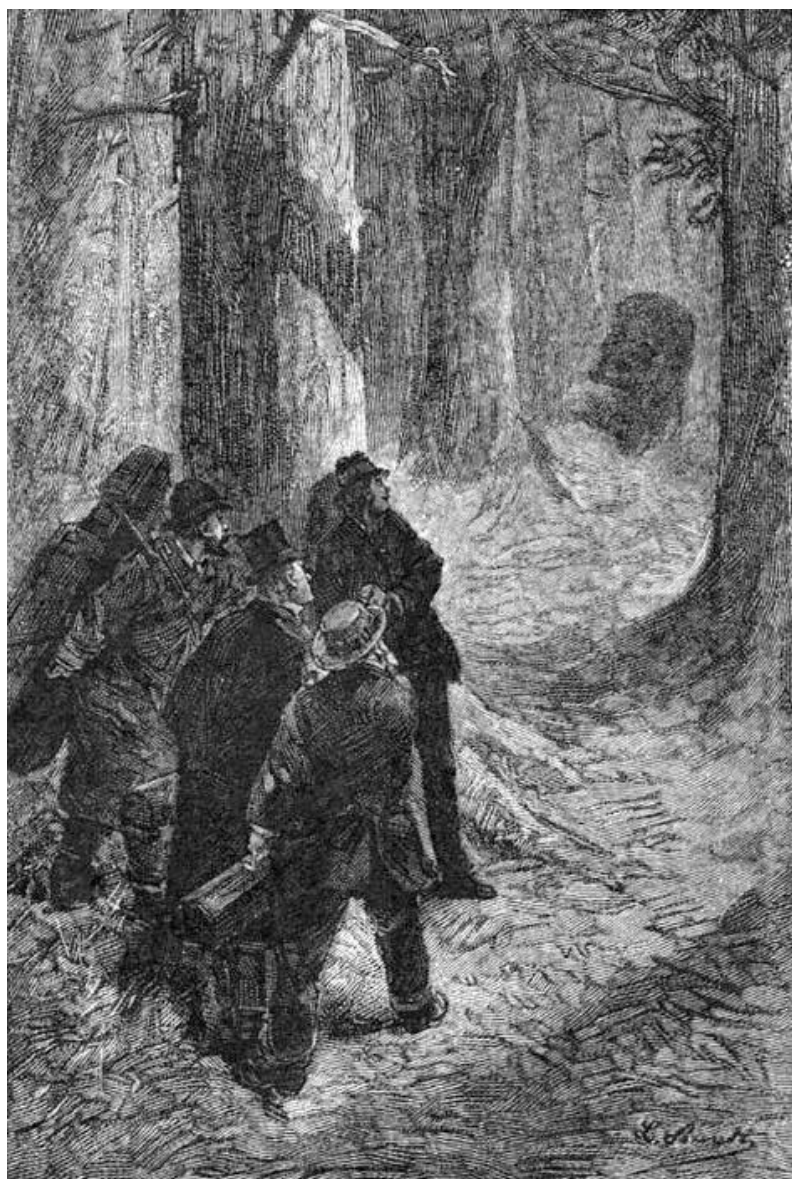
Frascolin, que le sigue, hace otro tanto.

Sébastien Zorn e Yvernés se reúnen con ellos en seguida.

—¿Qué hay? —pregunta el segundo violín.

—He creído percibir... —dice Pinchinat.

Y ahora no es broma. Realmente un bulto se mueve entre los árboles.



—¿Humano o animal? —interroga Frascolin.

—No sé.

Todos miran formando un grupo, sin respirar, sin decir palabra.

Por un desgarrón de las nubes, los rayos lunares bañan la cúpula de aquel bosque oscuro, y a través de las ramas llegan al suelo, visible a una distancia de cien pasos.

Pinchinat no ha sido juguete de una ilusión. Demasiado grande para ser un hombre, aquella masa tal vez es la de un cuadrúpedo de gran tamaño. ¿Qué cuadrúpedo...? ¿Un león...? ¡Seguramente un león!

—¡Un plantígrado! —dice Yvernés.

—Al diablo el animal —murmura Sébastien Zorn en voz baja, pero impaciente—, y al decir animal me refiero a ti, Yvernés. ¿No puedes expresarte como todo el mundo? ¿Qué es un plantígrado?

—¡Un animal que anda sobre sus plantas! —explica Pinchinat.

—¡Un oso! —responde Frascolin.

Es un oso, en efecto, un oso de gran tamaño. En los bosques de la Baja California no se encuentran ni leones ni panteras; pero los osos son huéspedes habituales de aquellos sitios, y las relaciones con ellos generalmente desagradables.

No es de extrañar, pues, que nuestros parisienses hayan tenido, de común acuerdo, la idea de ceder el campo al plantígrado. ¿No estaba, además, en su casa? Así es que el grupo retrocedió ante la fiera, lentamente, sin aire de huida.

La fiera siguió andando a cortos pasos, agitando sus patas anteriores, balanceándose sobre las ancas. Poco a poco se aproxima, y sus demostraciones se hacen hostiles: gritos roncós y un crujir de mandíbulas nada tranquilizador.

—¿Y si huyéramos cada uno por su lado? —propone *Su Alteza*.

—Nada conseguiríamos —responde Frascolin—; ¡uno de nosotros sería atrapado, y pagaría por todos!

No cometieron tal imprudencia, que hubiera podido tener desastrosas consecuencias.

El cuarteto llegó al límite de un sitio despejado de árboles y menos oscuro. El oso se había aproximado unos diez pasos solamente. ¿Le parecería el sitio propio para una agresión...? Es probable, pues sus rugidos redoblan y apresura la marcha.

Retroceso precipitado del grupo y recomendaciones más

insistentes del segundo violín:

—¡Calma, calma, amigos míos!

Atravesado el claro, encuéntranse al abrigo de los árboles; pero el peligro no es menos grande. De un tronco a otro el animal puede saltar, sin que sea posible prevenir su ataque, y esto es lo que iba a hacer cuando de pronto sus terribles gruñidos cesan..., detiene el paso.

La espesa sombra acaba de llenarse de una música penetrante, un *largo* expresivo en el que se revela el alma de un artista.

Yvernés ha sacado el violín de su caja y le ha hecho vibrar bajo la poderosa caricia del arco. ¡Una idea genial! ¿Por qué unos músicos no habían de buscar en la música su salvación? ¿Acaso las mismas piedras, conmovidas por los acordes de Anfión, no se colocaron en tomo a Tebas? ¿Acaso las fieras, domesticadas por las inspiraciones líricas de Orfeo, no se arrodillaban en tomo a éste? Preciso es creer que en estos osos californianos hay algo de atavismo y algo de la predisposición para la influencia artística de sus congéneres de la fábula, pues su ferocidad desaparece, sus instintos dé melómano le dominan, y a medida que el cuarteto retrocede ordenadamente, él le sigue, dejando escapar pequeños gritos de *dilettante*... Por poco no gritó: ¡bravo!

Un cuarto de hora después, Sébastien Zorn y sus compañeros están a la orilla del bosque... Lo pasan... Yvernés sigue tocando...

El animal se ha detenido. No parece que tenga intención de ir más allá... Restriega sus patas una contra otra.

Y entonces Pinchinat coge su instrumento y exclama:

—¡La *Danza de los Osos* y de la alegría!

Y mientras el primer violín toca en tono mayor y con fuego este motivo, la viola acompaña.

El animal baila entonces: levanta el pie derecho, levanta el pie izquierdo, se pasea, hace mil contorsiones, y deja que el grupo se aleje.

—¡Vamos! —observa Pinchinat— era un oso de circo.

—No importa —responde Frascaolin—. Ese diablo de Yvernés ha tenido una gran idea.

—Desfilemos, *allegretto* —replica el violonchelista— y sin mirar atrás.

Eran las nueve, aproximadamente, cuando los cuatro camaradas

llegan, sanos y salvos, a Freschal. Durante esta última etapa han caminado a buen paso, aunque el plantigrado no les siga.

Unas cuarenta casas de madera en tomo a una plaza plantada de hayas; esto es Freschal, pueblo abandonado en medio del campo y a dos millas de la costa.

Nuestros artistas se aventuran entre algunas casas sombreadas por grandes árboles, desembocan en una plaza, se detienen, forman corro como si fuesen a ejecutar un fragmento, y se inmovilizan en aquel sitio con intención de conferenciar.

—¿Es un poblacho...? —dice Pinchinat.

—¿Esperabas encontrar una ciudad del género de Filadelfia o Nueva York? —replica Frascolin.

—Pero nuestro pueblo está acostado —dice Sébastien Zorn, encogiéndose de hombros.

—¡No despertemos a un pueblo que duerme! —suspira melancólicamente Yvernés.

—Al contrario, despertémosle —exclama Pinchinat.

En efecto, a menos de querer pasar la noche al aire libre, preciso será adoptar este procedimiento.

La plaza está absolutamente desierta; el silencio es completo. Ni una ventana entreabierta, ni una luz en la ventana. El palacio de la *Bella durmiente del bosque* hubiera podido alzarse allí en condiciones de absoluto reposo y completa tranquilidad.

—Y bien... ¿y la posada? —pregunta Frascolin.

Sí... la posada, de la que el cochero había hablado, donde los viajeros debían encontrar buena acogida y buen albergue. ¡Y el posadero, que se apresuraría a enviar socorro al infortunado cochero! ¿Es que este pobre hombre ha soñado estas cosas, o es que Sébastien Zorn y sus compañeros han equivocado el camino? ¿No es aquélla la aldea de Freschal?

Estas diversas preguntas exigen una respuesta perentoria. De aquí la necesidad de interrogar a cualquiera de los habitantes del país, y de llamar, por lo tanto, a la puerta de una de las casas, a la de la posada, si una dichosa casualidad permite descubrirla.

He aquí a nuestros cuatro músicos realizando un reconocimiento en torno a la tenebrosa plaza, tocando las fachadas, procurando distinguir una enseña colgada en cualquier muestra. De posada, allí no hay nada.

Pues bien, a falta de posada no es inadmisibile que haya alguna casa hospitalaria, y como no se está en Escocia, se obrará a la americana. ¿Qué vecino de Freschal rehusará uno, y hasta dos dólares por persona, por una cena y una cama?

—Llamemos —dice Frascolin.



—Con compás —añade Pinchinat— y de seis por ocho...

Se hubiese llamado a tres o cuatro tiempos, y el resultado hubiera sido el mismo. Ninguna ventana se abre, y, sin embargo, el grupo concertante ha llamado a una docena de casas.

—Nos hemos equivocado —declara Yvernés—. Esto no es una aldea, es un cementerio, donde se duerme el sueño eterno. *Vox clamantis in deserto*.

—¡Amén! —responde *Su Alteza* con la voz gruesa de un sochantre de catedral.

¿Qué hacer? ¿Continuar su camino hacia San Diego? Se mueren, ésta es la palabra, de hambre y fatiga. Y, además, ¿cómo continuar el camino sin guía en aquella oscura noche...? ¿Pretender llegar a otra aldea...? ¿A cuál...? Según el cochero, no existe ninguna en aquella parte del litoral... No conseguirían otra cosa sino extraviarse más... ¡Lo mejor es esperar que se haga de día! Sin embargo, pasar unas seis horas sin abrigo, bajo un cielo que se cargaba de nubes bajas amenazando lluvia, no es cosa que se pueda proponer, ni aun a los artistas.

Pinchinat tuvo entonces una idea. Aunque sus ideas no son siempre excelentes, por lo menos son abundantes. La de ahora, además, obtiene la aprobación del juicioso Frascaolin.

—Amigos míos —dice— ¿por qué lo que nos ha resultado con un oso no nos ha de resultar con una aldea californiana...? Hemos domesticado a ese plantígrado con un poco de música. Despertemos a estos aldeanos con un vigoroso concierto, donde no economicemos ni los *forte* ni los *allegro*...

—Debemos intentarlo —responde Frascaolin.

El mismo Sébastien Zorn no ha dejado que Pinchinat acabase su frase. Su caja está abierta, su violonchelo puesto sobre su punta de acero. Él, de pie, por no tener silla a su disposición, el arco en la mano, está dispuesto a sacar todas las voces humanas encerradas en el sonoro instrumento.

Casi en seguida, sus camaradas están dispuestos a seguirle hasta los últimos límites del arte.

—El *Cuarteto en si bemol* de Onslow —dice—. Vamos... con mucho compás.

Saben perfectamente este cuarteto, y ciertamente no tienen necesidad de ver claro para pasear sus hábiles dedos por los trastes

de sus instrumentos.

Se abandonan a su inspiración. Jamás han tocado con más talento y corazón en los casinos y teatros de la confederación americana. El espacio se llena de una sublime armonía, y, a menos de ser sordos, ¿cómo los seres humanos podrían resistir aquello? Si hubiesen estado en un cementerio, como decía Yvernés, bajo el encanto de aquella música, abriríanse las tumbas, alzaríanse los muertos y aplaudirían los esqueletos.

Y, sin embargo, las casas no se abren; los que duermen no despiertan. Acaba el cuarteto con un final potente, sin que Freschal haya dado señales de vida.

—¡Ah, ni más ni menos! —exclama Sébastien Zorn en el colmo del furor—. ¿Será preciso una cencerrada, como a sus osos, para sus oídos de salvajes? ¡Sea! Comencemos de nuevo; pero tú, Yvernés, toca en *re*; tú, Frascolin, en *mi*; tú, Pinchinat, en *sol*; yo en *si* bemol... ¡con toda fuerza!

¡Qué cacofonía! ¡Qué desgarramiento de los tímpanos! Aquello recuerda la orquesta improvisada, dirigida por el príncipe Joinville, en una aldea desconocida de una región brasileña. ¡Parece que se ejecuta sobre *vinaigrius* una horrible sinfonía de Wagner, al revés!

En suma, la idea de Pinchinat es excelente. Lo que no ha podido obtener una perfecta ejecución, lo obtiene una cencerrada. Freschal comienza a despertar. Las ventanas se iluminan. Dos o tres se abren. Los habitantes de la aldea no están muertos, puesto que dan señales de existencia. No son sordos, puesto que oyen y escuchan...

—¡Nos van a tirar patatas! —dijo Pinchinat durante una pausa, pues, a defecto de la tonalidad de un fragmento, el compás ha sido respetado escrupulosamente.

—¡Tanto mejor...! Nos las comeremos —responde el práctico Frascolin.

Y, dirigido por Sébastien Zorn, sigue el concierto. Después, cuando ha terminado por un vigoroso acorde perfecto en cuatro tonos distintos, los artistas se detienen.

No, no son patatas lo que se les arroja por las veinte o treinta ventanas abiertas, sino aplausos, gritos... ¡hip! ¡hip! ¡hip! Jamás los oídos de los de Freschal se han llenado de tales alegrías musicales. Y ninguna duda puede haber de que todas las casas no estén prestas a recibir hospitalariamente a tan incomparables artistas.

Pero mientras ellos se entregaban a este furor instrumental, un nuevo espectador ha avanzado algunos pasos, sin que le hayan visto venir. Este personaje, que ha bajado de un charabán eléctrico, permanece en un ángulo de la plaza. Es un hombre de buena estatura y corpulento, según lo que se puede juzgar en aquella oscura noche.

Mientras nuestros parisienses se preguntan si después de las ventanas van a abrirse las puertas de las casas para recibirles —lo que, por lo menos, es dudoso— el recién llegado se aproxima, y en perfecta lengua francesa, dice con tono amable:

—Soy un *dilettante*, caballeros, y acabo de tener la suerte de aplaudirles...

—¿Durante nuestro último fragmento? —dice irónicamente Pinchinat.

—No, señores..., durante el primero, ¡y rara vez he oído ejecutar con más talento ese cuarteto de Onslow!

No hay duda de que el susodicho personaje es un inteligente.

—¡Caballero! —responde Sébastien Zorn, en nombre de sus camaradas— agradecemos mucho sus cumplidos... Si nuestro segundo fragmento ha desgarrado sus oídos, es que...

—Caballero —responde el desconocido, interrumpiendo una frase que hubiera sido larga— no he oído nunca tocar tan desatinadamente y con tanta perfección. He comprendido la razón... Era para despertar a estos buenos habitantes de Freschal, que ya han vuelto a dormirse... Pues bien, señores, lo que intentaban ustedes obtener de ellos por este medio desesperado, permítanme ustedes que se lo ofrezca yo...

—¿La hospitalidad? —pregunta Frascolin.

—Sí... la hospitalidad; una hospitalidad ultraescocesa. Si no me engaño, tengo ante mí el célebre cuarteto renombrado en toda nuestra soberbia América, que no le ha regateado su entusiasmo.

—Caballero —creyó deber decir Frascolin—, verdaderamente nos lisonjea mucho lo que usted nos dice... ¿Y dónde podríamos encontrar esa hospitalidad?

—A dos millas de aquí.

—¿En otra aldea...?

—No... En una ciudad.

—¿Una ciudad importante?

—Seguramente.

—Permítame usted —observó Pinchinat—, se nos ha dicho que no había ninguna ciudad antes de San Diego.

—Es un error que no sé explicar...

—¿Un error? —repitió Frascolin.

—Sí, señores; y si quieren ustedes acompañarme, les prometo la acogida a que tienen derecho unos artistas de su valor.

—Soy de la opinión de que aceptemos —dijo Yvernés.

—Y yo participo de tu opinión —afirmó Pinchinat.

—Un momento... un momento —exclamó Sébastien Zorn— ¡y no vayamos más de prisa que el director de orquesta!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el americano.

—Que nos esperan en San Diego —respondió Frascolin.

—En San Diego —añadió el violonchelista—, donde se nos ha contratado para una serie de *matinéés* musicales, la primera de las cuales debe efectuarse pasado mañana, domingo...

—¡Ah! —replicó el personaje en tono que indicaba una viva contrariedad.

Después añadió:

—No importa, señores. En un día tendrán ustedes tiempo de ver una ciudad digna de ser visitada, y yo me comprometo a llevarles a ustedes a la estación, con el tiempo oportuno para que ustedes puedan estar en San Diego a la hora precisa.

El ofrecimiento era seductor. El cuarteto tenía la seguridad de encontrar un buen alojamiento en un buen hotel, sin hablar de las atenciones que les prometía la compañía del amable personaje.

—¿Aceptan ustedes?

—Aceptamos —respondió Sébastien Zorn, al que el hambre y la fatiga han puesto en disposición de acoger favorablemente la invitación.

—Convenido —replicó el americano—. Vamos a partir al instante... Llegaremos en veinte minutos, y ustedes me lo agradecerán... ¡Estoy seguro!

Hay que advertir que, después de los últimos hurras provocados por el concierto-cencerrada, las ventanas de las casas han sido cerradas de nuevo. Extinguidas las luces, la aldea de Freschal ha vuelto a caer en su profundo sueño.

El americano y los cuatro artistas llegan al charabán eléctrico y

colocan en él sus instrumentos; toman asiento en la parte de atrás, mientras el americano se instala en la delantera, junto al conductor. Maniobran con la palanca, funcionan los acumuladores eléctricos, y el vehículo no tarda en tomar un paso rápido en dirección al oeste.

Un cuarto de hora después aparece una luz blanca, una deslumbradora difusión de rayos lunares. Allí hay una ciudad, cuya existencia no podía sospechar un parisiense.

El charabán se detiene entonces. Frascolin dice:

—Henos aquí en el litoral.

—¿El litoral...? No —responde el americano—, es un río que vamos a atravesar.

—¿Y cómo...? —pregunta Pinchinat.

—Por medio de esa barca, en la que el charabán va a entrar.

En efecto, allí hay uno de esos *ferryboats*, tan numerosos en los Estados Unidos, en el que se embarca el charabán con los pasajeros. Sin duda aquel *ferryboat* es movido por la electricidad, pues no proyecta vapor alguno, y, en dos minutos, después de haber atravesado el río, se detiene en el muelle de una dársena en el fondo del puerto.

El charabán vuelve a ponerse en marcha a través de las alamedas de un campo, y penetra en un parque, por encima del cual aparatos aéreos derraman una luz intensa.

En la verja del parque se abre una puerta que da acceso a una ancha calle empedrada de losas sonoras. Cinco minutos después, los artistas se apean al pie de la escalera de un elegante hotel, donde son recibidos cortésmente, gracias a una palabra pronunciada por el americano. En seguida se les conduce ante una mesa servida con lujo, y cenan con buen apetito.

Acabada esta operación, el mayordomo les guía a un cuarto espacioso, alumbrado por lámparas incandescentes, que los reguladores permiten transformar en suave luz. Allí, en fin, dejando para el siguiente día la explicación de aquellas maravillas, se duermen en cuatro camas dispuestas en los cuatro ángulos de la estancia, y roncan con esa unidad extraordinaria que ha dado fama al cuarteto.

CAPÍTULO III

UN CICERONE LOCUAZ



El día siguiente, a las siete, estas palabras, o más bien estos

gritos, resuenan en el cuarto común, después de una atronadora imitación del sonido de la trompeta, especie de diana que despierta a un regimiento:

—¡Vamos...! ¡Arriba...!, y a dos tiempos... —Acaba de vociferar Pinchinat.

Yvernés, el más perezoso de los cuatro, hubiera preferido poner tres tiempos, y hasta cuatro, antes de salir de las sábanas calientes de su lecho. Pero preciso es seguir el ejemplo de sus compañeros, y abandonar la posición horizontal por la vertical.

—No tenemos un minuto que perder, ¡ni uno solo...! —observa *Su Alteza*.

—Sí —responde Sébastien Zorn—, puesto que mañana tenemos que estar en San Diego.

—Bien —replica Yvernés—. Con medio día bastará para visitar la ciudad de este amable americano.

—Lo que me asombra —añade Frascolin— es que exista una ciudad importante en las cercanías de Freschal... ¿Cómo no nos la habrá indicado nuestro cochero?

—Lo esencial es que estamos en ella —dice Pinchinat.

A través de las anchas ventanas, la luz penetra a oleadas en el

cuarto, y la vista se extiende en una milla por una calle soberbia, plantada de árboles.

Los cuatro amigos proceden a su aseo en un gabinete *ad hoc*; tarea fácil y rápida, pues todo está arreglado conforme a los últimos perfeccionamientos del *confort*: espitas termométricamente graduadas para el agua caliente y fría, cubos que se vacían por medio de una báscula automática, calentabaños, calentahierros, pulverizadores de esencias funcionando a voluntad, ventiladores puestos en movimiento por una corriente voltaica, cepillos movidos mecánicamente: unos, a los que basta presentar la cabeza, otros, a los que basta presentar los vestidos o las botas, para obtener la limpieza o el charolado. Todo esto sin contar el reloj y las ampollas eléctricas, que están al alcance de la mano; timbres y teléfonos que ponen en comunicación instantánea los diversos pisos del establecimiento.

Y no solamente Sébastien Zorn y sus compañeros pueden ponerse en relación con el hotel, sino también con los diferentes barrios de la ciudad, y tal vez —y ésta era la opinión de Pinchinat— con cualquier ciudad de los Estados Unidos de América.

—O de ambos mundos —añade Yvernés.

Entre tanto que se les presenta la ocasión de hacer esta experiencia, he aquí que a las siete y cuarenta y siete oyen por teléfono esta frase pronunciada en inglés:

—Calixtus Munbar saluda a los honorables miembros del cuarteto, y les suplica bajen en cuanto puedan al *dining-room* del *Hotel Excelsior*, donde les espera el desayuno.

—¡*Hotel Excelsior*! —dice Yvernés—. ¡El nombre es soberbio!

—Calixtus Munbar es nuestro galante americano —dice Pinchinat— ¡y el nombre es espléndido!

—Amigos míos —exclama el violonchelista, cuyo estómago es tan imperioso como su dueño—, puesto que el desayuno está dispuesto, vamos a desayunarnos, y después...

—Y después... recorreremos la ciudad —añade Frascolin—. Pero ¿cómo será esta dudad?

Vestidos ya nuestros parisienses, Pinchinat responde telefónicamente que antes de cinco minutos harán honor a la invitación de mister Calixtus Munbar.

En efecto, concluido su aseo, se dirigen a un ascensor, que se

pone en movimiento y les deja en el vasto *hall* del hotel. En el fondo se ve la puerta del *dining-room*, inmensa sala resplandeciente de molduras doradas.

—Estoy a la disposición de ustedes.



El personaje del día anterior acaba de pronunciar esta frase. Pertenece a ese tipo de personas de las que se puede decir que se presentan por sí mismas: no parece sino que se les conoce desde largo tiempo o, para emplear una expresión más justa, «desde siempre».

Calixtus Munbar debe de tener de cincuenta a sesenta años, aunque no aparenta más de cuarenta y cinco. Su estatura es más que mediana, su vientre algo abultado, sus miembros fuertes y robustos; es vigoroso, sano, de movimientos firmes; revienta de salud, si se nos permite esta locución vulgar.

Sébastien Zorn y sus amigos han encontrado géneros de este tipo, que no es raro en los Estados Unidos. La cabeza de Calixtus Munbar es enorme, redonda, con una cabellera aún rubia y rizada, que se agita como la hojarasca al impulso de la brisa; el color de su tez es pronunciado; la barba amarillenta, bastante larga y partida; tiene el bigote afeitado; la boca, cuyas comisuras se alzan, sonriente y alegre; los dientes blanquísimos; la nariz, un poco gruesa, con palpitantes ventanillas, sólidamente plantada en la base de la frente con dos pliegues verticales, soporta unos lentes sujetos por un hilo de plata fino como una seda. Tras los cristales de estos lentes brillan unos ojos movibles, verdosos, cuya pupila parece de fuego. El cuello es robusto como el de un toro. El tronco recio, sólidamente plantado sobre unas piernas robustas, con pies un poco grandes.

Calixtus Munbar viste un holgado traje, con rayas diagonales, color oscuro. Por el bolsillo lateral de la americana asoma la punta de un pañuelo con cenefa. El chaleco es blanco, con tres botones de oro. De un bolsillo a otro cruza una cadena maciza, que tiene en un extremo un cronómetro, en otro un podómetro, sin hablar de los dijes que se agitan en el centro. Este adorno se completa con un gran número de sortijas. La camisa muestra una blancura inmaculada, adornada con tres diamantes y con el cuello a la marinera; la corbata estrecha, una sencilla cinta color castaño. El pantalón rayado.

La energía de este hombre se ve en la fortaleza de sus músculos, en los rasgos de su fisonomía. Ríe a carcajadas, con risa nasal maliciosa, el *hennitus* indicado por los fisiólogos.

Así es Calixtus Munbar. Al entrar el cuarteto se ha quitado el sombrero, al que no sentaría mal una pluma Luis XIII. Estrecha las

manos de los cuatro artistas, y les conduce ante una mesa donde hierve el té y humea el asado tradicional. Al mismo tiempo habla, no dejando sitio a pregunta alguna —quizá para esquivar la respuesta— alabando los esplendores de su ciudad, su creación extraordinaria, monologuando sin pausa; y cuando el desayuno ha terminado, concluye él con estas palabras:

—Vengan ustedes... y síganme... Pero tengo que hacerles una advertencia.

—¿Cuál? —pregunta Frasca.

—Está terminantemente prohibido escupir en las calles.

—No tenemos esa costumbre —protesta Yvernés.

—Bien... Eso les libraré a ustedes de las multas.

—No escupir... en América —murmura Pinchinat con un tono entre sorprendido e incrédulo.

Difícil hubiera sido procurarse un guía más completo que Calixtus Munbar. Conoce la ciudad a fondo. No hay un hotel del que no pueda indicar el propietario, ni una casa a cuyos habitantes no conozca, ni un transeúnte que no le salude con una simpática familiaridad.

La ciudad está construida de un modo regular. Las avenidas y las calles se cortan en ángulo recto, semejantes a un tablero de damas. La unidad es la nota característica de su plano; tampoco falta la variedad, y en su estilo, como en su disposición interior, las habitaciones no obedecen a otra regla que a la fantasía de los arquitectos. Excepto en algunas calles comerciales, estas casas parecen palacios, con sus patios de honor flanqueados por elegantes pabellones, por el orden de la arquitectura de sus fachadas, el lujo que se comprende reina en el interior, y los jardines, por no decir parques, en la parte de atrás. Se nota, no obstante, que los árboles, de plantación reciente, no han adquirido aún su completo desarrollo. De igual modo los *squares*, entre las principales arterias de la ciudad, tapizados de un musgo fresco de estilo inglés y en cuyos macizos se mezclan las plantas propias de las zonas templadas y tórridas, no han arrancado todavía a las entrañas del suelo todo su poder vegetativo. Esta particularidad natural contrasta notablemente con la porción del oeste de América, donde abundan los bosques gigantes en la proximidad de las grandes ciudades californianas.

Observaba el cuarteto este barrio de la ciudad, cada uno a su modo. Atraíale a Yvernés lo que ninguna impresión causaba a Frascolin; interesábase Sébastien Zorn por lo que no interesaba a Pinchinat; pero todos sentían gran curiosidad por conocer el misterio que envolvía a la desconocida ciudad. Calixtus Munbar está allí para responder a todo. ¿Qué decimos, responder...? Él no espera a que se le pregunte. Habla por los codos, y es preciso dejarle hablar. Su molino de palabras, si vale la frase, da vueltas y vueltas al más ligero viento.

Veinte minutos después de haber abandonado el *Hotel Excelsior*, Calixtus Munbar dijo:

—He aquí la Tercera Avenida, y se cuenta una treintena en la ciudad. Ésta, la más comercial, es nuestra Broadway, nuestra Regent Street, nuestro Bulevar de los Italianos. En estas tiendas y bazares se encuentra lo necesario y lo superfluo, ¡todo cuanto pueden exigir las existencias más cuidadosas del bienestar y de la comodidad modernos!

—Veo las tiendas —observó Pinchinat—, pero no los compradores...

—Tal vez será aún muy temprano —añadió Yvernés.

—Esto proviene —respondió Calixtus Munbar— de que la mayor parte de los pedidos se hacen telegráficamente y hasta telotográficamente.

—Y eso ¿qué significa? —preguntó Frascolin.

—Significa que empleamos comúnmente el telotógrafo, un aparato perfeccionado que transporta la escritura como el teléfono transporta la palabra, sin olvidar el kinetógrafo, que apunta los movimientos, y es para los ojos lo que el fonógrafo para el oído, y el teléfoto, que reproduce las imágenes. Éste telautógrafo da una garantía más formal que el simple parte, del que cualquiera puede abusar. Podemos firmar eléctricamente las órdenes y contratos...

—¿Y las actas de matrimonio...? —preguntó Pinchinat en tono irónico.

—Sin duda. ¿Por qué no casarse por hilo telegráfico...?

—¿Y divorciarse...?

—También... ¡Y es el acto que más usan nuestros aparatos!

Y el cicerone ríe a carcajadas, haciendo agitar todos los dijes de su chaleco.

—Está usted alegre, señor Munbar —dice Pinchinat, participando de la hilaridad del americano.

—Sí... ¡como un pájaro en un día de sol!

En aquel sitio se presenta una arteria transversal. Es la Decimonovena Avenida, de la que todo comercio está desterrado. Rápidos carros pasan sin levantar un átomo de polvo, pues el piso, recubierto de una masa indestructible de *karri* y de *jarrah* de Australia, está tan limpio como si se hubiera limpiado con polvos de hierro. Frascaín, muy observador de los fenómenos físicos, nota que resuena bajo el pie como una plancha metálica.

—¡Estos grandes trabajadores en hierro hacen ahora pisos de palastro! —dice.



E iba a informarse de Calixtus Munbar, cuando éste grita:

—Señores... miren ustedes ese hotel.

Y muestra una vasta construcción, de aspecto monumental, cuya fachada anterior, lateral a un patio de honor, está encerrada por una verja de aluminio.

—Este hotel, se podría decir este palacio, está habitado por uno de los principales de esta ciudad, Jem Tankerdon, propietario de magníficos pozos de petróleo en Illinois, el más rico tal vez, y, por consiguiente, el más honorable de nuestros conciudadanos...

—¿Posee millones...? —pregunta Sébastien Zorn.

—Pchs... —dice Calixtus Munbar—. El millón es para nosotros la unidad corriente, y aquí se cuenta por cientos. No hay en esta ciudad más que nababs riquísimos. Lo que explica cómo en algunos años los mercaderes de los barrios del comercio hacen fortuna. Hablo de los mercaderes al por menor, pues comerciantes al por mayor no se encuentra uno en este microcosmo único en el mundo...

—¿E industriales...? —pregunta Pinchinat.

—Tampoco.

—¿Y armadores?

—Ninguno.

—¿Rentistas, entonces...? —dice Sébastien Zorn.

—Nada más que rentistas y comerciantes en disposición de adquirir rentas.

—Pero... ¿y los obreros? —observa Yvernés.

—Cuando hay necesidad de ellos se les trae de fuera y, terminado su trabajo, vuelven a su país con sus ganancias...

—Pero, señor Munbar —dice Frascaolin—, en su ciudad habrá algunos pobres, aunque sólo sea para que la raza no se extinga...

—¡Pobres...! ¡No encontrará usted uno!

—¿Está, pues, prohibida la mendicidad...?

—No ha habido necesidad de la prohibición, puesto que la ciudad no es asequible a los mendigos. Esto es bueno para las ciudades de la Unión, que tienen sus asilos, sus *workhouses* y sus casas de corrección.

—¿Va usted a afirmar que no tienen prisiones...?

—Como que no tenemos prisioneros.

—Pero... ¿los criminales?

—Se les suplica que se queden en el antiguo y el nuevo continente, donde su vocación puede ejercitarse en condiciones más ventajosas.

—Verdaderamente, señor Munbar —dice Sébastien Zorn—, al oírle a usted se creería que no estamos en América.

—Ayer estaba usted en ella, señor violonchelista —responde el asombroso cicerone.

—¿Ayer...? —dice Frascolin, que se pregunta el significado de aquella frase.

—Sin duda... Hoy están ustedes en una ciudad independiente, una ciudad Ubre, sobre la cual la Unión no tiene derecho alguno, y que sólo depende de sí misma...

—¿Y que se llama...? —pregunta Sébastien Zorn, cuya natural irritabilidad empieza a agitarle.

—¡Su nombre! —responde Calixtus Munbar—. Permítame usted que lo oculte todavía.

—¿Y cuándo lo sabremos?

—Cuando hayan ustedes concluido de visitarla, ya que ella es muy honrada.

Esta reserva del americano es por lo menos muy singular. Poco importa, en suma. Antes de la tarde el cuarteto habrá terminado su curioso paseo, y les bastará con saber el nombre de la ciudad en el momento de abandonarla. La única reflexión que se hacen es ésta: ¿Cómo una ciudad tan importante ocupa uno de los puntos de la costa californiana sin pertenecer a la república federal de los Estados Unidos, y, por otra parte, cómo explicar que el cochero no les haya hablado de ella? Lo esencial, después de todo, es que en las veinticuatro horas el cuarteto esté en San Diego, donde sé, les dará la clave del enigma, si Calixtus Munbar no se decide a revelarlo.

Se entrega de nuevo este último a su facundia descriptiva, no sin dejar ver que no desea explicarse más categóricamente.

—Señores —dice—, henos aquí, a la entrada de la Trigesimoséptima Avenida. ¡Contemplan ustedes esta admirable perspectiva! En este barrio no hay tampoco tiendas, ni bazares, ni el movimiento que denota la vida comercial. Nada más que hoteles y casas particulares, pero aquí las fortunas son inferiores a las de la Decimonovena Avenida. Rentistas de diez o doce millones...

—¡Mendigos! —responde Pinchinat, en cuyos labios se dibuja

una mueca significativa.

—¡Ah...! Caballero —replica Calixtus Munbar—; siempre es posible ser pobre... Un millonario es rico con relación al que sólo posee den mil francos. Y no lo es con relación al que posee den millones.

Muchas veces han podido observar nuestros artistas que, entre todas las palabras empleadas por su cicerone, la más frecuente es la de millón. La pronuncia hinchando las mejillas, con una sonoridad metálica. Se diría que hablando hace moneda. Si no son diamantes los que se escapan de su boca, como de la de aquel hilandero de las hadas que dejaba caer perlas, ¿son piezas de oro!

Sébastien Zorn, Pinchinat, Frascaolin, Yvernés van siempre a través de la extraordinaria ciudad, cuya denominación geográfica les es desconocida. Aquí, calles animadas por el ir y venir de los transeúntes, todos bien vestidos, sin que jamás la vista sea molestada por los harapos de un mendigo. Por todas partes carromatos, camiones movidos por la electricidad. Algunas grandes arterias están provistas de esas aceras movibles, accionadas por la tracción de una cadena sin fin, y sobre las que se pasea la gente como lo haría en un tren en marcha, participando de su movimiento propio.

Circulan también carruajes eléctricos que ruedan con la dulzura de una bola de marfil sobre la mesa de billar. En cuanto a vehículos arrastrados por caballos, no se ven más que en los barrios opulentos.

—¡Ah...! He aquí una iglesia —dice Frascaolin.

Y muestra un edificio de construcción pesada, sin estilo arquitectónico, una especie de pastel de Saboya... plantado en medio de una plaza de verde musgo.

—Es el templo protestante —responde Calixtus Munbar, deteniéndose ante el edificio.

—¿Hay iglesia católica en esta ciudad? —pregunta Yvernés.

—Sí, señor. Además, debo manifestar a ustedes que, aunque se profesen unas mil religiones diferentes en nuestro globo, nosotros nos atenemos al catolicismo y al protestantismo. No pasa aquí lo que en esos Estados Unidos, desunidos por la religión cuando no por la política, donde hay tantas sectas como familias: metodistas, anglicanos, presbiterianos, anabaptistas, wesleyanos, etc. Aquí

nada más que protestantes fieles a la doctrina calvinista, o católicos romanos.

—¿Y qué lengua se habla?

—El inglés y el francés son empleados comúnmente.

—De lo que debemos felicitarles —dice Pinchinat.

—La ciudad —sigue Calixtus Munbar— está, pues, dividida en dos secciones casi iguales. Ahora estamos en la sección...

—Oeste, me parece —hace observar Frascolin, orientándose con la posición del sol.

—Oeste... si así lo quiere usted...

—¿Cómo si lo quiero...? —replica el segundo violín, bastante sorprendido de la respuesta—. ¿Es que los puntos cardinales de esta ciudad varían a gusto de cada uno?

—Sí y no... —dice Calixtus Munbar—. Ya se lo explicaré más tarde. Vuelvo, pues, a esta sección... Oeste si usted quiere, que está únicamente habitada por protestantes, que son gentes prácticas, mientras que los católicos, más intelectuales, más refinados, ocupan la sección este... Por eso ven ustedes aquí el templo protestante.

—Ya se conoce —observa Yvernés—; con su pesada arquitectura, la oración no debe ser aquí una elevación al cielo, sino un aplastamiento hacia la tierra.

—¡Bella frase! —exclama Pinchinat—. Señor Munbar, en una ciudad tan moderna, se podrá, sin duda, oír la oración o la misa por hilo telegráfico...

—Justamente.

—¿Y confesarse por teléfono?

—Lo mismo que casarse por telotógrafo; y convendrá usted en que esto es práctico...

—Sin duda, señor Munbar —responde Pinchinat—; sin duda.

CAPÍTULO IV

EL CUARTETO CONCERTANTE DESCONCERTADO



las once, después de un paseo tan largo, se tiene hambre.

Nuestros artistas la tienen. Los estómagos gritan a un tiempo, y acuerdan que, a cualquier precio, es preciso almorzar. También es ésta la opinión de Calixtus Munbar, no menos sumiso que sus huéspedes a las necesidades de la refección cotidiana. ¿Volverán al *Hotel Excelsior*?

Sí, pues no parece que las fondas sean muy numerosas en aquella ciudad, donde cada uno prefiere, sin duda, confinarse en su *home*, y que tampoco debe ser muy visitada por los turistas de ambos mundos.

En pocos minutos, un tren transporta a los hambrientos a su hotel, y se sientan ante una mesa opíparamente servida; el almuerzo ofrece un contraste extraordinario con las comidas a la americana, en las que la variedad de los platos no suple su insuficiencia. Excelente la carne de vaca o de carnero; tierna y olorosa el ave; fresquísimo el pescado. Después, en vez de ese agua helada de las fondas de la Unión, varias cervezas y vinos que el sol de Francia había destilado diez años antes en Médoc y Borgoña.

Pinchinat y Frascolin hacen honor al almuerzo, tanto, por lo menos, como Sébastien Zorn e Yvernés... No hay que decir que Calixtus Munbar se porta bien, y los otros hubieran hecho mal en

no aceptar sus obsequios.

Por lo demás, aquel *yankee*, cuya facundia no se detiene, despliega un humor encantador. Habla de todo cuanto se relaciona con la ciudad, a excepción de aquello que sus huéspedes hubieran querido saber; es decir, cuál es aquella ciudad independiente cuyo nombre duda él declarar. Un poco de paciencia, y lo dirá cuando la exploración esté terminada. ¿Tendrá la intención de emborrachar al cuarteto con el objeto de que pase la hora y pierda el tren de San Diego...? No, pero se bebe mucho tras haber comido firme, y después de los postres se iba a tomar café, té y licores, cuando una detonación estremece las ventanas del hotel.

—¿Qué es eso...? —pregunta Yvernés, dando un salto.

—No se asusten ustedes, señores —responde Calixtus Munbar—. Es el cañón del observatorio.

—Si no señala más que el mediodía —replica Frascolin consultando su reloj—, afirmo que retrasa...

—¡No, señor, no! ¡El sol no atrasa aquí más que en otras partes!

Y una singular sonrisa entreabre los labios del americano; sus ojos brillan tras el binóculo y se frota las manos. Parece que se felicita de dar una gran broma.

Frascolin, más sereno que sus camaradas por el opíparo banquete, le dirige una mirada sospechosa, sin saber qué imaginar de todo aquello.

—Vamos, amigos míos, me permitirán ustedes que les dé este simpático nombre —añade el *yankee* con su más amable sonrisa—; se trata de visitar la segunda sección de esta ciudad, y yo moriría de desesperación si se les escapase el menor detalle. No tenemos tiempo que perder...

—¿A qué hora sale el tren para San Diego...? —pregunta Sébastien Zorn, siempre preocupado de no faltar a sus compromisos por el retraso.

—Sí... ¿a qué hora...? —repite Frascolin insistiendo.

—¡Ah...! Por la tarde —responde Calixtus Munbar guiñando el ojo—. Vengan ustedes... Vengan ustedes... No se arrepentirán de haberme tenido por guía.

¿Cómo desobedecer a una persona tan amable? Los cuatro artistas abandonan el comedor del *Hotel Excelsior* y salen a la calle. Verdaderamente, es preciso que el vino les haya mareado un poco,

pues una especie de estremecimiento corre por sus piernas. Parece como si el suelo tuviera una ligera tendencia a huir... Y, sin embargo, no van sobre una de esas aceras movibles que cambian de sitio lateralmente.

—¡Eh! ¡Eh...! Sostengámonos —grita *Su Alteza*, que titubea.

—Creo que estamos un poco bebidos —replica Yvernés, enjugándose la frente.

—¡Bien, señores! —observa el americano—. Una vez no hace costumbre. Era preciso mojar su venida...

—¡Y la hemos mojado bien! —responde Pinchinat, que jamás se ha sentido de tan buen humor.

Bajo la dirección de Calixtus Munbar siguen una calle que les conduce a uno de los barrios de la sección segunda. En aquel sitio la animación es otra, el aspecto menos puritano. Creeríase uno repentinamente transportado de los Estados del Norte de la Unión a los Estados del Sur, de Chicago a Nueva Orleans, de Illinois a Luisiana. Las tiendas son mejores, las casas de un aspecto más elegante, las familiares más cómodas, los hoteles tan magníficos como los de la sección protestante, pero de más alegre aspecto. La gente difiere también en el aspecto, en el paso, en el aire. Parece que aquella ciudad es doble, como ciertas estrellas... como dos ciudades yuxtapuestas.

Al llegar al centro de la sección, el grupo se detiene en mitad de la Decimoquinta Avenida, e Yvernés grita:

—Por mi fe... he aquí un palacio.

—El palacio de la familia Coverley —responde Calixtus Munbar—. Nat Coverley, el igual de Jem Tankerdon...

—¿Más rico que él...? —pregunta Pinchinat.

—Tanto, por lo menos —dice el americano—. ¡Un exbanquero de Nueva Orleans, que posee más centenares de millones que dedos en las dos manos!

—¡Bonito par de guantes, querido señor Munbar!

—Como usted lo dice.

—Y estos dos personajes, Jem Tankerdon y Nat Coverley ¿son enemigos..., naturalmente...?

—Rivales, por lo menos, que procuran establecer su preponderancia en los asuntos de la ciudad, y tienen celos uno de otro...

—¿Acabarán por comerse...? —pregunta Sébastien Zorn.

—Tal vez... y si el uno devora al otro...

—¡Qué indigestión aquel día! —responde *Su Alteza*.

Calixtus Munbar ríe estrepitosamente: la respuesta le ha parecido muy graciosa.

La iglesia católica se eleva en una vasta plaza, que permite admirar sus lindas proporciones. Es de estilo gótico, de ese estilo que no exige más que retroceder un poco para ser apreciado, pues las líneas verticales que constituyen su belleza pierden su carácter al ser vistas desde lejos. Saint Mary Church merece ser admirada por la esbeltez de sus pináculos, la ligereza de sus rosetones, la elegancia de sus ojivas, la gracia de sus ventanas.

—¡Una hermosa muestra del gótico anglosajón! —dice Yvernés, gran aficionado a la arquitectura—. Tema usted razón, señor Munbar: las dos secciones de la ciudad no tienen más semejanza que el templo de la una y la catedral de la otra.

—Y, sin embargo, señor Yvernés, estas dos secciones han nacido de la misma madre...

—Pero, sin duda, no del mismo padre... —Hace observar Pinchinat.

—Sí, del mismo padre, mis excelentes amigos. Solamente que han sido educadas de diferente manera. Se les ha apropiado a las conveniencias de los que debían venir a buscar aquí una vida tranquila, feliz, cómoda, libre de todo cuidado... una existencia que no puede ofrecer ninguna ciudad del antiguo ni del nuevo continente.

—¡Por Apolo, señor Munbar! —responde Yvernés—. ¡Cuidado con excitar nuestra curiosidad...! Eso es como si cantara usted una de esas frases musicales que dejan desear la tónica...

—¡Lo que acaba por fatigar el oído! —añade Sébastien Zorn—. Veamos: ¿ha llegado el momento en que nos diga usted el nombre de esta ciudad?

—Todavía no, queridos huéspedes —responde el americano, ajustando su binóculo de oro—. Esperen al fin de nuestro paseo... y continuemos.

—Antes de continuar —dice Frascolin, que experimentaba una especie de vaga inquietud, mezclada al sentimiento de curiosidad—, tengo que hacer una proposición.

—¿Y cuál...?

—¿Por qué no subimos a la torre de esta iglesia? Desde allí podríamos ver...

—¡No! —exclama Calixtus Munbar, sacudiendo su gruesa cabeza — ahora no; más tarde...

—¿Y cuándo...? —pregunta el violonchelista, que comienza a excitarse con tantas misteriosas escapatorias.

—Al terminar nuestra excursión, señor Zorn.

—¿Volveremos entonces a esta iglesia?



—No, amigos míos, y nuestro paseo terminará con una visita al observatorio, cuya torre es una tercera parte más alta que la de Saint Mary Church.

—Pero, en fin —dice Frascolin insistiendo—, ¿por qué no aprovechar este momento?

—¡Porque harían ustedes que faltase mi mayor efecto!

Y no hay medio de arrancar otra respuesta al enigmático personaje.

Lo mejor era obedecer, y las diversas avenidas de la sección segunda son recorridas a conciencia. Se visitan después los barrios comerciales: los de los sastres, zapateros, sombrereros, carniceros, tenderos de comestibles, panaderos, fruteros, etc. Calixtus Munbar, saludado por la mayor parte de las personas a quienes encuentra, devuelve estos saludos con satisfacción. Su lengua no cesa de moverse como una campana en día de fiesta.

Hacia las dos, el cuarteto ha llegado al límite de la ciudad, parte cerrada por una soberbia valla, llena de flores y de plantas trepadoras. Más allá se extiende el campo, cuya línea circular se confunde con el horizonte del cielo.

En aquel sitio, Frascolin hace una observación que no cree deber comunicar a sus camaradas. Todo se explicará, sin duda, en lo alto de la torre del observatorio. Esta observación es que el sol, en vez de encontrarse en el sudoeste, como debiera estar a las dos, se encuentra en el sudeste.

Hay para asombrar a un espíritu tan reflexivo como el de Frascolin, y comenzaba a *matagraboliser*^[1] su cabeza, como dijo Rabelais, cuando Calixtus Munbar cambia el curso de sus ideas gritando:

—Señores, el tren va a partir dentro de algunos minutos... En camino para el puerto.

—¿El puerto...? —replica Sébastien Zorn.

—Sí, un trayecto de una milla, todo lo más; lo que les permitirá a ustedes admirar nuestro parque.

Si hay un puerto, preciso es que esté situado un poco encima o un poco más abajo de la ciudad, sobre la costa de la Baja California... Realmente ¿dónde podría estar si no es en un punto cualquiera de este litoral?

Los artistas, ligeramente aturridos, toman asiento en las

banquetas de un elegante coche, donde ya están sentados varios viajeros. Éstos estrechan la mano de Calixtus Munbar —este diablo de hombre es conocido de todos—, y las dínamos del tren se entregan a su fuerza locomotriz.

Calixtus Munbar tiene razón al calificar de parque el campo que se extiende en torno a la ciudad; arboledas que se pierden de vista, césped verde, barreras pintadas, derechas o en zigzag, en tomo a las partes reservadas; grupos de árboles, encinas, arces, hayas, castaños, lotos, olmos, cedros aún jóvenes, animados de un mundo de pájaros de mil especies. Es un verdadero jardín inglés, con fuentes bullidoras, macizos de flores, entonces con toda la belleza de una fresca primavera; macizos de arbustos, donde se mezclan las más variadas especies, geranios gigantes como los de Montecarlo, naranjos y limoneros, olivos, laureles, lentiscos, áloes, camelias, dalias, rosales de Alejandría con flores blancas, hortensias, lotos blancos y rosas, pasionarias del sur de América, ricas colecciones de fucsias, de salvias, de begonias, de jacintos, de tulípanes, de azafrán, de narcisos, de anémonas, de ranúnculos de Persia, de lirios, de ciclámenes, de orquídeas, y también de esas plantas propias de las zonas tropicales, cañacoros, palmeras datileras, higueras, eucaliptos, mimosas, calabaceras, cocoteros; en una palabra, todo lo que un aficionado puede pedir al más rico de los jardines botánicos.

Con su propensión a evocar los recuerdos de la antigua poesía, Yvernés debía creerse transportado a los bucólicos paisajes de la novela *L'Astrée*. Verdad es que si los carneros no faltan en aquellas frescas praderas, si las vacas pacen entre los setos, si los gamos, las ciervas y otros cuadrúpedos de la fauna montaraz andan entre los macizos, hay que lamentar la ausencia de los pastores de Urfé y de sus encantadoras pastoras. En cuanto al Lignon, está representado por el río Serpentina, que pasea sus aguas vivificantes a través del campo. Solamente que allí todo parece artificial.

Esto provoca la ironía de Pinchinat, que grita:

—¿Esto es todo lo que han hecho ustedes de río?

Calixtus Munbar responde:

—Ríos... ¿para qué?

—¡Para tener agua, diablo!

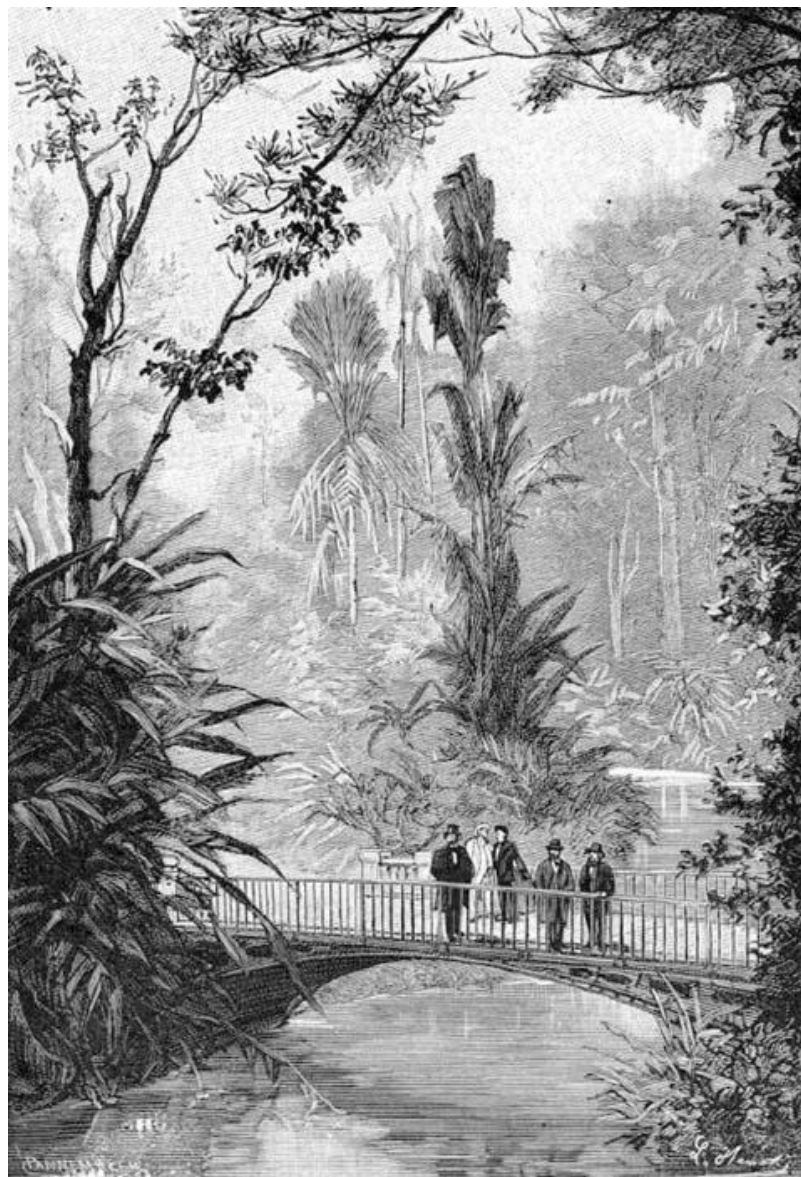
—¡Agua...! ¿Es decir, una sustancia generalmente malsana, llena

de microbios y tifoidea?

—Bien... pero se la puede purificar.

—¿Y para qué darse este trabajo, siendo tan fácil fabricar un agua pura, higiénica, exenta de toda impureza, y hasta, si se quiere, gaseosa o ferruginosa?

—¿Fabrican ustedes agua...? —pregunta Frascolin.



—Sin duda, y la distribuimos caliente o fría a domicilio, como distribuimos la luz, el sonido, la hora, el calor, el frío, la fuerza motriz, los agentes antisépticos, la electricidad por autoconducción...

—Permítame usted entonces —responde Yvernés— que crea que también fabrican ustedes la lluvia para regar sus céspedes y flores...

—Como usted lo dice, caballero —replica el americano, acariciándose la barba, cuyo movimiento hace brillar las sortijas de sus dedos.

—¡Lluvia a la orden! —exclama Sébastien Zorn.

—Sí, queridos amigos, la lluvia, que va por conductos colocados en el subsuelo, forma que permite extenderla de un modo regular, reglamentario, oportuno y práctico. ¿No es eso preferible a esperar que la Naturaleza quiera darla, y a sujetarse al capricho del clima, renegando de los cambios sin poderlos remediar, y exponiéndose tan pronto a una humedad persistente como a una prolongada sequía...?

—Pero, señor Munbar —dijo Frascolin—, concibo que puedan ustedes producir la lluvia a su voluntad; pero en cuanto a impedir que caiga la del cielo...

—¿El cielo...?

—El cielo, o, si usted lo prefiere, las nubes, las corrientes atmosféricas con su cortejo de ciclones, de borrascas, de huracanes... Así... durante la mala época, por ejemplo...

—¿La mala época? —repite Calixtus Munbar.

—Sí... el invierno.

—¿El invierno?

—Sí... el invierno, eso se le dice usted, con sus nieves, con sus hielos —exclama Sébastien Zorn, a quien enfurecen las irónicas respuestas del yankee.

—¡No lo conocemos! —responde tranquilamente Calixtus Munbar.

Los cuatro parisienses se miran. ¿Están en presencia de un loco o de un mistificador? En el primer caso, es preciso encerrarle; en el segundo, darle una paliza.

Entre tanto, el tren camina a poca velocidad por medio de aquellos encantadores jardines. A Sébastien Zorn y a sus compañeros les parece ver, más allá de los límites de aquel inmenso

parque, trozos de tierra metódicamente cultivados mostrando sus coloraciones diversas, parecidas a esos castillos de telas expuestos en los escaparates de las sastrerías. Son, sin duda, campos de legumbres, patatas, coles, zanahorias, puerros, nabos; en fin, todo lo que exige la composición de un buen puchero.

Desean, no obstante, estar en pleno campo, donde podrán reconocer lo que aquella singular región produce en trigo, avena, maíz, alforfón y otros cereales.

Pero he aquí que aparece una fábrica cuyas chimeneas dominan los tejados y están sostenidas por cabos de hierro, semejando a las de un vapor en marcha, a un *Great-Eastern*, cuya fuerza de cien mil caballos harían mover sus poderosas hélices, con la diferencia de que, en vez de una negra humareda, no se escapa de ellas más que un hilo de humo, cuyas escorias no ennegrecen la atmósfera.

Aquella fábrica es inmensa: ocupa una superficie de diez mil yardas cuadradas, o sea, una hectárea aproximadamente. Es el primer establecimiento industrial que el cuarteto ha visto desde su excursión.

—¿Qué es este establecimiento? —pregunta Pinchinat.

—Una fábrica con aparatos evaporadores de petróleo —responde Calixtus Munbar, cuya aguda mirada amenaza perforar los cristales de su binóculo.

—¿Y qué se fabrica en ella...?

—Energía eléctrica, la que se distribuye por toda la ciudad, el campo, e) parque, produciendo fuerza motriz y luz. Al mismo tiempo, esta fábrica alimenta nuestros telégrafos, nuestros telotógrafos, nuestros teléfonos, nuestros telefotos, nuestros timbres, nuestros hornos de cocina, nuestras máquinas, nuestros aparatos incandescentes, nuestros cables submarinos.

—¿Los cables submarinos? —observa vivamente Frascaolin.

—Sí, esos que ponen en comunicación la ciudad con los diversos puntos del litoral americano...

—¿Y ha sido preciso establecer una fábrica de esa importancia...?

—Sí, y hemos gastado mucha energía eléctrica..., ¡y también mucha energía moral! ¡Crean ustedes que ha sido preciso una dosis incalculable de ella para fundar esta incomparable ciudad, sin rival en el mundo!

Óyense los ruidos de la fábrica, los poderosos resoplidos del vapor, los golpes de las máquinas, las repercusiones en la superficie del suelo, todo lo cual testimonia un esfuerzo mecánico superior a todo lo que ha dado hasta aquí la industria moderna. ¿Quién hubiera podido imaginar que tanta fuerza fuera necesaria para mover las dínamos o cargar los acumuladores?

El tren pasa y, un cuarto de milla más allá, se detiene en la estación del puerto.

Los viajeros se apean, y su guía, siempre locuaz y alabando la ciudad, les pasea por los muelles. El puerto forma un óvalo suficiente para abrigar veinte navíos. Es más bien una dársena que un puerto, terminada por dos muelles, soportados por armaduras de hierro, y alumbrados por faroles que facilitan la entrada a los barcos.

Aquel día la dársena no contenía más que una media docena de vapores, los unos destinados al transporte de petróleo, los otros, al de las mercaderías necesarias al consumo diario, y algunas barcas provistas de aparatos eléctricos, que se emplean para la pesca en alta mar.

Observa Frascolin que la entrada del puerto está orientada hacia el norte, y deduce de esto que debe ocupar la parte septentrional de una de esas puntas que el litoral de la Baja California destaca sobre el Pacífico. Nota también que la corriente marina se propaga hacia el este con cierta intensidad, puesto que choca contra los diques del puerto como las olas contra los flancos de un navío en marcha, efecto debido, sin duda, a la acción de la marea que sube, por más que las mareas sean muy flojas en las costas del oeste de América.

—¿Dónde está, pues, el río que hemos atravesado ayer noche en *ferryboat*? —pregunta Frascolin.

—Le volvemos la espalda —se contenta con responder el americano.

Conviene no retrasarse, si se quiere volver a la ciudad, a fin de alcanzar el tren de la tarde para San Diego.

Sébastien Zorn recuerda esta condición a Calixtus Munbar, el cual responde:

—No teman ustedes, mis queridos amigos. Tenemos tiempo. Un tranvía nos llevará a la ciudad después de haber seguido el litoral... Han deseado ustedes una vista del conjunto de esta región, y la

tendrán ustedes, antes de una hora, desde lo alto de la torre del observatorio.

—¿Pero nos asegura usted...? —dijo el violonchelista insistiendo.

—Le aseguro a usted que mañana, al amanecer, no estará usted donde está en este momento.



Preciso es aceptar esta respuesta poco explícita. Por otra parte, la curiosidad de Frascaolin, más todavía que la de sus camaradas, está excitada hasta el último punto. Desea encontrarse en la cúspide de aquella torre, desde la que, según el americano, la vista se extiende por un horizonte de cien millas, por lo menos, de circunferencia. Después de esto, si aún no se ha fijado la posición geográfica de aquella inverosímil ciudad, será preciso renunciar a ello.

Al fondo de la dársena hay una segunda línea de tranvías. El que va a conducir a los artistas se compone de seis coches, en los que hay ya gran número de viajeros. Estos coches son arrastrados por una locomotora eléctrica, con acumuladores de una capacidad de doscientos amperios-ohmios, y su velocidad es de quince a dieciocho kilómetros.

Calixtus Munbar hace subir el cuarteto al tranvía, y nuestros parisienses pueden creer que sólo a ellos se esperaba para partir.

La parte del campo que ven no es muy distinta del parque que se extiende entre la ciudad y el puerto. El mismo suelo cuidadosamente cultivado. Verdes praderas y campos en lugar de céspedes; campos de legumbres, no de cereales. En aquel momento, una lluvia artificial, arrojada fuera de los conductores subterráneos, cae sobre los largos rectángulos trazados a escuadra.

El cielo no la hubiera distribuido de una manera más matemática y más oportuna.

La vía férrea sigue el litoral, teniendo a un lado el mar, el campo al otro. Corre, durante cuatro millas, unos cinco kilómetros, y se detiene después ante una batería de doce piezas de grueso calibre, cuya entrada está indicada por estas palabras: *Batería del espolón*.

—Cañones que se cargan, pero que nunca se descargan por la culata, como tantos otros de la vieja Europa —hace observar Calixtus Munbar.

En aquel sitio la costa está cortada, y destaca una especie de agudo cabo, semejante a la proa de un navío o a la espuela de un acorazado, sobre el que las aguas arrojan blanca espuma. Sin duda por efecto de la corriente, pues el oleaje se reduce a largas ondulaciones que tienden a disminuir con la caída del sol.

De aquel punto parte otra línea de tranvía que desciende al centro; la primera línea sigue la curva del litoral.

Calixtus Munbar hace que sus huéspedes transborden, anunciándoles que van directamente a la ciudad.

El paseo ha sido bueno. Calixtus Munbar saca su reloj, obra maestra de Sivan, de Ginebra, un reloj que habla, un reloj fonográfico, del que aprieta un resorte y hace oír distintamente estas palabras: «cuatro horas, trece minutos».

—¿No olvidará usted la ascensión que debemos hacer al observatorio...? —Recuerda Frascolin.

—¡Olvidarla, mis queridos y ya antiguos amigos...! Más bien olvidaría mi propio nombre, que, sin embargo, goza de alguna celebridad. Andemos cuatro millas y estaremos ante el magnífico edificio construido a la extremidad de la Primera Avenida, la que separa las dos secciones de nuestra ciudad.

Parte el tranvía. Más allá de los campos, sobre los que cae una lluvia *vespertina*, así la llama el americano, se encuentra el parque cerrado por setos con sus céspedes, sus flores y sus macizos de árboles.

Dan las cuatro y media. Dos agujas indican la hora en un cuadrante gigantesco, parecido al del Parlamento de Londres, y colocado en una torre cuadrangular.

Al pie de la torre están los diversos edificios de observación, afectos a los distintos servicios, de los cuales unos, cubiertos de rotondas metálicas con aberturas de vidrio, permiten a los astrónomos seguir la marcha de las estrellas. Rodean un patio central, en mitad del cual se alza la torre, de una altura de ciento cincuenta pies. Desde su galería superior, la mirada abarca una amplia extensión de veinticinco kilómetros, puesto que el horizonte no está limitado por ningún promontorio, colina o montaña.

Calixtus Munbar, precediendo a sus huéspedes, pasa por una puerta que le abre un conserje vestido de una librea soberbia. En el fondo del *hall* espera la caja de un ascensor, que se mueve eléctricamente. El cuarteto lo ocupa con su guía. La caja se eleva con movimiento dulce y regular. Cuarenta y cinco segundos después, queda inmóvil al nivel de la plataforma superior de la torre.

Sobre esta plataforma se yergue el asta de un gigantesco pabellón, cuya tela flota al soplo de una brisa del norte.

¿Qué nacionalidad indica este pabellón? Ninguno de nuestros

parisienses puede reconocerla. Es el pabellón americano, con sus franjas transversales rojas y blancas; pero el yate, en vez de las sesenta y siete estrellas que brillaban en el firmamento de la Confederación en aquella época, no tiene más que una: una estrella, o más bien un sol de oro sobre azul, y que parece rivalizar en irradiación con el astro del día.

—Nuestro pabellón, señores —dice Calixtus Munbar, descubriéndose con respeto.

Sébastien Zorn y sus camaradas no tienen más remedio que imitarle. Después avanzan sobre la plataforma, hasta el parapeto, y se inclinan...

¡Qué grito, de sorpresa primero, de cólera después, se escapa de su pecho!

El campo entero se extiende ante sus ojos. Aquel campo no presenta más que un óvalo regular, circunscrito por un horizonte de mar, y, tan lejano, que la mirada no encuentra tierra alguna.

Y, sin embargo, la víspera, durante la noche, después de haber abandonado la aldea de Freschal en el carruaje del americano, Sébastien Zorn, Frascolin, Yvernés, Pinchinat no han cesado de seguir el camino por tierra en un recorrido de dos millas... Han entrado después con el charabán en un *ferryboat* para atravesar el río... Después han vuelto a encontrar tierra firme... En verdad, si ellos hubieran abandonado el litoral californiano para una navegación cualquiera, ciertamente lo hubieran advertido.

Frascolin se vuelve hacia Calixtus Munbar.

—¿Estamos en una isla...? —le preguntó.

—¡Como usted lo ve! —responde el *yankee*, cuya boca dibuja la más amable sonrisa.

—¿Y qué isla es ésta...?

—Standard Island.

—¿Y esta ciudad...?

—Milliard City.



CAPÍTULO V

STANDARD ISLAND Y MILLIARD CITY



n aquella época se esperaba aún que un audaz estadista y

geógrafo diese la cifra exacta de las islas esparcidas por la superficie del globo. No es temerario admitir que esta cifra se eleva a algunos millares. Entre estas islas ¿no había, pues, una sola que respondiese al desiderátum de los fundadores de Standard Island y a las exigencias de sus futuros habitantes? ¡No! Ni una sola. De aquí la idea *americanamente* práctica de crear una isla artificial, que fuera la última palabra de la industria metalúrgica moderna.

Standard Island, que se puede traducir, «la isla tipo», es una isla de hélice. Milliard City es su capital. ¿Por qué este nombre? Evidentemente porque es la ciudad de los millonarios, de los Rothschild. Pero se objetará que la palabra *milliard* no existe en la lengua inglesa. Los anglosajones del antiguo y del nuevo continente han dicho siempre: *a thousand millions*, mil millones... *Milliard* es una palabra francesa. Conformes; y, sin embargo, desde hace algunos años ha pasado al lenguaje corriente de Gran Bretaña y de los Estados Unidos, y con este título fue aplicada a la capital de Standard Island.

Una isla artificial es una idea que nada tiene de extraordinaria en sí. Con masas suficientes de materiales sumergidos en un río, en un lago, en el mar, no está fuera del poder de los hombres

fabricarla. Pero esto no bastaba para las exigencias que debía satisfacer; preciso era que esta isla pudiese cambiar de lugar y, por consecuencia, que fuese flotante. En esto estaba la dificultad, pero no superior a la producción de las fábricas donde se trabaja el hierro, y gracias a máquinas de fuerza infinita, por así decirlo.

Ya a fines del siglo XIX, con su instinto del *big* y su admiración por todo lo «enorme», los americanos habían formado el proyecto de instalar en algunas leguas una balsa gigantesca, sujeta con anclas. Esto hubiera sido, si no una ciudad, por lo menos una estación del Atlántico con sus restaurantes, hoteles, círculos, teatros, etc., donde los turistas hubieran encontrado todas las distracciones propias de los balnearios más en boga. Pues bien, este proyecto fue llevado a cabo de un modo completo; sin embargo, en vez de la balsa fija, se creó la isla movable.

Seis años antes de la época en que esta historia comienza, una compañía americana bajo la razón social *Standard Island Company Limited*, se había fundado con un capital de quinientos millones de dólares, divididos en quinientas acciones, para la construcción de una isla artificial, que ofrecería a los nababs de los Estados Unidos las diversas ventajas que no tienen en las demás regiones sedentarias del globo terrestre. Las acciones fueron colocadas en seguida: tan inmensas eran las fortunas entonces en América, provenientes ya de la explotación de los ferrocarriles, ya de operaciones de banca, ya de los yacimientos de petróleo o del comercio de la salazón de los cerdos.

Cuatro años se emplearon en la construcción de la isla, de la que conviene indicar las principales dimensiones, la forma interior de las casas y los procedimientos de locomoción que le permiten utilizar la más hermosa parte de la inmensa superficie del océano Pacífico. Daremos estas dimensiones en kilómetros y no en millas, puesto que entonces el sistema decimal había triunfado de la inexplicable repulsión que en otra época inspiraba a la rutina anglosajona.

De estas ciudades flotantes existen en China sobre el río Yangtse-Kiang; en el Brasil, sobre el río Amazonas; en Europa, sobre el Danubio. Pero no son más que construcciones efímeras, algunas casas construidas en la superficie de largas armadías. La isla de que se trata es otra cosa: debía durar lo que pueden durar las obras

producidas por la mano del hombre.

Por otra parte, ¿quién sabe si algún día la Tierra no será pequeña para sus habitantes, cuyo número debe llegar a unos seis mil millones en el año 2072, según lo que, después de Ravenstein, afirman los sabios con una asombrosa precisión? ¿No será entonces preciso edificar sobre el mar...?

Standard Island es una isla de acero, y la resistencia de su casco ha sido calculada para lo enorme del peso que tiene que soportar. Está compuesta de doscientos sesenta mil arcones, cada uno de dieciséis metros sesenta de alto por diez de ancho y de largo. Su superficie horizontal representa, pues, un cuadrado de diez metros de lado, o sea cien metros de superficie. Todos estos arcones, sujetos con pernos unos a otros, dan a la isla unos veintisiete millones de metros cuadrados, o veintisiete kilómetros superficiales. En la forma oval que los constructores le han dado, mide siete kilómetros de ancho y cinco de largo, y su perímetro es de dieciocho kilómetros en números redondos^[2].

La parte sumergida de este casco es de treinta pies, la parte emergente de veinte. Resulta que su volumen se cifra en cuatrocientos treinta y dos millones de metros cúbicos, y las tres quintas partes de su volumen en doscientos cincuenta y nueve millones de metros cúbicos.

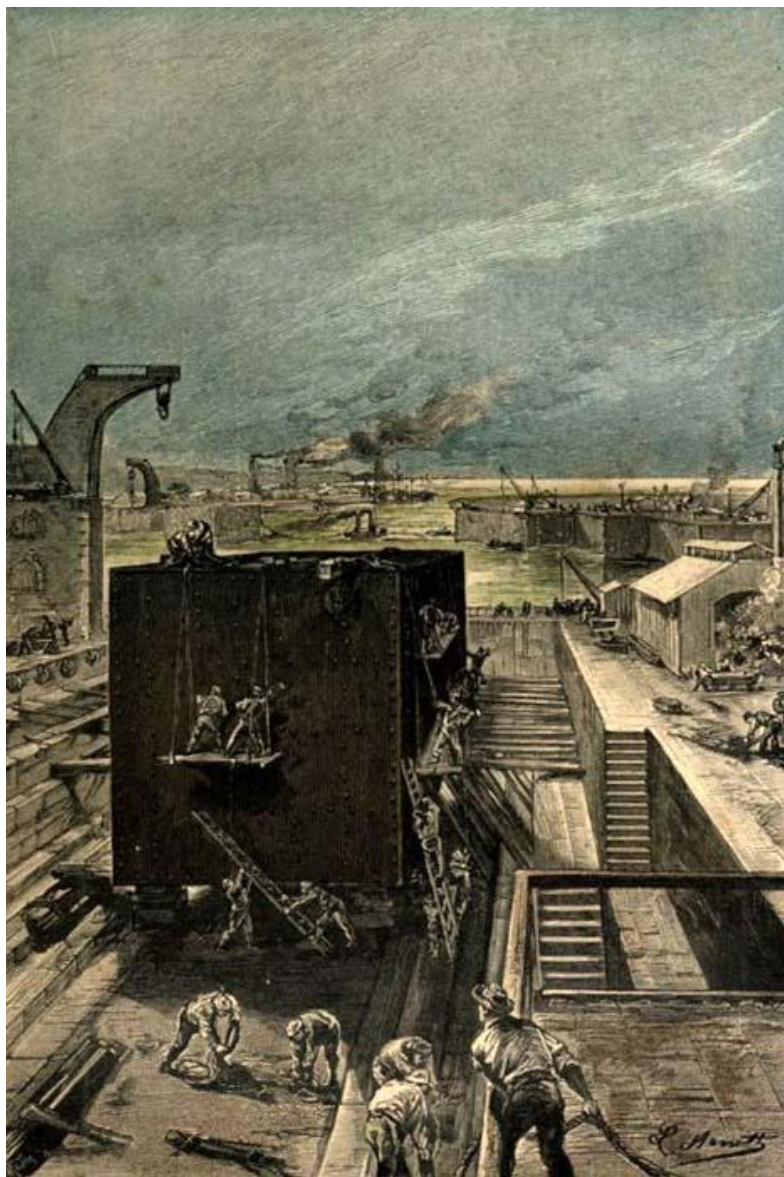
Toda la parte de los arcones sumergida ha sido recubierta de una preparación no conocida durante largo tiempo, que ha hecho archimillonario a su inventor; preparación que impide a ciertos mariscos unirse a las paredes que están en contacto con el agua del mar.

El subsuelo de la nueva isla no teme ni las deformaciones ni las roturas, pues está poderosamente sostenido por virotillos y hecho con solidez extraordinaria.

Preciso era crear talleres especiales para la construcción de este gigantesco aparato marítimo. Esto es lo que hizo *Standard Island Company*, después de haber adquirido la Bahía Magdalena, en la extremidad de la península de la vieja California, casi al límite del trópico de Cáncer. En esta bahía se ejecutó el trabajo bajo la dirección de los ingenieros de la compañía, teniendo por jefe al célebre William Tersen, muerto algunos meses después de terminada la obra, como Brunei después del infructuoso

lanzamiento de su *Great-Eastern*. ¿Acaso es Standard Island otra cosa que un *Great-Eastern* modernizado, y sobre un gálibo mil veces más considerable?

La isla se fabricó por trozos, por compartimientos yuxtapuestos sobre las aguas de la Bahía Magdalena. Aquella porción de la ribera americana llegó a ser el puerto de atraque de la isla artificial, que viene a él cuando las reparaciones son necesarias.



La corteza de la isla, su casco, si se quiere, formado de estos doscientos setenta mil compartimientos, ha sido, excepto en la parte reservada a la ciudad central, donde dicho casco está extraordinariamente reforzado, recubierto de tierra vegetal, suficiente a las necesidades de una vegetación que se limita a céspedes, flores y arbustos, y a las praderas y campos de legumbres. Poco práctico hubiera sido pedir a aquel suelo ficticio cereales y productos para el ganado, que, por otra parte, son objeto de una importación regular. Pero créanse las instalaciones necesarias a fin de que la leche y el producto de los corrales no dependiesen de estas importaciones.

Las tres cuartas partes del suelo de Standard Island están afectadas por la vegetación, unos veintiún kilómetros cuadrados, y allí los céspedes del parque ofrecen un verdor permanente, los campos abundan en legumbres y frutos, y las praderas artificiales dan pastos a algunos rebaños. Por otra parte, empléase el electrocultivo, es decir, la influencia de corrientes continuas, que se manifiesta por una aceleración extraordinaria y la producción de legumbres de dimensiones inverosímiles, tales como los rábanos de cuarenta y cinco centímetros y las zanahorias de tres kilos. Los huertos pueden rivalizar con los mejores de Virginia y Luisiana, cosa que no es de asombrar, pues no se repara en gastos en aquella isla tan justamente llamada la *Joya del Pacífico*.

Su capital, Milliard City, ocupa una quinta parte, o sea unos cinco kilómetros superficiales, o quinientas hectáreas. Los lectores que han acompañado a Sébastien Zorn y a sus compañeros durante su excursión, la conocen ya, y no se perderán en ella. No siendo, además, fácil perderse en las ciudades americanas cuando tienen a la vez la dicha y la desgracia de ser modernas; dicha, por la sencillez de las comunicaciones urbanas; desgracia, porque falta en ella el lado artístico y fantástico. Sábese que Milliard City, de forma oval, está dividida en dos secciones, separadas por una arteria central, la Primera Avenida, de una extensión de tres kilómetros. El observatorio, que se eleva en una de sus extremidades, tiene como *pendant* el Palacio municipal, cuya imponente masa se yergue al lado opuesto. Allí están centralizados todos los servicios públicos, del estado civil, de aguas, plantaciones y paseos, policía, aduana, mercados, cementerios, hospitales, escuelas, cultos y artes.

Y ahora, ¿cuál es la población contenida en esta circunferencia de dieciocho kilómetros?

La Tierra, según parece, cuenta actualmente doce ciudades — cuatro en China— que poseen más de un millón de habitantes. Pues bien, la Isla de Hélice no tiene más que unos diez mil, todos naturales de los Estados Unidos. No se ha querido que las discusiones internacionales surjan entre estos ciudadanos, que iban a buscar en aquel punto de fabricación tan moderna el reposo y la tranquilidad. Bastante es que no practiquen la misma religión; pero hubiera sido difícil reservar a los *yankees* del norte, que son los *babordais* de Standard Island, o, viceversa, a los americanos del sur, que son los *tribordais*, el derecho exclusivo de fijar su residencia en esta isla; y, por otra parte, contesto hubieran sufrido mucho los intereses de la *Standard Island Company*.

Cuando aquel suelo metálico quedó formado, cuando la parte reservada a la ciudad estuvo en disposición de ser construida, cuando el plano de las calles y avenidas fue adoptado, comenzaron a elevarse las construcciones, hoteles magníficos, habitaciones más sencillas, casas destinadas al comercio al por menor, edificios públicos, iglesias y templos; pero ninguna de esas moradas de veintiocho pisos, esos *skyscrapers*, es decir, rascacielos, que se ven en Chicago. Los materiales son a la vez ligeros y resistentes. El metal inoxidable, que domina en estas construcciones, es el aluminio, siete veces menos pesado que el hierro en igual volumen; el metal del porvenir, como le había llamado Sainte-Claire Deville, y que se presta a todas las necesidades de una edificación sólida. Después se unió la piedra artificial, esos cubos de cemento que se juntan tan fácilmente. Se hizo uso también de esos ladrillos de cristal, transparentes, y que pueden realizar el ideal de la casa de cristal. Pero, en realidad, sobre todo, se empleó la armadura metálica, como se hace actualmente en los diversos castillos de la arquitectura naval. Y realmente, ¿qué es Standard Island sino un inmenso navío?

Estas diversas propiedades pertenecen a *Standard Island Company*. Los que la habitan, cualquiera que sea la importancia de su fortuna, no son más que inquilinos. Por lo demás, se ha tenido cuidado de prever todas las exigencias de la comodidad y de la apropiación reclamadas por aquellos americanos inverosímilmente

ricos, junto a los cuales los soberanos de Europa o los nababs de la India no pueden hacer más que un mediano papel.

En efecto, si la estadística establece que el valor del *stock* del oro acumulado en el mundo entero es de dieciocho mil millones y el de la plata de veinte mil, se puede afirmar que los habitantes de la *Joya del Pacífico* poseen una buena parte de ellos.

Desde el principio, el negocio presentóse bien considerado desde el punto de vista financiero. Se alquilaban hoteles y habitaciones a precios fabulosos. Muchos alojamientos pasaron del de varios millones, y numerosas familias pudieron, sin gran trabajo, dar este precio por su alquiler anual. De aquí una renta grande para la compañía nada más que de esta capital, que, hay que confesarlo, justifica el nombre que lleva en la nomenclatura geográfica.

Aparte de estas opulentas familias, se citan algunos centenares de otras que pagan doscientos mil francos por alquiler, conformándose con esta modesta situación. El resto de la población comprende los profesores, los abastecedores, los empleados, los sirvientes, los extranjeros en número poco considerable, y que no serían autorizados para fijar su residencia en Milliard City ni en la isla. Hay pocos abogados, lo que hace los pleitos bastante raros; menos médicos, lo que hace que la mortalidad alcance una cifra irrisoria. Además, cada habitante conoce exactamente su constitución, su fuerza muscular, medida por el dinamómetro; su capacidad pulmonar, medida por el espirómetro; el poder de contracción de su corazón, medido por el esfigmómetro; en fin, su grado de fuerza vital, medida por el magnetómetro. No hay en la ciudad ni cafés, ni tabernas, ni nada que provoque al alcoholismo; y no se presenta ningún caso de dipsomanía, borrachera, para ser comprendidos por los que no saben el griego. No se olvide que los servicios urbanos distribuyen la energía eléctrica, luz, fuerza mecánica, calor, aire, agua bajo presión, como los telegramas neumáticos y las audiciones telefónicas. Si en la Isla de Hélice se muere, cuando la gente está metódicamente sustraída a las intemperancias del clima y al abrigo de toda influencia microbiana, es porque es preciso morir; pero después que los resortes de la vida han sido usados hasta una vejez centenaria.

¿Hay soldados en Standard Island? Sí. Una compañía de quinientos hombres, a las órdenes del coronel Stewart, pues no hay

que olvidar que los parajes del Pacífico no siempre son seguros. Al aproximarse a ciertos grupos de islas es prudente precaverse contra la agresión de los piratas de toda especie. No es de extrañar que esta milicia esté generosamente pagada y con trato superior al de los generales de la vieja Europa. El reclutamiento de los soldados, a cargo de la administración, se opera en condiciones excelentes, bajo la dirección de jefes tan ricos como Creso.

¿Hay policía? Sí. Algunas escuadras bastan para garantizar la seguridad de una ciudad que ningún motivo tiene para ser turbada en su tranquilidad. Una autorización de la administración municipal es necesaria para residir allí. Las costas de la isla están guardadas por un cuerpo de agentes de la aduana que vigilan día y noche. No se puede desembarcar más que en los puertos. ¿Cómo habrían de introducirse allí malhechores? Respecto a los que, por excepción, cometieran algún desafuero en la ciudad, serían desterrados al oeste o al este del Pacífico, a algún rincón del nuevo o del antiguo continente, sin posibilidad de volver jamás a Standard Island.

Hemos hablado de los puertos de Standard Island. ¿Es que existen varios? Sí, dos, situados cada uno a la extremidad del pequeño diámetro del óvalo que la isla adopta en su forma general. Llámase el uno, Tribord Harbour, y el otro Babord Harbour, conforme a las denominaciones en uso en la marina francesa.

En ningún caso, pues, hay el temor de que se interrumpan las importaciones regulares, gracias a la creación de estos dos puertos de orientación opuesta. Si, por causa del mal tiempo, el uno es inabordable, el otro está abierto a los barcos, cuyo servicio queda garantizado de este modo a todos los vientos. Por Babord Harbour y por Tribord Harbour se efectúa el avituallamiento de la isla, petróleo conducido por vapores especiales, harinas y cereales, vinos, cervezas y otras bebidas de la alimentación moderna, café, té, chocolate, especias, conservas, etc. También llegan vacas, cameros, cerdos, de los mejores mercados de América, y que aseguran el consumo de la carne fresca; en fin, todo lo que necesita el más descontentadizo de los *gourmets*, en lo referente a comestibles. También se importan telas, lienzos, tales como los puede exigir el *dandy* más refinado o la mujer más elegante. Entre los proveedores de la ciudad se compran estos artículos, no osamos decir a qué precio, por el temor de excitar la incredulidad del lector.

Se preguntará cómo se establece de un modo regular el servicio de los vapores entre el litoral americano y una isla de hélice, movable por su naturaleza, y que se encuentra un día en tales parajes y otro a algunas millas más allá.

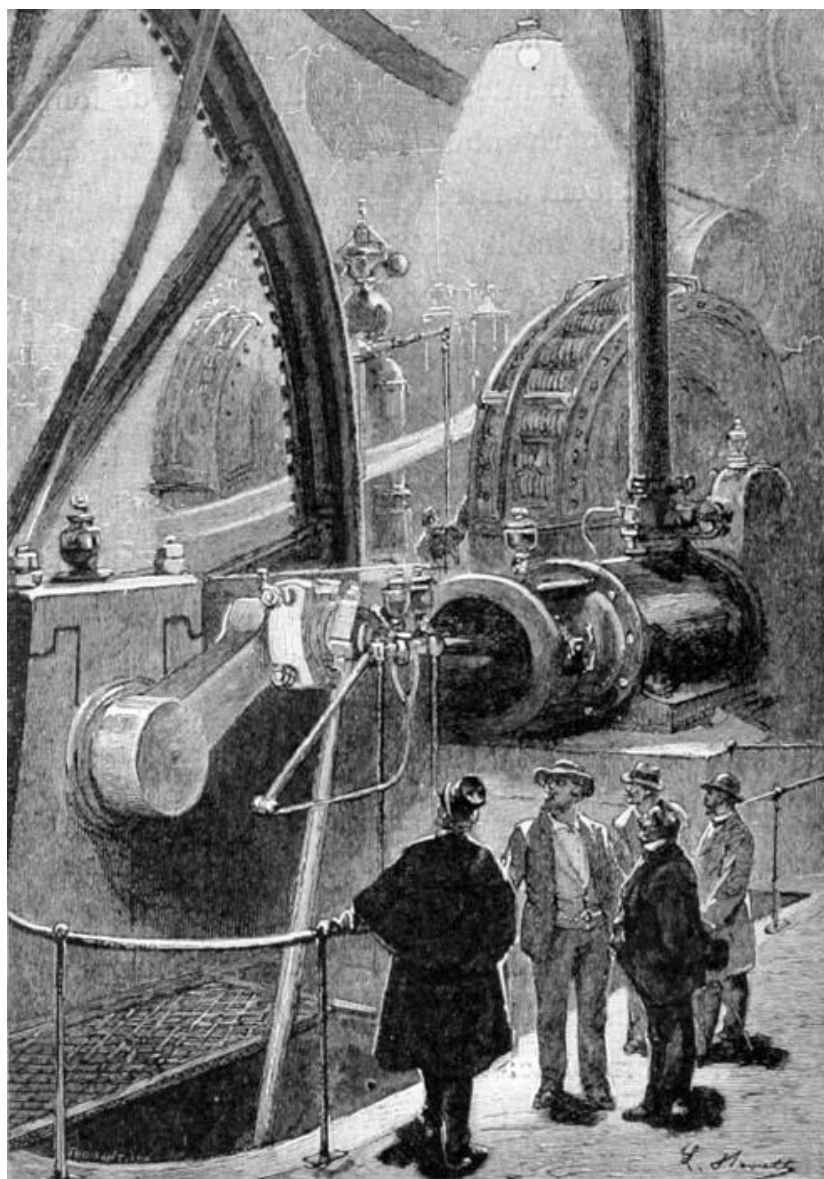
Sencilla es la respuesta. Standard Island no va a la ventura. Su movimiento se ajusta a un programa dado por la administración superior, de conformidad con los meteorólogos del observatorio. Es un paseo, susceptible, no obstante, de algunas modificaciones, a través de aquella parte del Pacífico que contiene los más hermosos archipiélagos, y evitando, en lo posible, los bruscos cambios del calor al frío, origen de tantas afecciones pulmonares. Esto es lo que ha permitido a Calixtus Munbar responder con motivo del invierno: «¡No lo conocemos!». Standard Island no evoluciona más que entre el paralelo 35° al norte, y el 35° al sur del ecuador. Setenta grados que recorre, o sea unas mil cuatrocientas leguas marinas... ¡Qué magnífico campo de navegación! Los navíos saben dónde van a encontrar siempre a la *Joya del Pacífico*, puesto que sus cambios de lugar están reglamentados por adelantado entre los diversos grupos de esas islas deliciosas que forman como otros tantos oasis sobre el desierto del inmenso océano.

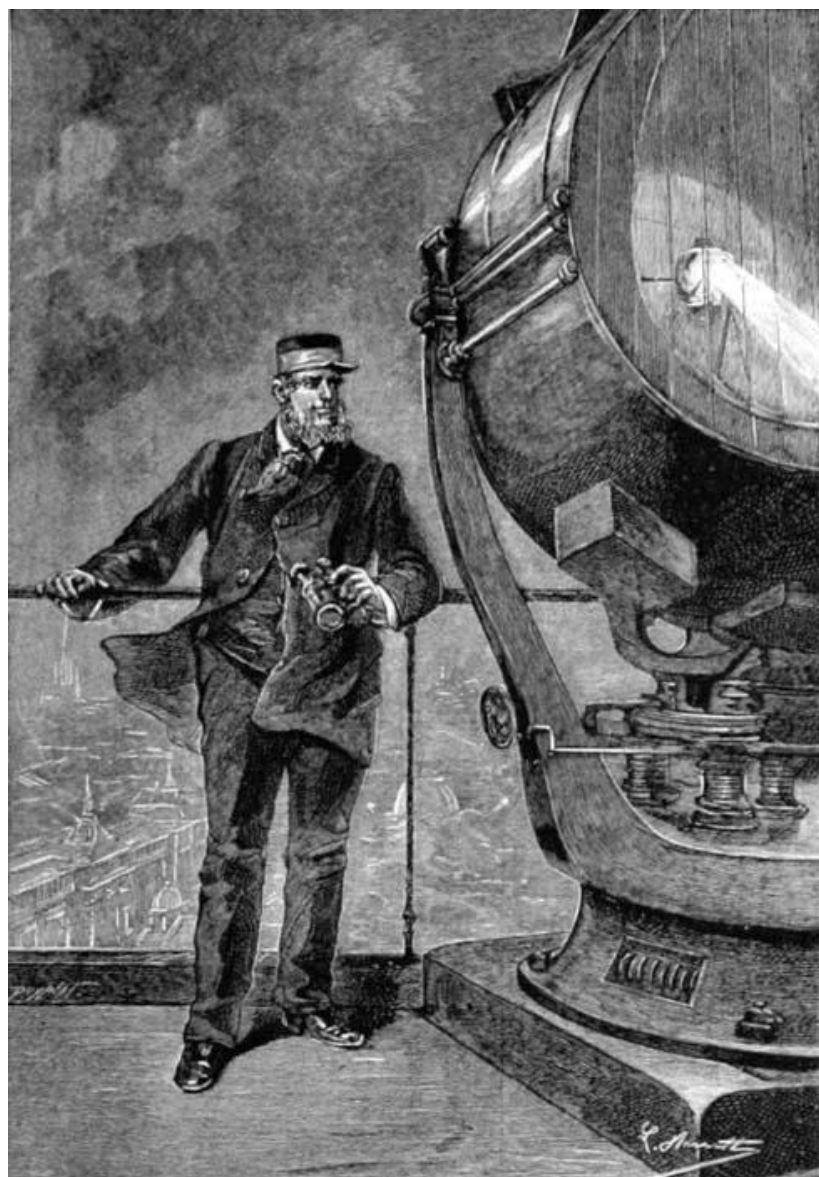
Y hasta en este caso los navíos no se ven reducidos a buscar al azar el sitio en que se encuentra Standard Island. Y, sin embargo, la compañía no ha querido recurrir a los veinticinco cables, de una extensión de dieciséis millas, que tiene la *Eastern Extensión Australasia and China Co.* La Isla de Hélice no quiere depender de nadie. Ha bastado disponer en la superficie de estos mares algunos centenares de boyas, que soportan la extremidad de cables eléctricos unidos con la Bahía Magdalena. Se une el hilo a los aparatos del observatorio, se lanzan partes, y los agentes de la bahía están siempre informados de la posición en longitud y latitud de Standard Island. Resulta de aquí que el servicio de los navíos que llevan provisiones se hace con la regularidad de las vías férreas.

Hay una importante cuestión que merece ser aclarada: ¿cómo se procura el agua dulce necesaria en la isla? ¿El agua? Se fabrica por destilación en dos fábricas especiales, y por conductos a propósito se lleva a las casas de Milliard City, y se la pasea bajo los vegetales del campo que rodea a aquélla. De este modo sirve para todos los usos domésticos y cae en lluvia bienhechora sobre los campos y los

céspedes, que no se ven sometidos a los caprichos del cielo. Y este agua no es solamente dulce, sino destilada, electrolizada, más higiénica que la de las más puras fuentes de ambos continentes, en las que una gota del tamaño de la cabeza de un alfiler puede contener quince mil microbios.

Falta decir en qué condiciones se efectúa el cambio de lugar de este maravilloso aparato. No es precisa una gran velocidad, puesto que en seis meses no debe abandonar los parajes comprendidos entre los trópicos, de una parte, y entre los 130° y 180° meridianos, de otra. De quince a veinte millas por día, Standard Island no pide más. Este cambio hubiera podido obtenerse por medio de un cable hecho de esa planta de la India que se llama *bastin*, a la vez resistente y ligera, que hubiese flotado entre dos aguas de modo que no se cortase en los fondos submarinos. Sería este cable arrollado a las dos extremidades de la isla, sobre cilindros movidos a vapor, y Standard-Island iría y vendría como esos barcos que suben o bajan por algunos ríos. Pero el tal cable hubiera debido tener un grueso enorme para arrastrar semejante mole, estando, además, sujeto a numerosas averías.





Significaba aquello la libertad encadenada, la obligación de seguir una misma línea, y cuando se trata de libertad, los ciudadanos de la libre América son de una soberbia intransigente.

En esta época, felizmente, los electricistas han progresado tanto, que todo se puede pedir a la electricidad, alma del universo; a ella se ha confiado la locomoción de la isla. Dos máquinas bastan para poner en movimiento las dínamos, de un poder indefinido, por así decirlo, suministrando la fuerza eléctrica con corriente continua por un voltaje moderado de dos mil voltios. Estas dínamos accionan un poderoso sistema de hélices colocadas en la proximidad de los dos puertos. Estas hélices desarrollan una fuerza, cada una, de cinco millones de caballos de vapor, gracias a algunos cientos de calderas calentadas con petróleo, caloríficamente más rico que el carbón y de menos dificultades. Estas fábricas están dirigidas por dos ingenieros, los señores Watson y Somwah, ayudados de un numeroso personal de maquinistas y fogoneros, a las órdenes del comodoro Ethel Simcoe. Desde su residencia en el observatorio, el comodoro está en comunicación telefónica con las fábricas, establecidas, la una cerca de Tribord Harbour, la otra cerca de Babord Harbour. Él envía las instrucciones para la marcha y contramarcha, siguiendo el itinerario establecido. De allí parte, en la noche del 25 al 26, la orden de aparejar a Standard Island, que se encontraba en la proximidad de la costa californiana al principio de su campaña anual.

Aquellos de nuestros lectores que con el pensamiento quieran embarcarse, asistirán a las diversas peripecias de este viaje de una isla por la superficie del Pacífico, y tal vez no les disgustará.

Digamos ahora que la velocidad máxima de Standard Island, cuando sus máquinas desarrollan su fuerza de diez millones de caballos, es la de ocho nudos por hora. Las olas más fuertes, encrespadas por el viento, no hacen presa en ella. Por su tamaño escapa a las ondulaciones más fuertes. El mareo no es de temer. Los primeros días que se va a bordo, apenas si se siente el ligero estremecimiento que la rotación de las hélices imprime al subsuelo. Dividiendo las aguas sin esfuerzo, recorre sin sacudidas el inmenso campo líquido ofrecido a sus excursiones.

Compréndese que la fuerza eléctrica, producida por las dos fábricas, recibe otras aplicaciones que la locomoción de Standard

Island. Alumbra el campo, el parque, la ciudad. Engendra en los faros esa fuente luminosa que señala desde lejos su presencia y previene todo choque. Alimenta las diversas corrientes utilizadas para los servicios telegráficos, telefónicos, telotográficos, telefónicos, para las necesidades de las casas particulares y de los barrios del comercio; lo mismo que esas lunas ficticias, de un poder cada una de cinco mil bujías, que pueden alumbrar una extensión de quinientos metros superficiales.

En esta época, aquel extraordinario aparato marino está en su segunda campaña a través del pacífico. Un mes antes había abandonado la Bahía Magdalena, subiendo hacia el paralelo 35° a fin de volver a tomar su itinerario a la altura de las Islas Sandwich. Se encontraba a lo largo de la costa de la Baja California cuando Calixtus Munbar, sabedor por las comunicaciones telefónicas que el *Cuarteto concertante*, después de haber abandonado San Francisco, se dirigía hacia San Diego, se propuso asegurar el concurso de estos eminentes artistas. Se sabe el modo como procedió, cómo él les embarcó sobre la Isla de Hélice, la cual estaba entonces a algunos cables del litoral, y cómo, en virtud de este procedimiento, la música de cámara iba a encantar a los *dilettanti* de Standard Island.

Tal es la novena maravilla del mundo, esa obra maestra del genio humano, digna del siglo xx, de la que dos violines, una viola y un violonchelo son actualmente los huéspedes, a los que Standard Island lleva hacia los parajes occidentales del océano Pacífico.

CAPÍTULO VI

INVITADOS... *INVITI*



un suponiendo que Sébastien Zorn, Frascolin, Yvernés y

Pinchinat estuviesen acostumbrados a no asombrarse de nada, les hubiera sido difícil no abandonarse a un legítimo acceso de cólera en la ocasión presente. ¡Verse en medio del océano! ¡Creerse a veinte millas de San Diego, donde se les esperaba para el concierto del día siguiente, y saber de un modo brutal que se les alejaba a bordo de una isla artificial, flotante y movable...! La verdad es que el acceso de cólera era excusable.

Por fortuna para él, el americano se ha puesto al abrigo de aquel primer ímpetu. Aprovechando la sorpresa, mejor dicho, el atontamiento en que ha caído el cuarteto, abandona la plataforma de la torre, toma el ascensor, y está por el momento fuera de las recriminaciones y del arrebato de los cuatro parisienses.

—¡Qué miserable! —grita el violonchelista.

—¡Qué animal! —exclama el viola.

—¡Eh...!, ¡eh! ¡Gracias a él hemos sido testigos de estas maravillas! —Es todo cuanto dice el primer violín.

—¿Vas, pues, a disculparle? —responde el segundo violín.



—¡Nada le excusa! —replica Pinchinat—; y si hay justicia en Standard Island, ¡haremos que se castigue a ese *yankee* mistificador!

—Y si hay verdugo —ruge Sébastien Zorn— ¡haremos que le cuelgue!

Para obtener estos diversos resultados, lo primero es volver a bajar al nivel de los habitantes de Milliard City, pues la policía no funciona a ciento cincuenta pies en el aire. Esto será efectuado en pocos instantes, si el descenso es posible. Pero el ascensor no ha vuelto a subir, y allí no hay nada que se asemeje a una escalera. En la cima de aquella torre, el cuarteto se encuentra, pues, sin comunicación con el resto de la humanidad.

Después de un primer ímpetu de despecho y cólera, Sébastien Zorn, Pinchinat y Frascolin, abandonando a Yvernés en su admiración, quedan silenciosos y acaban por permanecer inmóviles. Por encima de ellos la tela del pabellón se despliega al viento. Sébastien Zorn experimenta un feroz deseo de cortar la cuerda y bajarle como el pabellón de un barco. Pero de aquí podría resultar algo malo, y sus compañeros le detienen en el momento en que empuña un *bowie knife* bien afilado.

—No cometamos un disparate —hace observar el prudente Frascolin.

—Entonces... ¿tú aceptas la situación?— preguntó Pinchinat.

—No... pero no la compliquemos.

—¿Y nuestros equipajes que van a San Diego? —dice *Su Alteza*, cruzándose de brazos.

—¿Y nuestro concierto de mañana? —exclama Sébastien Zorn.

—Lo daremos por teléfono —responde el primer violín, cuya broma no es para calmar la irascibilidad del violonchelista.

No se habrá olvidado que el observatorio ocupa el medio de un vasto *square*, en el que concluye la Primera Avenida. En el otro extremo de esta principal arteria, de una extensión de tres kilómetros, que separa las dos secciones de Milliard City, los artistas pueden percibir una especie de monumental palacio, con una torre de construcción muy ligera y elegante. Piensan que allí debe de estar el palacio del gobernador, la residencia de la municipalidad, admitiendo que Milliard City tenga un alcalde y las demás autoridades. No se engañan. Y, precisamente, el reloj de aquella torre comienza a lanzar un alegre sonido, cuyas notas llegan hasta

la torre con las últimas ondulaciones de la brisa.

—¡Anda...! ¡Es en *re mayor*! —dice Yvernés.

—Y a dos por cuatro —dice Pinchinat.

—El reloj da las cinco.

—¿Y comer? —exclama Sébastien Zorn—. ¿Y dormir...? ¿Es que por culpa de ese miserable Munbar vamos a pasar la noche en esta plataforma, a ciento cincuenta pies en el aire?

Es de temer, si el ascensor no viene a ofrecer a los prisioneros el medio de abandonar su cárcel.

En efecto, el crepúsculo es corto en estas latitudes, y el astro del día cae como un proyectil en el horizonte. Las miradas que el cuarteto arroja hasta los últimos límites del cielo no abrazan más que un mar desierto, sin una vela, sin una chimenea. A través del campo circulan los tranvías corriendo a la periferia de la isla o poniendo en comunicación los dos puertos. A aquella hora el parque está aún en toda su animación. Desde lo alto de la torre distínguese lo que pudiera llamarse una inmensa cesta de flores, donde se ven azaleas, clemátides, jazmines, pasionarias, begonias, salvias, jacintos, dalias, camelias y rosas de variadas especies. Los paseantes afluyen, hombres formales, jóvenes, pero no de esos gomosos que son la vergüenza de las grandes ciudades europeas, sino adultos vigorosos y bien constituidos. Vense también señoras y señoritas, la mayor parte vestidas de amarillo paja, el tono preferido en las zonas tórridas. Esta multitud sigue los paseos de fina arena, caprichosamente dibujados entre los céspedes. Unos van tendidos en los almohadones de coches movidos por la electricidad, otros están sentados sobre los bancos del paseo. Más lejos, los jóvenes *gentlemen* se entregan a los ejercicios del tenis, del cricket, del golf, del fútbol y también del polo, montados sobre ardientes *poneys*. Bandas de niños, de esos niños americanos de una exuberancia asombrosa, entre los que el individualismo es tan precoz, sobre todo en las niñas, jugaban sobre los céspedes. Algunos jinetes cabalgaban por pistas cuidadas con gran esmero, mientras otros luchaban en animados *garden-parties*.

Los barrios comerciales de la ciudad están muy frecuentados a aquella hora.

Las aceras movibles se desarrollan con su carga de paseantes a lo largo de las principales arterias. Al pie de la torre, en el *square* del

observatorio, se produce una ida y venida de paseantes, cuya atención desearían atraer los prisioneros. Pinchinat y Frascolin lanzan poderosos clamores. Son oídos, pues muchos brazos se tienden hacia ellos, y hasta sus oídos llegan algunas palabras. Pero ningún gesto de sorpresa. El simpático grupo que se agita en la plataforma no parece asombrarles. En cuanto a las palabras, consisten en *good bye*, en *how do you do?*, en buenos días, y otras fórmulas llenas de amabilidad y cortesía. Se diría que la población está informada de la llegada de los cuatro parisienses a Standard Island, de la que Calixtus Munbar les ha hecho los honores.

—¡Ah..., se burlan de nosotros! —dice Pinchinat.

—Eso es lo que parece —responde Yvernés.

Transcurre una hora, una hora durante la cual los llamamientos han sido inútiles. Las invitaciones de Frascolin no han dado más resultado que las invectivas de Sébastien Zorn. Y llegado el momento de comer, el parque comienza a quedar desierto de paseantes; las calles, de los ociosos que las recorren...

—Sin duda —dice Yvernés, evocando románticos recuerdos— parecemos esos profanos a los que un genio del mal atrae a los recintos sagrados, y que están condenados a perecer por haber visto lo que sus ojos no debían ver...

—¡Y se nos dejará sucumbir a las torturas del hambre! —responde Pinchinat.

—¡No será sino después de haber empleado todos los medios de prolongar nuestra existencia! —exclama Sébastien Zorn.

—Y si es preciso comemos los unos a los otros... se le dará el número uno a Yvernés —dice Pinchinat.

—¡Como queráis! —suspira el primer violín con voz conmovedora, inclinando la cabeza para recibir el golpe mortal.

En este momento se oye un ruido en la profundidad de la torre. El ascensor sube y se detiene al nivel de la plataforma. A la idea de ver aparecer a Calixtus Munbar, los prisioneros se disponen a recibirle como merece.

El ascensor está vacío...

Bien. Se esperará otra ocasión: los engañados sabrán encontrar al burlador. Ahora lo primero es descender a su nivel, y el medio más indicado es ocupar el ascensor.

Así se hace. En cuanto el violonchelista y sus camaradas están en

el aparato, éste se pone en movimiento, y en menos de un minuto llega al piso bajo de la torre.

—¡Y decir —exclama Pinchinat, golpeando con el pie— que no estamos en un *sol naturel*!

No es muy a propósito aquel instante para bromear, y nadie le responde. La puerta está abierta. Los cuatro salen. El patio interior está desierto. Lo atraviesan y siguen las alamedas del *square*.

Allí hay el vaivén de algunas personas que no parecen prestar atención alguna a los peatones. A una observación de Frascaolin, que recomienda prudencia, Sébastien Zorn renuncia a sus intempestivas recriminaciones. A las autoridades es a quienes se les debe pedir justicia. Volver al *Hotel Excelsior*, esperar al día siguiente para hacer valer sus derechos de hombres libres; esto es lo que se decide, y el cuarteto va a pie a lo largo de la Primera Avenida.

¿Tienen al menos el privilegio de atraer la atención pública...? Sí y no. Se les mira, pero sin gran insistencia, tal vez como si fueran de esos raros turistas que visitan alguna vez Milliard City. Ellos, bajo el yugo de aquellas extraordinarias circunstancias, no se encuentran a gusto, y se figuran que se les mira más de lo que realmente se hace. Por otra parte, no es de extrañar que les parezcan de una naturaleza especial aquellos insulares de la isla movable, esas gentes voluntariamente separadas de sus semejantes, errando por la superficie del más grande de los océanos de nuestro hemisferio. Con un poco de imaginación, se podría creer que los habitantes de Standard Island pertenecen a otro planeta del sistema solar. Ésta es la opinión de Yvernés, al que su espíritu sobreexcitado arrastra a los mundos imaginarios. En cuanto a Pinchinat, se contenta con decir:

—Todos estos paseantes tienen, a fe mía, el aire de millonarios, y me hacen el efecto de llevar una hélice pequeña bajo los riñones, como su isla.

Entre tanto, el hambre se acentúa. Desde el almuerzo ha pasado mucho tiempo, y el estómago reclama lo suyo. Trátase, pues, de regresar lo antes posible al *Hotel Excelsior*. Al día siguiente se empezará a dar los pasos convenientes para que se les lleve a San Diego, a bordo de uno de los vapores de Standard Island, después que Calixtus Munbar les indemnice debidamente de los perjuicios que les ha hecho experimentar.

Pero he aquí que, siguiendo la Primera Avenida, Frascolin se detiene ante un suntuoso edificio, que tiene esta inscripción: *Casino*. A la derecha de la soberbia arcada que rodea la puerta principal se ve una fonda y, a través de sus cristales llenos de arabescos, una serie de mesas, algunas de las cuales están ocupadas por gente que come, en torno de la que circula un numeroso personal.

—¡Aquí se come! —dice el segundo violín, consultando con la mirada a sus hambrientos camaradas.

Lo que le vale esta lacónica respuesta de Pinchinat:

—¡Entremos!

Y entran. No parece que allí extrañe su presencia, sin duda por ser el sitio frecuentado por los extranjeros. Cinco minutos después, nuestros hambrientos atacan con ardor los primeros platos de una comida cuyo menú ha pagado Pinchinat. Felizmente, el portamonedas del cuarteto está bien provisto, y si se vacía en Standard Island, los ingresos que obtengan en San Diego no tardarán en llenarlo de nuevo.

Comida excelente, muy superior a la de las fondas de Nueva York o de San Francisco, hecha sobre hornos eléctricos igualmente propios para el fuego suave y el ardiente. A la sopa de ostras en conserva, la fritada de granos de maíz y el apio crudo, los pasteles de ruibarbo, que son tradicionales, se suceden pescados fresquísimos, *rumsteaks* incomparablemente tiernos, caza que proviene, sin duda, de los montes californianos, legumbres debidas al cultivo de la isla. Para bebida, no agua helada a la moda americana, sino variada cerveza y vinos que los viñedos de Borgoña, Bordelesado y el Rin han vertido en las bodegas de Milliard City, a altos precios sin duda.

La comida anima a nuestros parisienses y cambia el color de sus ideas: tal vez ven meno sombría la aventura en que están metidos. No se ignora que los músicos de orquesta beben en exceso; esto, que es natural en los que gastan sus alientos en soltar ondas sonoras por los instrumentos de viento, es menos excusable entre los que se dedican a los de cuerda. ¡No importa! Yvernés, Pinchinat, Frascolin mismo comienzan a ver la vida de color de rosa y hasta de color de oro en aquella ciudad de millonarios. Sólo Sébastien Zorn no deja ahogar su cólera en los vinos originarios de Francia.

Llega la hora de pedir la cuenta. Al cajero Frascolin se la

presenta el *maître d'hôtel* vestido de negro.

El segundo violín arroja una mirada sobre el total, se levanta, se vuelve a sentar, se frota los ojos, mira al techo...

—¿Qué te pasa...? —pregunta Yvernés.

—Un escalofrío de la cabeza a los pies —responde Frascolin.

—¿Es caro...?

—¡Más que caro! Nos sale por doscientos francos...

—¿Los cuatro...?

—No... ¡cada uno!



En efecto: ciento sesenta dólares, ni más ni menos; y como detalle, la cuenta indica el pescado a veinte dólares, los *rumsteaks* a veinticinco, el Médoc y el Borgoña a treinta por botella, y el resto a este tenor.

—¡Caramba! —exclama *Su Alteza*.

—¡Ladrones! —grita Sébastien Zorn.

El *maître d'hôtel* no comprende estas palabras cambiadas en francés. Por otra parte, sospecha algo de lo que sucede, pero la ligera sonrisa que se dibuja sobre sus labios es la de la sorpresa, no la del desdén. Le parece muy natural que una comida para cuatro cueste ciento sesenta dólares. Éstos son los precios de Standard Island.

—¡Nada de escándalo! —dijo Pinchinat—. Francia nos contempla... Paguemos.

—Y no importa cómo; en camino para San Diego —añadió Frascaolin—. ¡Pasado mañana no tendríamos para comprar un *sandwich*!

Dicho esto, tomó su cartera, sacó de ella un respetable número de billetes, que afortunadamente tienen curso en Milliard City, e iba a entregarlos al *maître d'hôtel*, cuando se oyó una voz que decía:

—Estos señores no deben nada.

Es la voz de Calixtus Munbar.

El *yankee* acaba de entrar en el comedor, sonriente, demostrando su buen humor de costumbre.

—¡Él! —exclama Sébastien Zorn, que siente el deseo de cogerle por la garganta y apretársela como aprieta el mástil de su violonchelo en los *forte*.

—Cálmese usted, mi querido Zorn —dice el americano— y háganme el favor de pasar al salón, donde nos espera el café. Allí podremos hablar a nuestro gusto... y después de nuestra conversación...

—¡Le estrangularé a usted! —exclama Sébastien Zorn.

—No... Me besará usted las manos...

—¡Yo no, le besaré a usted nada! —grita el violonchelista a la vez rojo y pálido de cólera.

Un instante después, nuestros amigos sentábanse sobre los mullidos divanes, mientras el *yankee* se balanceaba en una *rocking chair*.

Presentándose a sí mismo a sus huéspedes, se expresa de este modo:

—Calixtus Munbar, natural de Nueva York, de cincuenta años, biznieto del célebre Bamum, y en la actualidad superintendente de Bellas Artes en Standard Island, encargado de cuanto se relaciona con la pintura, la escultura, la música y, generalmente, de todos los placeres de Milliard City. Y ahora que me conocen ustedes...

—Y es que, por casualidad —pregunta Sébastien Zorn— ¿no será usted también un agente de la policía, encargado de atraer a las gentes a la trampa y retenerlas en ella, a pesar suyo...?

—No se apresure usted a juzgarme, irritable violonchelista —responde Calixtus Munbar—, y espere al final...

—Esperamos —replica Frascaolin gravemente— y le escuchamos.

—Señores —dice el *yankee* tomando una actitud graciosa—, en el curso de esta conversación no deseo tratar con ustedes más que la cuestión de música, tal como actualmente se entiende en nuestra isla. Milliard City no posee aún teatro lírico alguno; pero, cuando lo desee, brotarán del suelo como por arte de magia. Hasta el presente, nuestros conciudadanos han satisfecho sus afanes musicales por medio de aparatos perfeccionados, que les han tenido al corriente de las obras maestras líricas. A los compositores antiguos y modernos, los grandes artistas del día, los instrumentistas más en boga, les oímos, cuando nos place, por medio del fonógrafo...

—¡Valiente organillo está hecho vuestro fonógrafo! —exclama desdeñosamente Yvernés.

—No tanto como usted supone —responde el otro—. Poseemos aparatos que han tenido más de una vez la indiscreción de escucharles, cuando se hacían ustedes oír en Boston o en Filadelfia. Y si esto les agrada a ustedes, pueden aplaudirse a sí mismos...

En esta época, los inventos del ilustre Edison han llegado al último grado de perfección. Gracias al admirable inventor del fonógrafo, el talento efímero de los ejecutantes, instrumentistas o cantantes, se conserva para la admiración de las razas futuras, con tanta perfección como la obra de los escultores y pintores. Un eco, si se quiere, pero un eco fiel como una fotografía, reproduciendo los matices, las delicadezas del canto o de la ejecución, en toda su inalterable pureza.

Habla Calixtus Munbar con tal calor, que impresiona a su

auditorio. Recuerda a Saint-Saëns, a Reyer, a Ambrose Thomas, a Gounod, a Massenet, a Verdi, y las obras maestras imperecederas de Berlioz, Meyerbeer, Halévy, Rossini, Beethoven, Haydn, Mozart, como hombre que las conoce a fondo, que las aprecia, que ha consagrado a esparcir su existencia, ya larga, de empresario y al placer de escucharlas. No parece que haya sido atacado por la epidemia wagneriana, por otra parte, y en disminución en esta época.

Cuando se detiene para tomar aliento, Pinchinat, aprovechando la pausa, dice:

—Muy bien está todo eso, pero veo que la Milliard City de usted no ha oído nunca más que música de caja, o en conserva, como las sardinas o el *salt-beef*...

—Perdone usted, caballero...

—Le perdono a usted, pero insisto en este punto: los fonógrafos no encierran más que el pasado, y jamás un artista puede ser oído en el momento mismo en que ejecuta...

—Perdone usted una vez más.

—Nuestro amigo Pinchinat le perdonará a usted todas las veces que quiera, señor Munbar —dice Frascolin—. Tiene los bolsillos llenos de perdones, pero su observación es justa. Si al menos pudieran ustedes ponerse en comunicación con los teatros de América o de Europa...

—¿Y supone usted que eso sea imposible, mi querido Frascolin? —exclama el superintendente, deteniendo el balanceo de su mecedora.

—¿Dice usted...?

—Digo que esto no era más que una cuestión de precio, ¡y nuestra ciudad es bastante rica para satisfacer todas esas fantasías, todas esas aspiraciones que con el arte lírico se relacionan! Y así lo ha hecho...

—Y ¿cómo...?

—Por medio de los teatrófonos, que están instalados en la sala de conciertos de este casino. ¿Acaso la compañía no posee numerosos cables submarinos, sumergidos en todas las aguas del Pacífico, de los que una extremidad está sujeta a la Bahía Magdalena y otra se mantiene en suspenso por medio de poderosas boyas? Pues bien, cuando nuestros conciudadanos quieren oír uno

de los cantantes del Antiguo o del Nuevo Mundo, se saca del agua uno de los cables, y se envía una orden telefónica a los agentes de la Bahía Magdalena. Estos agentes establecen la comunicación, ya con América, ya con Europa. Se unen los hilos o los cables con tal teatro o tal sala de conciertos, y nuestros *dilettanti*, instalados en este casino, asisten realmente a esas lejanas ejecuciones, y aplauden...

—Pero allá abajo no se oyen estos aplausos —exclama Yvernés.

—Otra vez perdón, querido señor Yvernés; se les oye por el hilo de regreso.

Y entonces Calixtus Munbar se lanzó a consideraciones trascendentales sobre la música considerada, no solamente como una de las manifestaciones del arte, sino como agente terapéutico. Conforme al sistema de J. Harford, de la Abadía Westminster, los habitantes de Milliard City han podido hacer constar los resultados extraordinarios de utilizar el arte lírico en ese sentido expuesto. Este sistema les mantiene en un estado de salud perfecta. Ejerciendo la música una acción refleja sobre los centros nerviosos, las vibraciones armónicas producen el efecto de dilatar los vasos arteriales, de influir sobre la circulación, aumentándola o disminuyéndola, según las necesidades. Determina una aceleración de los latidos del corazón y de los movimientos respiratorios, en virtud de las tonalidades y de la intensidad de los sonidos. También los correos de energía musical funcionan en Milliard City, y transmiten las ondas sonoras a domicilio por vía telefónica, etc.

El cuarteto escuchaba con la boca abierta. Jamás había oído discutir su arte desde el punto de vista médico, y probablemente el caso no les producía mucho agrado. Pero, no obstante, el caprichoso Yvernés estaba dispuesto a embrollarse en aquellas teorías, que, por lo demás, se remontaban al tiempo del rey Saúl, conforme a la fórmula del célebre arpista David.

—Sí, sí —exclama, después del último párrafo de Munbar...— Está todo indicado. Basta escoger conforme al diagnóstico... Wagner o Berlioz para los temperamentos linfáticos.

—Y Mendelssohn o Mozart para los temperamentos sanguíneos, lo que sustituye ventajosamente al bromuro de estroncio —responde Calixtus Munbar.

Sébastien Zorn interviene entonces, y hace sonar su nota brutal en medio de aquella conversación de alto vuelo.

—No se trata de eso —dijo—. ¿Por qué nos ha traído usted aquí...?

—Porque los instrumentos de cuerda son los que ejercen la acción más poderosa...

—¡Caballero...! Y ¿es para calmar a vuestros nerviosos y a vuestras nerviosas para lo que ha interrumpido usted nuestro viaje, impidiéndonos llegar a San Diego, donde mañana debíamos dar un concierto?

—¡Por eso, mis excelentes amigos!

—¿Y no ha visto usted en nosotros más que una especie de cirujanos musicales, boticarios líricos? —exclama Pinchinat.

—No, señores —responde Calixtus Munbar levantándose—. Yo he visto en ustedes unos artistas de gran talento y fama. Los aplausos con que se ha acogido al *Cuarteto concertante* en sus viajes por América han llegado hasta nuestra isla, y *Standard Island Company* ha pensado que había llegado el momento de sustituir a los fonógrafos y a los teatrófonos por virtuosos palpables, tangibles, de carne y hueso, y dar a los habitantes de Milliard City el inexplicable placer de una ejecución directa de las obras maestras del arte. Ha querido empezar por la música de cámara, antes de organizar orquestas de ópera, y ha pensado en ustedes, los representantes renombrados de esta música, dándome el encargo de contratarles a cualquier precio. Ustedes, pues, son los primeros artistas que han tenido acceso a Standard Island, y ¡calculen ustedes la acogida que les espera!

Yvernés y Pinchinat se sienten muy conmovidos por estas entusiastas frases, sin pensar que aquello puede ser un engaño. Frascaolin, el hombre reflexivo, se pregunta si aquella aventura se debe tomar en serio. Después de todo, en una isla tan extraordinaria, ¿cómo no ha de ser todo extraordinario? En cuanto a Sébastien Zorn, está resuelto a no rendirse.

—No, caballero —exclama—; ¡no se apodera uno de tal modo de las personas sin su consentimiento! Daremos una queja...

—¡Una queja...! ¡Ingratos, cuando debían ustedes colmarme de gracias!

—¡Y obtendremos una indemnización!

—¡Una indemnización, cuando yo voy a ofrecerles a ustedes cien veces más de lo que podrían esperar...!

—¿De qué se trata? —pregunta el práctico Frascaolin.

Calixtus Munbar saca su cartera, y de ella una hoja de papel con las armas de Standard Island. Después de presentársela a los artistas, dice:

—Firmen ustedes bajo esta acta y el negocio está terminado.

—¿Firmar sin leer...? —responde el segundo violín—. ¡Eso no se hace en ninguna parte!

—¡No se arrepentirán ustedes! —dice Calixtus Munbar, abandonándose a un acceso de hilaridad, que hace retremblar toda su persona—. Pero procedamos de una manera regular. Esto es una contrata que la compañía les propone a ustedes; una contrata por un año, a partir del día de hoy, que tiene por objeto la ejecución de la música de cámara, en la forma indicada en los programas de ustedes en América. Dentro de doce meses, Standard Island estará de regreso en la Bahía Magdalena, donde llegarán ustedes a tiempo...

—¿De dar nuestro concierto en San Diego? ¿No es verdad? —exclama Sébastien Zorn—. En San Diego, donde se nos acogerá con silbidos...



—No, señores; ¡con vítores y bravos! Los *dilettanti* tendrán siempre a gran honor y a gran dicha oír a artistas como ustedes..., ¡hasta con un año de retraso!

¿Quién guarda rencor a hombre semejante?

Frascolin toma el papel y lee atentamente.

—¿Qué garantías tendremos? —pregunta.

—La garantía de la *Standard Island Company*, con la firma de míster Cyrus Bikerstaff, nuestro gobernador.

—Y el sueldo ¿será el indicado en el acta...?

—Exactamente, un millón de francos...

—¿Para los cuatro...? —exclama Pinchinat.

—Para cada uno —responde sonriendo Calixtus Munbar—; y todavía esa cifra no está en relación con el mérito de ustedes, ¡que con nada podría pagarse!

Se comprenderá que no es posible ser más amable. Y, sin embargo, Sébastien Zorn protesta. No quiere aceptar a ningún precio. Quiere partir para San Diego, y no sin trabajo consigue Frascolin calmar su indignación.

Por lo demás, ante la proposición del superintendente, es lógico tener cierta desconfianza. ¡Una contrata por un año, al precio de un millón de francos para cada uno de los artistas! ¿Es esto serio...? Muy serio, como puede advertir Frascolin cuando pregunta:

—¿Y el pago...?

—Por trimestres. Y aquí está el importe del primero.

Y Calixtus Munbar saca de su cartera un montón de billetes de banco: hace cuatro paquetes de cincuenta mil dólares, o sea doscientos cincuenta mil francos, y se los entrega a Frascolin y a sus compañeros.

He aquí una manera de tratar los negocios, a la americana.

Sébastien Zorn se conmueve algo, pero como el mal humor no pierde nunca en él sus derechos, no puede contener esta reflexión:

—Después de todo, al precio en que están las cosas en esta isla... Si se pagan veinticinco francos por un perdigón, se paga sin duda den francos por un par de guantes, y quinientos por un par de botas...

—¡Oh... señor Zorn! La compañía no repara en esas bagatelas —exclama Calixtus Munbar— y desea que los artistas del *Cuarteto concertante* no se ocupen de nada de eso durante su permanencia en

sus dominios.

A estos generosos ofrecimientos, ¿cómo responder, sino firmando la contrata?

Esto es lo que hacen Frascolin, Pinchinat e Yvernés. Sébastien Zorn murmura que todo aquello es absurdo. Embarcarse sobre una isla de hélice ya carece de sentido... A saber cómo acaba aquello... En fin, se decide a firmar.

Y cumplida esta formalidad, si Frascolin, Pinchinat e Yvernés no besaron la mano a Calixtus Munbar, por lo menos se la estrecharon afectuosamente. ¡Cuatro apretones a un millón cada uno...!

Y he aquí cómo el *Cuarteto concertante* está metido en una aventura inverosímil, y en qué circunstancias sus miembros han venido a ser los invitados *inviti* de Standard Island.

CAPÍTULO VII

CABO AL OESTE



tandard Island navega dulcemente por las aguas de este

océano Pacífico, que justifica su nombre en semejante época del año. Acostumbrados a esta traslación tranquila desde hace veinticuatro horas, Sébastien Zorn y sus compañeros no notan que están en curso de navegación. Por poderosas que sean sus centenares de hélices, con fuerza de diez millones de caballos, apenas si un ligero movimiento se propaga a través del casco metálico de la isla. Milliard City no tiembla sobre su base. Ninguna oscilación por efecto de la marejada, a la que, sin embargo obedecen los más fuertes acorazados de las marinas de guerra. No hay casas, ni mesas, ni lámparas para el balanceo. ¿Para qué? Las casas de París, de Londres, de Nueva York, no están fijas con más consistencia sobre sus cimientos.

Después de algunas semanas de escala en Bahía Magdalena, el consejo de notables de Standard Island, reunidos con el cuidado del presidente de la compañía, había dispuesto el programa de desplazamiento anual. La Isla de Hélice iba a surcar los principales archipiélagos del este del Pacífico, por medio de aquella atmósfera tan rica en ozono, en oxígeno condensado, electrizado, dotado de las particularidades activas que no posee el oxígeno en su estado ordinario. Puesto que este aparato tiene la libertad de sus

movimientos, puede aprovecharse de ella y caminar a su antojo, ya al oeste, ya al este, aproximándose al litoral americano cuando le place, o a las costas occidentales de Asia. Standard Island va donde quiere para gustar las distracciones de una navegación variada. Y hasta si le conviene abandonar el océano Pacífico por el océano índico o el Atlántico, doblar el Cabo de Hornos o el de Buena Esperanza, le bastaría tomar otra dirección, y estad convencidos de que ni las tempestades ni las corrientes le impedirían llegar a su destino.

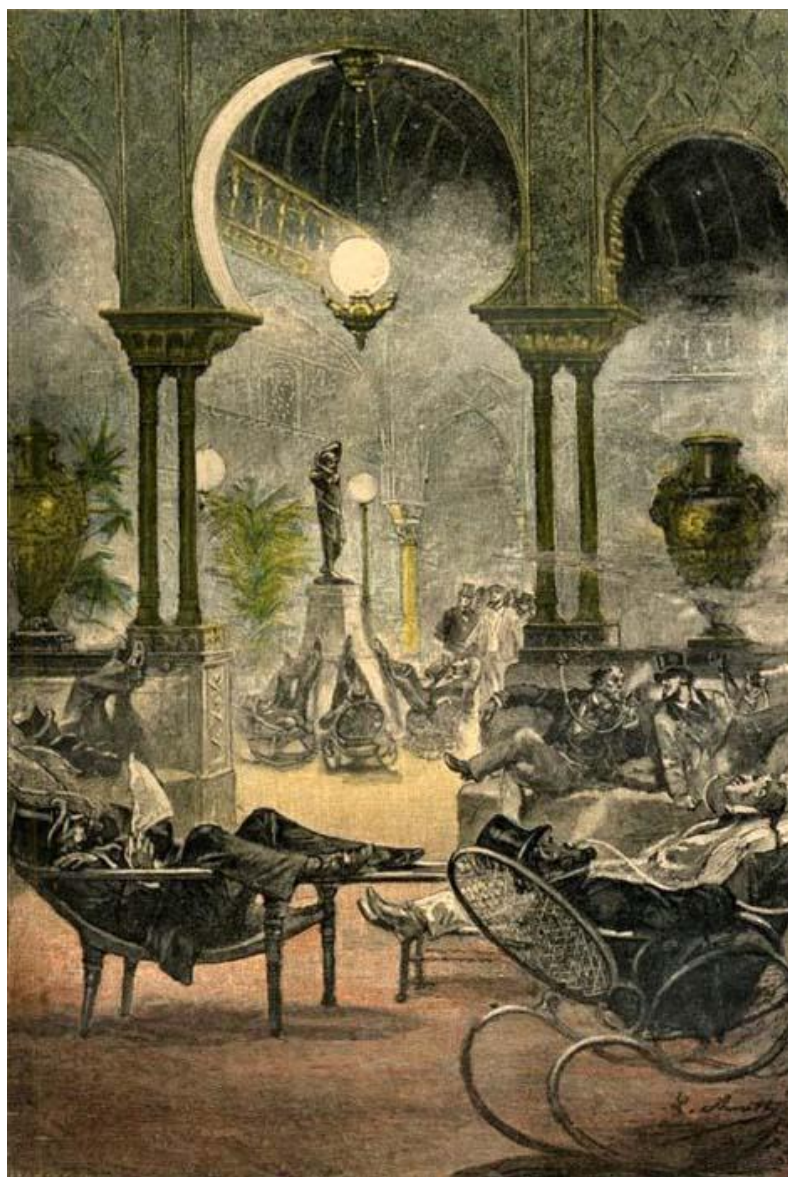
Pero no hay para qué lanzarse a través de estos mares lejanos, donde la *Joya del Pacífico* no encontraría lo que este océano le ofrece en medio del interminable rosario de sus grupos insulares. Éste es un teatro lo suficiente vasto para itinerarios múltiples. La Isla de Hélice puede recorrer de un archipiélago a otro. Si no está dotada de ese instinto especial de los animales, ese sexto sentido de la orientación que les dirige allá donde sus necesidades les llaman, es conducida por una mano segura, siguiendo un programa largamente discutido y unánimemente aprobado. Hasta ahora jamás ha habido desacuerdo sobre este punto entre los *tribordais* y los *babordais*. Y en este momento, en virtud de una decisión tomada, se marcha al oeste, hacia el grupo de las Sandwich. Esta distancia de mil doscientas leguas, que separa este grupo del sitio donde se ha embarcado el cuarteto, se recorrerá en un mes con una velocidad moderada, y la isla hará escala en este archipiélago hasta el día en que le convenga ir a otro del hemisferio meridional.

Al día siguiente de aquel día memorable, el cuarteto abandona el *Hotel Excelsior* yendo a instalarse a un departamento del casino puesto a su disposición: departamento cómodo, ricamente amueblado. La Primera Avenida se extiende ante sus ventanas. Sébastien Zorn, Frascaolin, Pinchinat, Yvernés tienen cada uno su cuarto en torno a un salón común. El patio central del establecimiento les da la sombra de sus árboles y la frescura de sus murmuradoras fuentes. En un lado de este patio se encuentra el museo de Milliard City, y al otro la sala de conciertos, donde los artistas parisienses van tan felizmente a reemplazar los ecos de los teatrófonos. Dos veces, tres, tantas como lo deseen, tendrán preparado su cubierto en el restaurante, sin que el *maître d'hôtel* les presente sus inverosímiles cuentas.

Aquella mañana, cuando están reunidos en el salón, algunos instantes antes de bajar a desayunarse, pregunta Pinchinat:

—Y bien, ¿qué decís de esto?

—Que es un sueño —responde Yvernés; un sueño en el que estamos contratados a un millón por año...



—Es una realidad —dice Frascolin—. Busca en tu bolsillo, y encontrarás el precio del primer trimestre.

—Resta saber cómo acabará esto... Yo imagino que muy mal —exclama Sébastien Zorn—. Además, ¿y nuestro equipaje?

En efecto, los equipajes debían ser enviados a San Diego, de donde no pueden volver y a donde sus propietarios no pueden ir a buscarlos. ¡Oh! ¡Equipaje bien rudimentario! Ropa blanca, utensilios de tocador, y también, es cierto, el traje oficial para comparecer ante el público. No hay por qué inquietarse por esto. En cuarenta y ocho horas, aquel guardarropa, un poco deteriorado, será sustituido por otro puesto a la disposición de los cuatro artistas, sin que tengan que pagar mil quinientos francos por el traje y quinientos por las botas.

Además, Calixtus Munbar, encantado de haber llevado adelante y con tal habilidad este delicado negocio, procura adelantarse a los deseos del cuarteto. Imposible imaginar un hombre más complaciente. Ocupa uno de los departamentos del casino, cuyos diversos servicios están bajo su alta dirección, y la compañía le da un sueldo digno de su magnificencia y munificencia... Preferimos no indicar la cifra.

En el casino hay salas de lectura y de juego; pero el bacarrá, el treinta y cuarenta, la ruleta, el póquer y los demás juegos de azar están rigurosamente prohibidos. Hay también un salón de fumar, donde funciona el transporte a domicilio del tabaco, preparado por una sociedad fundada recientemente. El humo del tabaco quemado en los quemadores de un establecimiento central, purificado y limpio de nicotina, es distribuido por tubos con boquillas de ámbar especiales para cada fumador. No hay más que aplicar los labios, y un contador indica el consumo diario.

En este casino, al que los *dilettanti* pueden ir a entusiasmarse con aquella música lejana de la que hemos hablado, y a la que ahora van a unirse los conciertos del cuarteto, se encuentran también las colecciones de Milliard City. Para los aficionados a la pintura, el museo, rico en cuadros antiguos y modernos, ofrece numerosas obras maestras, adquiridas a peso de oro: telas de las escuelas italiana, holandesa, alemana, francesa, que podrían envidiar las colecciones de París, de Londres, de Munich, de Roma y de Florencia. Cuadros de Rafael, de Leonardo da Vinci, de Giorgione,

de Correggio, de Domenichino, de Ribera, de Murillo, de Ruysdael, de Rembrandt, de Rubens, de Cuyp, de Frans Hals, de Hobbema, de Van Dyck, de Holbein, etc., y también, entre los modernos, obras de Cabat, de Delaroche, de Regnault, de Delacroix, de Scheffer, de Fragonard, de Ingres, de Couture, de Meissonier, de Millet, de Rousseau, de Jules Dupré, de Brascassat, de Mackart, de Turner, de Troyon, de Corot, de Daubigny, de Baudry, de Bonnat, de Carolus Duran, de Jules Lefebvre, de Vollon, de Bretón, de Binet, de Yon, de Cabanel, etc. Con el objeto de asegurarles una eterna duración, estos cuadros están colocados en el interior de vitrinas, donde se ha hecho antes al vacío. Conviene observar que los impresionistas y los futuristas no han asaltado aún este museo; pero sin duda no tardarán y Standard Island no escapará a esta invasión. El museo posee igualmente estatuas de gran valor, mármoles de los grandes escultores antiguos y modernos, colocados en los patios del casino. Merced a este clima sin lluvias ni borrascas, grupos, estatuas y bustos pueden impunemente resistir los ultrajes del tiempo.

Arriesgado sería pretender que estas maravillas sean visitadas con frecuencia, y que los nababs de Milliard City tengan un gusto muy pronunciado por estas producciones del arte. Sin embargo, lo que es preciso hacer notar es que la sección de Tribord cuenta más aficionados que la de Babord. Por lo demás, todos están de acuerdo cuando se trata de adquirir alguna obra maestra, y entonces sus inverosímiles pujadores dejan atrás a todos los duques de Aumale y a todos los Chauchard del antiguo y del nuevo continente.

Las salas más frecuentadas del casino son las de lectura, consagradas a los periódicos, a las revistas europeas y americanas, llevados por los vapores de Standard Island, en servicio regular con la Bahía Magdalena. Después de haber sido hojeadas, leídas y releídas, las revistas son colocadas en los estantes de la biblioteca, donde se alinean algunos millares de obras, cuya clasificación requiere los servicios de un bibliotecario, con sueldo de veinticinco mil dólares, y que es tal vez el menos ocupado de los funcionarios de la isla. Dicha biblioteca contiene también cierto número de libros fonográficos; para evitarse el trabajo de leer se oprime un botón y se oye la voz de un excelente lector, que lee con tal perfección que sería lo mismo que *Phèdre* de Racine leída por M. Legouvé.

En cuanto a los periódicos de la localidad, son redactados,

compuestos e impresos en los talleres del casino, bajo la dirección de dos redactores jefes. El uno es el *Starboard Chronicle*, para la sección de Tribord; el otro el *New Herald*, para la de Babord. La crónica es alimentada por hechos diversos; la llegada de los *paquebots*, las noticias del mar, los encuentros marítimos, las tarifas que interesan al barrio del comercio, el sitio cotidiano de la isla en longitud y latitud, las decisiones del consejo de notables y las del gobernador, las actas del estado civil: nacimientos, matrimonios, defunciones, estas últimas muy raras. Por lo demás, allí no hay ni robos ni asesinatos; los tribunales no funcionan más que para los negocios civiles, las cuestiones entre particulares. Jamás artículos sobre los centenarios, porque la longevidad de la vida humana no es aquí el privilegio de algunos.

En lo que se refiere a la política extranjera, la isla la conoce al día por sus comunicaciones telefónicas con la Bahía Magdalena, donde se unen los cables sumergidos en las profundidades del Pacífico. Los habitantes de Milliard City están, pues, informados de cuanto pasa en el mundo entero cuando los hechos presentan algún interés. Añadamos que el *Starboard Chronicle* y el *New Herald* han vivido hasta el presente bastante bien avenidos, aunque no se puede jurar que esta cortesía dure siempre. Muy tolerantes y conciliadores en el terreno de la religión, el protestantismo y el catolicismo se avienen en Standard Island. Verdad es que en el porvenir, si la odiosa política se mezcla, si la nostalgia de los negocios hace presa en los unos, si las cuestiones de interés personal y amor propio se ponen en juego..., no se podría afirmar lo que sucedería.

Además de estos dos diarios, de un precio muy elevado, los hay semanales o mensuales, que reproducen los artículos de fondo de los extranjeros, de Sarcey, de Lemaitre, de Charmes, de Foumel, de Deschamps, de Fouquier y otros críticos de fama. Además, otros, ilustrados o no, sin contar media docena de hojas consagradas a las noticias de sociedad, y que no tienen otro objeto que distraer un instante y confortar el ánimo, y hasta el estómago. Sí... Algunos de éstos están impresos sobre una pasta comestible con tinta de chocolate. Después de leerlos se comen como desayuno. Hay unos que son astringentes, otros ligeramente purgantes. Con este motivo conviene decir que el cuarteto encuentra esta invención tan agradable como práctica.

—¡He aquí lecturas de una fácil digestión! —observa Yvernés.

—¡Y una literatura alimenticia! —responde Pinchinat—. Repostería y literatura mezcladas: ¡esto concuerda perfectamente con la música higiénica!

Natural es ahora preguntarse de qué recursos dispone la isla para sostener una población en tales condiciones de bienestar, como no tiene ninguna otra ciudad de los dos mundos. Preciso es que sus rentas se eleven a una suma inverosímil, teniendo en cuenta los créditos asignados a los diversos servicios y los sueldos de que gozan los más modestos empleados.

Y cuando interrogan al superintendente con este motivo, les responde:

—Aquí no hay negocios. No tenemos ni *Board of Trade*, ni Bolsa, ni industria. Respecto al comercio, no hay más que el preciso para las necesidades de la isla, y no ofreceremos jamás a los extranjeros el equivalente del World's Fair de Chicago en 1893 y de la Exposición de París de 1900. No es, pues, a los negocios a los que pedimos los recursos necesarios para el sostenimiento de Standard Island, sino a la Aduana. ¡Sí! Los derechos de Aduana nos permiten satisfacer todas las exigencias del presupuesto...

—¿Y ese presupuesto...? —pregunta Frascaolin.

—¡Alcanza la cantidad de veinte millones de dólares, mis excelentes amigos!

—¡Cien millones de francos —exclama el segundo violín— para una ciudad de diez mil almas...!

—Como usted lo dice, mi querido Frascaolin, y esa suma proviene únicamente de los derechos de aduana. No tenemos arbitrios, pues los productos de la isla son casi insignificantes. No; nada más que los derechos percibidos en Tribord Harbour y en Babord Harbour. Esto les explicará a ustedes la carestía de los objetos de consumo; carestía relativa, pues esos precios, por elevados que a ustedes les parezcan, están en relación con los medios de que dispone cada uno.

Y he aquí a Calixtus Munbar entregándose de nuevo a las alabanzas de su isla, que considera un pedazo de un planeta superior caído en pleno océano Pacífico; un edén flotante, refugio de sabios. Si la verdadera dicha no está allí, es que no existe.

Parece decir:

—Entren ustedes, señores... entren ustedes, señoras... Pasen al control... Hay pocas localidades... Se va a comenzar... Tomen billete, etc.

Y es verdad: los sitios son pocos; los billetes caros. ¡Bah! El superintendente hace el titiritero con estos millones, que no son más que unidades en aquella millonada ciudad.

Con aquel discurso, donde las frases forman cascadas y los gestos se multiplican con un frenesí semaforico, el cuarteto se pone al corriente de las diversas ramas de la administración. En primer lugar, hay escuelas donde se da instrucción gratuita y obligatoria, dirigidas por profesores pagados como ministros. Allí se aprenden las lenguas muertas y vivas, la historia y la geografía, las ciencias físicas y matemáticas, las artes de adorno, mejor que en cualquier universidad o academia del mundo antiguo, según Calixtus Munbar. Pero lo cierto es que los estudiantes no se fatigan gran cosa; y si la actual generación posee todavía algún barniz de los estudios hechos en los colegios de los Estados Unidos, la generación que la suceda tendrá menos instrucción que rentas.

Pero los habitantes de aquella isla movable ¿no viajan al extranjero? ¿No van nunca a visitar otros países, las grandes capitales de Europa? ¿No recorren las comarcas a las que el pasado ha legado tantas obras maestras de todo género? Sí; algunos van a regiones lejanas, impulsados por cierto sentimiento de curiosidad. Pero se fatigan; se aburren; no encuentran la existencia uniforme de Standard Island; sufren con el calor y el frío; se acatarran, en fin, y en Milliard City nadie se acatarran. Así es que esos imprudentes que han tenido la desdichada idea de abandonar su isla, tienen gran impaciencia por volver. ¿Qué provecho han sacado de estos viajes? Ninguno. «Partieron maletas y maletas vuelven», como dice una antigua sentencia de los griegos; y añadiremos: quedarán maletas.

Respecto a los extranjeros, a quienes deberá atraer la celebridad de Standard Island, esta novena maravilla del mundo, desde que la Torre Eiffel ocupa el número ocho, Calixtus Munbar opina que nunca serán muy numerosos. De los que habían ido el último año, la mayor parte eran americanos. De otras naciones, pocos o ninguno. Sin embargo, hubo algunos ingleses, fáciles de reconocer por su pantalón invariablemente levantado, bajo pretexto de que llueve en Londres. Por otra parte, Gran Bretaña no ha visto con

agrado la creación de aquella isla artificial, que, en su opinión, interrumpe la circulación marítima, y se alegraría de su desaparición. En cuanto a los alemanes, no obtienen más que una mediana acogida, como gentes que pronto hubieran hecho de Milliard City una nueva Chicago, si se les dejara. De todos los extranjeros, los franceses son los que la Compañía acepta con más simpatía, por no pertenecer a las razas invasoras de Europa. Pero ¿había hasta entonces aparecido un francés por Standard Island...?

—No es probable —hace observar Pinchinat.

—No somos demasiado ricos —añade Frascolin.

—Para ser rentista, es posible —responde Calixtus Munbar—; pero no para ser funcionarios...

—¿Hay, pues, uno de nuestros compatriotas en Milliard City...?
—pregunta Yvernés.

—Hay uno.

—Y ¿quién es ese privilegiado?



—Monsieur Athanase Dorémus.

—Y ¿qué hace aquí ese Athanase Dorémus? —dice Pinchinat.

—Es profesor de baile y de modales distinguidos, y está bien pagado por la administración, sin hablar de las lecciones particulares a domicilio...

—¡Que sólo un francés es capaz de dar! —añade *Su Alteza*.

Al presente, el cuarteto sabe a qué atenerse sobre la organización administrativa de Standard Island. No queda más que abandonarse al encanto de aquella navegación que la arrastra hacia el oeste del Pacífico. A no ser porque el sol se levanta tan pronto sobre un punto de la isla como sobre otro, según la orientación que ella toma, Sébastien Zorn y sus compañeros podrían creerse en tierra firme.

Por dos veces, durante la quincena que siguió, estallaron tormentas con fuertes borrascas y terribles huracanes, pues también se forman algunas sobre el Pacífico, a pesar de su nombre. Las olas se estrellaron contra el casco metálico, cubriéndole con su espuma, pero Standard Island no se conmovió por los asaltos del mar. Los furores del océano nada pueden contra ella. El genio del hombre ha vencido a la naturaleza.

Quince días después de su llegada, el 11 de junio, el cuarteto da un primer concierto, cuyo cartel, con letras eléctricas, es paseado por las grandes avenidas. No hay que decir que los instrumentistas han sido presentados antes al gobernador y a la municipalidad. Cyrus Bikerstaff les ha hecho la más calurosa acogida. Los periódicos han relatado los triunfos del *Cuarteto concertante* en los Estados Unidos de América, y han felicitado con entusiasmo a Calixtus Munbar por haberse asegurado su concurso de manera un poco arbitraria, como se sabe. ¡Qué alegría ver y oír a estos artistas ejecutando las obras de los maestros!

De que los cuatro parisienses hayan sido contratados por el casino de Milliard City con fabulosos sueldos, no hay que deducir que sus conciertos se ofrezcan gratis al público. Lejos de esto; la administración espera obtener un buen beneficio, como hacen esos empresarios americanos a los que sus cantantes cuestan un dólar por nota. Es costumbre pagar por los conciertos teatrofónicos y fonográficos del casino, y aquel día se pagará también e infinitamente más caro. Los asientos están todos a un precio igual:

doscientos dólares el sillón, o sea mil francos en moneda francesa, y Calixtus Munbar se lisonjea de que la sala estará llena.

No se engaña. Se han comprado todos los asientos disponibles. La cómoda y elegante sala del casino no contiene más que unos cien, es verdad; y de haberse subastado, no se sabe a lo que hubieran ascendido los ingresos; pero tal subasta hubiera sido contraria a los usos de Standard Island. Todo lo que tiene un valor marcado es limitado por las tarifas, tanto lo superfluo como lo necesario. Sin esta precaución, y teniendo en cuenta las fortunas inverosímiles de algunos, se produciría un acaparamiento que convendría evitar. Verdad es que si los ricos de Tribord van al concierto por amor al arte, los ricos de Babord no van allí más que por conveniencia.

Cuando Sébastien Zorn, Pinchinat, Yvernés y Frascolin aparecían ante los espectadores de Nueva York, de Chicago, de Filadelfia, de Baltimore, no exageraban al decir: «He aquí un público que vale millones». Aquella tarde quedarían bajo la realidad si no contaran por *milliards*. ¡Calcúlese! Jem Tankerdon, Nat Coverley y sus familias brillan en la primera fila. En los otros asientos, *passim*, otros aficionados que, aunque no tan ricos, no dejan de tener la bolsa bien repleta, como dice Pinchinat.

—¡Vamos! —exclama el director del cuarteto cuando llega el momento de presentarse en el estrado.

Y van, no más emocionados ni tanto como hubiesen ido ante un público parisiense, el que tal vez tiene menos dinero en el bolsillo, pero más sentimiento artístico en el alma.

Conviene advertir que, aunque todavía no hayan tomado lecciones de su compatriota el profesor de modales, Sébastien Zorn, Yvernés, Frascolin y Pinchinat tienen un aspecto muy correcto, con su corbata blanca de veinticinco francos, guantes gris perla de cincuenta, camisa de setenta, botas de ciento ochenta, chaleco de doscientos, pantalón negro de quinientos y frac negro de mil quinientos, por cuenta de la administración, claro está. Son aclamados, aplaudidos calurosamente por las manos de los de Tribord, más discretamente por las de los de Babord; es cuestión de temperamento.

El programa del concierto consta de cuatro números, que les ha suministrado la biblioteca del casino, ricamente provista merced a

los cuidados de Calixtus Munbar.

Primer cuarteto en mi bemol; op. 12 de Mendelssohn.

Segundo cuarteto en la mayor; op. 16 de Haydn.

Décimo cuarteto en mi bemol; op. 74 de Beethoven.

Quinto cuarteto en la mayor; op. 10 de Mozart.



Los ejecutantes hacen maravillas en aquella sala de millonarios, a bordo de la isla flotante, en la superficie de un abismo cuya profundidad pasa de cinco mil metros en aquella parte del Pacífico. Obtienen un triunfo considerable y justificado, sobre todo entre los *dilettanti* de la sección de Tribord. Preciso es ver al superintendente en aquella noche memorable. Está radiante. ¡Qué dichoso debut para los campeones de la música concertante y para su empresario!

Es preciso observar que si la sala está llena, lo mismo pasa en los alrededores del casino. Hay muchos que no han podido adquirir sitio dentro, y otros a los que el alto precio de los asientos ha detenido. Los de fuera oyen desde lejos, como si aquella música saliese de la caja de un fonógrafo o del pabellón de un teléfono; pero no por esto son menos vivos sus aplausos.

Éstos estallan con fragor cuando, acabado el concierto, Sébastien Zorn, Yvernés, Frascolin y Pinchinat se presentan sobre la terraza del pabellón de la izquierda. La Primera Avenida está inundada de luminosos rayos. Desde lo alto, las lunas eléctricas vierten sus resplandores, de los que la pálida Selene debe de estar celosa.

Frente al casino, sobre la acera, un poco aparte, un grupo atrae la atención de Yvernés. Fórmanlo un hombre que tiene a una mujer asida del brazo. El hombre es de buena estatura, de fisonomía distinguida, severa, casi triste; su edad puede ser de unos cincuenta años. La mujer, de algo menor edad, alta y de aspecto altivo, deja ver bajo su sombrero cabellos blanqueados por la edad.

Yvernés, interesado por su actitud reservada, muestra el grupo a Calixtus Munbar y le pregunta:

—¿Quiénes son esas personas?

—¿Ésas? —responde el otro, haciendo un gesto desdeñoso—; ¡oh...! Son furiosos melómanos.

—Y ¿por qué no han tomado un asiento en la sala del casino?

—Sin duda porque es muy caro para ellos.

—¿Entonces su fortuna...?

—No llega a doscientos mil francos de renta...

—¡Bah! —dice Pinchinat—. ¿Y quiénes son esos pobres diablos...?

—El rey y la reina de Malecarlia.

CAPÍTULO VIII

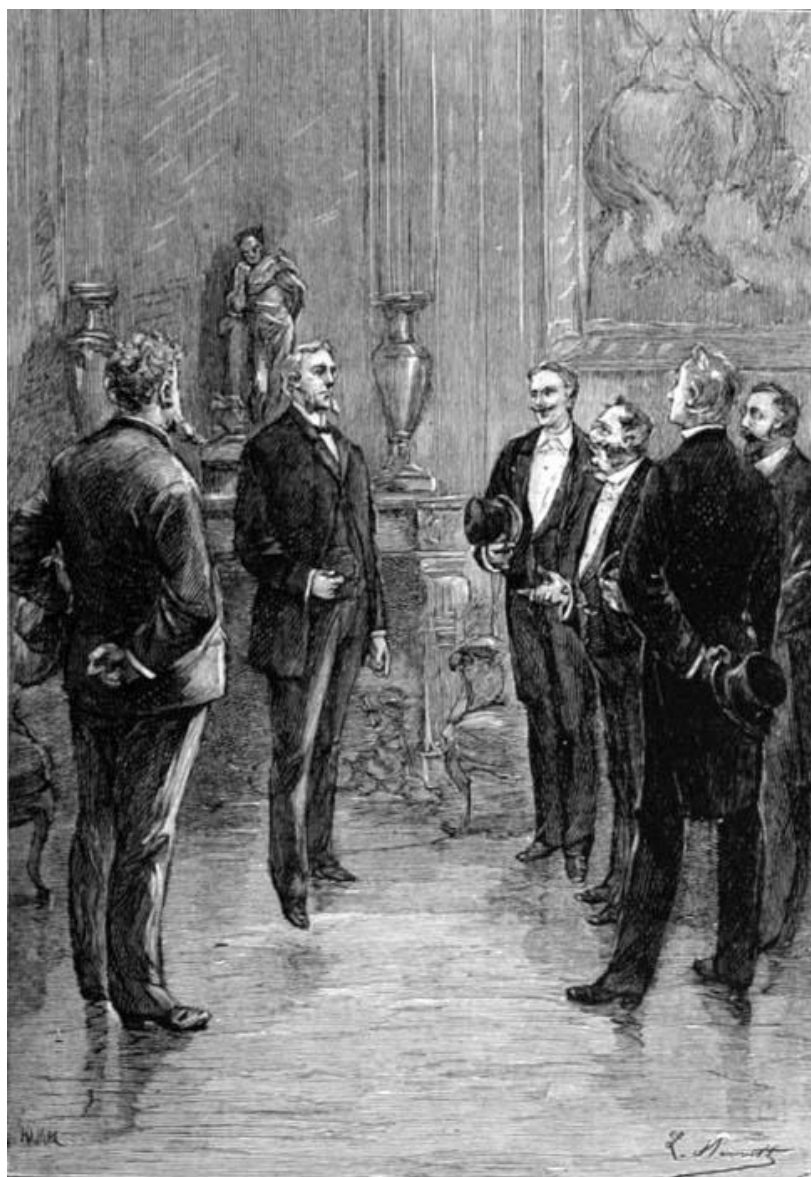
NAVEGACIÓN



Después de haber creado aquel extraordinario aparato de navegación, *Standard Island Company* tuvo que atender las exigencias de una doble organización, de una parte marítima y de otra administrativa.

Ya se sabe que la primera tiene por director, o más bien por capitán, al comodoro Ethel Simcoe, de la marina de los Estados Unidos. Es un hombre de unos cincuenta años, navegante experimentado, que conoce a fondo los parajes del Pacífico, sus corrientes, sus tempestades, sus escollos, sus estructuras coralígenas. De aquí su aptitud para conducir con mano segura la Isla de Hélice, confiada a sus cuidados, y las ricas existencias, de las que es responsable ante Dios y ante los accionistas de la sociedad.

La segunda organización, que comprende los diversos servicios administrativos, está en manos del gobernador de la isla. Míster Cyrus Bikerstaff es un *yankee* de Maine, uno de los estados federales que tomaron la menor parte en las luchas fratricidas de la confederación americana durante la guerra de Secesión. Cyrus Bikerstaff ha sido, pues, felizmente escogido para guardar un justo medio entre las dos secciones de la isla.



El gobernador, que se acerca a los setenta años, es soltero. Hombre frío, que posee el *self control*, muy correcto, muy enérgico bajo su apariencia flemática, muy inglés por su actitud reservada, sus modales de *gentleman* y la discreción diplomática que acompaña a sus palabras y a sus actos. En otro país que no fuera Standard Island, sería un hombre muy considerable, y, por consecuencia, muy considerado; pero aquí no es, en suma, más que el agente superior de la compañía. Aunque por su cargo tenga la función civil de un pequeño soberano de Europa, no es rico; ¿y qué papel puede hacer en presencia de los nababs de Milliard City?

Cyrus Bikerstaff, al mismo tiempo que gobernador de la isla, es el alcalde de la capital. Como tal, ocupa un Ayuntamiento situado en la extremidad de la Primera Avenida, en el lado opuesto del observatorio, donde reside el comodoro Ethel Simcoe. Allí tiene sus oficinas, y allí se reciben todas las actas del estado civil, nacimientos en número suficiente para asegurar el porvenir; defunciones: los muertos son transportados al cementerio de la Bahía Magdalena; matrimonios, que deben ser celebrados civilmente antes que religiosamente, según dispone el código de Standard Island. Allí funcionan los diversos servicios de la Administración, y no dan motivo de queja alguna a los administrados, lo que hace honor al alcalde y a sus agentes. Cuando Sébastien Zorn, Pinchinat, Yvernés y Frascaolin le fueron presentados por Calixtus Munbar, experimentaron en su presencia una impresión favorable, la que produce un hombre bueno y justo, de espíritu práctico, que no se abandona ni a prejuicios ni a quimeras.

—Señores —les dijo—, para nosotros es una verdadera suerte el tenerles aquí. Tal vez el procedimiento empleado por nuestro superintendente no ha sido de una absoluta corrección. Pero espero que le disculpen ustedes. Por otra parte, no tendrán ustedes motivo de queja de nuestra municipalidad. No exigiré de ustedes más que dos conciertos mensuales, dejándoles en libertad de aceptar las invitaciones particulares que les sean dirigidas. Saludo en ustedes a músicos de gran valor, y no olvidaré jamás que ustedes son los primeros artistas que he tenido el honor de recibir.

Esta acogida encanta al cuarteto, y no oculta su satisfacción a Calixtus Munbar.

—Sí... míster Cyrus Bikerstaff es un hombre muy amable —

responde el superintendente, encogiéndose ligeramente de hombros —. Es una lástima que no posea uno o dos *milliards*...

—Nunca se es perfecto —responde Pinchinat.

El alcalde gobernador de Milliard City tiene dos auxiliares para la sencillísima administración de la Isla de Hélice y algunos empleados, retribuidos convenientemente, afectos a diversos servicios. Consejo municipal no lo hay. ¿Para qué? Está reemplazado por el consejo de notables: unos treinta personajes de los más calificados por su inteligencia y por su fortuna. Reúnese cuando hay que tomar algún importante acuerdo: entre otros, el itinerario que debe seguirse en interés de la higiene general. Alguna vez hay en este punto, como nuestros parisienses pudieron ver, materia de discusión y dificultades para llegar a un acuerdo. Pero hasta aquí, gracias a su intervención hábil y sabia, Cyrus Bikerstaff ha conseguido siempre conciliar los intereses opuestos y el amor propio de sus administrados.

No hay que decir que uno de sus dos auxiliares es protestante, Barthelémy Ruge, y católico el otro, Hubley Harcourt, escogidos entre los altos funcionarios de *Standard Island Company*, y que secundan con celo e inteligencia a Cyrus Bikerstaff.

Así vive desde hace ya dieciocho meses, en la plenitud de su independencia, fuera de toda relación diplomática, libre sobre aquel vasto mar del Pacífico, al abrigo de las inclemencias del tiempo y bajo el cielo que escoge, la isla sobre la cual el cuarteto va a permanecer un año entero. Que se halle expuesta a algunas aventuras, que el porvenir le reserve algo imprevisto, no se sabría imaginar ni temer, estando, como dice el violonchelista, todo dispuesto a bordo con orden y regularidad. Sin embargo, al crear ese dominio artificial lanzado a la superficie del océano, ¿el genio humano no ha traspasado los límites asignados al hombre por el Creador...?

La navegación continúa hacia el oeste. Todos los días, en el momento en que el sol pasa el meridiano, se establece el punto por los oficiales del observatorio, que están a las órdenes del comodoro Ethel Simcoe. Un cuádruple cuadrante, colocado en las caras laterales de la atalaya del Palacio municipal, da la posición exacta de la isla en longitud y latitud, y estas indicaciones son enviadas telegráficamente a los últimos rincones de las calles, a los hoteles,

edificios públicos, al interior de las casas particulares, al mismo tiempo que la hora, que varía según el desplazamiento sea hacia el oeste o el este. Los habitantes de Milliard City pueden, pues, a cada instante, saber el lugar que Standard Island ocupa en su itinerario.

Aparte del movimiento insensible en la superficie de este océano, Milliard City no ofrece diferencia alguna con las grandes capitales del antiguo y del nuevo continente. La vida es idéntica; lo mismo en la parte pública que en la privada.



Poco ocupados nuestros instrumentistas, emplean sus primeros cuidados en visitar cuanto la *Joya del Pacífico* encierra de curioso. Los tranvías les transportan a todos los sitios de la isla. Las dos fábricas de fuerza eléctrica excitan en ellos verdadera admiración por la ordenación simple de su utillaje, la potencia de sus máquinas, que mueven un doble rosario de hélices, y la admirable disciplina de su personal, dirigidas la una por el ingeniero Watson, la otra por el ingeniero Somwah. A intervalos regulares, Tribord y Babord reciben los vapores asignados al servicio de la isla, según su posición presente más facilidad para la recalada.

Si el obstinado Sébastien Zorn rehúsa admirar estas maravillas y Frascaolin se muestra moderado en este punto, ¿en qué estado de admiración está sin cesar el entusiasta Yvernés! En su opinión, el siglo xx no transcurrirá sin que los mares estén llenos de islas flotantes. Ésta debe ser la última palabra del progreso. ¡Qué espectáculo más soberbio, más extraordinario el de aquella isla flotante yendo a visitar a sus hermanas de Oceanía! En cuanto a Pinchinat, siéntese trastornado por no oír hablar más que de millones. Los billetes son de circulación corriente. Se llevan por costumbre dos o tres mil dólares en el bolsillo. Y, más de una vez, *Su Alteza* dice a Frascaolin:

—Viejo mío, ¿por casualidad tienes ahí mil francos...?

Entre tanto el cuarteto ha entablado algunas relaciones, seguro de ser bien recibido en todas partes. Recomendados por Munbar, ¿quién no ha de tratarles bien?

En primer lugar, han visitado a su compatriota Athanase Dorémus, profesor de baile, de gracia y de buenos modales.

Este hombre ocupa en la sección de Tribord una modesta casa de la Vigesimoquinta Avenida, cuyo alquiler le cuesta tres mil dólares. Una vieja negra le sirve de criada por cien dólares mensuales. Está encantado de entrar en relaciones con franceses... franceses que hacen honor a Francia.

Es un viejo de setenta años, flaco, de poca estatura, la mirada aún viva, con los dientes cabales y abundante cabellera, blanca como su barba. Camina con cierta cadencia rítmica, el busto hacia delante, los riñones encorvados, los brazos separados, los pies un poco hacia fuera e irreprochablemente calzados. Nuestros artistas tienen gran placer en hacerle hablar, a lo que él se presta con buena

voluntad, pues su gracia es igual a su locuacidad:

—¡Qué dichoso soy, mis queridos compatriotas! ¡Qué dichoso soy! —repite veinte veces en la primera visita—. ¡Qué dichoso soy al verles! ¡Qué idea más excelente han tenido ustedes de venir a esta ciudad! No lo sentirán ustedes, pues, por mi parte, ahora que ya estoy habituado a ella, no comprendería que fuera posible vivir de otro modo.

—¿Y cuánto tiempo hace que está usted aquí, señor Dorémus? —pregunta Yvernés.

—Desde hace dieciocho meses —responde el profesor—. Desde la fundación de Standard Island. Gracias a los excelentes informes de que disponía en Nueva Orleans, donde estaba establecido, he podido hacer aceptar mis servicios a míster Cyrus Bikerstaff, nuestro querido gobernador. Desde aquel día, el sueldo que me fue señalado por dirigir un conservatorio de baile, gracia y buenos modales me ha permitido vivir aquí...

—¡A lo millonario! —exclama Pinchinat.

—¡Oh...! Los millonarios aquí...

—Ya sé... ya sé, mi querido compatriota; pero después de lo que nos ha dejado entender el superintendente, los cursos del conservatorio no serán seguidos por muchos...

—No tengo más discípulos que en la ciudad, es cierto... y hombres únicamente, pues las mujeres se creen provistas desde que nacen de todas las gracias necesarias. También los jóvenes prefieren tomar lecciones en secreto, ¡y en secreto, pues, les inculco los bellos modales franceses!

Sonríe al hablar, hace carantoñas como una vieja coqueta y prodiga graciosas actitudes.

Athanase Dorémus, un picardo de Santerre, ha abandonado Francia desde su primera juventud para ir a instalarse en los Estados Unidos, en Nueva Orleans; entre la población de origen francés de nuestra Luisiana no le han faltado ocasiones de ejercer sus talentos. Admitido en las principales familias, obtuvo éxito y pudo hacer algunas economías. Era el momento en que *Standard Island Company* daba a conocer su negocio, multiplicando los prospectos, prodigando los anuncios en los periódicos, excitando a todos esos archimillonarios a quienes los ferrocarriles, los pozos de petróleo y el comercio de puercos, salados o no, habían constituido

incalculables fortunas. Athanase Dorémus tuvo entonces la idea de solicitar un empleo al gobernador de la ciudad, donde los profesores de su especie no le harían competencia. Ventajosamente conocido de la familia Coverley, que era originaria de Nueva Orleans, y gracias a la recomendación de su jefe, que iba a llegar a ser uno de los notables de más viso de Tribord de Milliard City, fue bien acogido, y he aquí la razón de que un picardo se encontrase entre los funcionarios de Standard Island. Verdad es que no da lecciones más que en su casa, y la sala del casino destinada a ellas no ve nunca reflejarse en sus espejos más persona que la del profesor; lo que importa poco, porque el sueldo es el mismo.

En suma, un hombre algo ridículo y maníaco, bastante infatuado de sí mismo y persuadido de que posee, con la herencia de los Vestris y de los Saint-Léon, las tradiciones de los Brummel y de los lord Seymour. A los ojos del cuarteto es un compatriota, cualidad que debe ser siempre muy apreciada a algunos miles de leguas de Francia.

Es preciso contarle las últimas aventuras de los cuatro parisienses: referirle en qué condiciones han ido a la isla, cómo Calixtus Munbar les ha atraído a «su bordo», ésta es la palabra, y cómo el navío ha levado ancla algunas horas después del embarque.

—No me asombra eso en nuestro superintendente —responde el viejo profesor—. Es su modo de proceder. Es un verdadero hijo de Bamum que acabará por comprometer a la compañía..., un señor que tiene necesidad de algunas lecciones de buenos modales, se lo aseguro a ustedes..., uno de esos *yankees* que se arrellanan en un sillón, apoyando los pies en la ventana, creyendo que todo les está permitido... Por lo demás, mis queridos compatriotas, salvo el disgusto de haber faltado al concierto de San Diego, no tendrán ustedes más que motivos para felicitarse por estar en Milliard City. Se les tratará a ustedes bien, y ustedes lo han de agradecer.

—Sobre todo al fin de cada trimestre —responde Frascolin, cuyas funciones de cajero de la compañía comienzan a tomar una excepcional importancia.

Respecto a la cuestión de la rivalidad entre las dos secciones de la isla, Athanase Dorémus confirma lo dicho por Calixtus Munbar. En su opinión, éste es un punto negro, y hasta una amenaza de borrasca próxima. Entre los habitantes de Tribord y de Babord se

debe de temer algún conflicto de interés y de amor propio. Las familias Tankerdon y Coverley, las más ricas de todas, daban testimonio de unos celos crecientes, y tal vez al fin se produciría un estallido si alguna combinación no hace que se aproximen. ¡Sí, un estallido!

—Con tal que esto no haga estallar la isla, no nos debemos inquietar —observa Pinchinat.

—¡Al menos, mientras nosotros estemos embarcados! —añade el violonchelista.

—¡Oh! La isla es sólida, mis queridos compatriotas —responde Athanase Dorémus—. Hace dieciocho meses que se pasea sobre el mar y ningún accidente de importancia ha ocurrido. Nada más que reparaciones insignificantes, que no obligan ni aun a ir a la Bahía Magdalena. Claro... es de palastro de acero.

He aquí lo que responde de todo; y si el palastro de acero no da una absoluta garantía en este mundo, ¿de qué metal fiarse? ¿Acaso nuestro globo es otra cosa, en casi su totalidad, que un enorme carburo? Pues bien, Standard Island es la Tierra en pequeño.

Pinchinat pregunta entonces al profesor lo que piensa del gobernador Cyrus Bikerstaff.

—¿Es también de acero?

—Sí, señor Pinchinat —responde Athanase Dorémus—. Dotado de una gran energía, es un administrador muy hábil. Desgraciadamente, en Milliard City no basta ser de acero...

—Es preciso ser de oro —responde Yvernés.

—Como usted lo dice, y el gobernador no cuenta...

Es la palabra justa. Cyrus Bikerstaff, a despecho de su elevado cargo, no es más que un agente de la compañía. Preside los diversos actos del estado civil, es el encargado de percibir los derechos de aduanas, de vigilar por la higiene pública, del arreglo de las calles, del cuidado de las plantaciones, de recibir las reclamaciones de los contribuyentes; en una palabra, de hacerse enemigos de la mayor parte de sus administrados. Pero nada más. En Standard Island es preciso contar, y el profesor lo ha dicho: «Cyrus Bikerstaff no cuenta». Además, su cargo le obliga a mantenerse entre los dos partidos, guardando una actitud conciliadora, y no arriesgar nada que pueda ser agradable a uno, si no lo es al otro. Política bastante difícil.

En efecto: empiezan ya a vislumbrarse ideas que podrían ocasionar un conflicto entre las dos secciones. Si los habitantes de Tribord no se han establecido en la Isla de Hélice más que con el pensamiento de gozar pacíficamente de sus riquezas, los de Babord comienzan a hablar de negocios. Se preguntan por qué no había de utilizarse Standard Island como un inmenso barco de comercio; por qué no se habían de transportar cargamentos a las diversas factorías de Oceanía; por qué toda industria está prohibida en la isla. Aunque no están allí más que desde hace menos de dos años, estos *yankees*, con Tankerdon a la cabeza, sienten la nostalgia del negocio; y si hasta ahora no han hecho más que hablar, no deja esto de inquietar al gobernador Cyrus Bikerstaff. Espera, sin embargo, que el porvenir no se ennegrecerá, y que las discusiones intestinas no turbarán el sosiego de una isla construida expresamente para la tranquilidad de sus habitantes.

Después de despedirse de Athanase Dorémus, el cuarteto promete repetir la visita. Generalmente, el profesor va al casino por la tarde, donde no se presenta nadie. Y allí, no queriendo que se le acuse de inexactitud, espera, preparando sus lecciones ante los inútiles espejos de la sala.

Entre tanto la Isla de Hélice gana diariamente espacio hacia el oeste, y un poco al suroeste, para llegar al archipiélago de las Sandwich. En estos paralelos, que confinan con la zona tórrida, la temperatura es ya alta, y los habitantes de Milliard City la soportarían mal sin el fresco que la brisa del mar produce. Felizmente, las noches son frescas, y hasta en plena canícula los árboles y los céspedes, regados con una lluvia artificial, conservan su verdor agradable. Todos los días, a las doce, el punto indicado en el cuadrante es telegrafiado a los diversos barrios. El 17 de junio Standard Island se encuentra a 155° de longitud oeste y 27° de latitud norte, y se aproxima al trópico.

—Diríase que la remolca el astro del día —exclama Yvernés—; y si ustedes quieren más elegante expresión, que va arrastrada por los caballos del divino Apolo.

Observación tan justa como poética, pero que Sébastien Zorn acoge con un desdeñoso movimiento de hombros. No cesa de repetir:

—¡Ya veremos, ya veremos cómo acaba esta aventura!

Raro es que el cuarteto no vaya todos los días a dar su paseo por el parque, a la hora en que los paseantes abundan. A caballo, a pie, en coche, todo lo que Milliard City cuenta de notable se encuentra allí. Las mujeres elegantes muestran su tercer tocado del día, generalmente de seda de Indias, muy de moda aquel año. A menudo hacen uso de esa seda artificial en celulosa, que es tan atornasolada, y hasta del algodón hecho de madera de abeto, o alerce, desfibrado.

Lo que hace decir a Pinchinat:

—Veréis cómo un día se fabricarán tejidos de hiedra para las amigas fieles, y de sauce llorón para las viudas inconsolables.

En todo caso, las ricas habitantes de Milliard City no aceptarían estas telas, a no ser que vinieran de París; ni aquellos tocados, a no ser que estuvieran hechos por el rey de los modistos de la capital, aquel que ha proclamado este axioma: «La mujer no es más que una cuestión de formas».

Algunas veces, el rey y la reina de Malecarlia pasan por entre aquel gentío. La pareja real, sin reino, inspira una verdadera simpatía a nuestros artistas. ¡Qué reflexiones acuden a su imaginación al ver a estos augustos personajes cogidos del brazo! Son relativamente pobres entre aquellos opulentos, pero se sienten orgullosos y dignos como filósofos que viven lejos de las preocupaciones del mundo. Verdad es que, en el fondo, los americanos de Standard Island siéntense lisonjeados de tener un rey por conciudadano, y le guardan las atenciones debidas a su antigua situación. En cuanto al cuarteto, saluda respetuosamente a sus majestades cuando las encuentra en las avenidas de la ciudad o en las alamedas del parque. El rey y la reina se muestran agradecidos a estas señales de deferencia tan francesas... Pero, en fin, sus majestades no *cuentan* más que Cyrus Bikerstaff, tal vez menos.

Verdaderamente, los viajeros a quienes espante una navegación, debían adoptar este género de travesía a bordo de una isla flotante. En estas condiciones no hay por qué preocuparse de las eventualidades del mar, ni temer borrascas. Con diez millones de caballos de vapor en sus flancos, una Standard Island no puede detenerse por la calma, y es bastante poderosa para luchar contra los vientos contrarios. Si los choques constituyen un peligro, no lo es para ella. Tanto peor para los barcos que se arrojasen a pleno vapor o a toda vela sobre sus costados de hierro. Y aun estos

encuentros no son de temer, gracias a los faros que alumbran sus puertos, su proa y su popa, y a las luces eléctricas de sus limas de aluminio que resplandecen durante la noche. No hay que hablar de las tempestades.

Mas cuando su paseo lleva a Pinchinat y a Frascolin hasta la proa o la popa de la isla, son ambos de opinión de que faltan cabos, promontorios, puntas, ensenadas y playas. Aquel litoral no es más que una extensión de acero sostenida por millones de pernos y clavos. ¡Cuánto hubiera echado de menos un pintor esas viejas rocas, rugosas como la piel de un elefante, y de las que la resaca acaricia las algas y los despojos del mar, al subir la marea! Decididamente, las maravillas de la industria no alcanzan a reemplazar las bellezas de la Naturaleza, y, a pesar de su admiración permanente, Yvernés tiene que convenir en que en aquella isla artificial falta la señal de la mano del Creador.

En la noche del 25 de junio, Standard Island franquea el trópico de Cáncer sobre la cumbre de la zona tórrida del Pacífico. A esta hora el cuarteto se hace oír por segunda vez en la sala del casino; siendo de notar que, en vista del éxito anterior, los precios de los asientos se han aumentado en una tercera parte.

¡Poco importa! La sala resulta aún pequeña. Los *dilettanti* se disputan las localidades. Evidentemente, esta música de cámara debe de ser excelente para la salud, y nadie se permitiría poner en duda sus cualidades terapéuticas. Siempre soluciones de Mozart, de Beethoven, de Haydn, siguiendo la fórmula.

Inmenso éxito para los ejecutantes, a los que los bravos parisienses hubieran, ciertamente, agradado más. Pero, a falta de ellos, Yvernés, Frascolin y Pinchinat saben contentarse con los hurras de los habitantes de Milliard City, por los que Sébastien Zorn continúa mostrando el más completo desdén.

—¡Qué más podríamos exigir —le dice Yvernés— cuando se pasa el trópico...!

—El trópico del «concierto» —añade Pinchinat, jugando abominablemente con el vocablo.

Cuando salen del casino, ¿a quiénes ven en medio de los pobres diablos que no han podido pagar trescientos sesenta dólares por un sillón...? Al rey y a la reina de Malecarlia, que están modestamente en la puerta.

CAPÍTULO IX

EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS SANDWICH



En esta parte del Pacífico existe una cadena submarina, de la que se vería el desarrollo de oeste-nordeste a este-sureste en unas novecientas leguas, si los abismos de cuatro mil metros que las separan de otras tierras oceánicas se vaciasen. De esta cadena no aparecen más que ocho cimas: Niihau, Kaunai, Oahu, Molokai, Lanai, Maui, Kahulawi, Hawai. Estas ocho islas, de diferente extensión, constituyen el archipiélago hawaiano o, de otro modo, el grupo de las Sandwich. Este grupo no pasa la zona tropical más que por el semillero de rocas y arrecifes que se prolonga hacia el oeste.

Dejando a Sébastien Zorn murmurar en su rincón, encerrado en una completa indiferencia por todas las curiosidades de la naturaleza, como un violonchelo en su caja, Pinchinat, Yvernés y Frascolin razonan de este modo:

—A fe mía —dice el uno— que no me disgusta visitar estas islas hawaianas. Puesto que recorremos el océano Pacífico, lo mejor es llevar recuerdos, por lo menos.

—Y añadido —responde el otro— que los naturales de Sandwich nos ofrecerán el contraste con los pawneos, los sioux y otros indios demasiado civilizados del *Far West*, y no me disgusta encontrar verdaderos salvajes caníbales...

—¿Esos hawaianos lo son todavía...? —pregunta el tercero.

—Esperémoslo —responde seriamente Pinchinat—. Sus abuelos son los que se comieron al capitán Cook, y, cuando lo han hecho así, no es admisible que los nietos hayan perdido el gusto por la carne humana.

Preciso es confesar que *Su Alteza* hablaba con poca reverencia del célebre marino inglés que descubrió este archipiélago en 1778.

Resulta de esta conversación que nuestros artistas esperan que los azares de su navegación les van a poner en presencia de indígenas más auténticos que los que se exhiben en los jardines de aclimatación y, en todo caso, en su país de origen, en el lugar mismo de su producción. Sienten cierta impaciencia por llegar allí, esperando todos los días que los vigías del observatorio señalen las primeras alturas del grupo hawaiano.

Efectuóse esto en la mañana del 6 de julio. La nueva se extendió en seguida, y el cartel del casino mostró esta inscripción:

«Standard Island tiene a la vista las Islas Sandwich».

Cierto que aún se estaba a cincuenta leguas; pero las cimas más altas del grupo, como las de la isla Hawai, alcanzan una altura de más de cuatro mil doscientos metros y son, en un tiempo claro, visibles a dicha distancia.

Viniendo del nordeste, el comodoro Ethel Simcoe se dirige hacia Oahu, que tiene por capital a Honolulu y que es al mismo tiempo la capital del archipiélago. Esta isla es la tercera del grupo en latitud. Nuhau, que es un vasto parque, y Kauai quedan al noroeste. No es Oahu la mayor de las Sandwich, puesto que no mide más que 1.680 kilómetros cuadrados, mientras que Hawai ocupa cerca de diecisiete mil. En cuanto a las otras islas, no cuentan más que tres mil ochocientos doce en conjunto.

No hay que decir que los artistas parisienses, desde la partida, han hecho agradables relaciones con los principales funcionarios de Standard Island. Todos, lo mismo el gobernador, el comodoro y el coronel Stewart, que los ingenieros en jefe Watson y Somwah, se han apresurado a hacerles la más simpática acogida. Visitan a menudo el observatorio, siendo muy de su gusto permanecer horas enteras en la plataforma de la torre. No es extraño, pues, que aquel día Yvernés y Pinchinat, los más entusiastas de los cuatro, hayan

ido allí a eso de las diez de la mañana, y que el ascensor les haya izado «a la punta del mástil», como dice *Su Alteza*.

Ya se encontraba allí el comodoro Ethel Simcoe y, prestando su anteojito a los dos amigos, aconséjales que observen un punto en el horizonte hacia el suroeste, entre las bajas brumas del cielo.

—Son el Mauna Loa de Hawai —dice— y el Mauna Kea, dos soberbios volcanes que en 1852 y 1855 precipitaron sobre la isla un río de lava, cubriendo setecientos metros cuadrados, y cuyos cráteres, en 1880, arrojaron setecientos millones de metros cúbicos de materias eruptivas.

—¡Famosísimo! —responde Yvernés—. ¿Y cree usted, comodoro, que tendremos la suerte de ver un espectáculo parecido...?

—Lo ignoro, señor Yvernés —responde Ethel Simcoe—. Los volcanes no funcionan por orden nuestra...

—¡Oh! Si yo fuera rico, como los señores Tankerdon y Coverley —añade Pinchinat—, pagaría las erupciones a mi gusto...

—Pues bien, les hablaremos de ello —replica el comodoro sonriendo—; y no dudo que hagan hasta lo imposible en obsequio a ustedes.

Después, Pinchinat pregunta cuál es la población del archipiélago de las Sandwich. El comodoro le responde que si a principios del siglo constaba de doscientos mil habitantes, actualmente se encuentra reducida a la mitad.

—Bien, señor Simcoe; cien mil salvajes son aún suficientes y, por poco que conserven su apetito, ¡no tendrían más que para un bocado con todos los habitantes de Standard Island!

No es la primera vez que la isla cruza el archipiélago hawaiano. El año anterior atravesó estos parajes atraída por la salubridad del clima. Y, en efecto, los enfermos vienen allí de América, en espera de que los médicos de Europa envíen a su clientela a respirar el aire del Pacífico. ¿Y por qué no? Honolulu no está ahora más que a veinticinco días de París, y cuando se trata de impregnar los pulmones de un oxígeno como el que no se respira en ninguna parte...

Standard Island llega a la vista del grupo en la mañana del 9 de julio. La isla de Oahu se dibuja a cinco millas al sureste; al este el Diamond Head, antiguo volcán que domina la rada por la parte inferior, y otro cono llamado el «Bol de Punch» por los ingleses.

Como observa el comodoro, si esta enorme cuba se llenase de *brandy* o de ginebra, John Bull no se disgustaría de vaciarla por completo.

Se pasa entre Ohau y Molokai. Standard Island, como un barco bajo la acción del timón, evoluciona combinando el juego de sus hélices de estribor y babor. Después de doblar el cabo sureste de Oahu, el aparato flotante se detiene a diez cables del litoral. Como es preciso, para conservar a la isla su borneo, mantenerla a suficiente distancia de tierra, no anclada en él sentido riguroso de la palabra, cosa imposible en fondos de den metros. Así, por medio de las máquinas, que maniobran hada delante o hada atrás durante el tiempo que dure su estancia, se mantiene en su sitio, tan inmóvil como las ocho islas principales del archipiélago hawaiano.

El cuarteto contempla las alturas que se desarrollan ante sus ojos. No se ven a lo largo más que macizos de árboles, bosques de naranjos y otras magníficas especies de la flora templada. Al oeste, por una estrecha brecha del arrecife, aparece un pequeño lago interior, el lago de las Perlas, especie de llanura lacustre agujereada por antiguos cráteres.

El aspecto de Oahu es agradable, y en verdad que aquellos antropófagos tan deseados por Pinchinat no tienen por qué quejarse del teatro de sus hazañas. Con tal que todavía se entreguen a sus instintos de caníbales, nada que desear tendrá *Su Alteza*.

Mas he aquí que de repente grita:

—¡Dios mío...! ¿Qué es lo que veo...?

—¿Qué ves...? —pregunta Frascaolin.

—Allá abajo... campanarios...

—¡Sí... y torres... y fachadas de palados! —responde Yvernés.

—¡No es posible que aquí se hayan comido al capitán Cook!

—¡No estamos en las Sandwich! —dice Sébastien Zorn, encogiéndose de hombros—. El comodoro ha equivocado el camino...

—¡Seguramente! —añade Pinchinat.

¡No! El comodoro Simcoe no se ha extraviado. Allí está Oahu y la ciudad que se extiende sobre varios kilómetros cuadrados. Allí está Honolulu.

¡Qué cambios desde la época en que el gran navegante inglés descubrió este grupo! Los misioneros han rivalizado en sacrificios y

celo. Metodistas, anglicanos, católicos han luchado, y su obra civilizadora ha triunfado sobre el paganismo de los antiguos canacos. No solamente la lengua original tiende a desaparecer ante el influjo de la anglosajona, sino que el archipiélago encierra americanos, chinos —la mayor parte llevados por cuenta de los propietarios del suelo, de donde ha salido una raza de medio chinos, los hapa-paké— y, en fin, portugueses, gracias a los servicios marítimos establecidos entre las Sandwich y Europa. Sin embargo, aún se encuentran indígenas, en número bastante, para satisfacer a nuestros cuatro artistas, aunque estos naturales hayan sido diezmados por la lepra, enfermedad importada por los chinos. Pero no presentan el tipo de antropófagos.

—¡Oh color local! —exclama el primer violín—. ¡Qué barniz tienes en la paleta moderna!

Sí. El tiempo, la civilización, el progreso, que es una ley natural, han desvanecido poco a poco este color, cosa fácil de reconocer, aunque no sin disgusto, cuando una de las chalupas eléctricas de Standard Island pasa la línea de los arrecifes y desembarca a Sébastien Zorn y a sus compañeros.

Entre dos estacadas, que se reúnen en ángulo agudo, ábrese un puerto, abrigado contra los malos vientos por un anfiteatro de montañas. Desde 1794 los escollos que le defienden contra las olas se elevan a un metro de altura; queda bastante agua, sin embargo, para que los barcos de dieciocho a veinte pies puedan amarrar en los muelles.

—¡Decepción! ¡Decepción! —murmura Pinchinat—. Es verdaderamente deplorable que se vea uno expuesto a perder tantas ilusiones en un viaje...

—Y es mejor quedarse uno en su casa —responde el violonchelista encogiéndose de hombros.

—¡No! —exclama Yvernés con el entusiasmo de siempre—. ¿Qué espectáculo puede compararse al que ofrece esta isla artificial viniendo a visitar los archipiélagos oceánicos?

Si el estado moral de las Sandwich está modificado, con gran disgusto de nuestros artistas, no sucede lo mismo con lo que al clima se refiere. Es uno de los más sanos de los parajes del océano Pacífico, a pesar de que el grupo ocupa una región designada con el nombre de mar de los Calores. Si el termómetro se mantiene allí en

un grado elevado, cuando brisas del nordeste no dominan, si las contrabrisas del sur engendran violentas tormentas, llamadas *kouas* en el país, la temperatura media de Honolulu no pasa de 21° centígrados, temperatura que no da motivo de queja en el límite de la zona tórrida. Así es que los habitantes no se quejan y, como hemos indicado, los enfermos americanos afluyen al archipiélago.

Sea como sea, a medida que el cuarteto penetra en los secretos de este archipiélago, caen sus ilusiones, como las hojas al fin del otoño. Pretende haber sido engañado, cuando únicamente debía acusarse a sí mismo.

—¡Es Calixtus Munbar que nos ha mentado una vez más! — afirma Pinchinat, recordando que el superintendente les ha dicho que las Islas Sandwich eran el último baluarte del salvajismo indígena en el Pacífico.

Y cuando le hacen reproches amargos:

—¿Qué quieren ustedes, mis queridos amigos? —responde guiñando el ojo derecho—. Ha cambiado esto de tal modo, desde mi último viaje, que no lo conozco.

—¡Farsante! —responde Pinchinat dando un golpe en el vientre del superintendente.

—Lo que se puede tener como cierto es que de haber existido el cambio, se ha operado con una rapidez extraordinaria. Las Sandwich gozaban de una monarquía constitucional, fundada en 1837, con dos Cámaras, la de los nobles y la de los diputados. La primera era elegida por los propietarios del suelo únicamente; la segunda, por todos los ciudadanos que supiesen leer y escribir; los nobles por seis años, los diputados por dos. Cada una de las Cámaras se componía de veinticuatro miembros, que deliberaban en común ante el ministerio real, formado por cuatro consejeros.

—¡De modo —dice Yvernés— que había un rey, un rey constitucional, en vez de un mono con plumas, y al que los extranjeros venían a presentar sus humildes homenajes...!

—Seguro estoy —afirma Pinchinat— de que aquella majestad no llevaría anillos en la nariz, y que se proveería de dientes postizos en casa de los mejores dentistas del Nuevo Mundo.

—¡Ah, civilización... civilización! —repite el primer violín—. ¡Esos canacos no tenían necesidad de dientes postizos cuando mordían a sus prisioneros de guerra!

¡Perdónese a estos fantaseadores este modo de ver las cosas! Sí: hubo un rey en Honolulu o, por lo menos, una reina, Lilioukalani, hoy destronada, que ha luchado por los derechos de su hijo, el príncipe Adey, contra las pretensiones de cierta princesa, Kaiulani, al trono de Hawai. Durante largo tiempo el archipiélago ha estado en un período revolucionario, como esos buenos Estados de América o de Europa, a los que hasta en este punto se parece. ¿Esto podía traer la intervención eficaz de la armada hawaiana y abrir la era funesta de los pronunciamientos? Indudablemente no, puesto que dicha armada no se compone más que de doscientos cincuenta inscritos y doscientos cincuenta voluntarios. No se derriba un régimen con quinientos hombres, al menos en medio de los parajes del Pacífico.

Pero los ingleses estaban allí y vigilaban. Parecía que la princesa Kaiulani poseía las simpatías de Inglaterra. Por otra parte, el gobierno japonés estaba dispuesto a tomar el protectorado de las islas, y contaba con partidarios entre los *coolies* que están empleados en gran número en las plantaciones.

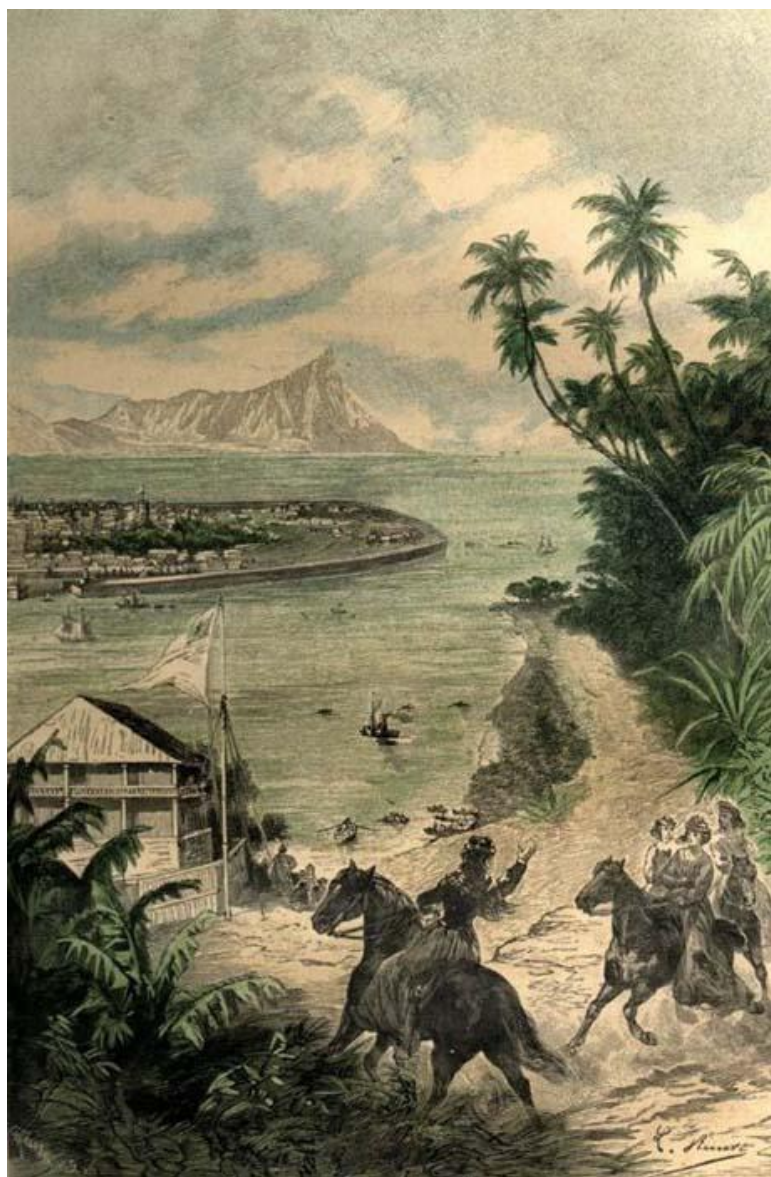
Pero ¿y los americanos?, se dirá. Es la misma pregunta que Frascaolin dirige a Calixtus Munbar, con motivo de la intervención indicada.

—Los americanos —responde el superintendente— no se ocupan de ese protectorado. Están satisfechos con tal de tener en las Sandwich una estación marítima, reservada a sus *paquebots* de las líneas del Pacífico.

Y, sin embargo, en 1875 el rey Kamehameha, que había ido a visitar al presidente Grant a Washington, había puesto el archipiélago bajo la égida de los Estados Unidos. Pero diecisiete años después, cuando míster Cleveland tomó la resolución de restablecer en sus derechos a la reina Lilioukalani, como entonces se había establecido el régimen republicano en las Sandwich, bajo la presidencia de míster Sanford Dole, hubo violentas protestas en los dos países.

Nadie, además, puede evitar lo que sin duda está escrito en el libro del destino de los pueblos, ya sean de origen antiguo o moderno, y el archipiélago hawaiano está constituido en forma de república desde el 4 de julio de 1894, bajo la presidencia de míster Dole.

Standard Island se pone en la disposición conveniente para una escala de diez días. Así es que numerosos habitantes se aprovechan de ello para explorar Honolulu y sus alrededores. Las familias Coverley y Tankerdon, los principales notables de Milliard City, se hacen todos los días transportar al puerto. Por otra parte, y aunque ésta sea la segunda aparición de la Isla de Hélice sobre los parajes de Hawai, la admiración de los hawaianos no tiene límites, y van en multitud a visitar aquella maravilla. Verdad es que la policía de Cyrus Bikerstaff, difícil para la admisión de extranjeros, se asegura, al llegar la noche, de que los visitantes que han abandonado la isla vuelven a la hora reglamentaria. Gracias a estas medidas de seguridad, sería difícil a un intruso permanecer en la *Joya del Pacífico* sin una autorización, que no se obtiene fácilmente. En fin, las relaciones son buenas, pero no hay recepciones oficiales en las dos islas.



El cuarteto efectúa algunos paseos muy interesantes. Los indígenas agradan a nuestros parisienses. Su tipo es acentuado, su color oscuro, su fisonomía a la vez dulce y orgullosa. Y aunque la forma de su gobierno sea la república, tal vez echan de menos su salvaje independencia de otra época.

«El aire de nuestro país es libre» —dice uno de sus proverbios— y ellos no lo son.

Y, en efecto, después de la conquista del archipiélago por Kamehameha, después de la monarquía representativa establecida en 1837, cada isla fue administrada por un gobernador particular. En el momento actual, bajo el régimen republicano, están todavía divididas en distritos y subdistritos.

—Vamos —dice Pinchinat—, no faltan más que prefectos, subprefectos y consejeros de la prefectura, con la Constitución del año VIII.

—Yo deseo marchar de aquí —replica Sébastien Zorn.

Hubiera hecho mal, sin haber admirado los principales sitios de Oahu. Son magníficos, aunque la flora no es rica. Sobre la zona litoral abundan los cocoteros y otras palmeras, los árboles del pan, las aleuritas trilobuladas, que dan aceite, los ricinos, las daturas. En los valles, regados por las aguas de las montañas, tapizadas de hierba, numerosos arbustos devienen arbóreos, a modo de asparagíneas gigantescas, tales como los quenopodios, halapepes y otros. La zona forestal, prolongada hasta la altura de dos mil metros, está cubierta de mirtáceas, infinidad de plantas, ramas colosales, tronco-lianas que se entremezclan como una maraña de serpientes con multitud de ramaje. Como productos del suelo, gran elemento de comercio y exportación, están el arroz, la nuez de coco y la caña de azúcar. De aquí el cabotaje importante, hecho de una a otra isla, a fin de concentrar en Honolulu los productos que son en seguida expedidos a América.

En lo que concierne a la fauna, poca variedad. Si los canacos tienden a absorberse en las razas más inteligentes, las especies animales no se modifican. Únicamente puercos, pollos, cabras, como animales domésticos; nada de fieras, únicamente algunas parejas de jabalíes. Mosquitos que asedian, numerosos escorpiones y diversas muestras de inofensivos lagartos; pájaros que no cantan nunca, el oo, entre otros, y el *Drepanis pacifica*, de plumaje negro,

salpicado de esas plumas amarillas con las que se había formado el célebre manto de Kamehameha, en el que trabajaron nueve generaciones de indígenas.



Respecto al hombre, es civilizado, a imitación de los Estados Unidos, con sus sabias sociedades, sus escuelas de instrucción obligatoria, premiadas en la Exposición de 1878, sus ricas bibliotecas, sus periódicos publicados en lengua inglesa y canaca. No podían sorprenderse de esto nuestros parisienses, puesto que los notables del archipiélago son en su mayoría americanos, y su lengua es corriente como su moneda. Solamente que estos notables atraen a su servicio a los chinos del Celeste Imperio, al revés de lo que se hace en el oeste de América para combatir ese azote, al que se da el significativo nombre de *peste amarilla*.

No hay que decir que desde la llegada de Standard Island a la vista de la capital de Oahu, las embarcaciones del puerto, llenas de pasajeros, la rodean. Con aquel tiempo tan magnífico, aquel mar tan en calma, nada más agradable que una excursión de una veintena de kilómetros a un cable de aquel litoral de acero, sobre el que los empleados de la aduana ejercen tan severa vigilancia.

Entre los excursionistas se hubiera podido notar un ligero barco que, todo el día, se obstina en navegar en las aguas de la Isla de Hélice. Es una especie de queche malayo, de dos mástiles y popa cuadrada, que lleva a bordo unos diez hombres a las órdenes de un capitán de enérgica fisonomía. Sin embargo, el gobernador no se cuida de él gran cosa, aunque aquella persistencia hubiera podido parecer sospechosa. Estas gentes, en efecto, no cesan de observar la isla en todo su perímetro, yendo de uno a otro puerto y examinando con el antejo la disposición de su litoral. Después de todo, admitiendo que sus intenciones no fueran buenas, ¿qué podría intentar aquella tripulación contra una población de diez mil habitantes? Así que nadie se inquieta por las idas y venidas del queche, ya evolucione durante el día, ya pase las noches en el mar. La administración marítima de Honolulu no es, pues, interpelada con este motivo.

El cuarteto se despide de la isla Oahu en la mañana del 10 de julio. Standard Island sale al alba, obedeciendo el impulso de sus poderosos propulsores. Se dirige al suroeste para ir a las otras islas hawaianas. Preciso le es entonces tomar al sesgo la corriente ecuatorial que lleva de este a oeste.

Por fortuna de los habitantes que van en el litoral de babor, Standard Island entra decididamente entre las islas Molokai y

Kauai. Por cima de esta última, una de las más pequeñas del grupo, se endereza un volcán de mil ochocientos metros, el Nirhau, que proyecta algunos vapores fuliginosos.



Al pie se ven ribazos de formación coralígena, dominados por una hilera de dunas cuyos ecos repercuten con sonoridad metálica cuando aquéllas son violentamente combatidas por la resaca. Llega la noche, y el aparato flotante se encuentra aún en este estrecho canal; pero no hay nada que temer bajo la dirección de Ethel Simcoe. A la hora en que el sol desaparece tras las alturas de Lanai, los vigías no hubieran podido ver el queche, que, después de haber abandonado el puerto, a la salida de Standard Island, buscaba el modo de mantenerse en sus aguas. ¿Por qué, se repite, habían de preocuparse por la presencia de esta embarcación?

Al día siguiente, al alba, el queche no era más que un punto blanco en el horizonte del norte.

Durante este día, la navegación prosigue entre Kahulawi y Maui. Esta última, con Lahaina por capital, puerto reservado a los balleneros, ocupa el segundo lugar en el archipiélago de las Sandwich. El Haleahala, la Casa del Sol, álzase allí a tres mil metros.

Los dos siguientes días se emplean en pasar las costas de la inmensa Hawai, cuyas montañas, como hemos dicho, son las más altas del grupo. En la Bahía Kealakekua fue donde el capitán Cook, recibido primero por los indígenas como un dios, fue sacrificado en 1779, un año después de haber descubierto este archipiélago, al que había dado el nombre de Sandwich, en honor del célebre ministro de la Gran Bretaña. Hilo, capital de la isla, que está sobre la costa oriental, no se divisa; pero se entrevé Kailua, situada sobre la costa occidental. Esta gran Hawai posee cincuenta y siete kilómetros de ferrocarril, dedicados al transporte de mercancías principalmente, y cuando el cuarteto puede advertir el penacho blanco de sus locomotoras...

—¡No faltaba más que esto! —exclama Yvernés.

Al siguiente día la *Joya del Pacífico* ha abandonado estos parajes, cuando el queche dobla la punta extrema de Hawai, dominado por el Mauna Loa, la Gran Montaña, cuya cima se pierde a cuatro mil metros entre las nubes.

—Entonces —dice Pinchinat— ¡hemos sido engañados!

—Verdad —responde Yvernés—. Hubiera sido preciso venir cien años antes. Pero entonces no lo hubiéramos hecho sobre esta admirable Isla de Hélice.

—No importa. ¡Haber encontrado indígenas con vestido y corbata, en vez de los salvajes con plumas que nos había anunciado ese pillo de Calixtus, que Dios perdone! ¡Echo de menos el tiempo del capitán Cook!

—¿Y si esos salvajes se hubieran comido a *Tu Alteza*? —Hace observar Frascaolin.

—Pues bien... hubiera muerto con el consuelo de haber sido, una vez en mi vida... ¡amado por mí mismo!

CAPÍTULO X

PASO DE LA LÍNEA



Desde el 23 de junio, el sol retrocede hacia el hemisferio

meridional. Es, pues, indispensable abandonar las zonas donde la mala estación dejará bien pronto sentir sus inclemencias. Puesto que el astro del día, en su aparente carrera, se dirige hacia la línea equinoccial, conviene franquearla. Más allá se ofrecen climas agradables, donde, a pesar de sus denominaciones de octubre, noviembre, diciembre, enero y febrero, estos meses son cálidos. La distancia que separa el archipiélago hawaiano de las Islas Marquesas es de unos tres mil kilómetros, y Standard Island se apresura a recorrerlo con su velocidad máxima.

La Polinesia, propiamente dicha, está comprendida en esta espaciosa porción de mar, limitada al norte por el ecuador, y al sur por el trópico de Capricornio. Hay allí, en una extensión de cinco millones de kilómetros cuadrados, once grupos que se componen de doscientas veinte islas, o sea una superficie, fuera del agua, de diez mil kilómetros, sobre la que los islotes se cuentan por millares. Son las cimas de esas montañas submarinas, cuya cadena se prolonga, de noroeste a sureste, hasta las Marquesas y la isla Pitcaim, proyectando ramificaciones casi paralelas.

Si en la imaginación uno se figura ese vasto estanque vado de pronto, si el diablo cojuelo levantase todas esas masas líquidas,

como lo hada con los tejados de Madrid, ¡qué comarca más extraordinaria se extendería ante los ojos! ¿Qué Suiza, qué Noruega, qué Tíbet podrían comparársele en grandeza? De esos montes submarinos, volcánicos en su mayor parte, algunos, de origen madreporico, están formados de una materia calcárea o córnea, extendida en capas concéntricas, obra de los pólipos, esos animalillos de organización tan sencilla pero dotados de una fuerza de producción inmensa. De estas islas, unas, las más jóvenes, no tienen más que manto vegetal en su cúspide; las otras, cubiertas de vegetación de la cabeza a los pies, son las más antiguas, hasta cuando su origen es coraloide. Existe, pues, toda una región montañosa, hundida en las aguas del Pacífico. Standard Island se pasea en torno a estas cimas, como lo haría un aeróstato entre las de los Alpes y del Himalaya; solamente que, en vez de ir por el aire, va por el agua.

Pero como existen cambios de ondas atmosféricas a través del espacio, se producen desplazamientos líquidos en la superficie de este océano. La gran corriente va de este a oeste, y en las capas interiores se propagan dos contracorrientes de junio a octubre, cuando el sol se dirige hacia el trópico de Cáncer. Y, además, en las proximidades de Tahití se observan cuatro especies de flujo, cuyo pleno no se efectúa en la misma hora, y que neutralizan la marea hasta hacerla casi insensible. En cuanto al clima de que gozan estos archipiélagos, es esencialmente variable. Las islas montañosas detienen las nubes, que vierten sus lluvias sobre ellas; las islas bajas son más secas, porque los vapores huyen ante las brisas reinantes.

Singular fuera que la biblioteca del casino no poseyese mapas relativos al Pacífico. Hay una colección completa, y Frascolin, el más serio de la compañía, los consulta a menudo. Yvernés prefiere abandonarse a las sorpresas de la travesía, a la admiración que le causa aquella isla artificial, y no quiere cargar su cerebro con nociones geográficas. Pinchinat sólo piensa en tomar las cosas por su lado agradable o fantástico. En cuanto a Sébastien Zorn, el itinerario le importa poco, puesto que va donde nunca tuvo la intención de ir.

Frascolin es, pues, el único que se dedica al estudio de los grupos principales que forman la Polinesia, las islas de Bass, las Marquesas, las Paumotu, las de la Sociedad, las de Cook, las Tonga,

Samoa, Australes, Wallis, Fanning, sin hablar de las islas independientes, Niue, Tokelau, Phoenix, Manihiki, Pascua, Sala y Gómez, etc. Sabe, pues, que en la mayor parte de estos archipiélagos, hasta aquellos que están sometidos a protectorados, el gobierno está siempre en manos de jefes poderosos, cuya influencia jamás es discutida, y que las clases pobres están enteramente sometidas a las ricas. Sabe además que estos indígenas profesan las religiones brahmánica, mahometana, protestante, católica, pero que el catolicismo prepondera en las islas que dependen de Francia, lo que es debido a la pompa de su culto. Sabe también que la lengua indígena, cuyo alfabeto es poco complicado, puesto que sólo se compone de trece a diecisiete caracteres, tiene mucho del inglés, y será al fin absorbida por el anglosajón. Y sabe, en fin, de un modo general, que la población de la Polinesia tiende a disminuir, lo que es muy de lamentar, pues el tipo canaco — palabra que significa hombre—, más blanco bajo el ecuador que en los grupos alejados de la línea equinoccial, es magnífico; y ¡cuánto no perderá la Polinesia por su absorción por las razas extranjeras! Sí... Todo esto sabe, y muchas otras cosas que aprende en el curso de su conversación con el comodoro Ethel Simcoe, y cuando sus camaradas le preguntan, no vacila en la respuesta.

Así es que Pinchinat le llama el «Larousse de las zonas tropicales».

Tales son los principales grupos entre los que Standard Island debe pasear su opulenta población. Merece, en justicia, el nombre de isla dichosa, pues todo lo que puede asegurar la dicha material, y de cierto modo la dicha moral, está, reglamentado en ella. ¿Por qué el temor de que este estado de cosas corra el peligro de ser turbado por las rivalidades, celos y desacuerdos que dividen a Milliard City en dos campos contrarios, las dos secciones, el campo Tankerdon y el campo Coverley? En todo caso, para los artistas, que nada tienen que ver en ello, la lucha promete ser muy interesante.

Jem Tankerdon es *yankee* de los pies a la cabeza; de cara larga, con media barba rojiza, cabellos ralos y ojos vivos, a pesar de sus sesenta años, el iris casi amarillo, como el de los ojos de los perros, la pupila ardiente. Su estatura alta, su torso robusto, vigorosos sus miembros. Es hombre violento, al que su posición debía haber hecho más político, pero al que falta la educación primera. Gústale

mostrar su fortuna y, como se dice, tiene «los bolsillos sonoros». Y parece que no los encuentra bastante llenos, puesto que él y otros de su bando tienen la idea de volver a ocuparse de los negocios...

Mistress Tankerdon es una americana como otras muchas, buena mujer, sumisa a su marido, madre excelente, cariñosa con sus hijos y predestinada a educar una numerosa progenie. Cuando se deben partir muchos millones entre los herederos directos, justo es echar una docena de éstos al mundo, y ella los tiene.

De esta familia, la atención del cuarteto debía fijarse especialmente en el hijo mayor, destinado a representar algún papel en esta historia. Walter Tankerdon, elegante, de mediana inteligencia, de modales y cara simpáticos, más parecido a mistress Tankerdon que al jefe de la familia. Es bastante instruido, y ha viajado por América y Europa, pero siempre atraído, por sus costumbres y sus gustos, a Standard Island. Los ejercicios de deporte le son familiares, y está a la cabeza de toda la juventud de Milliard City en los concursos de tenis, de polo, de golf y de críquet. No se muestra orgulloso por la fortuna que adquirirá un día, y su corazón es bueno. Ciertamente que en la isla no se presenta ocasión de ejercer la caridad, porque no hay pobres. En suma, de desear es que sus hermanos y hermanas se le parezcan. Si éstas y éstos no están todavía en edad de casarse, él, que se aproxima a los treinta años, debía pensar en el matrimonio. ¿Y piensa...? Ya se verá.

Gran contraste existe entre la familia Tankerdon, la más importante de la sección de Babord, y la familia Coverley, la más notable de la sección de Tribord. Nat Coverley es de una naturaleza más fina que su rival, y conserva huellas del origen de sus antepasados. Su fortuna no ha salido de las entrañas del suelo en forma de petróleo, ni de las entrañas de la raza de los cerdos. ¡No! Se ha hecho en los negocios industriales, en los ferrocarriles, en la banca. No piensa más que en gozar pacíficamente sus riquezas, y no oculta que se opondría a toda tentativa de transformar la *Joya del Pacífico* en una enorme fábrica o una inmensa casa de comercio. Es alto, correcto, de cabeza hermosa, de cabellos que ya blanquean; usa toda la barba, en cuyo color castaño se mezclan algunos hilos de plata. De un carácter bastante frío, y distinguidas maneras, ocupa el primer rango entre los notables que conservan en Milliard City las tradiciones de la alta sociedad de los Estados Unidos del

sur. Gusta de las artes, tiene conocimientos en pintura y música, habla con agrado la lengua francesa, muy en uso entre los habitantes de Tribord, y está al corriente de la literatura americana y europea, y, llegado el Caso, mezcla sus aplausos y sus bravos, cuando los rudos tipos del *Far West* y dé la Nueva Inglaterra lanzan sus hurras.

Mistress Coverley tiene diez años menos que su marido, y acaba de doblar, sin lamentarse de ello, los cuarenta. Es una mujer elegante, distinguida, que pertenece a una de esas familias semicriollas de la Luisiana de otra época; es buena pianista. En su hotel de la Decimoquinta Avenida, el cuarteto tiene ocasión de ejecutar música con ella, y no puede menos de felicitarla por su talento de artista.

El cielo no ha bendecido al matrimonio Coverley, como lo ha hecho con el matrimonio Tankerdon. Tres hijas son las únicas herederas de una inmensa fortuna, de la que míster Coverley no se vanagloria, como su rival lo hace. Son bonitas, y seguramente se encontrarán en la nobleza o en la banca de ambos mundos numerosos pretendientes que pedirán su mano, cuando haya llegado el momento de casarlas. En América, estas dotes inverosímiles no son raras. ¿No se citaba hace algunos años a la pequeña miss Terry, solicitada desde la edad de dos años por sus setecientos cincuenta millones? Esperemos que esta niña esté casada a su gusto, y que, junto a la ventaja de ser una de las más ricas mujeres de los Estados Unidos, tenga la de ser de las más dichosas.

La hija mayor de míster y mistress Coverley, Diana, o más bien Dy, como se la llama familiarmente, apenas tiene veinte años. Es muy linda, y en ella se mezclan las cualidades físicas y morales de su padre y de su madre. Tiene los ojos azules; una magnífica cabellera entre castaña y rubia, y la frescura de una rosa que acaba de abrirse; talle elegante y gracioso; todo lo cual explica que mistress Coverley sea muy alabada entre los jóvenes de Milliard City, los que no dejarán a los extranjeros el cuidado de conquistar «aquel inestimable tesoro», para emplear términos de un rigor matemático. No hay por qué pensar que míster Coverley vea en la diferencia de religión obstáculo para un unión que le parezca debe asegurar la dicha de su hija.

Verdaderamente es de lamentar que cuestiones de rivalidades

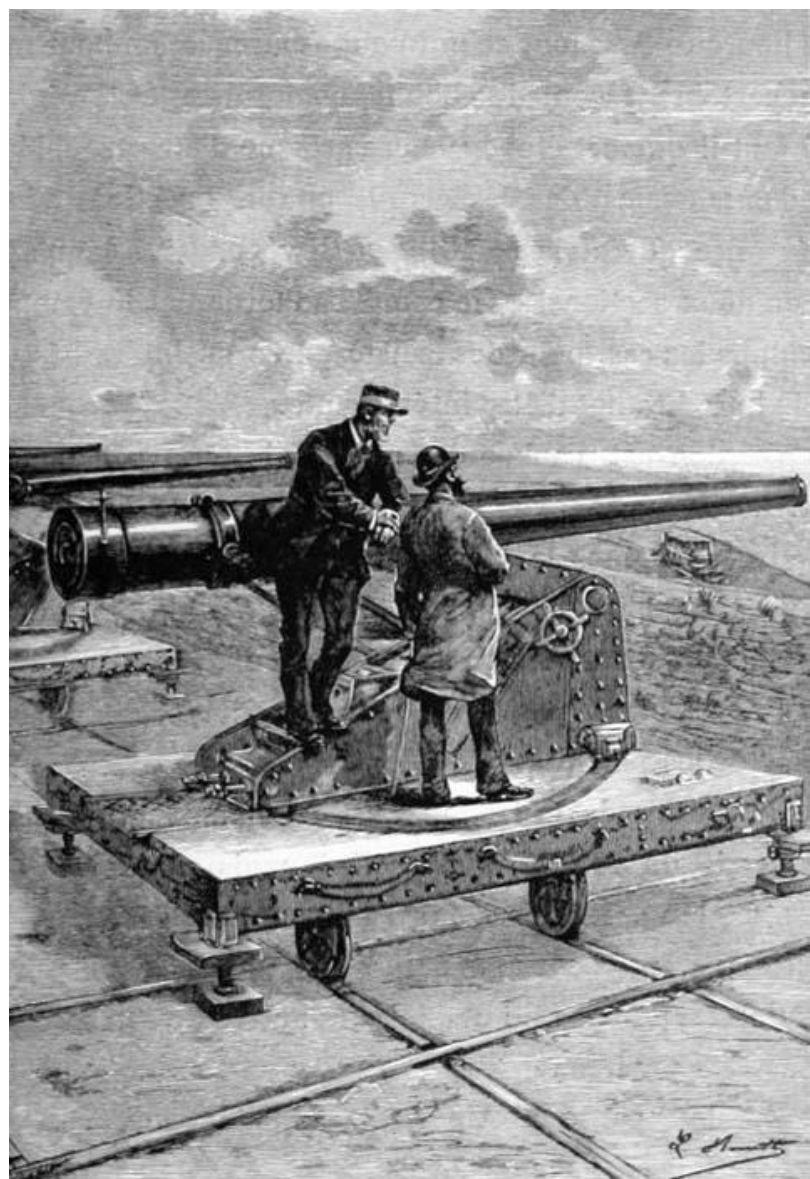
sociales separen a las dos familias más calificadas de Standard Island. Walter Tankerdon parece hecho expresamente para ser esposo de Dy Coverley.

Pero no hay que pensar en esta combinación. Primero cortar la isla en dos pedazos, y marchar los de Babord a una mitad, y los de Tribord a la otra, que firmar semejante contrato de matrimonio.

—A menos que el amor se mezcle en el asunto —dice alguna vez el superintendente, guiñando el ojo tras su binóculo de oro.

Pero no parece que Walter ni Dy piensen en ello, o por lo menos observan tal reserva, que engaña la curiosidad de la alta sociedad de Milliard City.

La Isla de Hélice continúa bajando hacia el ecuador, siguiendo cerca del meridiano 160° . Ante ella se extiende esa parte del Pacífico que ofrece los más largos espacios desprovistos de islas y de islotes, y cuya profundidad llega a dos leguas.



Durante el día 25 de julio se pasó sobre el fondo de Belknap, un abismo de seis mil metros, de los que la sonda ha podido sacar esos zoófitos, organizados para poder soportar la presión de semejantes masas de agua, calculada en seiscientas atmósferas.

Cinco días después Standard Island se introduce en un grupo de islas que pertenecen a Inglaterra, aunque algunas veces se las designa con el nombre de islas americanas. Después de haber dejado a estribor Palmyra y Suncarung, se aproxima a cinco millas de Fanning, una de las innumerables islas de estos parajes, la más importante del archipiélago. El resto son cimas emergentes, más bien áridas, de las que el Reino Unido no ha sacado gran provecho hasta ahora. Pero ha puesto el pie en este sitio, y ya se sabe que el gran pie de Inglaterra deja siempre huellas profundas.

Todos los días, mientras sus compañeros recorren el parque o el campo de los alrededores, Frascolín, muy interesado por los detalles de esta curiosa navegación, va al espolón. Allí se encuentra a menudo con el comodoro. Éste le da noticias de los fenómenos especiales de aquellos mares, y cuando estas noticias ofrecen algún interés, el segundo violín no deja de comunicárselas a sus compañeros.

Por ejemplo, no puede ocultar su admiración en presencia de un espectáculo que la naturaleza le ofrece gratis en la noche del 30 al 31 de julio.

Un inmenso banco de acalefos, que cubren varias millas cuadradas, acababa de ser señalado por la tarde. Todavía no había sido dado a la población encontrar tales masas de esas medusas, a las que ciertos naturalistas han dado el nombre de oceanías. Estos animales, de una vida muy rudimentaria, se asemejan en su forma hemisférica a los productos del reino vegetal. Los peces, por glotones que sean, los consideran más bien como flores, y ninguno los come. Estas oceanías, que principalmente se ven en la zona tórrida del Pacífico, no se muestran más que bajo la forma de sombrillas multicolores, transparentes y bordeadas de tentáculos. No miden más que dos o tres centímetros. ¡Calcúlese, pues, los millones que se necesitan de ellas para formar bancos de tal extensión!

Pinchinat dice a este propósito:

—No puede sorprender su número a los notables de Standard

Island, puesto que aquí el *milliard* es la moneda corriente.

Cerrada la noche, una parte de la población se dirige a la terraza que domina el espolón. Los tranvías son invadidos. Los carros eléctricos van cargados de curiosos. Los nababs de la ciudad van en elegantes coches. Los Coverley y los Tankerdon se mantienen a distancia... Míster Jem no saluda a míster Nat, ni éste a aquél. Las familias están completas. Yvernés y Pinchinat tienen el gusto de hablar con mistress Coverley y su hija, que les reciben siempre con gran agrado. Tal vez Walter Tankerdon experimenta algún despecho por no poder mezclarse en su conversación, y tal vez también miss Dy hubiese hablado de buena gana con el joven. ¡Dios mío! ¡Qué escándalo y qué alusiones, más o menos indiscretas, del *Starboard Chronicle* o del *New Herald* en su artículo de sociedad!

Cuando la oscuridad es completa —todo lo que puede serlo en esas noches tropicales sembradas de estrellas— parece que el Pacífico se ilumina hasta sus últimas profundidades. La inmensa capa se impregna de luces fosforescentes, iluminándose de reflejos rosas o azules, no dibujados como rasgo brillante en la cresta de las olas, sino parecidos a las emanaciones irradiadas por varios cuerpos eléctricos, lanzadas por innumerables legiones de gusanos de luz. Esta fosforescencia llega a adquirir tal intensidad que permite leer como pudiera hacerse a los rayos de una lejana aurora boreal. Se diría que el Pacífico, después de haber disuelto los rayos que el sol ha derramado sobre sus aguas durante el día, los restituye a la noche en luminosos efluvios.

Bien pronto la proa de Standard Island corta la masa de acalefos, que se divide en dos ramas a lo largo del litoral metálico. En pocas horas, la Isla de Hélice está rodeada por un cinturón de esas noctilucas. Parece una aureola, en medio de la que se destacan los santos y santas, uno de esos nimbos de tonos lunares que esparcen sus rayos en tomo a la cabeza de los Cristos. El fenómeno dura hasta el nacimiento del alba, cuyas primeras coloraciones acaban por extinguirse.

Seis días después, la *Joya del Pacífico* toca en el gran círculo imaginario de nuestro esferoide que, dibujado materialmente, hubiese cortado el horizonte en dos partes iguales. Desde aquel sitio se pueden ver simultáneamente los polos de la esfera celeste, el uno al norte, alumbrado por los resplandores de la estrella polar, al sur

el otro, condecorado como el pecho de un soldado por la Cruz del Sur. Conviene añadir que, desde los diversos puntos de esta línea ecuatorial, los astros parecen describir cada día círculos perpendiculares al plano del horizonte.

Si queréis gozar de días y de noches perfectamente iguales, seguramente será en estos parajes o en las regiones de los continentes de las islas atravesadas por el ecuador, donde debéis ir a fijar vuestra residencia.

Desde su partida del archipiélago hawaiano, Standard Island ha recorrido unos seiscientos kilómetros. Es la segunda vez, desde su creación, que pasa de un hemisferio a otro franqueando la línea equinoccial, primero descendiendo hacia el sur, después subiendo hacia el norte. Este paso de la línea es motivo de fiesta para la población. Habrá juegos públicos en el parque, ceremonias religiosas en el templo y en la catedral, carreras de coches eléctricos en torno a la isla. En la plataforma del observatorio se realizarán fuegos artificiales, en los que los coheteros, las bombas de colores diversos, rivalizarán con las esplendorosas estrellas del firmamento.

Habrà, lo adivináis, una imitación de las fantásticas escenas de los navíos cuando tocan el ecuador, un simulacro de bautismo de la línea. Y, de hecho, ese día es siempre escogido para bautizar a los niños nacidos desde la partida de la Bahía Magdalena. La misma ceremonia bautismal respecto a los extranjeros que todavía no han penetrado en el hemisferio austral.

—Ahora nos toca a nosotros —dice Frascolin a sus camaradas— y vamos a recibir el bautismo.

—¡Nunca! —replica Sébastien Zorn, protestando con gestos de indignación.

—Sí... —responde Pinchinat—. Se verterán cubos de agua, no bendita, sobre nuestra cabeza; se nos sentará en planchas giratorias, para precipitarnos por sorpresa en cubetas, y el bueno del Trópico no tardará en presentarse; seguido de su cortejo de bufones para embadurnarnos la cara.

—¡Si creen que voy a someterme a la farsa de esta mascarada...! —responde Sébastien Zorn.

—Será preciso —dice Yvernès—. Cada país tiene sus costumbres, y los huéspedes deben aceptarlas...

—No, cuando son retenidos a pesar suyo —exclama el intratable

director del cuarteto.

¡Que se tranquilice con motivo de este carnaval, con el que se divierten algunos navíos al pasar la línea! ¡Que no tema la llegada del bueno del Trópico....! No se bautizará a sus compañeros ni a él con agua del mar, sino con champán de las mejores marcas. Tampoco se les engañará mostrándoles el ecuador trazado en el objetivo de un anteojo. Puede esto hacerse entre marineros rudos, no entre las graves gentes de Standard Island.



Efectúase la fiesta en la tarde del 5 de agosto. Excepto los empleados de la aduana, que no deben jamás abandonar su puesto, los demás han recibido licencia. Todo trabajo se ha suspendido en la ciudad y en los puertos. Tampoco las hélices funcionan. En cuanto a los acumuladores, poseen bastante fuerza para lo que exigen la luz y las comunicaciones eléctricas. Además, la isla no está estacionada, y una corriente la conduce hacia la línea de división de los dos hemisferios del globo. Los cánticos y oraciones se elevan en el templo y en Saint Mary Church y los órganos lanzan sus notas. Alegría general en el parque, donde se, ejecutan con gran entusiasmo ejercicios deportivos. Las diversas clases sociales se reúnen allí. Los *gentlemen* más ricos, con Walter Tankerdon a la cabeza, hacen maravillas en las partidas de golf y de tenis. Cuando el sol caiga, se lanzarán los fuegos artificiales, y una noche sin luna ayudará al mejor resultado de estas magnificencias.

En el salón del casino, el cuarteto es bautizado, como se ha dicho, por el propio Cyrus Bikerstaff. El gobernador le ofrece la espumosa copa, y el champán corre a torrentes. Sébastien Zorn se hubiera quejado injustamente de un bautismo que en nada recuerda el agua salada que le pusieron en los labios en los primeros días de su vida.

Así es que los parisienses responden a estos testimonios de simpatía ejecutando las mejores obras de su repertorio: el *Séptimo cuarteto en fa mayor*, op. 59, de Beethoven; el *Cuarto cuarteto en mi bemol*, op. 10, de Mozart; el *Cuarto cuarteto en re menor*, op. 17, de Haydn; el *Séptimo cuarteto, andante scherzo capriccioso*, op. 81, de Mendelssohn... Sí..., todas estas maravillas de la música concertante, ¡y la audición es gratuita! La gente se aplasta en las puertas, se asfixia en el salón. El gobernador entrega a los ejecutantes una medalla de oro, rodeada de diamantes, y que tiene en un lado las armas de Milliard City, y en el otro esta inscripción en francés:

«REGALO AL CUARTETO CONCERTANTE DE LA
COMPAÑÍA,
LA MUNICIPALIDAD Y LA POBLACIÓN DE STANDARD
ISLAND».

Y si todos estos honores no le llegan al alma al irreconciliable violonchelista, decididamente tiene un carácter deplorable, como sus compañeros le repiten.

—¡Esperemos el fin! —Se contenta él con responder, acariciando su barba febrilmente.

A las diez y treinta y cinco de la noche —el cálculo ha sido hecho por los astrónomos de Standard Island— la isla debe cortar la línea equinoccial. En aquel momento preciso, una de las piezas de la batería del espolón disparará un cañonazo. Un hilo une esta batería a un aparato eléctrico colocado en el centro del *square* del observatorio. ¡Extraordinaria satisfacción del amor propio, para aquel de los notables que tenga el honor de enviar la corriente que provoque la formidable detonación!

Honor que pretenden aquel día dos importantes personajes. Éstos, como se adivina, son Jem Tankerdon y Nat Coverley. De aquí, gran perplejidad en Cyrus Bikerstaff. Se han establecido difíciles tratos, sin llegar a entenderse. El mismo Calixtus Munbar, invitado por el gobernador, ha intervenido, y a pesar de su destreza reconocida y de su talento diplomático, nada ha conseguido. Jem Tankerdon no cede el puesto a Nat Coverley, ni éste al otro. Se espera un estallido.

No ha tardado éste en producirse con toda su violencia cuando los dos jefes se han encontrado en el *square*, frente a frente. El aparato está a cinco pasos de ellos... No hay más que oprimir el botón con el dedo...

Al corriente de la dificultad, la multitud, muy excitada por estas cuestiones de preferencia, ha invadido el jardín.

Después del concierto, Sébastien Zorn, Yvernés, Francolín y Pinchinat han ido al *square*, curiosos de observar las fases de esta rivalidad que, dadas las disposiciones de los de Babord y los de Tribord, no deja de presentar una gravedad excepcional para el porvenir.

Los dos personajes avanzan hacia el aparato sin saludarse, ni con una ligera inclinación de cabeza.

—Creo, caballero —dice Jem Tankerdon— que no me disputará usted... el honor...

—Es precisamente lo que espero de usted, caballero —responde Nat Coverley.

—No aguantaré que se me falte públicamente...

—Ni yo tampoco...

—¡Veremos! —exclama Jem Tankerdon dando un paso hacia el aparato.

Nat Coverley da otro. Los partidarios de los dos notables empiezan a intervenir. Provocaciones malsonantes salen de los dos bandos. Sin duda, Walter Tankerdon está dispuesto a sostener los derechos de su padre y, sin embargo, cuando ve a miss Coverley, que está retirada a un lado, se nota que vacila.



En cuanto al gobernador, aunque el superintendente está junto a él, dispuesto a representar el papel de pantalla, se muestra desolado por no poder reunir en un mismo ramo la rosa blanca de York y la rosa roja de Lancaster. Y ¡quién sabe si esta deplorable rivalidad no tendrá consecuencias tan desastrosas como las que tuvo en el siglo xv para la aristocracia inglesa!

Entre tanto, se aproxima el momento en que la punta de Standard Island cortará la línea equinoccial. Establecido con la precisión de un cuarto de segundo, el cálculo no llevará más que un error de ocho metros. La señal no puede tardar en ser enviada por el observatorio.

—Tengo una idea —murmura Pinchinat.

—¿Cuál...? —responde Yvernés.

—Voy a pegar un puñetazo en el botón del aparato, y esto les pondrá de acuerdo...

—¡No hagas eso! —dice Frascolin, deteniendo a *Su Alteza* con vigoroso brazo.

Ignórase cómo hubiera terminado el incidente, si no se hubiera oído una detonación...

Ésta no viene de la batería del espolón, sino de lejos, y ha sido distintamente oída.

¿Qué puede indicar esta descarga de una boca de fuego que no pertenece a la artillería de la isla?

Un telegrama enviado de Tribord Harbour da casi en seguida la explicación.

A dos o tres millas, un navío acaba de ser visto y pide socorro. ¡Dichoso e inesperado incidente! No se piensa en disputar ante el botón eléctrico ni en saludar el paso del ecuador. Además, no hay tiempo. La línea ha sido franqueada, y el cañonazo reglamentario ha quedado en la pieza. Esto, en suma, es lo mejor para el honor de las familias Tankerdon y Coverley.

El público abandona el *square* y, como los tranvías no funcionan, se dirige á pie y rápidamente hacia los muelles de Tribord Harbour. Por lo demás, después de la señal, el oficial del puerto ha tomado las medidas convenientes para el salvamento. Una de las electrolanchas, amarrada en la dársena, se ha lanzado al mar..., y en el momento en que la multitud llega, la embarcación trae los náufragos recogidos sobre su navío, que se hunde en seguida en los

abismos del Pacífico.

Este navío es el queche malayo, que ha seguido a Standard Island desde su partida del archipiélago de las Sandwich.

CAPÍTULO XI

ISLAS MARQUESAS



En la mañana del 29 de agosto, la *Joya del Pacífico* va a través del archipiélago de las Marquesas, entre 7° 55' y 10° 30' de latitud sur, y 141° y 143° 6' de longitud al oeste del meridiano de París. Ha franqueado una distancia de tres mil quinientos kilómetros desde el grupo de las Sandwich.

Si este grupo se llama Mendaña, es que el español de este nombre descubrió en 1595 su parte meridional. Si se llama Islas de la Revolución, es que ha sido visitada por el capitán Marchand en 1791 en la parte del noroeste. Si se llama archipiélago de Nuku Hiva, debe este nombre a la más importante de las islas que la componen. Y, sin embargo, aunque sólo fuera por justicia, debería tomar también el nombre de Cook, puesto que el célebre navegante operó allí un reconocimiento en 1774.

Es lo que el comodoro Ethel Simcoe hace observar a Frascolin, el cual encuentra la observación de las más lógicas, añadiendo:

—Se podría igualmente llamar el archipiélago Francés, pues, estando en las Marquesas estamos algo en Francia.

En efecto, un francés tiene el derecho de mirar este grupo de once islas o islotes como una escuadra de su país anclada en las aguas del Pacífico. Las más grandes son los buques de primera clase, *Nuku-Hiva* e *Hiva Oa*; las medianas son los cruceros de diversa

importancia, *Hiau, Uapu, Uaka*; los más pequeños son los avisos^[3] *Motarte, Fatu Hiva, Tahuata*, mientras que los islotes son los faluchos de la escuadra. Pero estas islas no pueden cambiar de sitio como Standard Island.

El 1 de mayo de 1842 el comandante de la estación naval del Pacífico, el contraalmirante Dupetit-Thouars, tomó en nombre de Francia posesión de este archipiélago. Mil o dos mil leguas lo separan de la costa americana, de Nueva Zelanda, de Australia, de China, de las Molucas o de las Filipinas. En estas condiciones, el acto realizado por el contraalmirante ¿era digno de alabanza o de censura? Se le censuró en la oposición; en el mundo oficial se le aplaudió. El resultado es que Francia dispone allí de un dominio insular, donde nuestros grandes barcos de pesca van a abrigarse y a avituallarse, y al que el paso de Panamá, si alguna vez se abre, dará una gran importancia comercial. Este dominio debía completarse con la toma de posesión o la declaración del protectorado de las Islas Paumotu, de las Islas de la Sociedad, que forman su natural prolongación. Toda vez que la influencia británica se extiende sobre los parajes del noroeste de este inmenso océano, conveniente sería que la influencia francesa viniese a equilibrarle en los parajes del sureste.

—Pero —pregunta Frascolin a su complaciente cicerone— ¿es que tenemos allí fuerzas militares de alguna importancia?

—Hasta 1859 —responde el comodoro—, había en Nuku Hiva un destacamento de soldados de marina. Desde que este destacamento ha sido retirado, la guardia del pabellón está confiada a los misioneros, y éstos no dejarán que se les quite sin defenderlo.

—¿Y actualmente?

—No encontrará usted en Taio-Haé más que un cónsul, algunos gendarmes y soldados indígenas a las órdenes de un oficial que cumple también las funciones de juez de paz.

—¿Para las causas de los naturales?

—De los naturales y de los colonos.

—¿Hay, pues, colonos en Nuku Hiva?

—Sí... dos docenas.

—No hay para formar una orquesta, ni casi una charanga.

Es cierto, si el archipiélago de las Marquesas, que se extiende sobre ciento noventa y cinco millas de largo y sobre cuarenta y

ocho de ancho, cubre un área de trece mil kilómetros superficiales, su población no comprende más que veinticuatro mil indígenas, lo que hace un colono por cada mil habitantes.

¿Esta población está llamada a aumentarse cuando existiera una nueva vía de comunicación entre las dos Américas? El porvenir lo dirá. Pero en lo que concierne a la población de Standard Island, el número de sus habitantes se ha aumentado desde algunos días por el salvamento de los malayos del queche, efectuado en la noche del 5 de agosto.

Son diez, además del capitán, un hombre de aspecto enérgico, como se ha dicho, de unos cuarenta años de edad, y cuyo nombre es Sarol. Sus marineros son sólidos mozos de esa raza malaya, originaria de las islas extremas de la Malasia occidental. Tres meses antes, el dicho Sarol les había conducido a Honolulu con un cargamento de copra. Cuando Standard Island fue allí a hacer una escala de diez días, la aparición de aquella isla artificial no dejó de excitar su sorpresa, como en todos los archipiélagos sucedía. Si no la visitaron, pues esta autorización no se obtenía fácilmente, no se habrá olvidado que su queche salió a menudo al mar a fin de observarla de cerca, rodeándola a un medio cable de su perímetro. La presencia obstinada de aquel navío no excitó sospecha alguna, y a su partida de Honolulu, algunas horas después, el comodoro Simcoe no se acordaba de ello. Por otra parte, ¿por qué inquietarse por aquel barco de más de cien toneladas y tripulado por diez hombres? No había razón, sin duda, y tal vez fue esto una torpeza...

Cuando el cañonazo atrajo la atención del oficial de Tribord Harbour, el queche no se encontraba más que a dos o tres millas. La chalupa de salvamento fue a su socorro, y pudo recoger al capitán y a su tripulación.

Estos malayos hablan correctamente la lengua inglesa —lo que no es de asombrar de parte de los indígenas del oeste del Pacífico, donde, como hemos dicho, la preponderancia británica es un hecho cierto—. Sábese a qué accidente del mar se debe el que hayan sido encontrados, y si la chalupa hubiera tardado algunos minutos, el queche y su tripulación se hubiesen perdido en el fondo del océano.

Al decir de aquellos hombres, veinticuatro horas antes, durante la noche del 4 al 5 de agosto, el queche había sido abordado por un vapor a gran marcha. Aunque tuviese sus fuegos encendidos, el

capitán Sarol no le había visto. El choque debió de ser tan leve para el vapor que éste nada sufrió con él, al parecer, puesto que continuó su camino, a menos —hecho que desgraciadamente no es raro— que prefiriese, marchando a todo vapor, evitar reclamaciones costosas y desagradables.

Pero este choque, insignificante para un barco de gran tonelaje, fue terrible para el navío malayo. Cortado por delante del palo de mesana, no se explica cómo no se hundió inmediatamente. Mantúvose, sin embargo, a flor de agua, y de estar malo el mar, no hubiera podido resistir el impulso de las olas. Por fortuna, la corriente lo llevó hacia el este, y llegó a la vista de Standard Island.

Cuando el comodoro interroga al capitán Sarol, manifiéstase asombrado de que el queche, medio sumergido, haya podido ir hasta la vista de Tribord Harbour.

—Tampoco lo comprendo —responde el malayo—. Preciso es que la isla apenas haya andado desde hace veinticuatro horas...

—Es la única explicación posible... —dice el comodoro Simcoe—. Después de todo, eso no importa. Se les ha podido salvar a ustedes, que es lo esencial.

Y fue a tiempo. Antes de que la chalupa se hubiese alejado un cuarto de milla, el queche se fue a pique.

Tal es la relación que el capitán Sarol ha hecho, primero al oficial que ejecutaba el salvamento, después al comodoro, después al gobernador Cyrus Bikerstaff, una vez que se les prestaron los socorros de los que él y su tripulación parecían tener gran necesidad.

Se trata del repatriamiento de los náufragos. Cuando se produjo el choque se dirigían hacia las Nuevas Hébridas. Standard Island, que desciende al sureste, no puede modificar su itinerario e ir al oeste. Cyrus Bikerstaff ofrece, pues, a los náufragos desembarcarles en Nuku Hiva, donde esperarán el paso de un barco mercante que se dirija a las Nuevas Hébridas.

El capitán y sus hombres se miran. Parecen muy desconsolados. Esta proposición aflige a las pobres gentes, sin recursos, despojadas de todo lo que poseían, con la pérdida del queche y su cargamento. Esperar en las Marquesas es exponerse a permanecer allí por tiempo interminable. Y ¿cómo van a vivir?

—Señor gobernador —dice el capitán con suplicante tono—,

usted nos ha salvado, y no sabemos cómo demostrarle nuestro agradecimiento. Y, sin embargo, todavía le pedimos a usted que asegure nuestro regreso en mejores condiciones...

—¿De qué modo? —responde Cyrus Bikerstaff.



—En Honolulu se decía que Standard Island, después de dirigirse a los parajes del sur, debía visitar las Marquesas, las Paumotu, las Islas de la Sociedad, para ganar el oeste del Pacífico.

—Es cierto —responde el gobernador—, y probablemente llegará hasta las Islas Fidji antes de volver a la Bahía Magdalena.

—Las Fidji —continúa el capitán— son un archipiélago inglés, donde encontraríamos fácilmente medio de hacernos repatriar a las Nuevas Hébridas, que no están muy lejos de allí..., y si usted consintiera en que permaneciéramos en la isla hasta entonces...

—Nada puedo prometer en lo que a ese particular se refiere —responde el gobernador—. Nos está prohibido admitir extranjeros. Esperemos nuestra llegada a Nuku Hiva. Consultaré a la administración de la Bahía Magdalena por el cable, y, si ella consiente, les conduciremos a ustedes a las Fidji, desde donde su repatriación será más fácil.

Tal es la razón por la que los malayos se encuentran a bordo de Standard Island cuando ésta está a la vista de las Islas Marquesas el 29 de agosto.

Este archipiélago está situado en el recorrido de los vientos alisios. Es el mismo yacimiento para los archipiélagos de las Paumotu y de la Sociedad, a los que estos vientos aseguran una temperatura moderada en un clima sano.

Ante un grupo del noroeste se presenta el comodoro Simcoe en las primeras horas de la mañana. Ve un atolón arenoso que los mapas designan con el nombre de Islote del Coral, y contra el que el mar revienta con violencia extrema.

Dejado este atolón a babor, los vigías no tardan en señalar una primera isla, Fetuu, muy escarpada, circundada de precipicios perpendiculares de cuatrocientos metros. Más allá está Hiau, de seiscientos metros de altura, de aspecto árido, mientras que la otra, fresca y verde, ofrece ensenadas practicables a los barcos pequeños.

Frascolin, Yvernés y Pinchinat abandonan a Sébastien Zorn a su mal humor permanente, y van a la torre en compañía de Ethel Simcoe y varios de sus ayudantes. No hay que extrañar que este nombre de Hiau haya excitado a *Su Alteza* a emitir algunas onomatopeyas.

—Seguramente —dice— es una colonia de gatos...

Hiau queda a babor. No se debe parar allí, y se toma la dirección

de la isla principal del grupo, cuyo nombre se ha dicho, y al que temporalmente se va a unir Standard Island.

Al día siguiente, 30 de agosto, desde el amanecer, nuestros parisienses están en su puesto. Las alturas de Nuku Hiva habían sido vistas en la tarde precedente. Con buen tiempo, la cordillera de montañas de este archipiélago se muestra a una distancia de dieciocho a veinte leguas, pues la altura de ciertas cimas pasa de mil doscientos metros, dibujándose como un gigante dorso a lo largo de la isla.

—Notarán ustedes —dice el comodoro a sus huéspedes— una disposición general en todo este archipiélago. Sus cúspides son de una desnudez singular en esta zona, mientras que la vegetación, que toma origen en las dos terceras partes de las montañas, penetra en el fondo de las gargantas, y se despliega de modo exuberante hasta las riberas del litoral.

—Y sin embargo —hace observar Frascolin— diríase que Nuku Hiva se exceptúa de esta regla general, al menos en lo que concierne a la vegetación de las zonas medias. Parece estéril...

—Porque nos acercamos a ella por el noroeste —responde el comodoro—; pero cuando la rodeemos por el sur se sorprenderá usted del contraste. Por todas partes verdes planicies, bosques, cascadas de trescientos metros...

—¡Eh! —exclama Pinchinat—. ¡Una masa de agua que cayese de la Torre Eiffel...! La cosa sería digna de admirarse. El Niágara sentiría envidia.

—¡No! —dice Frascolin—. La caída del Niágara es de novecientos metros. Lo sabes, puesto que lo hemos visitado...

—Cierto, y pido perdón al Niágara si en lo que dije he podido ofenderle —responde *Su Alteza*.

Aquel día Standard Island se acerca a una milla de distancia de la isla. Siempre vertientes áridas, que suben hasta el Tovii, despeñaderos rocosos que no presentan ninguna cortadura. A pesar de esto, según el navegante Brown, se encuentran allí sitios buenos para anclar; y, en efecto, recientemente han sido descubiertos.

En suma, el aspecto de Nuku Hiva, cuyo nombre evoca tan agradables paisajes, es bastante frío. Pero, como justamente han hecho observar los señores V. Dumoulin y Desgraz, compañeros de Dumont d'Urville durante su viaje al polo y a Oceanía, «todas las

bellezas naturales están en el interior de las bahías, en los surcos formados por las ramificaciones de la cadena de los montes que se elevan en el centro de la isla».

Después de haber seguido aquel litoral desierto, más allá del ángulo agudo que proyecta hacia el oeste, Standard Island modifica ligeramente su dirección, disminuyendo la velocidad de las hélices de estribor, y dobla el cabo Tchitchagoff, así llamado por el navegante ruso Krusenstem. La costa forma un arco prolongado, en medio del cual un estrecho canal da acceso al puerto de Taioa o de Akani, una de cuyas curvas ofrece abrigo contra las más terribles borrascas del Pacífico.

El comodoro Simcoe no se detiene allí. Existen al sur dos bahías, la de Ana María o Taio-Haé al centro, y la de Controller o de los Taipis a la vuelta del cabo Martín, punta extrema del sureste de la isla. Ante Taio-Haé es donde debe hacerse escala por espacio de unos doce días.

A poca distancia de la ribera de Nuku-Hiva, la sonda indica grandes profundidades. En la proximidad de las bahías se puede aún encontrar un anclaje de cuarenta o cincuenta brazas. De aquí la facilidad de quedar muy cerca de la bahía de Taio-Haé, que es lo que se hace en la tarde del 31 de agosto.

Desde que se está a la vista del puerto se oyen cañonazos a la derecha, y una humareda fuerte se eleva por encima de uno de los acantilados del este.

—¡Eh! —dice Pinchinat— se disparan cañonazos para festejar nuestra llegada.

—No —responde el comodoro—. Ni los tais ni los happas, las dos principales tribus de la isla, poseen artillería capaz para dar los más sencillos saludos. Lo que usted oye es el ruido del mar, que se hunde en las profundidades de una caverna cerca del cabo Martín; y esa neblina, que parece humo, la forman las olas.

—Lo siento —responde *Su Alteza*—; pues un cañonazo es un saludo.

La isla Nuku Hiva posee varios nombres, debidos a los diversos padrinos que sucesivamente la han bautizado: isla Federal, por Ingraham; isla Hermosa, por Marchand; isla Sir Henry Martin, por Hergert; isla Adam, por Roberts; isla Madison, por Porter. Mide diecisiete millas de este a oeste, y diez de norte a sur, o sea una

circunferencia de unas cincuenta y cuatro millas. Su clima es sano; su temperatura igual a la de las zonas intertropicales, con la suavidad que aportan los vientos alisios.

En este sitio, Standard Island no tiene que temer nunca los formidables huracanes y las lluvias que se suceden durante el invierno, pues no debe permanecer allí más que de abril a octubre, cuando dominan los vientos secos de este a sudeste, a los que los indígenas llaman *tuatuka*. En octubre es cuando se siente el calor más fuerte; en noviembre y diciembre la mayor sequedad. Después de lo cual, de abril a octubre, verano en estos parajes del hemisferio meridional, las corrientes de aire reinan del éste al nordeste.

Respecto a la población del archipiélago de las Marquesas, preciso ha sido rebajar algo de las exageraciones de los primeros descubridores, que la han estimado en cien mil habitantes.

Élisée Reclus, apoyándose en documentos serios, no la valúa más que en seis mil almas para todo el grupo, y Nuku Hiva es la que cuenta la mayor parte. Si en el tiempo de Dumont d'Urville el número de los habitantes de Nuku Hiva ha podido elevarse a ocho mil, divididos en tais, happas, taionas y taipis, este número no ha cesado de disminuir. ¿Cuál ha sido la causa? Las guerras, el abuso de los licores fuertes, y ¿por qué no confesarlo? Todos los males que lleva en sí la conquista, hasta cuando los conquistadores pertenecen a las razas civilizadas.

En el curso de aquella semana de escala, los habitantes de Milliard City hacen numerosas visitas a Nuku Hiva. Los principales europeos se las devuelven, pues, gracias a la autorización del gobernador, tienen libre el acceso a Standard Island.

Por su parte, Sébastien Zorn y sus compañeros hacen largas excursiones, cuyo placer paga con creces su fatiga.

La bahía Taio-Haé describe un círculo cortado por su estrecho canal, en el que Standard Island no hubiera encontrado sitio, y más por estar la bahía dividida por dos playas arenosas, separadas por una escarpada pendiente, donde se yerguen aún los restos de un fuerte construido por Porter en 1812, época en que este marino conquistaba la isla, y cuando el campo americano ocupaba la orilla del este, toma de posesión que no fue ratificada por el gobierno federal.

Respecto a la ciudad, nuestros parisienses no encuentran más

que una modesta aldea, con la mayor parte de las habitaciones dispuestas bajo los árboles. ¡Pero qué admirables valles, entre otros, los de Taio-Haé, los que los nukuhivaínos han elegido sobre todos para establecer sus moradas! Causa profundo placer pasear entre aquellos macizos de cocoteros, bananos, casuarinas, guayabos, árboles del pan, majaguas y tantos otros, llenos de desbordante savia. Los turistas son hospitalariamente recibidos. Allí, donde un siglo antes tal vez hubieran sido devorados, pueden apreciar esas tortas hechas de bananas, esa fécula amarilla del taro, dulce cuando está fresca y agrilla cuando no, y las raíces comestibles del *tacca*. En cuanto al haua, especie de gran raya que se come cruda, y a los filetes de tiburón, tanto más estimados cuanto más podridos están, rehúsan positivamente hincarles el diente.



Athanase Dorémus les acompaña alguna vez en su paseo. El año anterior el buen hombre ha visitado este archipiélago, y puede servirles de guía. Tal vez no está muy fuerte ni en historia natural ni en botánica, tal vez confunda el soberbio *Spondias cytherea*, cuyos frutos se asemejan a la manzana, con el *Pandanus odoratissimus*, que justifica este epíteto superlativo, con la casuarina, cuya madera tiene la dureza del hierro, con el majagua, cuya corteza emplean los indígenas en la confección de sus vestidos, con el papayo, con la gardenia florida. A decir verdad, el cuarteto no tiene necesidad de recurrir a su ciencia un poco sospechosa, cuando la flora marquesina les presente magníficos helechos, soberbios polipodios, sus rosales de China de flores rojas y blancas, sus gramíneas, sus solanáceas, el tabaco entre otras, sus labiadas de racimos violetas, que forman el adorno más deseado de las jóvenes de Nuku Hiva, esos ricinos de diez pies de alto, sus dragos, sus cañas de azúcar, sus naranjos, sus limoneros, cuya reciente importación resulta a maravilla en esas tierras impregnadas de los calores estivales y regadas por múltiples ríos que bajan de las montañas.

Y una mañana, cuando el cuarteto ha subido más allá de tais, rodeando un torrente, hasta la cumbre de la cordillera, cuando bajo sus pies, ante sus ojos se extienden los valles de los tais, de los taipis, de los happas, un grito de admiración se escapa de sus labios. Si hubiese tenido allí sus instrumentos, no hubiera resistido al deseo de responder con la ejecución de alguna obra maestra lírica al espectáculo de aquellas obras maestras de la naturaleza. Sin duda, los ejecutantes sólo hubieran sido oídos por algunas parejas de pájaros. ¡Pero es tan linda la paloma kurukuru que vuela a aquellas alturas, tan encantadora la menuda salangana que corta el espacio con vuelo tan caprichoso, el faetón huésped habitual de estas gargantas nukuhivaínas!

Además, no hay que temer la presencia de ningún reptil venenoso en el fondo de aquellos bosques. No hay que parar la atención ni en las boas, de dos pies de largo apenas, tan inofensivas como una culebra, ni en los escincos, cuya cola azul se confunde con las flores.

Los indígenas ofrecen un tipo curioso. Encuéntrase en ellos el carácter asiático, lo que les asigna un origen muy diferente de los otros pueblos oceánicos. Son de estatura regular, académicamente

proporcionados, musculosos, anchos de pecho. Son de extremidades finas, de cara oval, frente alta, ojos negros con largas pestañas, nariz aguileña, dientes blancos y regulares, la tez ni roja ni negra, oscura como la de los árabes, y una fisonomía llena a la vez de alegría y dulzura.

El tatuaje ha desaparecido casi por completo, ese tatuaje que se obtenía, no por incisiones en la piel, sino por picaduras espolvoreadas con carbón de aleurita trilobulada. Ahora es reemplazado por la tela floreada de los misioneros.

—Muy hermosos son estos hombres —dice Yvernés—, aunque tal vez menos que en la época en que iban vestidos sencillamente con sus taparrabos, cubiertos con sus cabellos y blandiendo el arco y las flechas.

Esta observación es hecha durante una excursión a la bahía Controller en compañía del gobernador. Cyrus Bikerstaff ha deseado llevar a sus huéspedes a esta bahía, dividida en varios puertos como La Valetta; y, sin duda, en manos de los ingleses, Nuku Hiva llegaría a ser una Malta del océano Pacífico. En esta región está concentrada la población de los happas, entre las gargantas de una campiña fértil, con un pequeño río alimentado por una resonante cascada. Allí estuvo el principal teatro de la lucha del americano Porter contra los indígenas.

La obcecación de Yvernés pedía una respuesta, que da el gobernador en estos términos:

—Tal vez tiene usted razón, señor Yvernés. Los habitantes de las islas Marquesas tenían mejor aspecto con el taparrabos, el maro y el pareo de colores fuertes, el *aku bun*, especie de fajín volante, y el *tiputa*, especie de poncho mexicano. Y es cierto que el traje moderno no les sienta bien. ¿Qué quiere usted? ¡Consecuencia de la civilización! Al mismo tiempo que nuestros misioneros se aplican a instruir a los indígenas, les animan a vestirse de una manera menos rudimentaria.

—¿Y no tienen razón? —dice Frascolin.

—Desde el punto de vista de las conveniencias, sí; pero no desde el de la higiene. Desde que se visten más decentemente los habitantes de Nuku Hiva y otros insulares, no lo duden ustedes, han perdido su vigor nativo, y también su natural alegría. Se fastidian, y su salud se resiente. En otra época no conocían las bronquitis, las

pulmonías, la tisis...

—¡Y desde que no van completamente desnudos se constipan! — exclama Pinchinat.

—¡Como usted lo dice! Y ésa es una causa del deterioro de la raza.

—De donde deduzco —responde *Su Alteza*— que Adán y Eva no estornudaron nunca como el día en que se pusieron vestidos y pantalones, después de haber sido arrojados del Paraíso terrenal, lo que nos ha valido a nosotros, sus hijos degenerados y responsables, las fluxiones de pecho.

—Señor gobernador —pregunta Yvernés—, nos ha parecido que las mujeres eran menos bellas que los hombres en este archipiélago...

—Lo mismo que en los otros —responde Cyrus Bikerstaff—; y aquí, no obstante, ven ustedes el más perfecto tipo de los oceánicos. Pero acaso ¿no es ésta una ley común a las razas que se aproximan al estado salvaje? ¿No pasa lo mismo en el reino animal, donde la fauna, desde el punto de vista de la belleza física, nos muestra casi siempre al macho superior a la hembra?

—¡Eh! —exclama Pinchinat—. Preciso es venir a los antípodas para hacer semejantes observaciones, que jamás querrán admitir nuestras lindas parisienses.

En Nuku Hiva no existen más que dos clases, sometidas a la ley del tabú, ley inventada por los fuertes contra los débiles, por los ricos contra los pobres, a fin de proteger sus privilegios y sus bienes. El tabú tiene el blanco por color y a los objetos prohibidos, lugar sagrado, monumento funerario, casa de los jefes, los pobres no tienen el derecho de tocar. De aquí una clase prohibida, a la que pertenecen los sacerdotes, los brujos o *touas*, los *akarkis* o jefes civiles, y una clase no prohibida, a la que es relegada la mayor parte de las mujeres, así como el pueblo bajo. Además, no solamente está prohibido acercar la mano a un objeto protegido por el tabú, sino hasta dirigir a él las miradas.

—Y esta regla —añade Cyrus Bikerstaff— es tan severa en las Marquesas, en las Paumotu y en las islas de la Sociedad, que yo aconsejaría a ustedes que no la infrinjan nunca.

—Ya lo oyes, Zorn —dice Frascolin—. ¡Cuidado con tus manos, cuidado con tus ojos!

El violonchelista se contenta con encogerse de hombros, como persona a quien estas cosas no interesan.

El 5 de septiembre Standard Island ha abandonado el anclaje de Taio-Haé. Deja al este la isla Hua-Huna (Kahuga), la más oriental del primer grupo, de la que no se ven más que lejanas alturas verdes, y a la que faltan playas, pues su perímetro no consta más que de precipicios cortados a pico. No hay que decir que, pasando a lo largo de estas islas, Standard Island tiene cuidado de moderar su marcha, pues una masa como la suya, lanzada a toda velocidad, produciría una especie de marea que lanzaría las embarcaciones a la costa e inundaría el litoral. Se detiene a algunos cables solamente de Uapu, de notable aspecto, pues está erizada de agujas basálticas. Dos ensenadas, la Bahía Posesión y la Bahía del Buen Refugio, indican que han tenido un francés por padrino. Allí, en efecto, el capitán Marchand enarboló la bandera de Francia.

Más allá, Ethel Simcoe, pasando por entre los parajes del segundo grupo, se dirige hacia Hiva Oa, la isla Dominica, siguiendo el apelativo español. Es la más vasta del archipiélago, de origen volcánico, y tiene un perímetro de cincuenta y seis millas. Puedense observar muy distintamente sus derrumbaderos, tallados en una roca negruzca, y las cascadas que se precipitan de las colinas centrales, revestidas de una poderosa vegetación.

Un estrecho de tres millas separa esta isla de Tahuata. Como Standard Island no hubiese podido encontrar espacio suficiente para pasar por allí, rodea Tahuata por la parte oeste, donde la Bahía Madre de Dios —Bahía Resolución, de Cook— recibió los primeros navíos europeos. Gran ventaja sería para esta isla estar menos próxima a su rival Hiva Oa. Tal vez entonces la guerra resultaría más difícil entre una y otra, y su gente no estaría en contacto ni se diezmaría en la forma que lo hace aún.

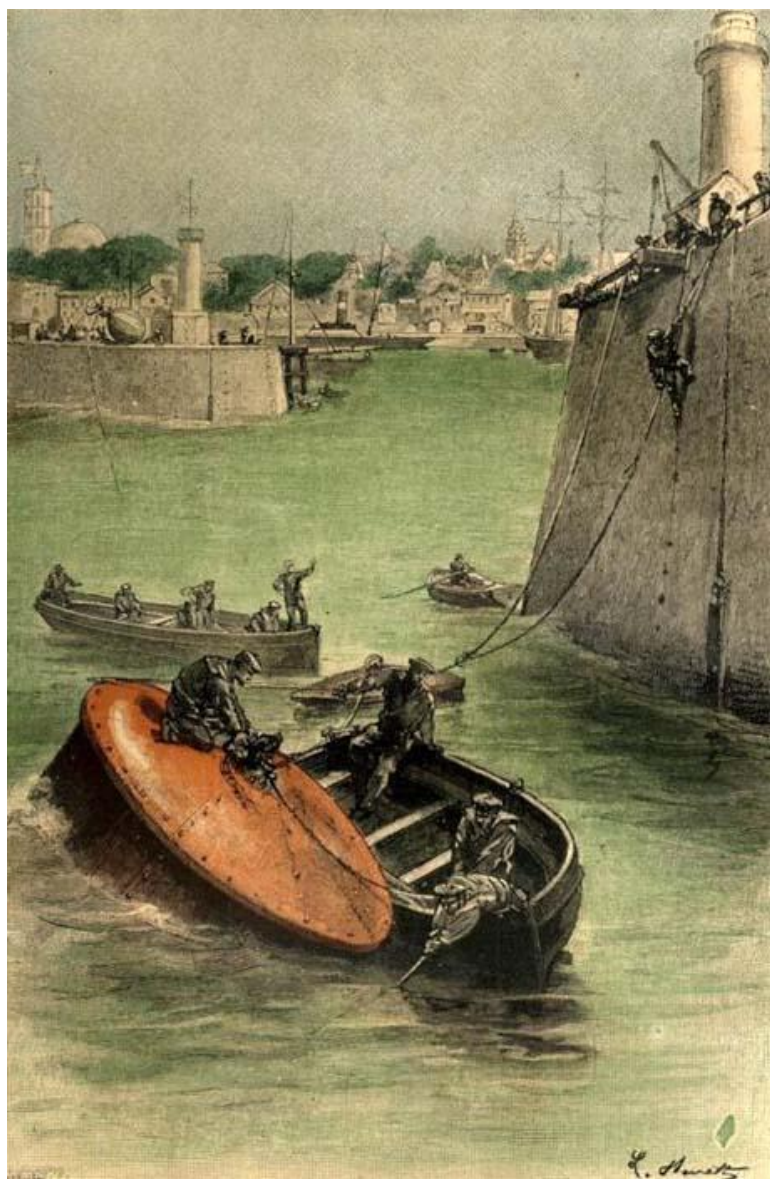
Después de haber dejado al este el yacimiento de Motane, estéril, sin defensa, sin habitantes, el comodoro toma la dirección de Fatu Hiva, antigua isla de Cook. No es, a decir verdad, más que una enorme roca, donde pululan los pájaros de la zona tropical, una especie de pilón de tres metros de circunferencia.

Tal es el último islote del sudeste que los habitantes de Milliard City pierden de vista en la tarde del 9 de septiembre. A fin de ajustarse a su itinerario, Standard Island pone el cabo al sureste, lo

que le permitirá acercarse al archipiélago de las Paumotu, cuya parte media debe atravesar.

El tiempo es siempre favorable, pues el mes de septiembre corresponde al mes de marzo del hemisferio boreal.

En la mañana del 11 de septiembre, la chalupa de Babord Harbour ha recogido una de las boyas flotantes, a la que se une uno de los cables de la Bahía Magdalena. El cabo de este hilo de cobre, del que una cubierta de gutagamba asegura el aislamiento, se une a los aparatos del observatorio, y se establece la comunicación telefónica con la costa americana.



El consejo de administración de *Standard Island Company* es consultado a propósito de los naufragos del queche malayo. ¿Se autorizaba al gobernador para concederles pasaje hasta los parajes de Fidji, donde su repatriación podría efectuarse en condiciones más rápidas y menos costosas?

La respuesta es favorable. *Standard Island* tiene permiso para ir hacia el oeste hasta las Nuevas Hébridas, a fin de desembarcar allí a los naufragos, si los notables de *Milliard City* no tienen en ello inconveniente.

Cyrus Bikerstaff informa de esta comunicación al capitán Sarol, y éste, en nombre de sus compañeros, ruega al gobernador que transmita la expresión de su agradecimiento al consejo de la Bahía Magdalena.

CAPÍTULO XII

TRES SEMANAS EN LAS PAUMOTU



Verdaderamente, el cuarteto daría pruebas de notoria ingratitud hacia Calixtus Munbar si no le estuviese reconocido por haberle, hasta un poco a traición si se quiere, atraído a Standard Island. ¿Qué importa el mecho del que el superintendente se ha servido para hacer de los artistas parisienses los huéspedes festejados, adulados y generosamente retribuidos de Milliard City? Sébastien Zorn no cesa de refunfuñar, pues no se transforma fácilmente un erizo en una gata de piel suave; pero Yvernés, Pinchinat, Frascolin mismo no hubieran podido soñar más deliciosa existencia. ¡Una excursión sin peligros ni fatigas a través de aquellos admirables mares del Pacífico! ¡Un clima siempre sano, casi siempre igual, gracias al cambio de lugares! Y después, sin tener que intervenir en la rivalidad de los dos bandos, aceptados como el alma encantadora de la isla, recibidos en casa de la familia Tankerdon y en las más distinguidas de la sección de Babord, lo mismo que en la familia Coverley, y las más notables de la sección de Tribord, tratados con agrado por el gobernador y sus allegados, por el comodoro Simcoe y, sus oficiales del observatorio, por el coronel Stewart y su tropa, prestando su concurso a las fiestas del templo lo mismo que a las ceremonias de la catedral, encontrando simpatías en los dos puertos, en las fábricas, entre los funcionarios y

empleados... Lo preguntamos a toda persona razonable: ¿Nuestros compatriotas pueden echar de menos los tiempos en que recorrían las ciudades de la República federal? ¿No son dignos de envidia?

—Ustedes me besarán las manos —había dicho el superintendente en su primera entrevista.

Y si no lo habían hecho, señal era de que no habían de besar nunca ninguna mano masculina.

Un día Athanase Dorémus les dijo:

—Dos años hace que estoy en Standard Island, y desearía estar sesenta.

—¡Vaya! —responde Pinchinat—. ¿Tiene usted la pretensión de ser centenario!

—Esté usted seguro de que llegaré a ellos. ¿Cree usted que se muere en Standard Island...?

—Como en todas partes...

—Pero no aquí... En el Paraíso celestial no se muere.

¿Qué responder a esto? Sin embargo, de vez en cuando, alguno moría; y entonces los vapores llevaban sus despojos a los lejanos cementerios de Bahía Magdalena. Decididamente, está escrito que no se puede ser completamente dichoso en este bajo mundo.

Siempre existen algunos puntos negros en el horizonte, puntos que poco a poco toman la forma de nubes cargadas de electricidad, que podrán al fin producir tormentas y huracanes. Tal es, por ejemplo, en nuestra isla, la rivalidad entre los Tankerdon y los Coverley, rivalidad que va en aumento. Sus partidarios hacen causa común con ellos. ¿Acaso Milliard City está amenazada de trastornos y revoluciones? ¿Acaso el consejo de administración tendrá el brazo bastante enérgico, y el gobernador Cyrus Bikerstaff la mano bastante firme para mantener la paz entre estos Capuletos y Montescos de la Isla de Hélice? No se sabe. Todo es posible tratándose de rivales cuyo amor propio parece no tener límites.

Desde la escena que se produjo al pasar la línea, los dos personajes son enemigos declarados. Sus partidarios les animan en esta rivalidad. Toda relación ha cesado entre las dos secciones. Se evitan, y si se encuentran, ¡qué cambio de gestos amenazadores, de miradas feroces! Se extiende el rumor de que el antiguo comerciante de Chicago y algunos de Babord van a fundar una casa de comercio, que han pedido a la compañía autorización para crear

una vasta fábrica, y que importarán cien mil cerdos para salarlos y venderlos en los diversos archipiélagos del Pacífico...



Después de esto se creará, sin recelo alguno, que el hotel Tankerdon y el hotel Coverley son dos polvorines, y que bastará una chispa para hacerles volar con la isla. No hay que olvidar que se trata de un aparato flotante sobre los más profundos abismos. Es verdad que esta explosión no podría ser más que «puramente moral», si se permite la frase; pero la consecuencia sería que los notables tomasen el partido de expatriarse, determinación que comprometería el porvenir, y muy probablemente la situación financiera de *Standard Island Company*.

En fin, complicaciones amenazadoras, ya que no catástrofes materiales. Y ¿quién sabe si estas últimas no son también de temer...?

En efecto, tal vez las autoridades de la isla, menos adormecidas en una engañosa seguridad, hubieran debido vigilar más de cerca al capitán Sarol y a sus malayos, tan hospitalariamente acogidos después del naufragio. Estas gentes viven aparte, son poco comunicativas, están fuera de toda relación, gozan de un bienestar que echarán de menos en sus salvajes Nuevas Hébridas. ¿Hay, pues, motivo para sospechar? Sí y no. De todos modos, un observador más perspicaz notaría que no cesan de recorrer *Standard Island*, que estudian sin cesar *Milliard City*, la disposición de sus avenidas, el lugar de sus palacios y hoteles, como si tuvieran la idea de levantar un plano exacto. Se les encuentra en el parque y en el campo. Van, ya a *Babord Harbour*, ya a *Tribord Harbour*, observando las llegadas y las salidas de los navíos. Se les ve, en sus largos paseos, explorar el litoral, donde los aduaneros están día y noche, y visitar las baterías colocadas en la parte de delante y de atrás de la isla. Después de todo, ¿qué cosa más natural? ¿Pueden estos malayos emplear mejor su tiempo que en estas excursiones, y hay motivo para ver algo sospechoso en ello?

Entre tanto, el comodoro entra poco a poco hacia el suroeste, a poca velocidad. Yvernés, como si su ser se hubiera transformado desde que ha llegado a ser un insulario moviente, se abandona al encanto de aquella navegación; encanto que también sienten *Pinchinat* y *Frascolin*. ¡Qué deliciosas horas pasadas en el casino, en espera de los conciertos de las quincenas y de las veladas, en que se les disputa a peso de oro! Todas las mañanas, merced a los periódicos de *Milliard City*, llenos de noticias frescas transmitidas

por los cables, y de diversos hechos que datan de algunos días por los vapores de servido regular, están al comente de todo lo que interesa a los dos continentes, desde los puntos de vista mundano, científico, artístico y político. Y en lo que se refiere a este último punto, preciso es reconocer que la prensa inglesa de todo matiz no cesa de clamar contra la existencia de aquella isla ambulante que ha tomado el Pacífico por teatro de sus excursiones. Pero tales recriminaciones se desdennan, tanto en Standard Island como en la Bahía Magdalena.

No olvidemos decir que, desde algunas semanas ya, Sébastien Zorn y sus compañeros han podido leer, en las informaciones del extranjero, que su desaparición ha sido indicada por los periódicos americanos. El célebre *Cuarteto concertante*, tan festejado en los Estados de la Unión, tan esperado por aquellos que aún no han tenido el honor de oírle, no podía desaparecer sin que esta desaparición levantase gran polvareda. No han llegado a San Diego en el día indicado, y San Diego ha lanzado el grito de alarma. De los informes practicados ha resultado que los artistas navegaban en la Isla de Hélice, después de un secuestro practicado en el litoral de la Baja California. Como ellos no han reclamado contra este secuestro, no ha habido cambio de notas diplomáticas entre la Compañía y la República federal. Cuando el cuarteto quiera reaparecer en el teatro de sus triunfos será bien recibido.

No hay que decir que los dos violines y el viola han impuesto silencio al violonchelista, al que no le hubiera disgustado ser causa de una declaración de guerra entre el nuevo continente y la *Joya del Pacífico*.

Por lo demás, nuestros instrumentistas han escrito varias veces a Francia desde la partida de la Bahía Magdalena. Sus familias, ya tranquilas, les dirigen frecuentemente cartas, y la correspondencia se efectúa de un modo tan regular como por los servicios postales entre París y Nueva York.

Una mañana, el 17 de septiembre, Frascolin, instalado en la biblioteca del casino, siente el natural deseo de consultar el mapa del archipiélago de las Paumotu, hacia el que se dirige. En cuanto abre el mapa y mira aquellos parajes del océano Pacífico, exclama:

—¡Mil rayos...! ¿Cómo Ethel Simcoe podrá orientarse en este caos...? ¡Jamás encontrará paso en este montón de islotes e islas!

¡Hay centenares de ellos! Tocaré, chocaré... ¡Acabaremos por quedar inmóviles en este grupo, más escabroso que nuestra Morbihan de la Bretaña!

Tiene razón el sabio Frascolin. Morbihan no cuenta más que trescientas sesenta y cinco islas, tantas como días el año, y sobre el archipiélago de las Paumotu se puede contar el doble. Es verdad que el mar que las baña está rodeado por un cinturón de arrecifes coralígenos, cuya circunferencia no es inferior, según Élisée Reclus, a seiscientos cincuenta leguas.

Observando el mapa de este grupo, es permitido asombrarse de que un navío, y, *a fortiori*, un aparato marino tal como Standard Island, ose aventurarse a Paumotu través de este archipiélago. Comprendido entre los 17° y 28° paralelos sur, y entre los 134° y 147° meridianos oeste, se compone de un millar de islas e islotes, desde Mataiva hasta Pitcaim.

No es, pues, sorprendente que este grupo haya recibido diversos calificativos, entre otros el de archipiélago Peligroso o mar Malo. Gracias a la prodigalidad geográfica, de la que el océano Pacífico tiene el privilegio, se llama también Islas Bajas, Islas Tuamotu, o sea Islas Alejadas, Islas Meridionales, Islas de la Noche, Tierras misteriosas. Respecto al nombre de Paumotu o Pamaoutou, que significa islas sometidas, una diputación del archipiélago, reunida en 1850 en Papeete, la capital de Tahití, ha protestado de él. Pero aunque el gobierno francés, respondiendo en 1852 a esta protesta, ha escogido, entre todos esos nombres, el de Tuamotu, vale más conservar en esta historia el nombre más conocido de Paumotu.

Por peligrosa que pueda ser esta navegación, el comodoro no vacila, y tiene tal costumbre de navegar por estos mares, que se puede confiar en él. Maniobra su isla como una canoa. Frascolin puede estar seguro por Standard Island: las puntas de Paumotu no tocarán su cubierta de acero.

En la tarde del 19, los vigías del observatorio han señalado los primeros puntos del grupo a unas doce millas. Estas islas, en efecto, son extremadamente bajas. Si algunas pasan el nivel del mar en unos cuarenta metros, setenta y cuatro no sobresalen más que media toesa, y serían inundadas dos veces al día si las mareas no fueran casi nulas. Las otras no son más que bancos coralígenos, de una aridez absoluta, simples arrecifes, regularmente orientados en

el mismo sentido que el archipiélago.

Standard Island se acerca al grupo por la parte este, a fin de aproximarse a la isla Anaa, que Fakarava ha reemplazado como capital desde que Anaa ha sido en parte destruida por el terrible ciclón de 1878, el que hizo perecer un gran número de sus habitantes y llegó hasta la isla Kaukura.

Primero se ve Vaitahu, a tres millas. Las precauciones más minuciosas son tomadas en estos parajes, los más peligrosos del archipiélago, a causa de las corrientes y de la extensión de los arrecifes hacia el este. Vaitahu no es más que un amontonamiento de coral, flanqueado de tres islotes poblados de árboles, de los que el del norte está ocupado por la principal ciudad.

Al día siguiente se ve la isla de Akiti, con sus arrecifes tapizados de prionia, de verdolaga, de una hierba campera de color amarillento, de borraja vellosa. Difiere de las otras en que no posee albufera interior. Es visible a una buena distancia, porque su altura sobre el nivel del mar es superior a la mediana.

Al día siguiente, otra isla un poco más importante, Amanu, cuya albufera está en comunicación con el mar por dos pasos de la costa noroeste.

En tanto que la población de Milliard City no pide más que pasearse indolentemente por medio de este archipiélago, que ha visitado el año precedente, contentándose con admirar al paso sus maravillas, Pinchinat, Frascalín e Yvernés hubieran deseado algunas escalas, durante las cuales hubieran podido explorar estas islas debidas al trabajo de los políperos, es decir, artificiales... como Standard Island.

—Solamente —dice el comodoro— que la nuestra puede moverse...

—Y se mueve demasiado —repuso Pinchinat—, puesto que en ninguna parte se detiene.

—Ya se detendrá en las islas Hao, Anaa, Fakarava, y podrán ustedes recorrerlas.

Preguntado sobre la manera como se forman esas islas, Ethel Simcoe lo explica conforme a la teoría generalmente más admitida; en aquella parte del Pacífico, el fondo submarino ha debido descender gradualmente unos treinta metros. Los zoófitos, los pólipos han encontrado sobre las cimas sumergidas una sólida base

donde establecer sus construcciones de coral. Poco a poco esas construcciones han crecido, gracias al trabajo de esos infusorios que no sabrían funcionar a una profundidad más considerable. Han subido a la superficie, y han formado este archipiélago, cuyas islas pueden clasificarse en barreras, franjas y atolones, nombre de las que están provistas de albuferas interiores. Después, los restos arrojados por las olas han formado un humus: los granos han sido aportados por los vientos; la vegetación ha aparecido sobre los anillos coralígenos; la marga calcárea se ha revestido de hierbas y de plantas, y llenado de arbustos y árboles bajo la influencia de su clima intertropical.

—Y ¿quién sabe? —dice Yvernés, en un arranque de poético entusiasmo—. ¿Quién sabe si el continente absorbido por las aguas del Pacífico no reaparecerá un día a su superficie, reconstituido por esos millones de animalillos microscópicos? Y entonces, por los parajes que ahora cruzan los vapores y barcos de vela, cruzarán a todo vapor los trenes expresos que unirán el antiguo y el nuevo continente...

—Disparata... disparata, mi viejo Yvernés —dice el irrespetuoso Pinchinat.



Como había dicho el comodoro, Standard Island se detiene el 23 de septiembre ante la isla Hao, a la que puede acercarse bastante por su gran profundidad. Las embarcaciones conducen allí algunos visitantes, a través del paso que a la derecha se abriga bajo una cortina de cocoteros. Preciso es andar cinco millas para llegar a la ciudad principal, situada sobre una colina; ciudad que no cuenta más que doscientos o trescientos habitantes, en su mayor parte pescadores de nácar, empleados como tales por las casas tahitianas. Allí abundan esas pandanáceas y esos mirtos mikimikis, que fueron los primeros árboles de un suelo donde se dan ahora la caña de azúcar, el ananás, el taro, la prionia, el tabaco y, sobre todo, el cocotero, del que los inmensos palmerales del archipiélago contienen más de cuarenta mil.

Puede decirse que este árbol «providencial» no necesita casi cultivo. Su nuez sirve de alimento habitual a los indígenas, siendo bien superior en sustancias nutritivas a los frutos del pandano. Con ella engordan sus cerdos, sus aves y también sus perros, cuyas costillas y filetes comen con gran gusto. Además, la nuez de coco da un aceite precioso cuando, después de molida y secada al sol, es sometida a la presión de una mecánica bastante rudimentaria. Los navíos llevan cargamentos de esa copra al continente, donde las fábricas la preparan de una manera más conveniente.

No se puede juzgar de la población paumotuana por Hao. Aquí los indígenas son poco numerosos. Pero el cuarteto ha podido observar alguna ventaja en la isla Anaa, ante la cual Standard Island llega la mañana del 27 de septiembre.

Anaa no ha mostrado, más que a una corta distancia, sus macizos de árboles de soberbio aspecto. Es una de las más grandes del archipiélago, pues cuenta dieciocho millas de largo por nueve de ancho, medidas en su base madreporica.

Se ha dicho que en 1878 un ciclón había devastado, esta isla, lo que hizo trasladar a Fakarava la capital del archipiélago. Esto es cierto, aunque en aquel clima tan poderoso de la zona tropical era de presumir que la devastación se repararía en algunos años. En efecto, tan magnífica como en otra época, Anaa posee actualmente mil quinientos habitantes. No obstante, es inferior a Fakarava, su rival, por una razón que no deja de tener su importancia, y es porque la comunicación entre el mar y la albufera no puede hacerse

más que por un estrecho canal, surcado de remolinos del interior al exterior, debidos a la elevación de las aguas. En Fakarava, al contrario, la albufera es servida por dos anchos pasos al norte y al sur. Sin embargo, no obsta para que el principal mercado de aceite de coco haya sido trasladado a esta última isla, Anaa, que, más pintoresca, atrae siempre la preferencia de los visitantes.

Desde que Standard Island ha tomado su lugar de escala en excelentes condiciones, numerosos habitantes de Milliard City se hacen transportar a tierra. Sébastien Zorn y sus camaradas son de los primeros.

Antes que nada se dirigen a la ciudad de Tuahora, después de haber estudiado la formación de la isla, formación común a todas las del archipiélago. Aquí, la marga calcárea, el ancho del anillo, si se quiere, es de cuatro a cinco metros; muy escarpado en el lado del mar, y en suave pendiente por la parte de la albufera, cuya circunferencia comprende unas cien millas, como en Raroia y Fakarava. Sobre este anillo hay millares de cocoteros, principal, por no decir única riqueza de la isla, bajo los que se abriga las chozas indígenas.

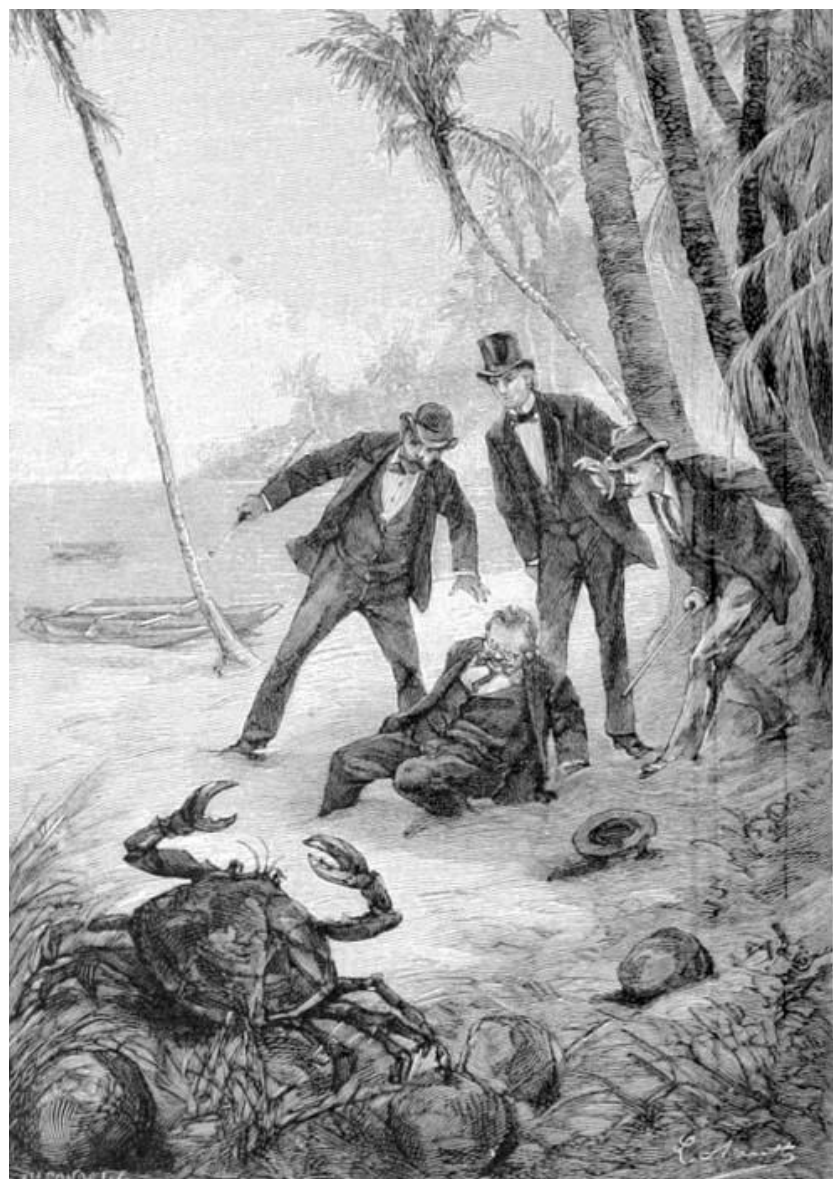
La ciudad de Tuahora está atravesada por un camino arenoso, de una blancura resplandeciente. El cónsul francés del archipiélago no vive allí desde que Anaa ha perdido su importancia de capital. Pero la casa permanece protegida por una modesta muralla. Sobre el cuartel de la pequeña guarnición, confiada a la guarda de un sargento de marina, flota la bandera tricolor.

Preciso es conceder algunos elogios a las casas de Tuahora. No son chozas, sino casas cómodas y sanas, suficientemente amuebladas. Las hojas del pandano forman sus tejados, y la madera de este precioso árbol es empleada en puertas y ventanas. Rodéanlas huertas que la mano del indígena ha llenado de tierra vegetal, y cuyo aspecto es verdaderamente encantador.

Sus naturales son de un tipo menos notable, con la tez más negra, la fisonomía menos expresiva y el carácter más duro que los de las Islas Marquesas, pero ofrecen aún bellos tipos de esta población de la Oceanía ecuatorial. Además, trabajadores inteligentes y laboriosos, tal vez opondrán más resistencia a la degeneración física que amenaza a los indígenas del Pacífico.

Su principal industria, como Frascolin puede advertir, es la

fabricación del aceite de coco. De aquí el número considerable de cocoteros plantados. Estos árboles se reproducen tan fácilmente como las excrecencias coralígenas en la superficie de los atolones. Pero tienen un enemigo, y los excursionistas parisienses lo han reconocido un día en que estaban tendidos sobre la playa del lago interior, cuyas verdes aguas contrastan con el azul del mar cercano.



En estas circunstancias, he aquí que su atención primero, su horror después, es provocado por un ruido de reptación entre la hierba.

¿Qué es lo que ven? Un crustáceo de un tamaño monstruoso.

Su primer movimiento es levantarse, el segundo mirar al animal.

—¡Qué bestia!... —exclama Yvernés.

—¡Es un cangrejo! —dice Frascolin.

Un cangrejo, en efecto; ese cangrejo llamado *Birgo* por los indígenas, y de los que hay gran número en estas islas. Sus patas delanteras forman dos sólidas tenazas, con las que abre las nueces, que constituyen su mejor alimento. Viven en el fondo de unos agujeros hechos entre las raíces. Durante la noche, en particular, van en busca de las nueces caídas, y hasta trepan por el tronco y las ramas de los cocoteros para coger los frutos. Preciso es que el cangrejo en cuestión tenga el hambre de un lobo, como dice Pinchinat, para haber abandonado en pleno día su escondite.

Se le deja hacer, pues, la operación; promete ser extremadamente curiosa. Coge una nuez y desgarrar las fibras poco a poco con sus pinzas; después, cuando la nuez está desnuda, ataca la dura corteza, golpeándola en el mismo sitio. Abierta, el *Birgo* saca la sustancia interior, empleando sus pinzas traseras, cuya extremidad está fuertemente aguzada.

—Indudablemente —observa Yvernés—, la naturaleza ha creado al *Birgo* para abrir nueces de coco...

—Y a la nuez de coco para alimento del *Birgo* —añade Frascolin.

—Pues bien, ¿y si contradecimos las intenciones de la naturaleza impidiendo a ese cangrejo comer esa nuez, y a esta nuez ser comida por ese cangrejo...? —propuso Pinchinat.

—Yo pido que no se le moleste —dice Yvernés—. No demos, ni aun a un cangrejo, una mala idea de los parisienses en viaje.

Se consiente en ello, y el cangrejo, que sin duda ha arrojado una mirada de enojo a *Su Alteza*, dirige otra de reconocimiento al primer violín del cuarteto.

Después de una escala de sesenta horas ante Anaa, Standard Island sigue la dirección norte. Penetra a través del maremágnum de islas e islotes, y el comodoro Simcoe baja por el canal con seguridad asombrosa. Claro es que en estas condiciones Milliard City está un poco abandonada por sus habitantes, con gran ventaja

del litoral y más particularmente de la parte del espolón. Siempre islas a la vista, o más bien cestas de verdura que parecen flotar en la superficie de las aguas. Se diría que es un mercado de flores sobre uno de los canales de Holanda. Numerosas piraguas van y vienen por los alrededores de los dos puertos; pero no está permitido entrar, y los agentes han recibido órdenes formales respecto a este punto. Numerosas mujeres indígenas vienen a nado cuando la isla flotante va a corta distancia de los precipicios madreporicos. Si no acompañan a los hombres en sus canoas, es porque estas embarcaciones están prohibidas para el bello sexo paumotuano, y les está vedado hacerlo.

El 4 de octubre, Standard Island se detiene ante Fakarava, a la abertura del paso del sur. Antes que las embarcaciones se dispongan para transportar a los visitantes, el cónsul francés es presentado en Tribord Harbour, de donde el gobernador ha dado orden de conducirlo al Ayuntamiento.

La entrevista es muy cordial. Cyrus Bikerstaff tiene la cara oficial, digámoslo así, la de que se sirve para las ceremonias de este género. El cónsul, un viejo oficial de infantería de marina, hace lo mismo. Imposible imaginar cosa más grave, más digna, más propia de una y otra parte.

Terminada la entrevista, se autoriza al cónsul para que recorra Milliard City, siendo Calixtus Munbar el encargado de hacer los honores. En su calidad de franceses, los parisienses y Athanase Dorémus han querido unirse al superintendente. Para aquel hombre es una alegría el encontrarse con compatriotas.

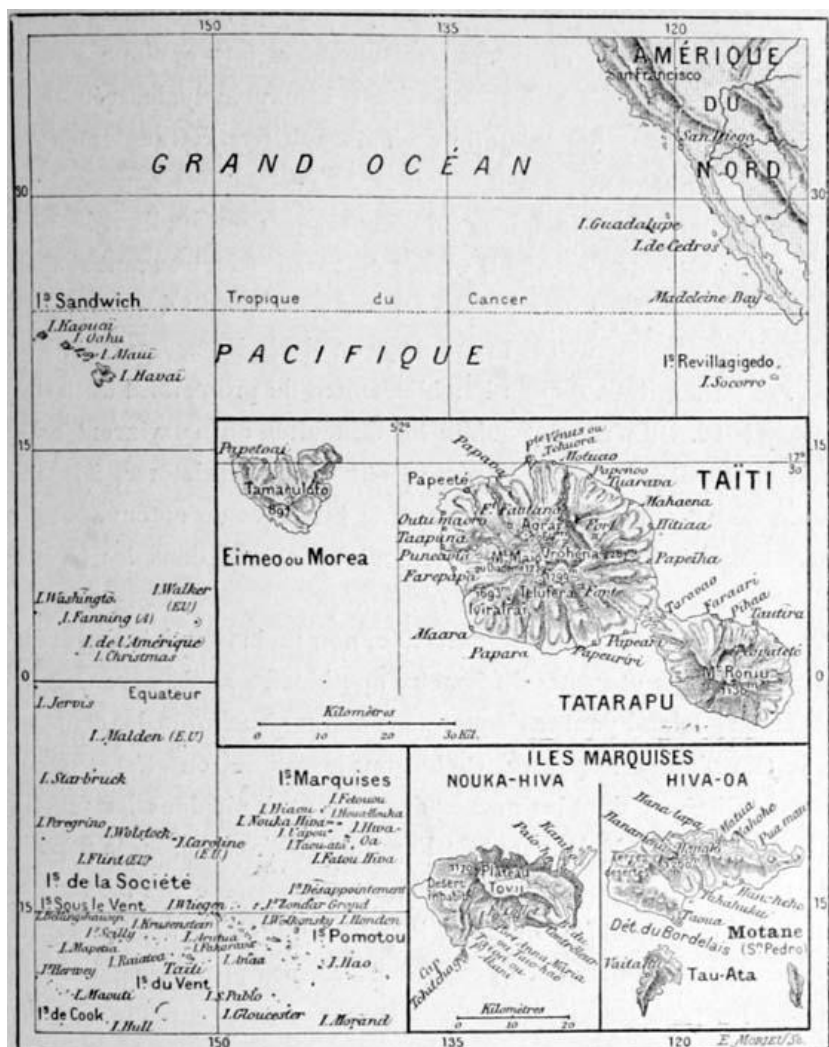
Al día siguiente, el gobernador va a Fakarava a devolver su visita al viejo oficial, y ambos toman su aspecto de la víspera. El cuarteto, apenas pone el pie en tierra, se dirige al consulado. Es un sencillísimo edificio ocupado por una guarnición de doce antiguos marinos, sobre la que se despliega el pabellón de Francia.

Ya se ha dicho que aunque Fakarava sea la capital del archipiélago, no vale lo que su rival Anaa. La ciudad principal no aparece tan pintoresca bajo el verdor de sus árboles, y por otra parte los habitantes son menos sedentarios. Además de la fabricación del aceite de coco, cuyo centro está en Fakarava, se entregan a la pesca de las madreperlas. El comercio del nácar que produce esta explotación les obliga a frecuentar la isla vecina de

Toau, especialmente dispuesta para esta industria. Estos indígenas, atrevidos, no dudan en descender hasta profundidades de veinte y treinta metros, por la costumbre que tienen de soportar tales presiones sin gran trabajo y a permanecer sin respirar más de un minuto.

Algunos de estos pescadores han sido autorizados para ofrecer los productos de su pesca, nácar o perlas, a los notables de Milliard City. Ciertamente, no faltan alhajas a las señoras de la ciudad. Pero estas producciones naturales, en estado bruto, no es fácil procurárselas, y, presentándose la ocasión, los pescadores las venden a elevados precios. Desde el momento en que míster Tankerdon compra una perla de gran valor, está indicado que míster Coverley siga su ejemplo. Afortunadamente, no hay ocasión de pujar sobre un objeto único, pues no se sabe dónde se hubiera llegado. Otras familias imitan a sus amigos, y aquel día, como se dice en el lenguaje marítimo, los fakaravianos hicieron «una buena marea».

Transcurridos diez días, el 13 de octubre, la *Joya del Pacífico* aparece desde las primeras horas. Abandonando la capital de las Paumotu toca el límite occidental del archipiélago. El comodoro Simcoe no tiene ya que preocuparse por aquel inverosímil amontonamiento de islas, islotes, arrecifes y atolones. Ha salido sin dificultad de aquellos parajes de la mar Mala. A lo largo se extiende esa porción del Pacífico que, sobre un espacio de cuatro grados, separa el grupo de las Paumotu del grupo de la Sociedad. Poniendo el cabo al sureste, Standard Island, movida por los diez millones de caballos de sus máquinas, se dirige hacia la isla tan poéticamente celebrada por Boungainville, la encantadora Tahití.



CAPÍTULO XIII

ESCALA EN TAHITÍ

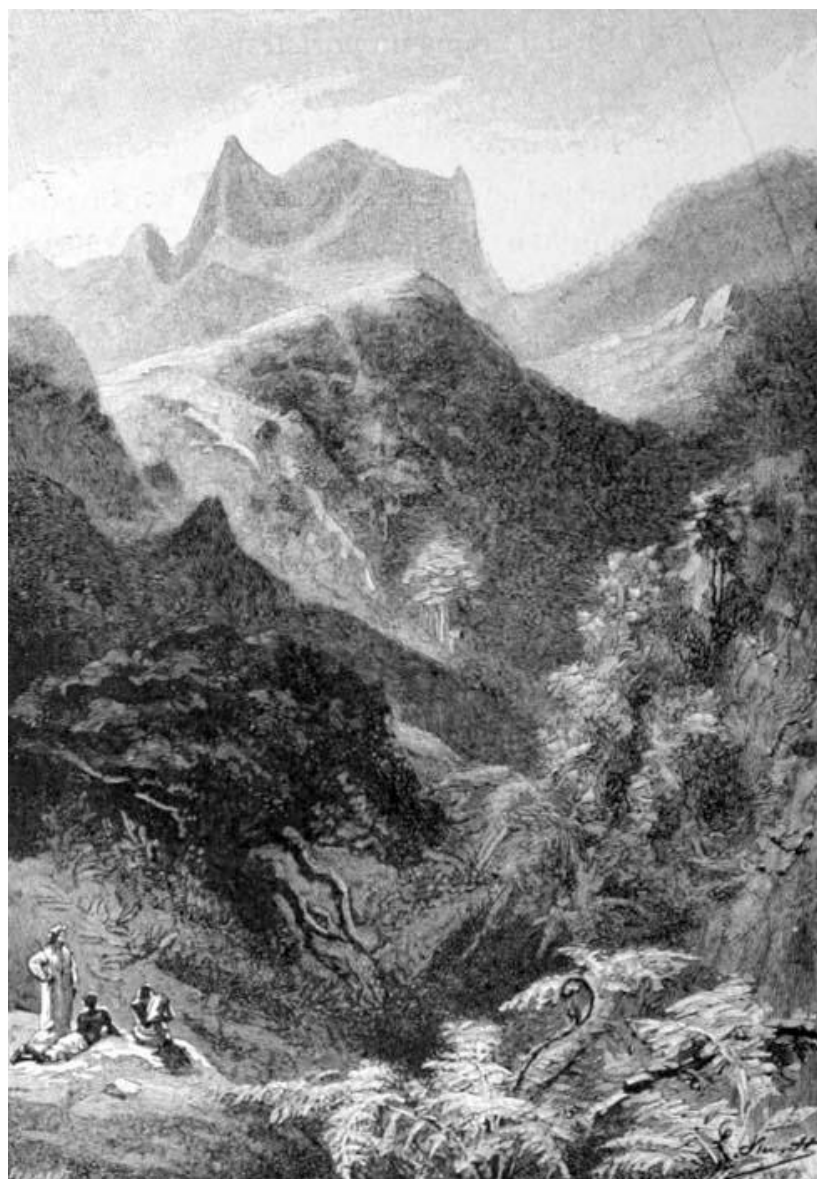


El archipiélago de la Sociedad o de Tahití está comprendido

entre 15° 52' y 17° 49' de latitud meridional, y entre 150° 8' y 156° 30' de longitud al oeste del meridiano de París. Ocupa una extensión de dos mil doscientos kilómetros superficiales.

Lo constituyen dos grupos: 1.° Islas del Viento, Tahití o Tahiti-Tahaa, Tapamanoa, Moorea o Eimeo, Tetiaroa, Meetia, que están bajo el protectorado de Francia. 2.° Islas de Sotavento, Tubuai, Manu, Huaine, Raiatea-Thao, Bora-Bora, Moffy-Iti, Maupiti, Mapetia, Bellingshausen, Scilly, gobernadas por los soberanos indígenas. Los ingleses las llaman islas Georgianas, aunque Cook, su descubridor, las haya bautizado con el nombre de Islas de la Sociedad, en honor a la Real Sociedad de Londres. Situado a doscientas cincuenta leguas marinas de las Marquesas, este grupo, después de diversos recuentos hechos en estos últimos tiempos, da un total de cuarenta mil habitantes extranjeros e indígenas.

Viniendo del nordeste, Tahití es la primera de las Islas del Viento que aparece a la vista de los navegantes, y la que los vigías del observatorio señalan a una gran distancia, gracias al monte Maiao o Diadema, que se eleva a mil doscientos treinta y nueve metros sobre el nivel del mar.



La travesía se ha efectuado sin incidentes. Ayudada por los vientos, Standard Island ha recorrido estas aguas admirables por encima de las que el sol se desplaza hada el trópico de Capricornio. Dos meses y algunos días y el astro le habrá alcanzado, subirá la línea ecuatorial, la Isla de Hélice lo tendrá a su cénit durante varias semanas de ardiente calor, y después le seguirá como un perro a su amo, manteniéndose a la distancia reglamentaria.

Ésta es la primera vez que los habitantes de Milliard City van a hacer escala en Tahití. El año anterior su campaña había comenzado demasiado tarde. No habían ido más allá en el oeste, y después de haber abandonado las Paumotu habían subido hada el ecuador. Este archipiélago de la Sodedad es el más hermoso del Pacífico. De ningún modo mejor que recorriéndolo podían nuestros parisienses apreciar todo el encanto de ese movimiento de un aparato libre de escoger sus escalas y su clima.

—Sí... ¡Pero ya veremos cómo acaba esta absurda aventura! —concluía invariablemente Sébastien Zorn.

—¡Que no acabe nunca es todo lo que yo pido! —exclamaba Yvernés.

Standard Island llega a la vista de Tahití al alba del 17 de octubre. La isla se presenta por su litoral del norte. Durante la noche se ha levantado el faro de la punta Venus. El día ha bastado para llegar a la capital, Papeete, situada al noroeste, más allá de la punta. El consejo de notables se ha reunido bajo la presidencia del gobernador. Como todo consejo bien equilibrado, se ha dividido en dos campos. Los unos, con Jean Tankerdon a la cabeza, se han pronunciado por el oeste; los otros, con Nat Coverley, por el este. Cyrus Bikerstaff, cuyo voto decide en caso de empate, ha decidido que se ganará Papeete rodeando la isla por el sur, decisión muy del agrado del cuarteto, puesto que le permitirá admirar en toda su belleza aquella perla del Pacífico, la Nueva Citerea de Bougainville.

Tahití presenta una superficie de ciento cuatro mil doscientas quince hectáreas, unas nueve veces la superficie de París. Su población, que en 1875 comprendía siete mil seiscientos indígenas, trescientos franceses y mil cien extranjeros, no tiene más que siete mil habitantes. Su plano, geométrico ofrece muy exactamente la forma de una calabaza echada, siendo el cuerpo la isla principal, reunida al cuello que dibuja la península de Taiarapu por el istmo

de Taravao.

Esta comparación la ha hecho Frascaolin estudiando el mapa del archipiélago, y sus compañeros la encuentran tan exacta que bautizan a Tahití con este nuevo nombre: la *Calabaza de los Trópicos*.

Administrativamente Tahití se divide en seis partes, subdivididas en veintiún distritos desde el establecimiento del protectorado el 9 de septiembre de 1842. No se habrá olvidado que hubo grandes dificultades entre el almirante Dupetit-Thours, la reina Pomaré e Inglaterra por instigaciones de aquel abominable traficante de biblias y de telas llamado Pritchard, tan admirablemente caricaturizado en *Les Guépes* de Alphonse Karr.

Pero ésta es historia antigua, no menos caída en el olvido que los hechos y gestos del famoso boticario anglosajón.

Standard Island puede arriesgarse sin peligro a una milla de los contornos de la *Calabaza de los Trópicos*. Esta calabaza descansa, en efecto, sobre una base coralígena, cuyos escalones descienden a pico hasta las profundidades del océano. Pero antes de aproximarse tanto, la población de Milliard City ha podido contemplar su imponente masa, sus montañas, más favorecidas por la naturaleza que las de las Sandwich, sus verdes cimas, sus gargantas llenas de árboles, sus picos que se enderezan como pináculos agudos de una gigantesca catedral, y el cinto de sus cocoteros bañados por la espuma blanca de la resaca.

Durante este día, siguiendo la costa occidental, los curiosos, situados en los alrededores de Tribord Harbour, con el anteojo en la mano —y los parisienses tienen cada uno el suyo— pueden enfrascarse en la observación de los mil detalles del litoral: el distrito de Papenoo, cuyo río se ve desde la base de las montañas y que se arroja en el océano en el sitio donde el arrecife falta en un espacio de varias millas; Hitiaa, un puerto muy seguro, del que se exportan para San Francisco millones y millones de naranjas; Mahaena, donde se terminó la conquista de la isla en 1845, pero al precio de un terrible combate contra los indígenas.

Por la tarde se llega al istmo de Taravao. Rodeando la península, el comodoro se aproxima lo suficiente para que los fértiles campos del distrito de Tautira, los numerosos ríos que hacen de él uno de los más ricos del archipiélago, se dejen admirar en todo su

esplendor. Taiarapu, reposando sobre su asiento de coral, endereza majestuosamente los taludes de sus cráteres apagados.

Después, al declinar el sol en el horizonte, las cimas se tiñen de púrpura una última vez, los tonos se dulcifican, los colores se funden en la bruma cálida y transparente. Pero pronto todo no es más que una confusa masa de efluvios, cargada de los olores de los naranjos y limoneros, que la brisa de la tarde extiende. Después de un crepúsculo breve, la noche es profunda.

Standard Island dobla entonces la extrema punta del sureste de la península, y al día siguiente al amanecer evoluciona ante la costa occidental del istmo.

El distrito de Taravao, muy cultivado, muy poblado, muestra sus hermosos caminos entre bosques de naranjos, que le unen al distrito de Papeari. En el punto culminante se dibuja un fuerte dominando los dos lados del istmo, defendido por algunos cañones cuyas bocas se inclinan hacia fuera, como gárgolas de bronce. En el fondo se oculta el puerto Faetón.

—¿Por qué el nombre de ese presuntuoso cochero del carro solar resplandece sobre este istmo? —se pregunta Yvernés.

Emplean el día en seguir los contornos más acentuados de la fábrica coralígena que marca el oeste de Tahití. Dos nuevos distritos aparecen: Papeiri y Mataiea, excelente puerto de Papeuriri; después un largo valle recorrido por el lago Vaihiria, y al fondo aquella montaña de quinientos metros, especie de pie de lavabo, soportando una cubeta de medio kilómetro de circunferencia. Este antiguo cráter, sin duda lleno de agua dulce, no parece tener comunicación alguna con el mar.

Después el distrito de Ahauraono, dedicado al cultivo del algodón en gran escala; el distrito de Papara, esencialmente agricultor; el gran valle de Paruvia, regado por el Punarun. Más lejos que Tapuna la punta Tataa y la embocadura del Faa. El comodoro se inclina ligeramente hacia el nordeste, evita el islote de Motu-Uta, y a las seis de la tarde se detiene ante la cortadura que da acceso a la bahía de Papeete.

A la entrada, y en sinuosidades caprichosas a través del arrecife de coral, se dibuja el canal, que balizan cañones fuera de uso entonces, hasta la punta Farente. No hay que decir que Ethel Simcoe, gracias a sus mapas, no tiene que recurrir a los pilotos,

cuyas balleneras cruzan en la abertura del canal. Sale una embarcación con pabellón amarillo. Es la barca de sanidad que llega al pie de Tribord Harbour. En Tahití no puede desembarcar nadie sin que el médico sanitario, acompañado del oficial del puerto, haya concedido libre paso.

Después de ser conducido a Tribord Harbour, dicho médico se pone en relación con las autoridades. No hay más que una sencilla formalidad. Ni en Milliard City ni en sus alrededores existe ningún enfermo. En todo caso, las enfermedades epidémicas, cólera, influenza, fiebre amarilla son allí absolutamente desconocidas. Según el uso, el médico entrega la patente limpia. Pero como la noche cae rápidamente, el desembarco se deja para el siguiente día.

Desde el alba se oyen detonaciones. Es la batería del espolón que saluda con veintiún cañonazos al grupo de las islas de Sotavento y Tahití, la capital del protectorado francés; al mismo tiempo, sobre la torre del observatorio, el pabellón, rojo con el sol de oro, sube y baja tres veces. En seguida una salva idéntica es devuelta por la batería de la Emboscada, en la punta del gran canal de Tahití.

Tribord Harbour se llena de gente en las primeras horas. Los tranvías llevan a él una afluencia considerable de turistas para la capital del archipiélago. Sébastien Zorn y sus amigos son de los más impacientes. Como las embarcaciones no serían suficientes para transportar tal número de curiosos, los indígenas se apresuran a ofrecer sus servicios para franquear la distancia de seis cables que separa a Tribord Harbour del puerto.

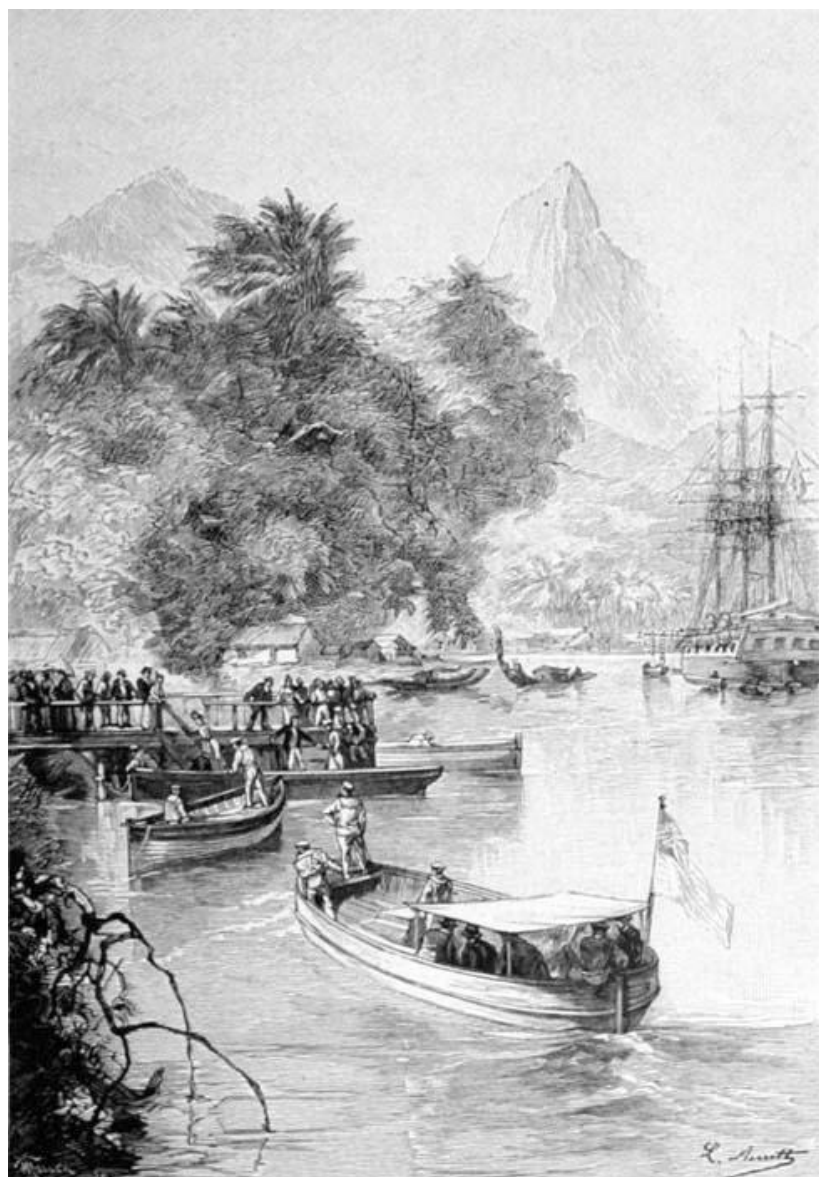
Es conveniente dejar al gobernador desembarcar el primero. Se trata de la entrevista de costumbre con las autoridades civiles y militares de Tahití y de la visita no menos oficial que debe hacerse a la reina.

Así pues, a eso de las nueve, Cyrus Bikerstaff y sus ayudantes Barthelemy Ruge y Hubert Harcourt, todos de gran gala, los principales notables de las dos secciones, entre otros Nat Coverley y Jem Tankerdon, el comodoro Simcoe y sus oficiales con brillantes uniformes, y el coronel Stewart y su escolta ocupan las chalupas de gala y se dirigen al puerto de Papeete.

Sébastien Zorn, Frascolin, Yvernés, Pinchinat, Athanase Dorémus y Calixtus Munbar ocupan otra embarcación, con un regular número de funcionarios.

Canoas y piraguas de los indígenas forman el cortejo al mundo oficial de Milliard City, dignamente representado por su gobernador, sus autoridades, sus notables, de los que los dos principales serían bastante ricos para comprar toda Tahití y hasta el archipiélago de la Sociedad, comprendida su soberana.

El puerto de Papeete es excelente y de una profundidad tal, que los mayores barcos pueden anclar en él. Le sirven tres canales: el del norte, de una anchura de sesenta metros y una longitud de ochenta, el de Taunoa al este y el de Tapuna al oeste.



Las chalupas eléctricas se acercan majestuosamente a la playa, llena de casas de recreo y en cuyos muelles son amarrados los navíos. El desembarco se efectúa al pie de una elegante fuente que aprovisionan los diversos ríos de las aguas de las vecinas montañas.

Cyrus Bikerstaff y su acompañamiento bajan en medio de un gran concurso de población francesa, indígena, extranjera, que aclama a la *Joya del Pacífico* como la más extraordinaria de las maravillas creadas por el genio del hombre.

Después del primer arranque de entusiasmo, el cortejo se dirige hacia el palacio del gobernador de Tahití.

Calixtus Munbar, soberbio con su traje de gala que sólo viste los días de ceremonias, invita al cuarteto a seguirle, lo que el cuarteto se apresura a hacer.

El protectorado francés se extiende, no sólo a la isla Tahití y a la isla Moorea, sino también a los grupos de los alrededores. El jefe es un comandante comisario que tiene a sus órdenes un empleado que dirige lo que concierne al servicio de las tropas, de la marina, de la hacienda colonial y local, y a la administración judicial. El secretario general del comisario tiene en sus atribuciones los negocios civiles del país. Diversos cónsules están establecidos en las islas de Moorea, de Fakarava, de las Paumotu, de Taio-Hahé, de Nuku Hiva, y un juez de paz. Desde 1861 funciona un comité consultivo para la agricultura y el comercio, que se reúne una vez al año en Papeete. Allí también residen la dirección de artillería y la jefatura de ingenieros. Respecto a la guarnición, comprende los destacamentos de gendarmería colonial, de artillería y de infantería de marina. Un cura y un vicario retribuidos por el gobierno y nueve misioneros, repartidos por algunos grupos, aseguran el ejercicio del culto católico. Verdaderamente los parisienses pueden creerse en Francia, en un puerto francés, lo que no es para disgustarles.

Los pueblos de las diversas islas son administrados por una especie de consejo municipal indígena, presidido por un tavana asistido de un juez, de un jefe *mutoi* y de dos consejeros, elegidos por los habitantes.

Bajo la sombra de hermosos árboles, el cortejo marcha hacia el palacio del Gobierno. Por todas partes cocoteros soberbios, miros de hojas rosas, macizos de naranjos, de guayabos, de cauchos, etc. El palacio se eleva en mitad de este bosque que pasa apenas su alto

tejado, lleno de encantadoras ventanas. Ofrece un elegante aspecto con su fachada dividida en un piso bajo y un primer piso. Los principales funcionarios franceses están reunidos allí, y la gendarmería colonial hace los honores.

El comandante comisario recibe a Cyrus Bikerstaff con suma amabilidad, que éste no hubiese seguramente encontrado en los archipiélagos ingleses de estos parajes. Le da las gracias por haber llevado a Standard Island a las aguas del archipiélago, y espera que esta visita se repetirá todos los años, lamentándose de que Tahití no pueda devolverla. Media hora dura la entrevista, y se conviene que Cyrus Bikerstaff esperará a las autoridades el día siguiente en el Ayuntamiento.

—¿Piensan ustedes permanecer mucho tiempo en Papeete? —pregunta el comandante comisario.

—Unos quince días —responde el gobernador.

—Entonces tendrán ustedes el placer de ver la división naval francesa, que debe llegar a fines de semana.

—Seremos muy dichosos, señor comisario, de hacerle los honores de nuestra isla.

Cyrus Bikerstaff presenta a las personas que le acompañan, a sus auxiliares, al comodoro, al comandante de la milicia, a los diversos funcionarios, al superintendente de Bellas Artes y a los artistas del *Cuarteto concertante*, que fueron acogidos como debían serlo por un compatriota.

Después hubo una ligera dificultad a propósito de los delegados de las dos secciones de Milliard City. ¿Cómo conciliar el amor propio de Jem Tankerdon y de Nat Coverley, esos dos irritables personajes que tenían el derecho...?

—De marchar a la vez el uno y el otro —hace observar Pinchinat parodiando el famoso verso de Scribe.

El mismo comandante comisario deshace la dificultad. Conociendo la rivalidad de los dos célebres personajes, se comporta con tal tacto, con tanta corrección y diplomacia, que las cosas pasan a maravilla. No hay duda de que en ocasión semejante, el jefe de un protectorado inglés no hubiese mostrado tanto afán por servir a la política del Reino Unido. Cyrus Bikerstaff, encantado de la acogida de que ha sido objeto, se retira del palacio seguido de su cortejo.

Inútil es decir que Sébastien Zorn, Yvernés, Pinchinat y Frascolin

tienen la intención de dejar a Athanase Dorémus, ya muy cansado, regresar a su casa de la Vigesimoquinta Avenida. Ellos cuentan, en efecto, con pasar en Papeete el mayor tiempo posible, visitar los alrededores, hacer excursiones a los principales distritos, recorrer las regiones de la península Taiarapu y apurar, en fin, hasta la última gota de aquella Calabaza del Pacífico.

Cuando comunican este proyecto a Calixtus Munbar, el superintendente le da su entera aprobación.

—Pero —les dice— harán ustedes bien en esperar cuarenta y ocho horas.

—¿Por qué no empezar hoy...? —pregunta Yvernés, impaciente por coger su bastón de turista.

—Porque las autoridades de Standard Island van a ofrecer sus respetos a la reina, y conviene que sean ustedes presentados a Su Majestad y a su corte.

—¿Y mañana...? —dice Frascolin.

—Mañana, el comandante comisario del archipiélago vendrá a devolver a las autoridades de Standard Island la visita que ha recibido, y conviene...

—Que nosotros estemos allí —responde Pinchinat—. Pues bien, estaremos, señor superintendente, estaremos.

Después de abandonar el palacio del gobernador, Cyrus Bikerstaff y su cortejo se dirigen al palacio de Su Majestad. Un sencillo paseo bajo los árboles, que no exige más que un cuarto de hora de marcha.

La real morada está agradablemente situada en medio de macizos verdes. Es un cuadrilátero de dos pisos, cuyo tejado es muy semejante al de un chalé. Desde las ventanas superiores la mirada puede abarcar las extensas plantaciones que se extienden hasta la ciudad, y más allá un ancho pedazo de mar. En suma, una encantadora residencia, no lujosa, pero sí cómoda.

Nada ha perdido, pues, la reina de su prestigio al pasar al régimen de protectorado francés. Si el pabellón de Francia se despliega en los barcos amarrados al puerto de Papeete o anclados en rada, y sobre los edificios civiles y militares de la ciudad, por lo menos el pabellón de la soberana ondea sobre su palacio los antiguos colores del archipiélago. Una bandera con bandas rojas y blancas transversales, con la embarcación tricolor en el ángulo.

En 1706 fue cuando Quirós conoció la isla de Tahití, a la que dio el nombre de Sagittaria. Después de él, Wallis en 1767 y Bougainville en 1768 completaron la exploración del grupo. Al principio del descubrimiento reinaba la reina Oberea, y al fallecimiento de esta soberana apareció, en la historia de Oceanía, la célebre dinastía de los Pomaré.

Pomaré I (1762-1780) reinó al principio bajo el nombre de Otoo, el Heróu Negro, cambiándolo más tarde por el de Pomaré.

Su hijo, Pomaré II (1780-1819), acogió favorablemente en 1797 a los primeros misioneros ingleses, y se convirtió al cristianismo diez años más tarde. Fue ésta una época de disensiones, de luchas a mano armada, y la población del archipiélago disminuyó, gradualmente, de cien mil a dieciséis mil habitantes.

Pomaré III, hijo del precedente, reinó de 1819 a 1827, y su hermana Aimata, la célebre Pomaré protegida del horrible Pritchard, nacida en 1812, vino a ocupar el trono de Tahiti e islas adyacentes. No teniendo hijos de Tapoa, su primer marido, le repudió para casarse con Ariifaaite. De esta unión nació en 1849 Arione, presunto heredero, muerto a la edad de treinta y cinco años. A partir del año siguiente la reina tuvo cuatro hijos: una hembra, Teriimaevama, princesa de la isla Bora-Bora desde 1860; el príncipe Tamatoa, nacido en 1842, rey de la isla Raiatea, que destronaron sus súbditos por su brutalidad; el príncipe Teriitapunui, nacido en 1846, afectado por una desagradable claudicación; y, en fin, el príncipe Tuavira, nacido en 1848, que fue a educarse a Francia.

El reinado de la reina Pomaré no fue tranquilo en absoluto. En 1835 los misioneros católicos entraron en lucha con los misioneros protestantes. Arrojadados primeramente, volvieron con una expedición francesa en 1838. Cuatro años después el protectorado de Francia era aceptado por cinco jefes de la isla. Pomaré protestó; los ingleses protestaron. El almirante Dupetit-Thouars proclamó el destronamiento de la reina en 1843, y expulsó a Pritchard, sucesos que provocaron las tremendas catástrofes de Mahaena y Rapepa; pero habiendo sido, como se sabe, desaprobado el acto del almirante, Pritchard recibió una indemnización de veinticinco mil francos, y encargóse al almirante Bruat de llevar a buen fin aquel negocio.

Tahiti se sometió en 1846, y Pomaré aceptó el tratado del

protectorado del 19 de junio de 1847, conservando la soberanía sobre las islas Raiatea, Huahine y Bora-Bora. Aún hubo algunos disturbios. En 1852 una sublevación destronó a la reina y se proclamó la república; al fin el gobierno francés restableció a la soberana, la que abdicó tres de sus coronas: en favor de su hijo mayor la de Raiatea y Tahaa; en favor de su hijo segundo la de Huahine, y en favor de su hija la de Bora-Bora.

Actualmente es una de sus descendientes, Pomaré IV, quien ocupa el trono del archipiélago.

El complaciente Frascolin no cesa de justificar el calificativo de *Larousse del Pacífico*, con el que Pinchinat le ha bautizado. Da a sus compañeros estos detalles históricos y biográficos, afirmando que es muy conveniente conocer a las gentes entre las que se está y con las que se habla. Yvernés y Pinchinat le agradecen las noticias. Sébastien Zorn manifiesta «que le es completamente igual».

Respecto al sensible Yvernés, se impregna por entero del encanto de aquella poética naturaleza. En su memoria se agolpan los recuerdos de las narraciones encantadoras de los viajes de Bougainville y de Dumont d'Urville. No oculta la emoción que le produce la idea de que va a encontrarse en presencia de la soberana de la Nueva Citerea, de una reina Pomaré auténtica, cuyo solo nombre...

—Significa «noche de tos» —responde Frascolin.

—¡Bien! —exclama Pinchinat—. Como quien dice, ¡la diosa del catarro, la emperatriz de la coriza! Yvernés, no te olvides de tu pañuelo.

La intempestiva respuesta del bromista Pinchinat pone furioso a Yvernés; pero los otros ríen con tantas ganas que el primer violín acaba por participar de la común hilaridad.

Con gran aparato se efectúa la recepción del gobernador de Standard Island, de las autoridades y de la delegación de los notables. Los honores son hechos por el *mutoi*, jefe de la gendarmería, y los auxiliares indígenas.

La reina Pomaré IV tiene unos cuarenta años de edad. Lleva, como su familia que la rodea, un traje de ceremonia, rosa pálido, color preferido en Tahití. Recibe los cumplimientos de Cyrus Bikerstaff con una afable dignidad, que no hubiera desechado una majestad europea, si se permite la frase. Responde amablemente y

en correcto francés, pues esta lengua es de uso corriente en el archipiélago de la Sociedad. Tenía el más vivo deseo de conocer aquella Standard Island, de la que tanto se habla en todas las regiones del Pacífico, y espera que aquella escala no será la última. Jem Tankerdon es, por su parte, objeto de un recibimiento particular, lo que no deja de molestar el amor propio de Nat Coverley. Esto se explica, no obstante, por la razón de que la familia real pertenece al protestantismo, y Jem Tankerdon es el personaje de más notoriedad de la sección protestante de Milliard City.

El cuarteto no es olvidado en las presentaciones. La reina se digna decir a los que lo componen que sería para ella un encanto oírles y aplaudirles. Ellos se inclinan respetuosamente, afirmando que están a las órdenes de Su Majestad, y el superintendente toma las medidas necesarias para que el deseo de la soberana sea satisfecho.

Después de la audiencia, que dura una media hora, los honores tributados a la entrada del palacio real al cortejo, le son hechos de nuevo a la salida.

Se baja hacia Papeete. Hacen un alto en el Círculo Militar, donde los oficiales han preparado un *lunch* en honor del gobernador y de lo mejor de la población de Milliard City. Corre el champaña, los brindis se suceden, y son las seis cuando las embarcaciones salen de los muelles de Papeete para volver a Tribord Harbour.

Por la noche, cuando los artistas parisienses se encuentran en la sala del casino, dice Frascolin:

—Tenemos un concierto en perspectiva. ¿Qué tocaremos ante esta majestad...? ¿Comprenderá a Mozart o a Beethoven...?

—¡Tocaremos fragmentos de Offenbach, de Varney, de Lecocq, o de Audran! —responde Sébastien Zorn.

—No, lo indicado es la *bamboula* —dice Pinchinat, abandonándose a las contorsiones de esta danza negra.

CAPÍTULO XIV

DE FIESTA EN FIESTA



a isla de Tahiti está destinada a llegar a ser un lugar de escala para Standard Island. Todos los años, antes de seguir su camino hacia el trópico de Capricornio, sus habitantes se detendrán en los parajes de Papeete. Recibidos con simpatía, tanto por las autoridades francesas como por los indígenas, se muestran reconocidos, abriendo ampliamente sus puertas o, mejor dicho, sus puertos. Militares y civiles de Papeete afluyen, pues, recorriendo el campo, el parque, las avenidas, y seguramente que nunca ningún accidente alterará las buenas relaciones de unos con otros. Aparte de esto, es verdad que la policía del gobernador se asegura de que la población no es invadida subrepticamente por los tahitianos no autorizados para ello.

Síguese de aquí que por reciprocidad se da amplia licencia a los de Milliard City para visitar las islas del grupo cuando el comodoro Simcoe haga escala en unas u otras.

En vista de esta escala, algunas ricas familias han tenido el pensamiento de alquilar casas de recreo en los alrededores de Papeete, y las han pedido por adelantado. Cuentan instalarse allí como los parisienses se instalan en los alrededores de París, a fin de disfrutar la vida de los grandes propietarios, convertidos en turistas, excursionistas y hasta cazadores, por poco que la caza sea de su

gusto. Y no se tendrá nada que temer en aquel clima tan sano, cuya temperatura oscila entre los 14° y 30° de abril a diciembre, constituyendo los otros meses el invierno del hemisferio sur.

Entre los notables que abandonan sus palacios por las confortables casas del campo tahitiano, preciso es citar a los Tankerdon y a los Coverley. Míster y mistress Tankerdon, sus hijos y sus hijas, se trasladan desde el siguiente día a un chalé pintoresco, situado en las alturas de la punta de Tataa. Míster y mistress Coverley, miss Diana y sus hermanas cambian, igualmente, su palacio de la Decimoquinta Avenida, por una deliciosa quinta, perdida bajo los grandes árboles de la punta Venus. Existe entre estas dos casas una distancia de varias millas, que Walter Tankerdon estima, tal vez, un poco larga. Pero no está en su poder aproximar estas dos montañas del litoral tahitiano. Por lo demás, caminos para carruajes convenientemente cuidados les ponen en comunicación directa con Papeete.

Frascolin hace observar a Calixtus Munbar que, si parten al día siguiente, las dos familias no podrán asistir a la visita del comandante comisario al gobernador.

—¡Eh...! ¡Tanto mejor! —responde el superintendente—. Esto evitará conflictos de amor propio. Si el representante de Francia fuera primero a casa de los Coverley ¿qué dirían los Tankerdon? Si fuese a casa de éstos primero ¿qué dirían los Coverley? Cyrus Bikerstaff debe felicitarse de esta doble partida.

—¿No hay, pues, que esperar que tenga fin la rivalidad de esas dos familias? —pregunta Frascaolin.

—¿Quién sabe? —responde Calixtus Munbar—. Esto no incumbe, tal vez, más que al amable Walter y a la encantadora Diana...

—Sin embargo, me parece que hasta aquí ese heredero y esa heredera... —observa Yvernés.

—¡Bien, bien! —replica el superintendente—. Basta una ocasión, y si la casualidad no la hace nacer, nosotros nos encargaremos de reemplazar a la casualidad en provecho de nuestra querida isla.

Y Calixtus Munbar hace una pirueta que hubiese aplaudido Athanase Dorémus y que no hubiera rechazado un marqués del Gran Siglo.

En la tarde del 20 de octubre, el comandante comisario, su

auxiliar, el secretario general y los principales funcionarios del protectorado desembarcan en el muelle de Tribord Harbour, siendo recibidos por el gobernador con los honores debidos a su clase. Las baterías del espolón y de la popa disparan salvas. Coches que lucen el pabellón con los colores franceses y de Milliard City conducen la comitiva a la capital, en la que los salones de recepción del palacio municipal están preparados para esta entrevista. En el trayecto, lisonjera acogida de la población, y ante la escalera del palacio municipal, cambio de discursos oficiales de una duración aceptable.

Después visita al templo, a la catedral, al observatorio, a las dos fábricas de electricidad, a los dos puertos, al parque, y en fin, paseo circular en los trenes del litoral. Al regreso se sirve un *lunch* en el salón del casino. Son las seis cuando el comandante comisario y su escolta reembarcan para Papeete, a los cañonazos de la artillería de Standard Island, llevando un excelente recuerdo de esta recepción.

Al día siguiente, 21 de octubre, los cuatro parisienses se embarcan para Papeete. No han invitado a nadie para que les acompañe, ni al profesor de baile, cuyas, piernas no aguantarían largas peregrinaciones. Son libres como el aire, estudiantes en vacaciones, dichosos de tener bajo sus pies un verdadero suelo de piedra y tierra vegetal.

Trátase, en primer lugar, de visitar Papeete. La capital del archipiélago es, sin disputa, una linda ciudad. El cuarteto experimenta un verdadero placer en vagar bajo los hermosos árboles que sombrean las casas de la playa, las tiendas de la marina y los principales establecimientos de comercio del fondo del puerto. Después, subiendo por una de las calles que se unen al muelle, donde funciona un *railway* de sistema americano, nuestros artistas se aventuran por el interior de la ciudad.

Las calles allí son espaciosas y trazadas a escuadra y cordel como las avenidas de Milliard City, entre jardines llenos de verdor y de frescura. Hasta en aquella hora matinal hay gran movimiento de europeos y de indígenas, y esta animación, que será mayor después de las ocho de la noche, se prolongará todo lo que ésta dure. Comprenderán los lectores que las noches de los trópicos, y especialmente las noches tahitianas, no son para pasarlas en el lecho, por más que las camas de Papeete se componen de un enrejado de cuerdas hiladas con pelote de coco, de un jergón de

hojas de banano y de un colchón de lana quesera^[4], sin hablar de los mosquiteros que defienden al que duerme del ataque de los mosquitos.

Respecto de las casas, es muy fácil distinguir las que son europeas de las que son tahitianas. Las primeras, construidas casi todas de madera, elevadas algunos pies sobre bloques de mampostería, no dejan nada que desear en lo que a la comodidad se refiere. Las segundas, bastante raras en la ciudad, sembradas a capricho bajo las sombras, están formadas de bambúes y tapizadas de esteras, lo que las hace limpias, frescas y agradables.

Pero... ¿y los indígenas?

—¿Los indígenas? —dice Frascaolin a sus compañeros—. Como nos ha sucedido en las Sandwich, tampoco aquí encontraremos a esos bravos salvajes, que antes de la conquista comían con gusto una chuleta humana, y reservaban a su soberano los ojos de un guerrero vencido, asado según la receta de la cocina tahitiana.

—¡Ah! ¡No hay, pues, caníbales en Oceanía! —exclama Pinchinat—. Habremos hecho millares de millas sin encontrar uno solo.

—¡Paciencia! —responde el violonchelista, azotando el aire con su mano derecha, como el Rodin de *Los Misterios de París*—. ¡Paciencia! Encontraremos tal vez más de los que son menester para satisfacer tu estúpida curiosidad.

¡No sabía él la verdad que decía!

Los tahitianos son de origen malayo, muy probablemente, y de esa raza que se designa bajo el nombre de maorí. Raiatea, la isla santa, habrá sido la cuna de sus reyes, una cuna encantadora que bañan las límpidas aguas del Pacífico en el grupo de las islas Sotavento.

Antes de la llegada de los misioneros, la sociedad tahitiana comprendía tres clases: la de los príncipes, personajes privilegiados a quienes se les reconocía el don de hacer milagros; los jefes o propietarios del suelo, poco considerados y esclavizados por los príncipes; y el pueblo bajo, que no poseía nada o si poseía algo no era más que el usufructo de su tierra.

Todo esto se ha modificado después de la conquista, y hasta antes, bajo la influencia de los misioneros anglicanos y católicos. Lo que no ha cambiado es la inteligencia de estos indígenas, su palabra

viva, su valor a toda prueba, su inteligencia, la belleza de su tipo. Los parisienses no pudieron menos de admirarlos lo mismo en la ciudad que en el campo.

—¡Voto a Dios, qué buenos mozos! —decía uno.

—¡Y qué mujeres más hermosas! —decía otro.

¡Sí! Hombres de una estatura más que regular, de tez cobriza como quemada por el ardor de la sangre, de formas admirables, como las que ha conservado la estatuaria antigua, de fisonomía dulce y agradable. Los maoríes son realmente soberbios, con sus grandes ojos vivos, sus labios un tanto fuertes y finamente dibujados. Ahora el tatuaje de guerra tiende a desaparecer con las necesidades que lo imponían en otra época.

Los más ricos de la isla visten a la europea, y conservan aún buen aire con la camisa escotada, la chaqueta rosa pálido y el pantalón que cae sobre su bota. Pero esto no es para atraer la atención del cuarteto. ¡No! Al pantalón de moderno corte, nuestros turistas prefieren el pareo, cuya tela de vivos colores cubre desde la cintura hasta el tobillo, y al sombrero de copa alta y hasta al panamá, aquella especie de gorra común a los dos sexos, la *hei*, que se compone de hojas y flores.

Las mujeres son aún las poéticas y graciosas otaitianas de Bougainville, ya cuando los pétalos blancos del *tiaro*, especie de gardenia, se entremezclan a las negras trenzas que caen sobre sus espaldas; ya cuando su cabeza se cubre de ese ligero sombrero hecho con la piel de un botón de cocotero, sombrero cuyo nombre suave de *revareva* parece venir de un sueño^[5] —como dice Yvernés—. Añadid al encanto de este traje, cuyos colores, como los de un caleidoscopio, se modifican al menor movimiento, la gracia en el andar, la negligencia en las actitudes, la dulzura de la sonrisa, lo penetrante de la mirada, la armoniosa sonoridad de la voz, y comprenderéis por qué mientras uno repite:

—¡Voto a Dios, qué buenos mozos! Responden los otros a coro:

—¡Y qué mujeres más hermosas!

¿Hubiera sido posible que al crear Dios tan maravillosos tipos no hubiera pensado en darles un cuadro digno de ellos? ¿Y cuál más delicioso que estos paisajes tahitianos, cuya vegetación es tan intensa bajo la influencia de las aguas corrientes y el abundante rocío de las noches?

Durante sus excursiones a través de la isla y de los distritos vecinos de Papeete, los cuatro parisienses no cesan de admirar aquel mundo de maravillas vegetales. Dejando los bordes del mar, más favorables al cultivo, donde los bosques son reemplazados por plantaciones de limoneros, de naranjos, de *arrow-root*^[6], de cañas de azúcar, de árboles del café, de algodonereros, por campos de ñames, de yuca, de ñail, de sorgo y de tabaco, se aventuran bajo los espesos macizos del interior, hasta la base de las montañas, cuyas cimas asoman por encima de aquella vegetación. Por todas partes elegantes cocoteros de un aspecto magnífico, mirois o palos de rosa, casuarinas o palos de hierro, crotones molucanos, puraus, tamañas, guayabos y *taccas*, cuyas raíces son comestibles, y también el soberbio taro, de alto tronco liso y blanco, con sus anchas hojas de un verde oscuro, entre las que se ven los gruesos frutos de corteza como cincelada cuya pulpa blanca forma el alimento principal de los indígenas.

El árbol más común con el cocotero es el guayabo, que crece hasta en las cimas de las montañas, llamado *tuava* en lengua tahitiana. Forma espesísimos bosques, mientras que los puraus forman selvas intrincadas, de las que sólo con grandes trabajos se sale cuando se comete la imprudencia de introducirse en ellas.

Por lo demás, nada de animales peligrosos. El único cuadrúpedo indígena es una especie de puerco, entre cerdo y jabalí. Los caballos y bueyes han sido importados en la isla, donde también prosperan las ovejas y las cabras. La fauna es, pues, mucho menos rica que la flora, hasta en lo que a las aves se refiere. Palomas y salanganas como en las Sandwich. Ningún reptil, excepto el ciempiés y el escorpión. En cuanto a insectos, avispa y mosquitos.

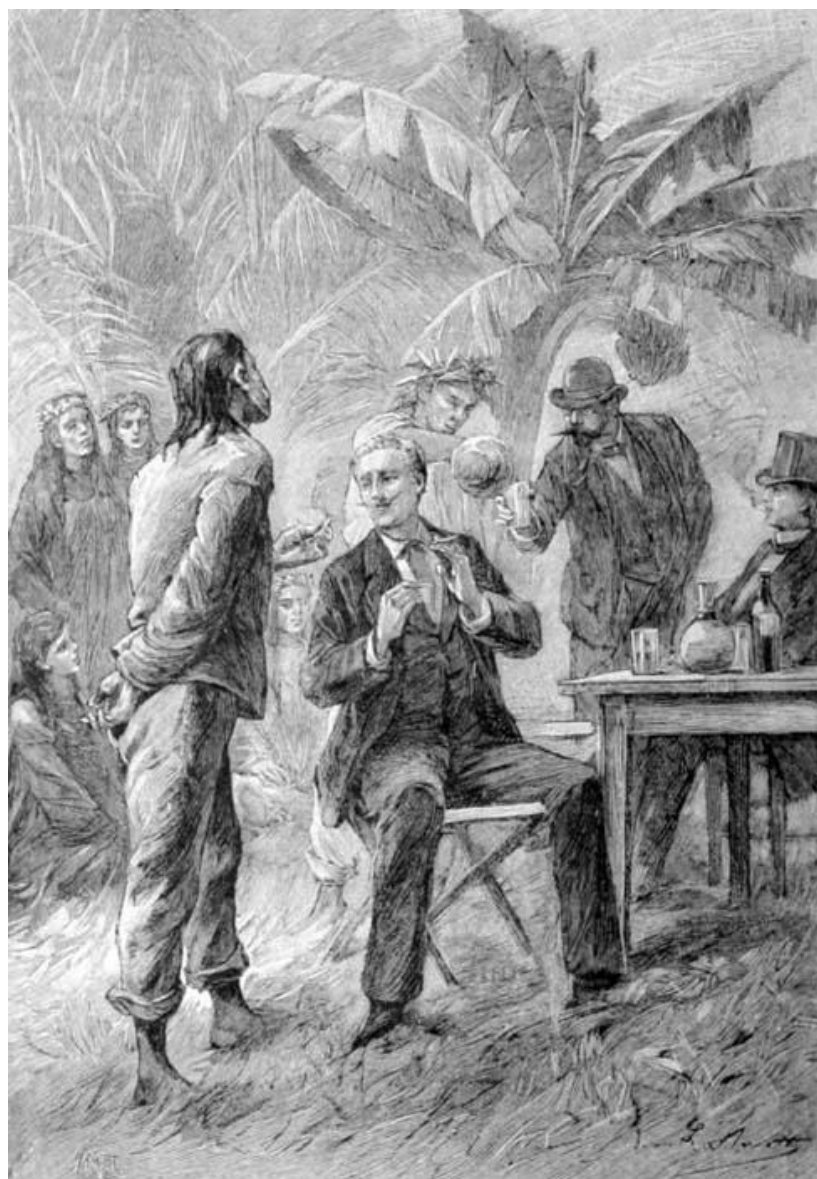
Los productos de Tahití se reducen al algodón, a la caña de azúcar, cuyo cultivo se desarrolla en detrimento del tabaco y del café, al aceite de coco, al *arrow-root*, a las naranjas, al nácar y a las perlas.

Sin embargo, esto basta para sostener un comercio importante con América, Australia, Nueva Zelanda, con China en Asia, con Francia e Inglaterra en Europa, o sea un valor de tres millones doscientos mil francos de importación, contrabalanceado por cuatro millones y medio de exportación.

Los excursionistas del cuarteto llegan hasta la península de

Tabaratu. Una visita hecha al fuerte Faetón les pone en relaciones con un destacamento de soldados de la marina, encantados de recibir a sus compatriotas.

En una posada del puerto, de la que es dueño un colono, Frascolin hace las cosas convenientemente. A los indígenas de los contornos y al *mutoi* del distrito se sirven vinos franceses, que el posadero se hace pagar a buen precio. En compensación, los naturales del lugar ofrecen a sus huéspedes las producciones del país, racimos provenientes de esa especie de banano llamado *fei*, de hermoso color amarillo, ñames, *maiore*, que es el fruto del árbol del pan cocido en un agujero lleno de guijarros ardientes y, en fin, una especie de confitura de agrillo sabor, formada por la nuez triturada del cocotero, y que bajo el nombre de *taiero* se conserva en cañas de bambú.



Este *lunch* es muy alegre. Los convidados fuman varios centenares de esos cigarrillos hechos de una hoja de tabaco secado al fuego y arrollado con una hoja de pandano. Solamente que en vez de imitar a los tahitianos y a las tahitianas, que se los pasan de boca en boca después de haber dado algunas bocanadas, los franceses se contentaron con fumar a la francesa. Y cuando el *mutoi* le ofrece el suyo, Pinchinat le da las gracias con un «mea maita», es decir, un muy bien, cuya burlona entonación produce la hilaridad de todos.

Claro es que en el curso de estas expediciones los excursionistas no pueden pensar en volver todas las noches a Papeete o a Standard Island. Por lo demás, en todas partes, en los pueblos, en las casas esparcidas, en las de los colonos e indígenas, son recibidos con tanta simpatía como comodidades.

Para ocupar el día 7 de noviembre han formado el proyecto de visitar la Punta de Venus, excursión a la que no sabría sustraerse un turista digno de este nombre.

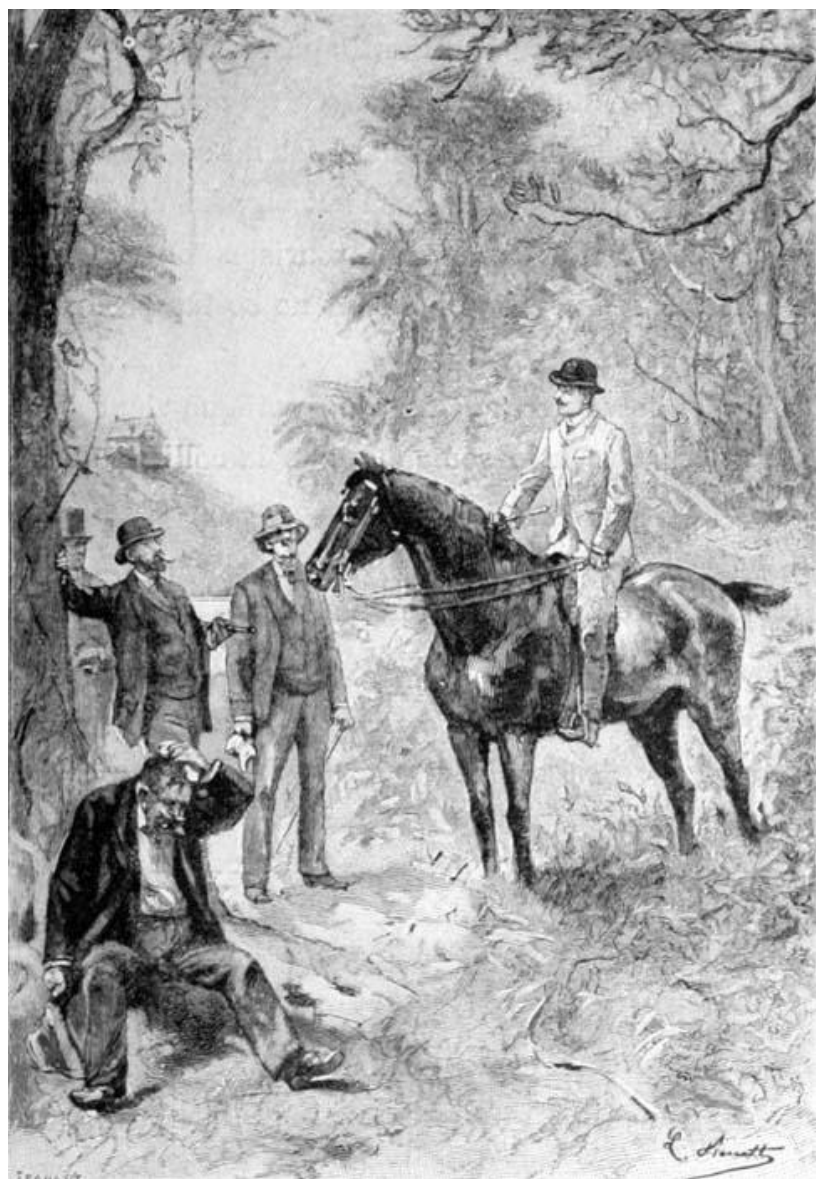
Se parte al alba y deprisa. Se atraviesa por un puente el río Fantahua. Se sube el valle hasta la estrepitosa cascada, cuya altura es doble que la del Niágara, pero infinitamente menos ancha, y que cae desde setenta y cinco metros con gran estrépito. Se llega, siguiendo el camino que se une al flanco de la colina Taharahi, sobre el borde del mar, a ese monte al que Cook dio el nombre de Cabo del Árbol, nombre justificado en aquella época por la presencia de un árbol abandonado, actualmente muerto de vejez. Una avenida plantada de magníficos árboles conduce, a partir del pueblo de Taharahi, hasta el faro que se yergue en la punta extrema de la isla.

En este sitio, cerca de una verde colina, es donde la familia Coverley ha fijado su residencia. No hay, pues, ningún motivo serio para que Walter Tankerdon, cuya quinta está lejos, muy lejos, pasee por la parte de la Punta de Venus. Sin embargo, los parisienses le ven. El joven va a caballo por los alrededores de la casa Coverley. Cambia un saludo con los artistas, y les pregunta si piensan volver a Papeete aquella misma tarde.

—No, señor Tankerdon —responde Frascaolin—. Hemos recibido una invitación de mistress Coverley, y es probable que pasemos la noche en la quinta.

—Entonces, hasta la vista, señores —dice Walter Tankerdon.

Y parece que el rostro del joven se ha oscurecido, aunque ninguna nube haya en aquel momento velado el sol.



Después pica espuelas, y se aleja al trotecillo de su caballo, no sin haber arrojado una última mirada a la quinta, toda blanca entre los macizos de árboles. ¿Por qué el antiguo comerciante ha reaparecido bajo el riquísimo Tankerdon, arriesgando sembrar la discordia en aquella isla, que no ha sido creada para el cuidado de los negocios?

—¡Eh! —dice Pinchinat—. Tal vez hubiera querido acompañarnos ese encantador caballero...

—Sí —añade Frascaolin— y es evidente que nuestro amigo Munbar podría tener razón. Se va muy disgustado de no haber podido encontrar a miss Dy Coverley...

—Lo que prueba que el dinero no constituye la felicidad —replicó el gran filósofo Yvernés.

Durante la tarde y la noche, horas deliciosamente pasadas en la quinta de los Coverley. El cuarteto encuentra allí el mismo recibimiento que en el hotel de la Decimoquinta Avenida. Simpática reunión a la que el arte se mezcla de agradable manera. Se hace excelente música, con el piano, se entiende. Mistress Coverley descifra algunas partituras nuevas. Miss Dy canta como una verdadera artista, e Yvernés, dotado de una linda voz de tenor, acompaña a la voz de soprano de la joven.

No se sabe por qué, quizás hecho a propósito, Pinchinat dice que sus compañeros y él han visto a Walter Tankerdon paseándose por los alrededores de la quinta. ¿Hubiera hecho mejor en callarse...? No, y si el superintendente estuviera allí aprobaría lo dicho por *Su Alteza*. Una ligera sonrisa, casi imperceptible, se dibuja en los labios de miss Dy; sus ojos han brillado con vivo resplandor, y parece, cuando vuelve a cantar, que su hermosa voz de soprano se ha hecho más penetrante.

Mistress Coverley la mira un instante, contentándose con decir, mientras míster Coverley frunce el entrecejo:

—¿No estás cansada, hija mía...?

—No, madre.

—¿Y usted, señor Yvernés?

—Tampoco, señora. Antes de nacer he debido de ser niño de coro en una de las capillas del Paraíso.

Ya es cerca de la medianoche, cuando míster Coverley juzga que ha llegado la hora de descansar.

Al día siguiente el cuarteto vuelve a tomar el camino para Papeete encantado de tan sencillo y cordial recibimiento.

La escala en Tahití no debe durar más que una semana; siguiendo el itinerario dispuesto por adelantado, Standard Island se pondrá de nuevo en camino con dirección al sudoeste. Y sin duda ningún suceso digno de recordarse hubiera acontecido en esta última semana, durante la cual los cuatro turistas han completado sus excursiones, si no se hubiera producido un feliz incidente el 11 de noviembre.

La división de la escuadra francesa del Pacífico acaba de ser señalada en la mañana por el semáforo de la colina que se eleva a espaldas del Papeete.

A las once, un crucero de primera clase, el *París*, escoltado por dos cruceros de segunda clase y un falucho, ancla en la rada. Cámbianse los saludos reglamentarios de una y otra parte, y el contraalmirante, cuyo estandarte ondea sobre el *París*, desciende a tierra con su oficialidad.

Después de las salvas oficiales, a las que las baterías del espolón y de popa contestan, el contraalmirante y el comandante comisario de las Islas de la Sociedad se apresuran a visitarse recíprocamente.

Es una fortuna para los navíos de la división, sus oficiales y su tripulación haber llegado a la rada de Tahití cuando Standard Island está aún allí. Nueva ocasión para recepciones y fiestas. La *Joya del Pacífico* se abre a los marinos franceses, que se apresuran a visitar las maravillas que encierra. Durante cuarenta y ocho horas, los uniformes de la marina francesa se mezclan a los trajes de los habitantes de Milliard City.

Cyrus Bikerstaff hace los honores del observatorio, y el superintendente los del casino y otros establecimientos que están bajo su dependencia.

Calixtus Munbar tiene entonces una idea, una idea genial, cuya realización debe dejar imperecederos recuerdos. Se la comunica al gobernador, que la acepta, previa la opinión del consejo de notables.

¡Sí! Se decide dar una gran fiesta el 15 de noviembre. El programa comprende una gran comida y un baile, que se efectuarán en los salones del palacio municipal. Para este día los que están en las quintas de las cercanías habrán ya vuelto a la isla, toda vez que

la marcha debe efectuarse dos días después.



Los altos personajes de las dos secciones no faltarán a esta fiesta dada en honor de la reina Pomaré IV, de los tahitianos europeos e indígenas y de la escuadra francesa.

Fiesta que Calixtus Munbar se encarga de organizar, y se puede confiar en su imaginación y celo. El cuarteto se pone a su disposición, y se conviene que entre los números de más atractivo del programa figurará un concierto.

Al gobernador incumbe la misión de repartir las invitaciones.

En primer lugar Cyrus Bikerstaff va personalmente a suplicar a la reina Pomaré y a las princesas de su corte que se dignen asistir, y la reina acepta. El comandante comisario, los altos funcionarios franceses, el contraalmirante y sus oficiales se muestran muy agradecidos al honor.

Entonces se reparten mil invitaciones, aunque a la mesa municipal no han de sentarse todos, sino solamente unos cien de los invitados: las personas reales, los oficiales de la división, las autoridades del protectorado, los primeros funcionarios, el consejo de notables de Standard Island y el alto clero de la misma. Pero en el parque, y para solaz de la población, habrá banquetes, juegos, fuegos artificiales, etc.

El rey y la reina de Malecarlia no son olvidados, claro está; pero sus majestades, enemigos de todo aparato, y que viven alejados en su modesta casa de la Trigesimosegunda Avenida, agradecen al gobernador una invitación que lamentan no poder aceptar.

—¡Pobres soberanos! —dice Yvernés.

Llegado el gran día, la isla se adorna con los pabellones de colores franceses y tahitianos, mezclados a los colores de Milliard City.

La reina Pomaré y su corte, con trajes de gala, son recibidas en Tribord Harbour a las salvas de la doble batería de la isla, a las que responden los cañones de Papeete y los de la división naval.

A eso de las seis de la tarde, después de un paseo por el parque, todos llegan al palacio municipal soberbiamente decorado.

¡Qué golpe de vista ofrece la escalera monumental, de la que cada peldaño no ha costado menos de diez mil francos, como los del Hotel Vanderbilt, de Nueva York! Los convidados toman asiento a la mesa del festín en el espléndido comedor.

El código de la etiqueta ha sido observado por el gobernador con

un tacto perfecto. No habrá conflicto alguno entre las dos poderosas familias de las dos secciones. Todos están contentos del sitio que les ha sido señalado, entre otros miss Dy Coverley, que se encuentra frente a Walter Tankerdon. Esto basta a los jóvenes y mejor era no aproximarles más.

No hay que decir que los artistas no tienen por qué quejarse. Admitiéndoles a la mesa de honor, se les da una nueva prueba de aprecio y simpatía por su talento y sus personas.

La comida de aquel memorable banquete, estudiada, meditada y compuesta por el superintendente, prueba que desde el punto de vista de los recursos culinarios, Milliard City nada tiene que envidiar a la vieja Europa.

Juzgúese si no por este menú, impreso en oro sobre vitela, merced a los cuidados de Calixtus Munbar.

Le potage á la d'Orléans.

La crime comtesse.

Le turbot a la Momay.

Le filet de bœuf á la napolitaine.

Les quenelles de volaille á la viennoise.

Les mousses de foie gras á la Trévise.

Sorbets.

Les cailles rôties sur canapé.

La salade provençale.

Les petits pois à l'anglaise.

Bombe, macédoine, fruits.

Gâteaux variés.

Grissins au parmesan.

Vins:

Château d'Yquem —Château-Margaux.

Chambertin —Champagne.

Liqueurs variées.

En la mesa de la reina de Inglaterra, del emperador de Rusia, del de Alemania o del presidente de la república francesa ¿se ha encontrado nunca combinación más propia para una comida oficial, y lo hubieran podido hacer mejor los jefes de cocina más en boga de

los dos continentes?

A las nueve, los invitados van al salón del casino, donde se ha de celebrar el concierto. El programa es el siguiente:

Quinto cuarteto en la mayor: op. 18 de Beethoven.

Segundo cuarteto en re menor: op. 10 de Mozart.

Segundo cuarteto en re mayor: op. 64 (segunda parte), de Haydn.

Decimosegundo cuarteto en mi bemol, de Onslow.

Este concierto es un nuevo triunfo para los ejecutantes parisienses, tan felizmente embarcados —piense lo que piense el testarudo violonchelista— a bordo de Standard Island.

Entre tanto, europeos y extranjeros toman parte en los diversos juegos instalados en el parque. Se organizan bailes campestres sobre los céspedes y, ¿por qué no confesarlo?, se baila al son de los acordeones, instrumentos muy en boga entre los naturales de las Islas de la Sociedad. Y como los marineros franceses tienen debilidad por este aparato neumático, y ya que los que han obtenido licencia del *París* y otros navíos de la división han desembarcado en gran número, las orquestas están completas. Mézclanse las voces, y las canciones de a bordo responden a los *himerre*, que son los aires populares y favoritos de las poblaciones de Oceanía.

Los indígenas de Tahiti, hombres y mujeres, tienen un gusto pronunciado para el canto y para el baile. Aquella noche ejecutan figuras de la *repauipa*, que puede ser considerada como un baile nacional, y cuya medida es marcada por los golpes de un tambor. Después, los coreógrafos de todo origen, indígenas o extranjeros, se entregan a la alegría, gracias a los refrescos de toda especie ofrecidos por la municipalidad.

Al mismo tiempo, bailes de un orden y una composición más selecta reúnen, bajo la dirección de Athanase Dorémus, las familias en los salones del Ayuntamiento. Las damas de Milliard City y las tahitianas han hecho torneo de tocados. No asombrará que las primeras, fieles clientes de las modistas parisienses, eclipsen sin trabajo hasta a las europeas más elegantes de la colonia. Los diamantes brillan en sus cabezas, en sus hombros, en sus pechos, y

la lucha sólo puede presentar interés entre ellas solas. Pero ¿quién osa pronunciarse por mistress Coverley o mistress Tankerdon, las dos resplandecientes? No será ciertamente Cyrus Bikerstaff, cuidadoso siempre de mantener un perfecto equilibrio entre las dos secciones de la isla.

En la contradanza de honor figura la soberana de Tahití y su augusto esposo; Cyrus Bikerstaff y mistress Coverley, el contraalmirante y mistress Tankerdon, el comodoro y la primera dama de honor de la reina. Al mismo tiempo se organizan otras contradanzas, donde las parejas se mezclan sin más norma que su gusto o sus simpatías. Todo este conjunto resulta encantador. Sébastien Zorn permanece alejado, en actitud, si no de protesta, de desdén al menos, como los dos romanos gruñones del famoso cuadro de *La Decadencia*. Pero Yvernés, Pinchinat y Frascalín bailan valeses, polcas, mazurcas, con las más lindas tahitianas y las más deliciosas jóvenes de Standard Island. ¡Y quién sabe si aquella noche, al terminar el baile, no se decidieron algunos matrimonios, lo que sin duda ocasionaría un suplemento de trabajo a los empleados en el registro civil...!

¡Cuál no habrá sido la general sorpresa, cuando el azar ha dado a Walter Tankerdon por pareja a miss Coverley en una contradanza! ¿Ha sido el azar, y aquel fino diplomático Calixtus Munbar no le ha ayudado por alguna sabia combinación? En todo caso aquél es el suceso del día, de importancia por sus consecuencias, si marca el primer paso hacia la reconciliación de las dos familias.

Después de los fuegos artificiales, el baile continúa en el parque y en el salón, y se prolonga hasta el día.

Tal fue aquella memorable fiesta, cuyo recuerdo se perpetuará a través de la larga y feliz serie de años que el porvenir — esperémoslo así— reserva a Standard Island.

Al día siguiente, terminada la escala, el comodoro Simcoe transmite desde el alba sus órdenes para aparejar. Salvas de honor saludan la marcha de la Isla de Hélice, como han saludado su llegada, y ella devuelve los saludos a Tahití y a la división naval.

La dirección es noroeste, a fin de pasar revista a las otras islas del archipiélago, al grupo Sotavento, después del de El Viento.

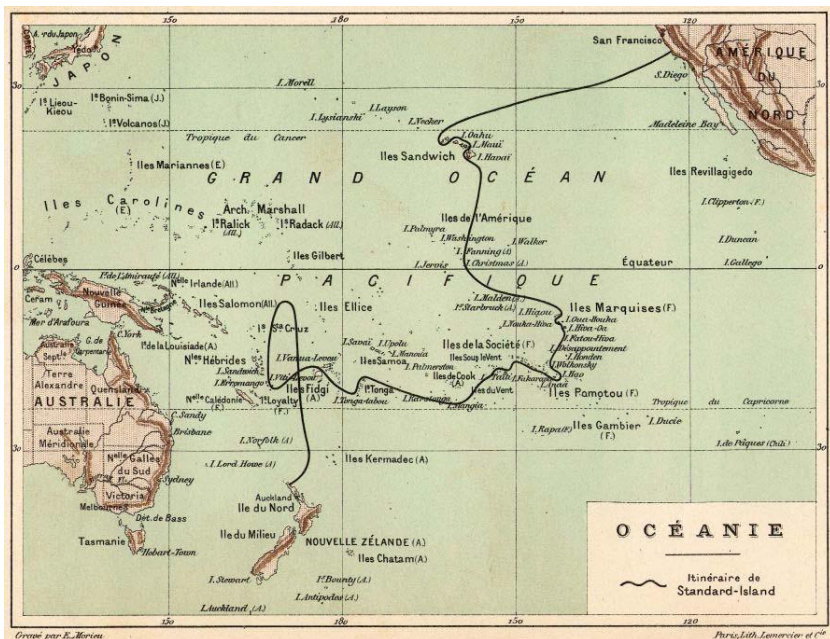
Se sigue por los pintorescos contornos de Moorea, erizada de picos soberbios; Raiatea, la isla santa, que fue la cuna de la

majestad real indígena; Bora-Bora, dominada por una montaña de mil metros; después los islotes Motu-Iti, Mapeta, Tubuai, anillos de la cadena tahitiana extendida a través de estos parajes.

El 19 de noviembre, a la hora en que el sol declina en el horizonte, desaparecen las últimas puntas del archipiélago.

Standard Island pone entonces el cabo al sudoeste, orientación que los aparatos telegráficos indican en los mapas dispuestos en las vitrinas del casino.

Y quien observara en este momento al capitán Sarol, se hubiera asombrado del fuego de sus miradas y de la feroz expresión de su fisonomía, cuando con una mano amenazadora mostró a sus malayos el camino de las Nuevas Hébridas, ¡situadas a mil doscientas leguas al oeste!

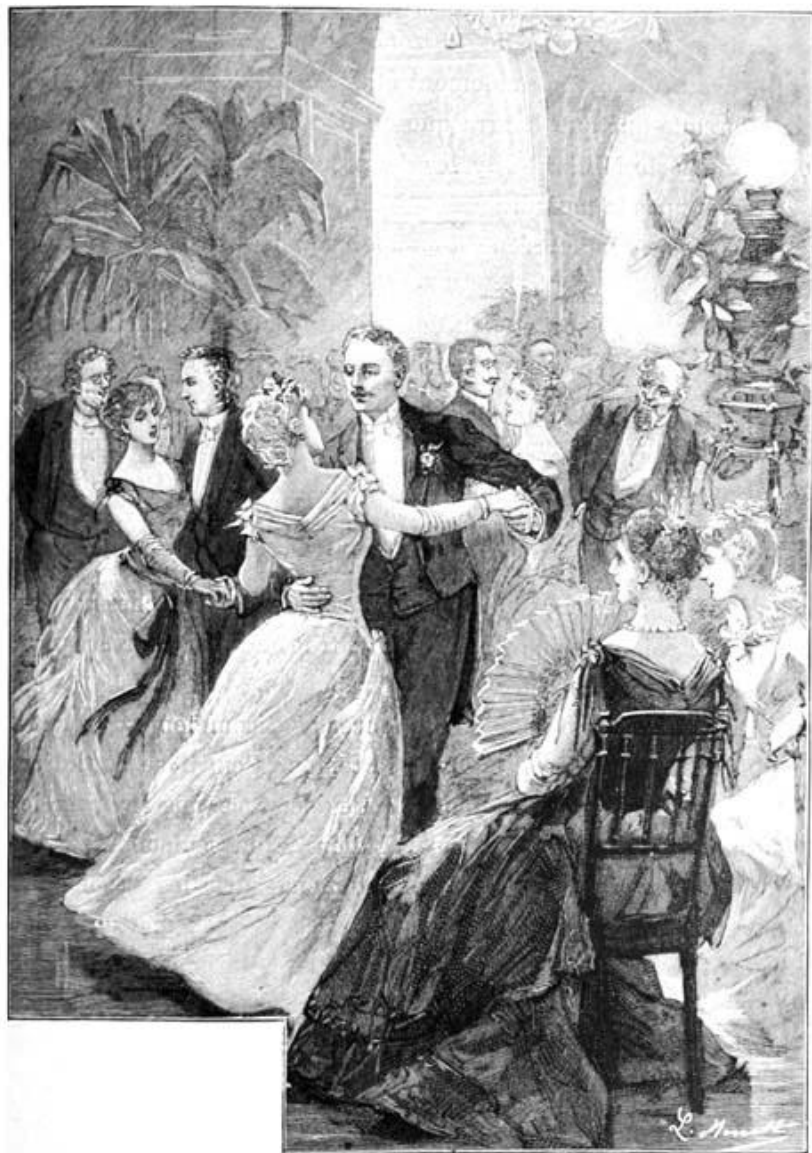




LA ISLA DE HÉLICE

Volumen II





CAPÍTULO PRIMERO

LAS ISLAS DE COOK



Desde hace seis meses. Standard Island, que había partido de la Bahía Magdalena, va de archipiélago en archipiélago a través del Pacífico. Ningún accidente había ocurrido en el curso de su maravillosa navegación. En aquella época, los parajes de la zona ecuatorial están en calma, y los vientos son normales entre los trópicos. Además, cuando se desencadena alguna borrasca, la base sólida de Milliard City, los dos puertos, el parque, la campiña no experimentan la menor sacudida. La borrasca pasa, la tempestad se apacigua. Apenas si se ha notado en la superficie de la *Joya del Pacífico*.

Lo que más se podría temer sería la monotonía de una existencia demasiado uniforme. Pero nuestros parisienses son los primeros en convenir que no hay nada de eso. En aquel inmenso desierto del océano sucedense los oasis, que como tales pueden considerarse los grupos ya visitados de las Sandwich, las Marquesas, las Paumotu, las Islas de la Sociedad, y los que se espera visitar antes de volver a tomar la ruta norte, como las Islas de Cook, las Samoa, las Tonga, las Fidji, las Nuevas Hébridas, y tal vez otras. Muchas escalas y por lo tanto, muchas ocasiones que permitirán recorrer aquellos países tan interesantes desde el punto de vista etnográfico.

En lo que al *Cuarteto concertante* se refiere ¿cómo pensar en

quejarse? ¿Puede tal vez considerarse como separado del resto del mundo? ¿No son regulares los servicios postales con los dos continentes? No solamente los navíos de petróleo aportan sus cargamentos para las necesidades de las fábricas casi a día fijo, sino que no transcurre una quincena sin que los vapores no descarguen en Tribord Harbour o en Babord Harbour sus cargamentos de toda especie, y traigan noticias a la población de Milliard City.

No hay que decir que el sueldo de los artistas es pagado con una puntualidad que prueba los poderosos recursos de la compañía. Millares de dólares caen en sus bolsillos y allí se acumulan. Cuando termine su compromiso serán ricos, muy ricos. No pueden echar de menos los resultados, relativamente medianos, de su viaje por los Estados Unidos de América.

—Veamos —pregunta un día Frascaolin al violonchelista— ¿has desechado tus prevenciones contra Standard Island?

—No —responde Sébastien Zorn.

—Y, sin embargo —añade Pinchinat—, cuando se concluya la campaña tendremos la bolsa llena.

—No basta tener llena la bolsa; es preciso estar seguro de que la llevará uno consigo.

—¿Y tú no estás seguro...?

—No.

¿Qué responder a esto? Y sin embargo, nada hay que temer por esta parte, puesto que el producto de los trimestres era enviado a América y colocado en el Banco de Nueva York. Así pues, lo mejor es dejar a Zorn quebrarse la cabeza con estas injustas desconfianzas.

El porvenir parece, en efecto, más asegurado que nunca. Las rivalidades entre las dos secciones han entrado en un período de paz, de lo que se alegran Cyrus Bikerstaff y sus auxiliares. El superintendente se multiplica desde «el gran suceso del baile del Ayuntamiento». Sí..., Walter Tankerdon ha bailado con miss Dy Coverley. ¿Débese deducir de aquí que las relaciones entre las dos familias sean menos tirantes? Lo cierto es que ni Jem Tankerdon ni sus amigos hablan ya de hacer de Standard Island una isla industrial o comercial. En fin, en la alta sociedad se comenta mucho el incidente del baile. Algunos espíritus perspicaces ven allí un aproximamiento, tal vez más, una unión que pondrá fin a las discusiones privadas y públicas.

Y creemos tener derecho para afirmar que si estas previsiones se realizan, un joven y una joven, seguramente dignos uno de otro, cumplirán su más caro deseo.

No es dudoso que Walter Tankerdon no haya podido permanecer insensible a los encantos de miss Dy Coverley. Esto data de un año ya. Por la situación de las dos familias, a nadie ha confiado el secreto de sus sentimientos. Miss Dy lo ha adivinado, y la discreción del joven la ha conmovido. ¿Tal vez ha visto claro en su propio corazón, y está éste presto a responder al de Walter...? Quizás. Aparte de esto, ella ha guardado la reserva que exigen su dignidad y el alejamiento de las dos familias.

Sin embargo, un observador hubiera podido notar que ni Walter ni miss Dy toman nunca parte en las discusiones que se originan a veces en el hotel de la Decimoquinta Avenida, y en el de la Décima Avenida. Cuando el intratable Jem Tankerdon lanza alguna fulminante diatriba contra los Coverley, su hijo baja la cabeza, se calla, se aleja. Cuando Nat Coverley truena contra los Tankerdon, su hija baja los ojos, su lindo rostro palidece y procura cambiar de conversación, aunque sin resultado. Que los dos dichos personajes no hayan notado nada, es cosa común en los padres a quienes la naturaleza ha puesto una venda sobre los ojos. Pero, así lo asegura al menos Calixtus Munbar, mistress Coverley y mistress Tankerdon no están tan ciegas. El estado del alma de sus hijos es objeto de la constante preocupación de las madres, porque el único remedio posible es inaplicable. En el fondo comprenden que, dada la enemistad de los dos rivales, el amor propio, constantemente herido en cuestiones de etiqueta, ninguna reconciliación, ninguna unión son admisibles... Y, sin embargo, Walter y Dy se aman...

Más de una vez ya, el joven ha sido apremiado para escoger novia entre las jóvenes de la sección de Babord Harbour. Las hay encantadoras, perfectamente educadas, con fortuna casi igual a la suya, y pertenecientes a familias que aceptarían la unión con gran regocijo. Su padre le ha hablado francamente del asunto. Su madre también, aunque no haya insistido tanto. Walter ha rehusado siempre bajo pretexto de que no siente inclinación al matrimonio. El antiguo comerciante de Chicago no lo entiende. Cuando se poseen varios cientos de millones no se debe permanecer soltero. Si su hijo no encuentra una joven de su gusto en Standard Island, en

su partido, se entiende, ¡que viaje, que corra América o Europa...! Con su nombre y su fortuna, sin hablar de sus prendas personales, no tendrá más que elegir, aunque sea a una princesa de sangre imperial o real. Así se expresa Jem Tankerdon. Esta vez su padre le ha puesto contra el paredón y Walter se ha defendido de saltarlo, e ir a buscar mujer al extranjero. En una ocasión su madre le ha dicho:

—Hijo mío, ¿hay aquí algún joven que te agrade?

—Sí, madre mía —ha respondido él.

Y como mistress Tankerdon no le ha preguntado hasta entonces quién era, Walter no ha creído oportuno nombrarla.

No es dudoso que lo mismo pase en la familia Coverley, y que el antiguo banquero de Nueva Orleans desee casar a su hija con alguno de los jóvenes que frecuentan el hotel, cuyas recepciones están de moda. Si ninguno de ellos le agrada, sus padres la llevarán al extranjero. Visitarán Francia, Italia, Inglaterra... Miss Dy responde entonces que prefiere no dejar a Milliard City. Se encuentra bien en Standard Island... No pide más que permanecer allí. Mister Coverley se muestra disgustado de esta respuesta, cuya principal causa no comprende.

Por lo demás, mistress Coverley no ha dirigido a su hija una pregunta tan derecha como la de mistress Tankerdon a Walter, y es de presumir que miss Dy no hubiera osado responder con la misma franqueza, ni a su madre.

He aquí cómo están las cosas. Desde que ellos no pueden engañarse sobre la naturaleza de sus sentimientos, si bien el joven y la joven han cambiado alguna mirada, jamás se han dirigido una palabra. Se encuentran en los salones oficiales, en las recepciones de Cyrus Bikerstaff, en cualquiera de las ceremonias a que deben asistir los notables para mantener su rango. En estas circunstancias Walter Tankerdon y miss Dy guardan una completa reserva, por estar sobre un terreno en que cualquier imprudencia podría traer malas consecuencias...

Júzguese, pues, del efecto producido por el extraordinario incidente del baile del gobernador, incidente en que los espíritus exagerados han creído ver un escándalo, y que es la comidilla de la gente al día siguiente. Nada más sencillo que la causa que lo ha originado. El superintendente había invitado a bailar a miss

Coverley..., al empezar la contradanza él no se hallaba allí... — ¡Pícaro Munbar! Walter Tankerdon se presentó en su lugar y la joven le ha aceptado por caballero...

Es indudable que a consecuencia de este hecho ha habido de una y otra parte explicaciones. Míster Tankerdon ha debido interrogar a su hijo, y míster Coverley a miss Dy... ¿Qué ha respondido Walter?



¿Han sido preguntadas mistress Tankerdon y mistress Coverley, y cuál ha sido el resultado de esta entrevista? Con toda su perspicacia y su finura diplomática, Calixtus Munbar no ha conseguido saberlo. Así es que cuando Frascolin le pregunta respecto al caso, se contenta con responderle guiñando su ojo derecho, lo que nada significa, porque no sabe absolutamente nada. Lo más digno de notarse es que desde aquel día memorable, cuando Walter encuentra a mistress Coverley y miss Dy en un paseo se inclina respetuosamente, y la joven y su madre le devuelven el saludo.

A creer al superintendente ¡éste es un gran paso para el porvenir!

En la mañana del 25 de noviembre ocurre un suceso de mar que ninguna relación tiene con la situación de las dos principales familias de la Isla de Hélice.

Al amanecer, los vigías del observatorio señalan varios barcos de alto bordo en dirección al suroeste. Marchan en línea conservando sus distancias. No pueden ser más que la división de una de las escuadras del Pacífico.

El comodoro Simcoe previene telegráficamente al gobernador, y éste da las órdenes convenientes para que se cambien los saludos con los navíos de guerra.

Frascolin, Yvernés y Pinchinat van a la torre del observatorio, deseosos de asistir a este cambio de política internacional.

Se mira con los anteojos a los barcos, que son cuatro, distantes a unas cinco o seis millas. No llevan pabellón alguno, siendo imposible reconocer su nacionalidad.

—¿No hay nada que indique a qué marina pertenecen? —pregunta Frascolin al oficial.

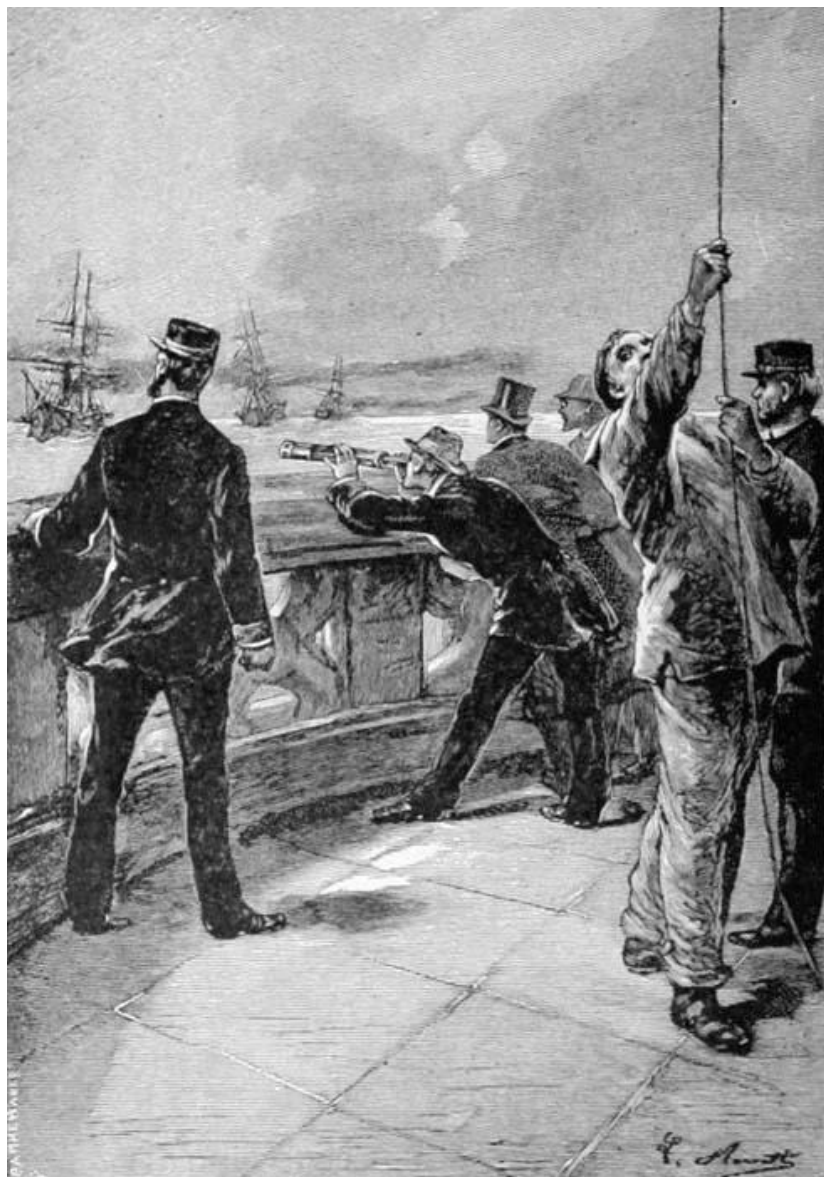
—Nada —responde éste—, pero, por su aspecto, yo creo que esos barcos son de nacionalidad británica. Además, en estos parajes no se encuentran nunca más que divisiones de las escuadras inglesa, francesa o americana. Sean lo que sean, lo sabremos cuando hayan ganado una o dos millas.

Los navíos se aproximan con velocidad muy moderada, y, si no cambian su ruta, deben pasar a algunos cables de Standard Island.

Algunos curiosos se encuentran en la batería del espolón, y siguen con interés la marcha de la escuadra.

Una hora más tarde los barcos se encuentran a menos de dos

millas. Son cruceros, de modelo antiguo, de tres mástiles, muy superiores, por su aspecto, a esos barcos modernos reducidos a una arboladura militar.



De sus altas chimeneas escápanse penachos de vapor que la brisa del oeste arroja hasta los extremos límites del horizonte.

Cuando no están más que a milla y media de distancia, el oficial puede afirmar que forman parte de la división británica del oeste del Pacífico, del que algunos archipiélagos, como el de Tonga, Samoa y Cook, son propiedad de Gran Bretaña, o están bajo su protectorado.

El oficial se apresura a izar el pabellón de Standard Island, que se despliega al viento. Espérase que el saludo sea devuelto.

Transcurren diez minutos.

—Si son ingleses no se apresurarán a ser corteses —dice Frascaolin.

—¿Qué quieres? —responde Pinchinat—. John Bull tiene generalmente un sombrero atornillado en la cabeza, y la operación de descubrirse es larga.

El oficial se encoge de hombros.

—Son ingleses —dice—. Les conozco, no saludarán.

En efecto, en la vela cangreja del navío que va a la cabeza no se iza pabellón alguno. La división pasa sin cuidarse de la Isla de Hélice, como si ésta no existiera. Además ¿con qué derecho existe? ¿Por qué viene a estorbar en aquellos parajes del Pacífico? ¿Por qué ha de concederle Inglaterra atención alguna, si no ha cesado de protestar contra la construcción de aquella enorme máquina que, a riesgo de producir abordajes, viaja por aquellos mares cortando las rutas marítimas...?

La división se aleja como un señor maleducado que rehúsa conocer a las personas en las calles de Regent Street o de Strand, y el pabellón de Standard Island queda al pie del asta.

Se comprende lo que se dice en la ciudad y en los puertos respecto a la altivez de Inglaterra, aquella pérvida Albión, aquella Cartago de los tiempos modernos. Se resuelve no responder jamás a un saludo británico, si es que es hecho alguna vez lo que está fuera de toda duda.

—¡Qué diferencia con nuestra escuadra en su llegada a Tahití! —exclama Yvernés.

—Es que los franceses —añade Frascaolin— tienen siempre una política...

—*¡Sostenuta con espressione!* —añade Su Alteza, marcando

graciosamente el compás.

En la mañana del 29 de noviembre, los vigías señalan las primeras alturas del archipiélago de Cook, situado en el 20' de latitud sur y 160 de longitud oeste. Llamado Mangia y Harvey, y después Cook, que desembarcó allí en 1770, se compone de las islas Mangia, Rarotonga, Watim. Mittio, Hervey, Palmerston. Hagemeister, etc. Su población, de origen maorí, de la que el número de habitantes ha bajado de veinte mil a doce mil, está formada de malayos polinesios, que los misioneros católicos han convertido al cristianismo. Estos isleños, muy cuidadosos de su independencia, han resistido siempre a la invasión. Créense aún los dueños de su casa, por más que poco a poco sufran la influencia *provechosa* (ya se sabe lo que con esta palabra se quiere indicar), del gobierno de la Australia inglesa.

Mangia es la primera isla del grupo, la más importante y la más poblada: verdaderamente, la capital del archipiélago. El itinerario marca una escala en ella de quince días.

¿En este archipiélago Pinchinat conocerá a los verdaderos salvajes, esos salvajes a lo Robinsón Crusoe, que en vano había buscado en las Marquesas, en las Islas de la Sociedad y en Nuku Hiva? ¿Va a quedar satisfecha su curiosidad de parisiense? ¿Verá caníbales auténticos?

—Querido Zorn —dijo aquel día a su compañero—, si aquí no hay antropófagos, es que no los hay en ninguna parte.

—Podría responderte que no me importa —respondió el erizo del cuarteto—, pero te preguntaré: ¿por qué en ninguna parte...?

—Porque una isla que se llama Mangia, sólo por caníbales puede estar habitada.

Y Pinchinat apenas tiene tiempo de esquivar el puñetazo que su abominable chiste merece.

Por lo demás, haya o no antropófagos en Mangia, *Su Alteza* no tendrá la posibilidad de entrar en comunicación con ellos.

En efecto, cuando Standard Island llega a una milla de Mangia, una piragua que sale del puerto preséntase al pie de Tribord Harbour. Conduce al ministro inglés, simple pastor protestante, que ejerce su terrible tiranía en el archipiélago. En esta isla, que mide treinta millas de circunferencia, y que consta de cuatro mil habitantes, cuidadosamente cultivada, rica en plantaciones de taros,

el reverendo posee las mejores tierras. Tiene la más cómoda habitación de Ouchora, capital de la isla, al pie de una colina, sembrada de cocoteros, de mangos^[1], de pimenteros, sin hablar de un jardín en flor, donde se ven las coleas^[2], las gardenias y las peonías. Es poderoso por los *mutois*, esos policías indígenas que forman una escuadra, ante la que se inclinan los reyes de Mangia, policía que impide que se suba nadie a los árboles, que se cace o pesque los domingos y demás días festivos, que se pasee después de las nueve de la noche, que se compren los artículos de consumo a otro precio que el marcado en una tarifa arbitraria, bajo pena de multas, pagadas en piastras (la piastra vale cinco francos), multas que van al bolsillo del poco escrupuloso pastor.

Cuando aquel tipo, grueso y pequeño, desembarca, el oficial del puerto va a su encuentro y se cambian los saludos de ordenanza.

—En nombre del rey y de la reina de Mangia —dice el inglés— presento los respetos de Sus Majestades a su excelencia el gobernador de Standard Island.

—Yo los recibo y los agradezco en su nombre, señor ministro —responde el oficial—, hasta tanto que nuestro gobernador lo haga en persona.

—Su excelencia será bien recibido allí —dice el ministro, en cuyo rostro brillan la astucia y la avidez.

Después, con tono melifluo, añade:

—Supongo que el estado de salud de Standard Island no dejará nada que desear...

—Jamás ha sido mejor.

—Habrà, sin embargo, algunas enfermedades epidémicas: la influenza, el tifus, la viruela...

—Ni un constipado, señor ministro. De forma que puede usted expedir la patente limpia, y una vez que estemos allí, las comunicaciones con Mangia se establecerán en condiciones regulares...

—Es que... —responde el pastor, no sin cierta duda— si las enfermedades...

—Repito que no las hay.

—Entonces los habitantes de Standard Island ¿tienen la intención de desembarcar...?

—Sí. Como lo han efectuado recientemente en los otros grupos

del este.

—Muy bien... muy bien —responde el pastor—. Tenga usted la seguridad de que serán bien recibidos, desde el momento en que ninguna epidemia...

—Ninguna, lo repito.

—Que desembarquen, pues... en gran número. Los habitantes les acogerán con gran placer... Son muy hospitalarios. Solamente...

—¿Solamente qué?

—Sus Majestades, de acuerdo con el consejo, han decidido que en Mangia, como en las demás islas del archipiélago, los extranjeros paguen un impuesto de introducción...

—¿Un impuesto?



—Sí..., dos piastras...; casi nada, como usted ve... Dos piastras por cada persona que ponga el pie en la isla.

Evidentemente el ministro es el autor de tal proposición, que el rey, la reina y el consejo se han apresurado a aceptar, y de la que una gran parte de los productos está reservada a su excelencia. Como a la entrada de los grupos del este del Pacífico no había semejantes impuestos, el oficial del puerto no dejó de experimentar alguna sorpresa.

—¿Eso es serio...? —preguntó.

—Muy serio —respondió el ministro— y sin el pago de las dos piastras no podremos dejar que pase nadie.

—Está bien —respondió el oficial.

Y saludando a su excelencia, dirigióse al telégrafo y transmitió al comodoro la proposición.

Ethel Simcoe se puso al habla con el gobernador. ¿Conviene que la Isla de Hélice se detenga en Mangia, en vista de las pretensiones de las autoridades, pretensiones tan formales como injustificadas?

No se hizo esperar la respuesta. Después de haber conferenciado con sus auxiliares, Cyrus Bikerstaff rehúsa someterse a esas tasas vejatorias. Standard Island no se detendrá en Mangia, ni en ninguna de las otras islas del archipiélago. Los habitantes de ella irán a otros parajes vecinos a visitar indígenas menos rapaces y exigentes.

Se da orden de marchar a los maquinistas, y he aquí cómo Pinchinat fue privado del placer de estrechar la mano de los honrados antropófagos, si es que allí los había. Pero tenga el consuelo de que no existen en las islas de Cook.

Standard Island sigue la dirección a través del ancho brazo que se prolonga hasta la unión de las cuatro islas. Vense numerosas piraguas, unas finamente construidas, otras formadas de un tronco de árbol, pero tripuladas por atrevidos pescadores que se aventuran en la persecución de las ballenas, tan numerosas en estos mares.

Son estas islas muy fértiles, y se comprende que Inglaterra les haya impuesto su protectorado, en tanto que las une a sus propiedades del Pacífico. A la vista de Mangia, se han podido ver sus costas rocosas, bordeadas de un anillo de coral, sus casas resplandecientes de blancura, barnizadas de dura cal viva, que se extrae de las formaciones coralígenas, y sus colinas tapizadas de la sombría vegetación tropical, y cuya elevación no excede de

doscientos metros.

Al día siguiente, el comodoro Simcoe advierte Rarotonga por sus alturas, llenas de bosques hasta las últimas cimas. Hacia el centro distínguese un volcán a mil quinientos metros, cuya cumbre sobresale entre un denso oquedal. Entre estos macizos destácase un blanco edificio de ventanas góticas. Es el templo protestante construido en mitad de anchos bosques de mapés que descienden hasta el río. Los árboles, de gran talla, poderoso ramaje y tronco caprichoso, tienen la forma de los viejos manzanos de Normandía o los olivos de Provenza.

¿Tal vez el reverendo que dirige las conciencias de los habitantes de Rarotonga, con el concurso del director de la Sociedad Alemana Oceánica, en las manos de la cual se concentra todo el comercio de la isla, ha establecido derechos a imitación de su colega de Mangia? ¿Podrán tal vez los habitantes de Milliard City ir a presentar, sin quebranto de su bolsillo, sus respetos a las dos reinas que se disputan la soberanía, la una en el pueblo de Arognani y la otra en el de Avarua? Sea lo que sea, Cyrus Bikerstaff cree que no debe detenerse en esta isla, resolución aprobada por el consejo de notables, acostumbrados a ser acogidos como reyes en viaje. En resumen, pérdida segura para estos indígenas dominados por los anglicanos, pues los nababs de Standard Island tienen la bolsa bien repleta.

Al terminar el día no se ve más que el pico del volcán. Millares de pájaros se han embarcado sin permiso, y revolotean por encima de Standard Island. Llegada la noche huyen, regresando a los islotes, incesantemente combatidos por las olas.

Celébrase entonces una reunión presidida por el gobernador y en la que se propone una modificación en el itinerario. Standard Island atraviesa los parajes en los que predomina la influencia inglesa. Continuar navegando hacia el oeste, sobre el vigésimo paralelo, como se había decidido, es caminar hacia las Islas Tonga y las Islas Fidji. Lo que ha pasado en las islas de Cook no es para animar a nadie. ¿No será más conveniente ir a la Nueva Caledonia, al archipiélago de las Loyalty, posesiones donde la *Joya del Pacífico* será recibida con toda la urbanidad francesa? Después del solsticio de diciembre, se volverá a las zonas ecuatoriales... ¿Verdad que esto significa apartarse de las Nuevas Hébridas, en las que se debía

dejar a los náufragos y a su capitán...?

Durante esta deliberación, los malayos se han mostrado presa de una inquietud muy explicable, puesto que, si la modificación del itinerario es aceptada, su repatriamiento será más difícil. El capitán Sarol no puede ocultar su descorazonamiento, mejor dicho, su cólera; y el que hubiese oído hablar a su gente hubiera sin duda encontrado su ira más que sospechosa.

—Vedlos —repetía— decidiendo llevamos a las Loyalty o a Nueva Caledonia. ¡Y nuestros amigos que nos esperan en Eromanga! ¡Y nuestro plan tan bien preparado en las Nuevas Hébridas! ¡Es que se nos va a escapar este golpe de fortuna!

Felizmente para los malayos, y desgraciadamente para Standard Island, no se admite el proyecto de cambio del itinerario. Los notables de Milliard City no gustan de modificar sus costumbres. Se seguirá la campaña en la forma que indica el programa. Únicamente, y a fin de reemplazar la escala de quince días que debía haberse hecho en las islas de Cook, decídese dirigirse hacia el archipiélago de las Samoa, remontando al noroeste, antes de tocar el grupo de las Islas Tonga.

Al conocer esta resolución, los malayos no pueden ocultar su alegría. Después de todo ¿qué cosa más natural? ¿No es para satisfacerles el que el consejo de notables no haya renunciado a su proyecto de repatriarles a las Nuevas Hébridas?

CAPÍTULO II

DE ISLA EN ISLA



Si el horizonte de Standard Island parece estar sereno de un lado, desde que las relaciones son menos tirantes entre los habitantes de Tribord y de Babord; si esto es debido al sentimiento que Walter Tankerdon y miss Dy Coverley sienten uno por otro; si, en fin, el gobernador y el superintendente pueden pensar que el porvenir no se verá ya comprometido por divisiones intestinas, la *Joya del Pacífico* no está menos amenazada en su existencia, y es difícil que pueda escapar a la catástrofe que se le prepara. A medida que camina con rumbo al oeste, se aproxima a sitios en los que su destrucción es cierta, y el autor de esta criminal maquinación no es otro que el capitán Sarol.

En efecto, no ha sido la casualidad la que ha dirigido a los malayos al grupo de las Sandwich. El queche ha hecho escala en Honolulu, para esperar allí la llegada de Standard Island en la época de su visita anual. Seguirla después de su partida, navegar en sus aguas sin excitar sospechas, hacerse recoger como náufragos él y los suyos, puesto que no pueden ser admitidos como pasajeros, y, una vez conseguido, bajo pretexto de un repatriamiento, dirigirla hacia las Nuevas Hébridas, tal ha sido la intención del capitán Sarol.

Se sabe cómo este plan ha sido puesto en ejecución en su primera parte. El choque del queche era imaginario. Ningún navío

le ha abordado en las proximidades del ecuador. Los mismos malayos han barrenado su barco, de forma que pudiera mantenerse a flote hasta el momento en que llegasen los auxilios pedidos por el cañón, y de forma que estuviese dispuesto a sumergirse cuando la embarcación de Tribord Harbour hubiese recogido la tripulación. Desde lejos nadie dudaría del choque, no se haría constar la calidad de los náufragos, y sería preciso darles asilo.

Tal vez el gobernador no querría tenerles allí. Tal vez los reglamentos se opondrían a que los extranjeros fueran autorizados residir en Standard Island. Tal vez se decidiría desembarcarles en el archipiélago más próximo. Era un riesgo que había que correr, y el capitán Sarol lo corrió. Pero ya se sabe que la compañía resolvió albergar a los náufragos del queche y conducirles a vista de las Nuevas Hébridas.

Así han ido las cosas. Desde hace cuatro meses, el capitán Sarol y sus seis malayos habitan en plena libertad en la Isla de Hélice. Pueden explorarla en toda su extensión, penetrar en todos sus secretos, y nada se ha descuidado en este punto. Esto marcha a su gusto. Por un momento han podido temer que el itinerario fuese modificado por el consejo de notables, lo que les ha causado gran inquietud, hasta correr el riesgo de hacerse sospechosos. Felizmente para sus proyectos, el itinerario no ha sido modificado. Dentro, de tres meses, Standard Island llegará a los parajes de las Nuevas Hébridas, y allí debe producirse una catástrofe sin igual en los siniestros marítimos.

El archipiélago de las Nuevas Hébridas es peligroso para los navegantes, no solamente por los escollos de que está sembrado en sitios de anclaje, sino por las corrientes, y sobre todo por la ferocidad nativa de una parte de su población. Desde la época en que Quirós la descubrió en 1706, después de haber sido explorada por Bougainville en 1768, y por Cook en 1773, fue teatro de monstruosas carnicerías, y tal vez su mala reputación es propia para justificar los temores de Sébastien Zorn, sobre el resultado de la campaña marítima de Standard Island. Canacos, papúes, malayos se mezclan allí con los negros australianos, pérfidos, viles y refractarios a toda tentativa de civilización. Algunas islas del grupo son verdaderos nidos de bandidos, y los habitantes no viven más que de la piratería.

El capitán Sarol, de origen malayo, pertenece a ese tipo de piratas negreros que, como ha observado el médico de marina, Hagon, en su viaje a las Nuevas Hébridas, infestan estos parajes. Audaz, atrevido, acostumbrado a recorrer los archipiélagos sospechosos, muy instruido en su oficio, encargado más de una vez de dirigir las sangrientas expediciones, este Sarol no está ensayando, sino que sus hazañas le han hecho célebre en aquella parte del mar del oeste del Pacífico.

Algunos meses antes, el capitán Sarol y sus compañeros teniendo por cómplice la población sanguinaria de la isla Eromanga, una de las Nuevas Hébridas, han preparado un golpe que les permitirá, de dar resultados, ir a vivir tranquilamente en el sitio que más les agrade. Conocen la reputación de aquella Isla de Hélice, que desde el año anterior camina entre los dos trópicos. Saben la incalculable riqueza que encierra aquella opulenta Milliard City. Pero como no debe aventurarse tan lejos hacia el oeste, se trata de atraerla a la vista de aquella salvaje Eromanga, donde todo está preparado para asegurar la completa destrucción.

Por otra parte, aunque reforzados por los naturales de las islas vecinas, estos neohebridanos deben tener en cuenta su inferioridad numérica, dada la población de Standard Island, sin hablar de los medios de defensa de que dispone. Así es que no se trata de atacarla en el mar como a un simple navío mercante, ni lanzar una flotilla de piraguas al abordaje. Gracias a los sentimientos de humanidad que los malayos han sabido explotar sin despertar sospecha alguna, Standard Island irá a los parajes de Eromanga, anclando a algunos cables... Miles de indígenas la invadirán por sorpresa... La arrojarán contra las rocas... Chocará con éstas... Será entregada al pillaje, a la carnicería... Verdaderamente esta horrible maquinación tiene trazas de producir resultado. Como precio a la hospitalidad concedida al capitán Sarol y a sus cómplices, los habitantes de Milliard City marchan hacia una tremenda catástrofe.

El 9 de diciembre el comodoro Simcoe toca el centésimo septuagésimo primer meridiano, en su intersección con el paralelo decimoquinto. Entre este meridiano y el centésimo septuagésimo quinto, está el grupo de las Samoa, visitado por Bougainville en 1768, por La Pérouse en 1787 y por Edwards en 1791.

La primera isla que se levanta al noroeste es la isla Rosa,

deshabitada, y que no merece ni el honor de una visita.

Dos días después se ve la isla Manua, flanqueada por los dos islotes de Olosega y de Ofu. Su punto culminante sube a setecientos setenta metros sobre el nivel del mar. Aunque cuenta unos dos mil habitantes, no es la más interesante del archipiélago, y el gobernador no da orden de detenerse allí. Es preferible permanecer durante unos quince días en las islas Tutuila, Upolu, Savai, las más hermosas de aquel grupo, bello entre todos. Manua, no obstante, goza de cierta celebridad en los anales marítimos. En efecto, sobre su litoral, en Ma-Oma, es donde perecieron varios de los compañeros de Cook, en el fondo de una bahía, a la que ha quedado el nombre muy justificado de bahía de «La Carnicería».

Unas veinte leguas separan a Manua de su vecina Tutuila. Standard Island se aproxima a ésta durante la noche del 14 al 15 de diciembre. Aquella noche el cuarteto, que se pasea por los alrededores de la batería del espolón, ha *sentido* aquella Tutuila, aunque está aún a una distancia de varias millas. El aire está embalsamado con los perfumes más deliciosos.

—Esto no es una isla —exclama Pinchinat—. Es la tienda de Piver, la fábrica de Lubin... Una perfumería a la moda.

—Si *Su Alteza* no ve en ello inconveniente —observa Yvernés—, prefiero que la compares a un pebetero...

—¡Vaya por un pebetero! —responde Pinchinat, que no quiere contrariar los poéticos arrebatos de su compañero.

Y en verdad, pudiera decirse que una corriente de efluvios perfumados es arrastrada por la brisa a la superficie de aquellas aguas admirables. Son las emanaciones de esa esencia tan penetrante a la que los canacos samoanos llaman *monssooi*.

Al amanecer Standard Island está a seis cables por el norte de Tutuila. Parece una cesta de flores, o más bien un conjunto de bosques que se extienden hasta las últimas cimas, de las que la más alta pasa de mil setecientos metros. Precédenla algunos islotes, entre otros el de Aunuu. Centenares de elegantes piraguas, tripuladas por vigorosos indígenas medio desnudos, manejando sus remos al compás de dos por cuatro de una canción samoana, rodean la Isla de Hélice. Cincuenta o sesenta metros no es una cifra exagerada para esas largas embarcaciones, de una solidez que les permite ir por alta mar. Nuestros parisienses comprenden entonces

la razón de que los primeros europeos dieran a estas islas el nombre de archipiélago de los Navegantes. Su verdadero nombre geográfico es Hamoa o, preferentemente, Samoa.

Savai, Upóla, Tutuila, escalonadas del noroeste al suroeste, Olosega, Ofu, Manua, repartidas en el sudeste, son las principales islas de este grupo de origen volcánico. Su superficie total es de mil ochocientos kilómetros cuadrados, y encierran una población de treinta y cinco mil seiscientos habitantes. Hay, pues, lugar para rebajar en una mitad los recuentos que fueron indicados por los primeros exploradores.

Hagamos notar que cualquiera de estas islas puede presentar condiciones climatológicas tan favorables como las de Standard Island. La temperatura media es allí la de entre los 26° y 34°. Los meses más fríos son julio y agosto, y los calores fuertes se dejan sentir en febrero. De diciembre a abril las lluvias son abundantes, y ésta es también la época en la que se desencadenan borrascas y tempestades, fecundas pero siniestras.

En cuanto al comercio, entre las manos de los ingleses primero, entre las de los americanos después, luego en las de los alemanes, se eleva a un millón ochocientos mil francos para la importación, y a novecientos mil para la exportación. Encuentra sus elementos en ciertos productos agrícolas, el algodón, cuyo cultivo aumenta de año en año, y la copra, o sea la almendra seca del coco.

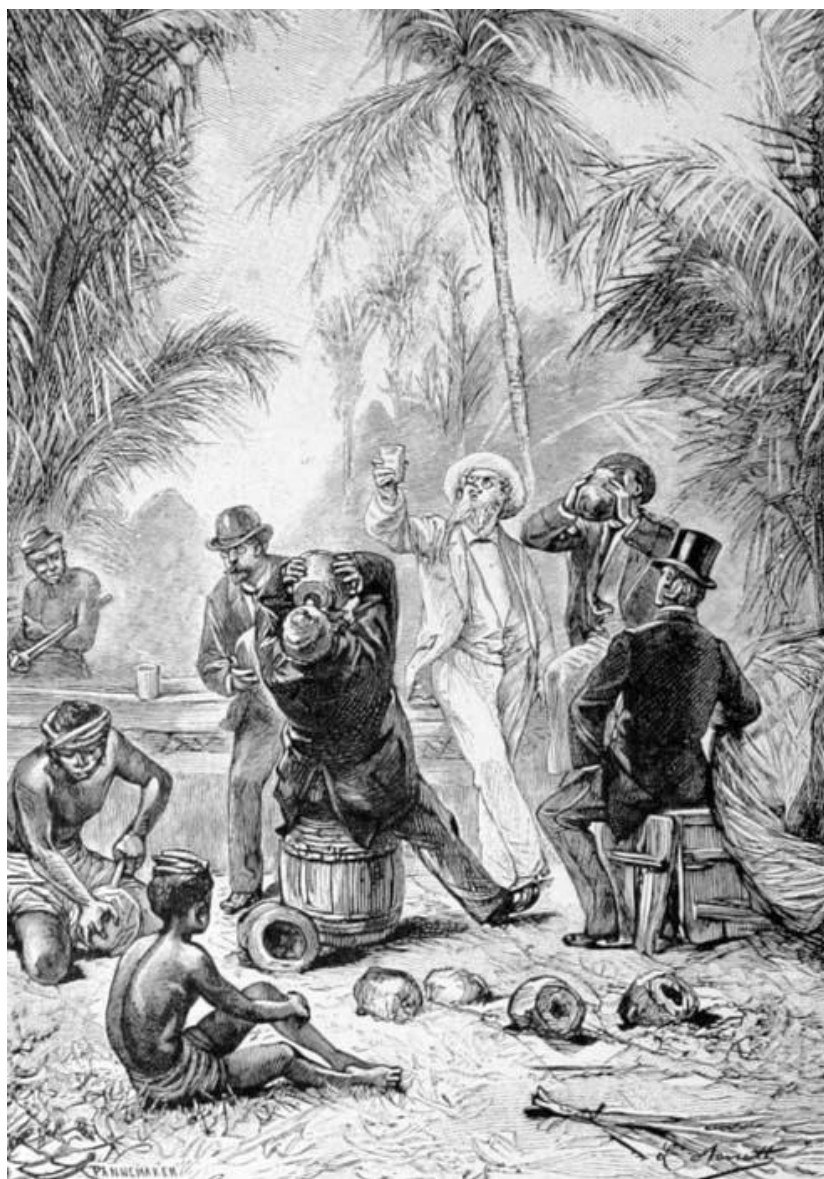
Por lo demás, la población, que es de origen malayo-polinesio, no está mezclada más que de unos trescientos blancos y de algunos miles de trabajadores reclutados en las diversas islas de la Melanesia. Desde 1830 los misioneros han convertido al cristianismo a los samoanos, que, sin embargo, conservan algunas prácticas de sus antiguos ritos religiosos. La mayoría de los indígenas es protestante, merced a la influencia alemana e inglesa. El catolicismo cuenta, no obstante, algunos miles de neófitos, cuyo número procuran aumentar los Padres Maristas a fin de combatir el proselitismo anglosajón.

Standard Island se detiene al sur de la isla Tutuila, a la entrada de la rada de Pago Pago. Allí está el verdadero puerto de la isla, cuya capital es Leone, situada en la parte central. Esta vez no hay ninguna dificultad entre el gobernador Cyrus Bikerstaff y las autoridades samoanas. Se acuerda la libre comunicación. No es en

Tutuila, sino en Upolu, donde habita el soberano del archipiélago, donde están los consulados ingleses, americanos y alemanes. No hay, pues, recepciones oficiales. Cierta número de samoanos aprovechan la facilidad que se les ofrece para visitar Milliard City y sus alrededores. En cuanto a los habitantes de Milliard City, tienen la seguridad de que la población del grupo les dispensará buena y cordial acogida.

El puerto está en el fondo de la bahía. El abrigo que ofrece contra los vientos es excelente y de fácil acceso. Los navíos de guerra hacen escala en él frecuentemente.

Entre los primeros que desembarcan aquel día no nos asombrará encontrar a Sébastien Zorn, a sus tres camaradas y al superintendente. El humor de Calixtus Munbar es, como siempre, encantador. Sabe que se ha organizado una excursión hasta Leone en carruaje, tirado por caballos neozelandeses, debida a tres o cuatro de las principales familias.



Así, puesto que los Coverley y los Tankerdon deben de encontrarse allí, tal vez habrá otro aproximamiento entre Walter y miss Dy, lo que será motivo de gran satisfacción.

Mientras pasea con el cuarteto, habla de este gran suceso con la animación y el calor de costumbre.

—Amigos míos —repite—, estamos, en plena ópera cómica... Con un feliz incidente se llega al desenlace de la obra... Un caballo que se va... un carruaje que vuelca...

—¡Un ataque de bandidos...! —dice Yvernés.

—¡Una matanza general de excursionistas...! —añade Pinchinat.

—Lo que muy bien podría suceder —gruñe el violonchelista con fúnebre voz, como si arrancase lúgubres notas de su cuarta cuerda.

—No, amigos míos, no —exclama Calixtus Munbar—. No pensemos en eso... No lleguemos a tanto. Nada más que un incidente aceptable, en el que Walter Tankerdon tenga la suerte de salvar la vida de miss Dy Coverley.

—Y después un poco de música de Boieldieu o de Auber —dice Pinchinat, haciendo con la mano cerrada ademán de dar vueltas a la manivela de un organillo.

—¿De modo, señor Munbar —respondió Frascolin— que usted piensa siempre en ese matrimonio...?

—¡Sí pienso en él, mi querido Frascolin...! ¡Sueño con él noche y día...! Perderé mi buen humor... Adelgazaré... Moriré si no se efectúa...

—Se efectuará, señor superintendente —replica Yvernés, dando a su voz una sonoridad profética—, pues Dios no querrá la muerte de Vuestra Excelencia...

—Seguramente que no la querrá —responde Calixtus Munbar.

Y se dirigen hacia una taberna indígena, donde beben a la salud de los futuros esposos algunos vasos de agua de coco y comen algunas sabrosas bananas.

Un paseo por la población samoana esparcida a lo largo de las calles de Pago Pago, a través de los macizos que rodean el puerto, constituye un verdadero placer para nuestros amigos. Los hombres son de una estatura por encima de la mediana, la tez de un moreno amarillento, la cabeza redonda, el pecho robusto, los miembros de sólidos músculos, la fisonomía dulce y jovial. Tal vez muestren demasiados tatuajes en los brazos, el torso, y hasta en sus muslos,

que recubren imperfectamente con una especie de falda de hierbas u hojas. Su cabellera es negra, lisa y ondulada, siguiendo el gusto del dandismo indígena. Pero bajo la capa de cal blanca con que la cubren, parece una peluca.

—¡Salvajes Luis XV! —Hace observar Pinchinat—. No les faltaba más que el traje, la espada, los calzones, las medias, los zapatos con talones rojos, el sombrero de plumas y la tabaquera para semejarse a los petimetres de Versalles.

En lo que se refiere a las samoanas, mujeres y jóvenes, tan rudimentariamente vestidas como los hombres, tatuadas en las manos y en el pecho, con la cabeza enguirnaldada de gardenias, el cuello ornado de collares de malvaviscos rojos, justifican la admiración que se nota en los relatos de los primeros navegantes. Muy reservadas, por lo demás, de una prudencia algo afectada, graciosas y sonrientes, encantan al cuarteto cuando le desean el *kalofa*, es decir, los buenos días, con una voz dulce y melodiosa.

Una excursión, o más bien una peregrinación que nuestros turistas han hecho al día siguiente, les ha procurado la ocasión de atravesar la isla de un litoral a otro. Un carruaje del país les conduce al lado opuesto, a la bahía de Franca, cuyo nombre les recuerda su país. Allí, sobre un monumento de coral blanco, inaugurado en 1884, se destaca una placa de bronce que tiene grabados los inolvidables nombres del comandante de Langle, del naturalista Lamanon y de nueve marineros —los compañeros de La Pérouse— sacrificados en aquella plaza el 11 de diciembre de 1777.

Sébastien Zorn y sus compañeros han regresado a Pago Pago por el interior de la isla. ¡Qué admirables macizos de árboles enlazados con bejucos, de cocoteros, de bananos salvajes, de numerosos arbustos indígenas propios de la ebanistería! Sobre la campiña, campos de taros, de cañas de azúcar, de cafetales, de algodóneros, de caneleros. Por todas partes naranjos, guayabos, mangos, aguacates^[3] y también plantas trepadoras, orquídeas y helechos arborescentes. Una flora asombrosamente rica brota de este suelo fértil, que fecunda un clima húmedo y cálido. La fauna, reducida a algunas aves y a algunos reptiles casi inofensivos, no cuenta entre los mamíferos indígenas más que una ratilla, único representante de la familia de los roedores.

Cuatro días después, el 18 de diciembre, Standard Island

abandona Tutuila sin que se haya efectuado «el accidente providencial», tan deseado por el superintendente. Pero es visible que las relaciones entre las dos familias enemigas continúan en igual estado.

Apenas si una docena de leguas separan a Tutuila de Upolu. En la mañana del día siguiente, el comodoro Simcoe pasa sucesivamente, a un cuarto de milla, por los tres islotes Nuntua, Samusu y Salafuta, que defienden aquella isla como fuertes. Maniobra con gran habilidad, y por la tarde toma su lugar de escala delante de Apia.

Upolu es la más importante isla del archipiélago, con sus dieciséis mil habitantes. Allí es donde Alemania, América e Inglaterra han establecido sus consulados, reunidos en una especie de consejo para la protección de los intereses de sus nacionales. El soberano del grupo reina en medio de su corte de Malinoa, a la extremidad este de la punta Apia.

El aspecto de Upolu es el mismo que el de Tutuila: un conjunto de montañas, dominado por el pico del Monte de la Misión, que constituye el lomo de la isla siguiendo su extensión. Estos volcanes extinguidos están actualmente cubiertos de espesísimos bosques que llegan hasta sus cráteres. Al pie de estos montes se extienden campos cuya vegetación se abandona al lujuriente capricho de los trópicos.

Al día siguiente, el gobernador Cyrus Bikerstaff, sus dos auxiliares y algunas notabilidades desembarcan en el puerto de Apia. Se trata de hacer una visita oficial a los representantes de Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos de América, especie de Ayuntamiento compuesto, en manos del que se concentra la administración del archipiélago.

Mientras Cyrus Bikerstaff y su escolta van a visitar a dichos representantes, Sébastien Zorn, Frascaolin, Yvernés y Pinchinat ocupan su ocio en recorrer la ciudad.

En primer lugar, admíranse del contraste que presentan las casas europeas, donde los mercaderes tienen sus tiendas, y las casas de la antigua ciudad canaca, donde los indígenas habitan. Estas viviendas son cómodas, sanas, encantadoras, en una palabra. Diseminadas por las riberas del río Apia, sus tejados bajos se guarecen bajo la elegante cubierta de las palmeras.

En el puerto no falta animación. Es el más frecuentado del grupo, y la Sociedad Comercial de Hamburgo mantiene allí una flotilla destinada al cabotaje entre las Samoa y las islas de alrededor.

No obstante, la influencia de esta triple unión inglesa, americana y alemana es preponderante en este archipiélago; Francia está representada por misioneros católicos, cuya honradez, sacrificio y celo la tienen en buen renombre entre la población samoana. Nuestros artistas experimentan una gran satisfacción, una emoción profunda, al ver la pequeña iglesia de la misión, que no tiene la severidad puritana de las capillas protestantes, y, un poco más allá, sobre la colina, la escuela, cuyo pabellón tricolor corona el tejado.

Dirígense hacia aquel lado, y algunos minutos después son recibidos en el establecimiento francés. Los maristas hacen a los «falanis» —así llaman los samoanos a los extranjeros— una patriótica acogida. Allí residen tres padres afectos al servicio de la misión, que tiene otros dos en Savai y algunos religiosos instalados en las islas.

¡Qué placer hablar con el superior, de edad ya avanzada, que habita en Samoa desde hace bastantes años! Tiene a gran dicha recibir a sus compatriotas, y lo que es más, a artistas de su país. La conversación es acompañada con refrescos de los que la misión posee la receta.

—Antes de todo —dijo el viejo—, no penséis, mis queridos hijos, que las islas de nuestro archipiélago sean salvajes. ¡No es aquí donde encontraréis indígenas que practiquen el canibalismo...!

—No los hemos encontrado hasta ahora —hace observar Frascaolin.

—¡Con gran disgusto nuestro! —añade Pinchinat.

—¡Cómo!... ¿con disgusto vuestro...?

—Perdone, padre, esta confesión de un curioso parisiense... ¡Es por amor al color local!

—¡Oh! —dice Sébastien Zorn—. Aún no estamos al fin de nuestra campaña, y tal vez veremos más de los que queramos, de esos antropófagos tan deseados por nuestro compañero...

—Es posible —respondió el superior—. En las cercanías de los grupos del oeste, en las Nuevas Hébridas, en las Salomón, los navegantes no deben aventurarse sino con extrema prudencia. Pero

en Tahití, en las Marquesas, en las Islas de la Sociedad, lo mismo que en Samoa, los progresos de la civilización son notabilísimos. Reconozco que el sacrificio de los compañeros de La Pérouse ha valido a los samoanos la reputación de gentes feroces y de caníbales. ¡Pero cuánto han cambiado después, gracias a la influencia de la religión de Cristo! Los indígenas de ahora son gentes civilizadas que disfrutan de un gobierno a la europea, con dos cámaras a la europea, y revoluciones...

—¿A la europea? —observa Yvernés.

—Como usted lo dice, querido hijo; los samoanos no están exentos de disensiones políticas.



—Se sabe en Standard Island —responde Pinchinat—, porque ¿qué es lo que se ignora en aquella isla bendita de los dioses? Hasta creíamos caer aquí en medio de una guerra dinástica entre dos familias reales...

—Efectivamente, amigos míos, existe lucha entre el rey Tupua, que desciende de los antiguos soberanos del archipiélago, que nosotros sostenemos con toda nuestra influencia, y el rey Malietoa, el protegido por los ingleses y los alemanes. Mucha sangre se ha vertido, sobre todo en la gran batalla de diciembre de 1887. Estos reyes se han visto sucesivamente proclamados, destronados y, finalmente, Malietoa ha sido declarado soberano por la corte de Berlín... ¡Berlín...!

Y el anciano misionero no pudo contener un movimiento convulsivo, mientras dejaba escapar este nombre de sus labios.

—Hasta aquí —dijo— la influencia de los alemanes ha sido dominante en los samoanos. De diez partes, nueve de las tierras cultivadas están entre sus manos. En los alrededores de Apia a Suluafata, han obtenido del gobierno una concesión muy importante: la proximidad de un puerto que podrá servir para el avituallamiento de sus navíos de guerra. Las armas de tiro rápido han sido introducidas por ellos... Pero esto tendrá fin cualquier día...

—¿En provecho de Francia...? —pregunta Frascaolin.

—No; en provecho del Reino Unido.

—¡Oh! —dice Yvernés—. Inglaterra o Alemania...

—No, hijo mío —responde el superior—. Hay una gran diferencia...

—Pero ¿el rey Malietoa...? —responde Yvernés.

—Pues bien, el rey Malietoa fue en otra ocasión destronado, y ¿saben ustedes quién es el pretendiente que hubiera tenido entonces mayores probabilidades de sucederle? Un inglés; uno de los personajes más considerados en el archipiélago: un simple novelista...

—¿Un novelista?

—Sí, Robert Louis Stevenson, el autor de *La Isla del Tesoro* y de las *Noches árabes*.

—¡He aquí dónde puede llevar la literatura! —exclama Yvernés.

—¡Qué ejemplo para nuestros novelistas franceses! —replica

Pinchinat—. ¿Eh? Zola I, soberano de los samoanos, reconocido por el gobierno británico, ocupando el trono de los Tupua y de los Malietoa... y sucediendo su dinastía a la de los soberanos indígenas... ¡Qué sueño!

Termina la conversación dando el superior diversos detalles respecto a las costumbres de los samoanos. Añade que, si la mayoría pertenece a la religión protestante wesleyana, parece que el catolicismo hace cada día más progresos. La iglesia de la misión es ya muy pequeña para las ceremonias religiosas, y la escuela exige que se haga mayor también. Muéstrase muy contento de esto, como igualmente sus huéspedes.

La escala de Standard Island en la isla Upolu se prolonga durante tres días.

Los misioneros han devuelto su visita a los artistas franceses. Han paseado por Milliard City, mostrándose muy maravillados. Y ¿por qué no decir que en el salón del casino el *Cuarteto concertante* ha hecho oír al padre y a sus compañeros algunos fragmentos de su repertorio? El buen viejo, que adora la música clásica, se ha enternecido hasta el punto de derramar lágrimas, y, con gran disgusto suyo, en las fiestas de Upolu no ha tenido jamás ocasión de oírla.

La víspera de la partida, Sébastien Zorn, Francolín, Pinchinat e Yvernés, acompañados esta vez del profesor de modales, van a despedirse de los misioneros maristas. Cámbianse adioses afectuosos, ese adiós de personas que no se han visto más que durante algunos días y que no se volverán a ver jamás. El viejo los abraza y los bendice, y los otros se retiran profundamente conmovidos.

Al día siguiente, 23 de diciembre, el comodoro Simcoe aparece al alba, y Standard Island se pone en marcha en medio de una escolta de piraguas que van con ella hasta la vecina isla de Savai.

Esta isla no está separada de Upolu más que por un canal de siete a ocho leguas. Pero estando el puerto de Apia situado en la costa septentrional, es necesario ir por esta costa durante todo el día antes de tocar el canal.

Según el itinerario establecido por el gobernador, no se trata de dar la vuelta a Savai, sino de maniobrar entre ella y Upolu, a fin de ir por el suroeste al archipiélago de Tonga. De aquí que Standard

Island no camine más que con una velocidad moderada, no queriendo arriesgarse durante la noche a través del paso que flanquea los dos islotes de Apolima y de Manono.

Al día siguiente, al amanecer, el comodoro Simcoe maniobra entre los dos islotes, de los que el uno, Apolima, no cuenta más que doscientos cincuenta habitantes, y el otro, Manono, un millar. Estos indígenas tienen la justa reputación de ser los más valientes y los más honrados samoanos del archipiélago.

Desde aquel sitio se puede admirar Savai en todo su esplendor. Está protegida por peñascos de granito contra los ataques de un mar que las borrascas y ciclones del período invernal hacen formidable. Savai está cubierta de un espeso bosque que domina un antiguo volcán de una altura de mil doscientos metros, adornada de aldehyelas resplandecientes, bajo palmeras gigantescas, regada por tumultuosas cascadas, agujereada de profundas cavernas, de donde se escapan en violentos ecos los golpes del mar en su litoral.

Y, si se creen las leyendas, aquella isla fue la única cuna de las razas polinesias, cuyos once mil habitantes han conservado el tipo más puro. Entonces se llamaba Savaiki, el famoso edén de las divinidades maoríes.

Standard Island se aleja de allí lentamente, y pierde de vista sus últimas cimas en la tarde del 24 de diciembre.

CAPÍTULO III

CONCIERTO EN LA CORTE



Desde el 21 de diciembre, el sol, en su movimiento

aparente, después de haberse detenido sobre el trópico de Capricornio, ha comenzado su carrera hacia el norte, abandonando aquellos lugares a las intemperies del invierno y llevando el verano al hemisferio septentrional.

Standard Island no está más que a unos 10° de este trópico. Descendiendo hasta las islas de Tongatapu, llegará a la latitud extrema fijada en el itinerario, y tomará de nuevo su dirección norte, manteniéndose de este modo en las más favorables condiciones climatológicas. Es cierto que no podrá evitar un período de extremos calores mientras el sol abraza su cénit; pero estos calores serán atemperados por la brisa del mar y disminuirán con el alejamiento del astro del que proceden.

Entre las Samoa y la isla principal de Tongatapu, hay 8°, o sea unos novecientos kilómetros. No hay motivo para aumentar la velocidad. La Isla de Hélice irá tranquilamente por este mar siempre bello, no menos tranquilo que la atmósfera, apenas turbada por tempestades muy raras y pasajeras. Basta con estar en Tongatapu hacia los primeros días de enero, hacer allí escala durante una semana y dirigirse después hacia las Fidji. Desde allí Standard Island subirá por la costa de las Nuevas Hébridas, donde depositará

la tripulación malaya; después, poniendo el cabo al nordeste, volverá a ganar las latitudes de la Bahía Magdalena, y su segunda campaña habrá terminado.

La vida, pues, continúa en Milliard City, en medio de una calma inalterable. Siempre la misma que la de una gran ciudad de América o de Europa. Las comunicaciones constantes con el nuevo continente por los vapores o los cables telegráficos, las visitas habituales de las familias, el aproximamiento manifiesto que se efectúa entre las dos secciones rivales, los paseos, los juegos, los conciertos del cuarteto, siempre halagados por los numerosos *dilettanti*.

Al llegar Navidad, el *Christmas*, tan querido por los protestantes y por los católicos, se celebra con gran pompa en el templo y en Saint Mary Church, así como en los palacios, en los hoteles y en las casas del barrio del comercio. Esta solemnidad va a poner en fiesta toda la isla durante la semana que comienza en Navidad para acabar el primer día del año.

Entre tanto, los periódicos de Standard Island, el *Starboard Chronicle* y el *New Herald* no cesan de ofrecer a sus lectores las últimas noticias del interior y del extranjero. Una, publicada simultáneamente por estos dos periódicos, origina numerosos comentarios.

En efecto, en el número del 26 de diciembre se dice que el rey de Malecarlia ha ido al Ayuntamiento, donde Cyrus Bikerstaff le ha dado audiencia. ¿Qué objeto tiene esta visita de Su Majestad? ¿A qué motivo obedece? Diferentes hipótesis han circulado por la ciudad respecto a este asunto, y se hubiera llegado a las suposiciones más inverosímiles, a no informar al día siguiente del caso.

El rey de Malecarlia ha solicitado un puesto en el observatorio de Standard Island, y la administración superior ha accedido inmediatamente a su demanda.

—¡Diablo! —exclama Pinchinat—. Preciso es vivir en Milliard City para ver estas cosas... ¡Un soberano inspeccionando con el antejo las estrellas del horizonte...!

—¡Un astro de la Tierra que interroga a sus hermanos del firmamento! —responde Yvernés.

La noticia es auténtica, y he aquí por qué Su Majestad se ha

encontrado con la obligación de solicitar aquella plaza:



El rey de Malecarlia era un buen rey, y su mujer, una buena reina. Hacían todo el bien que podían en uno de los Estados medianos de Europa; talentos claros, liberales, que no pretendían que su dinastía, aunque fuese una de las más antiguas del viejo continente, tuviese un origen divino. Era el rey muy instruido en las ciencias, muy inteligente en cosas de arte, apasionado por la música, sobre todo. Sabio y filósofo, no se alucinaba sobre el porvenir de los soberanos europeos, estando también dispuesto a abandonar su reino desde el momento en que su pueblo le rechazara. No teniendo heredero directo, no causaría perjuicio alguno a su familia cuando le pareciera que había llegado el momento de abandonar su trono y su corona.

Este momento había llegado tres años antes. No hubo revolución alguna, o por lo menos revolución sangrienta. De común acuerdo rompióse el contrato, si vale la frase, entre Su Majestad y los súbditos. El rey convirtiéndose en un particular, y partió a la manera de un viajero, y su régimen de gobierno se sustituyó por otro.

Vigoroso a pesar de sus sesenta años, gozaba el rey de una constitución fuerte; pero la débil salud de la reina reclamaba un medio que estuviese al abrigo de los bruscos cambios de temperatura. Difícil era encontrar esta uniformidad de condiciones climatológicas en otra parte que en Standard Island, teniendo en cuenta que no era posible imponerse la fatiga de ir buscando estaciones diversas en diversos sitios. Parecía, pues, que Standard Island presentaba estas diversas ventajas, puesto que los nababs de los Estados Unidos habíanse establecido en ella.

He aquí por qué desde que la Isla de Hélice estuvo creada, el rey y la reina de Malecarlia resolvieron elegir su domicilio en Milliard City. Concediéndoseles autorización para ello, siempre que viviesen allí como simples ciudadanos, sin ninguna distinción ni privilegio. Púedese tener la seguridad de que Sus Majestades no pensaban en vivir de otro modo. Alquilaron un hotelito en la Trigesimonovena Avenida de la Sección de Tribord, rodeada de un jardín que se abría sobre el gran parque. Allí viven los dos soberanos, muy retirados, sin mezclarse en manera alguna con las rivalidades e intrigas de las secciones rivales, conformándose con una vida modesta. El rey se ocupa en estudios de astronomía, por los que siempre ha demostrado gran afición. La reina, católica sincera, lleva una vida

semiclaustral, no encontrando ocasión de consagrarse a las obras de caridad, puesto que la miseria es desconocida en la *Joya del Pacífico*.

Tal es la historia de los antiguos soberanos del reino de Malecarlia, una historia que el superintendente ha contado a nuestros artistas, añadiendo que estos reyes eran las mejores personas que se podían encontrar, por más que su fortuna fuera relativamente pequeña.

El cuarteto, muy conmovido ante aquella caída soberana, soportada con tanta filosofía y resignación, experimenta por los soberanos destronados una respetuosa simpatía. En vez de refugiarse en Francia, la patria de los reyes destronados, han elegido Standard Island, como los opulentos personajes escogen Niza o Corfú, por razones de salud. Sin duda ellos no están desterrados, no han sido arrojados de su reino, y hubieran podido permanecer en él, y podrían volver no reclamando más que sus derechos de ciudadanos. Pero no piensan en ello, encontrándose bien en aquella tranquila existencia, conformándose con las leyes y reglamentos de la Isla de Hélice.

Comparados con la mayoría de los habitantes de Milliard City, y en relación con la vida que en ésta se hace, los reyes de Malecarlia no son ricos. ¿Qué prodigios se pueden hacer con doscientos mil francos de renta, cuando el alquiler de un modesto hotel cuesta cincuenta mil?

Los exsoberanos tenían poca fortuna comparados con los emperadores y reyes de Europa, los que no hacen gran figura al lado de los Gould, los Vanderbilt, los Rothschild, los Astor, los Makay y otros dioses del negocio; así es que su tren no es lujoso, pero no por esto están disgustados. La estancia en aquel sitio prueba tan bien a la salud de la reina, que el rey no ha pensado en abandonar la isla. Ha pretendido acrecentar sus rentas con su trabajo, y como ha vacado una plaza en el observatorio, plaza muy bien retribuida, la ha solicitado al gobernador. Cyrus Bikerstaff, después de haber consultado por un cablegrama a la administración superior de Bahía Magdalena, ha dispuesto de la plaza en favor del soberano, y los periódicos han anunciado que el rey de Malecarlia acababa de ser nombrado astrónomo de Standard Island.

¡Qué motivo para la chismografía en otro país! Aquí se ha

hablado del caso durante dos días, y después no se ha pensado más en ello. Parece muy natural que un rey busque en el trabajo la posibilidad de continuar disfrutando la tranquila existencia de Milliard City. Es un sabio; se aprovechará de su ciencia. Esto es muy honroso. Si descubre un nuevo astro, planeta, cometa o estrella, se le dará su nombre, que figurará con honor entre los nombres mitológicos de los que están llenos los anuarios oficiales.



Paseándose por el parque, Sébastien Zorn, Pinchinat, Yvernés y Frascolin hablan del caso. Por la mañana han visto al rey que iba a su oficina, y no están aún bastante *americanizados* para aceptar esta situación, poco general por lo menos. Hablan, pues, de ello, y Frascolin ha dicho:

—Parece que si Su Majestad no hubiera servido para desempeñar la plaza de astrónomo, hubiera podido dar lecciones de música.

—¡Un rey dando lecciones a domicilio! —exclama Pinchinat.

—Sin duda, y sus ricos discípulos hubieran pagado bien sus lecciones...

—En efecto, se dice que es un buen músico —observa Yvernés.

—No me extraña —añade Sébastien Zorn—, puesto que le hemos visto a la puerta del casino durante muchos conciertos, por no poder alquilar un sillón para la reina y para él.

—¡Eh...! Tengo una idea —dice Pinchinat.

—Una idea de *Su Alteza* —replica el violonchelista— debe de ser una idea extravagante.

—Extravagante o no, mi viejo Sébastien, seguro estoy de que la aprobarás.

—Veamos la idea de Pinchinat —dice Frascolin.

—La de ir a dar un concierto a Sus Majestades, un concierto para ellos solos, en su salón, y tocar allí los más hermosos fragmentos de nuestro repertorio.

—¡Eh...! —dice Sébastien Zorn—. ¿Sabes que no es una mala idea...?

—¡Diablo...! Llena de ideas de ese género tengo la cabeza, y cuando la sacudo...

—¡Suena como un cascabel! —responde Yvernés.

—Querido Pinchinat —dice Frascolin—, contentémonos por hoy con tu proposición. Estoy seguro de que causaremos un gran placer a estos excelentes reyes.

—Mañana les escribiremos solicitando una audiencia —dice Sébastien Zorn.

—¡Mejor que eso! —responde Pinchinat—. Esta misma noche nos presentamos en la mansión real con nuestros instrumentos, como una compañía de músicos que van a dar una alborada...

—Una serenata, querrás decir —replica Yvernés—, puesto que

será por la noche...

—Sea así, primer violín, severo, pero justo... No discutamos por palabras. ¿Está decidido...?

—Está decidido.

Es verdaderamente una magnífica idea. Sin duda alguna el rey *dilettante* agradecerá mucho la atención de los artistas franceses y quedará muy satisfecho de oírles.

Así pues, a la caída de la tarde el *Cuarteto concertante*, cargado con los tres estuches de violines y la caja del violonchelo, abandona el casino y se dirige hacia la Avenida Trigesimonovena, situada a la extremidad de la sección de Tribord.

Es una casa sencilla, precedida de un patiecillo con verde césped. A un lado los anexos, a otro las cuadras, que no se utilizan. La casa no se compone más que de un cuarto bajo, al que se llega por una escalera, y un piso, coronado por un ventanal de entresuelo y un techo abuhardillado. A derecha e izquierda, dos magníficos lotos dan sombra al doble sendero, por el que se llega al jardín. Bajo los macizos de este jardín, que no mide más de doscientos metros superficiales, se extiende una alfombra de césped. No hay que pensar en comparar esta casa con los hoteles de los Coverley, de los Tankerdon y otros notables de Milliard City. Es el retiro de un sabio, que vive lejos del mundo, de un filósofo. Abdolonyme estaría allí contento al descender del trono de los reyes de Sidón.

El rey de Malecarlia tiene por único chambelán a su ayuda de cámara, y la reina por toda dama de honor a su doncella. Añádase una cocinera americana, y se tendrá completo el personal que está al servicio de aquellos soberanos caídos, que trataron en otra época como iguales a los emperadores del antiguo continente.

Frascolin pulsa el botón de un timbre eléctrico. El ayuda de cámara abre la puerta de la verja.

Frascolin hace conocer el deseo que sus compañeros y él, artistas franceses, tienen de presentar sus respetos a Su Majestad, y solicitan el favor de ser recibidos.

El criado les suplica que entren, y se detienen ante la escalera. Casi en seguida el ayuda de cámara vuelve a informarles de que el rey les recibirá con placer. Se les introduce en el vestíbulo, donde depositan sus instrumentos, después en el salón, donde Sus Majestades entran en el mismo instante.

Éste fue todo el ceremonial de aquella recepción.

Los artistas se han inclinado llenos de respeto ante el rey y la reina. Esta última, sencillamente vestida con un traje sobrio, no se toca más que con su abundante cabellera, cuyos bucles grises dan un encanto extremo a su rostro pálido y a su mirada ligeramente velada. Toma asiento en un sillón colocado cerca de la ventana que se abre sobre el jardín, más allá del cual se dibujan los macizos del parque.

El rey, en pie, responde al saludo de sus visitantes, y les invita a que le manifiesten el motivo que les ha conducido a aquella casa, perdida en un barrio extremo de Milliard City.

Los cuatro se sienten conmovidos mirando a aquel soberano, en cuyo rostro se pinta una inexplicable dignidad. Su mirada es viva bajo sus cejas casi negras, la mirada profunda del sabio. Su barba, blanca y sedosa, cae sobre su pecho. Su fisonomía, cuya seriedad atempera una encantadora sonrisa, le hace simpático a las personas que se le acercan.

Frascolin toma la palabra, y no sin un ligero temblor en la voz dice:

—Agradecemos a Vuestra Majestad el haberse dignado recibir a unos artistas que deseaban ofrecer a Vuestra Majestad sus respetuosos homenajes.

—La reina y yo se lo agradecemos a ustedes —responde el rey— y estamos conmovidos por el paso que dan. En esta isla, donde pensamos terminar una existencia tan tormentosa, parece como que han traído ustedes un poco del hermoso ambiente de Francia. Ustedes, señores, no son desconocidos de un hombre que, al mismo tiempo que se ocupa de la ciencia, ama con pasión la música, ese arte en el que tanto renombre han adquirido ustedes. Conocemos el buen éxito que han obtenido ustedes en Europa, en América. En los aplausos con que Standard Island ha acogido al *Cuarteto concertante* hemos tomado parte desde un poco lejos, es cierto. También hemos tenido el disgusto de no haber podido oír a ustedes como conviene oírles.

El rey indica los asientos a sus huéspedes, después se coloca ante la chimenea, sobre el mármol de la cual se ve un magnífico busto de la reina, joven todavía, hecho por Franqueti.

Para entrar en materia, Frascolin no tiene más que responder a

la última frase pronunciada por el rey.

—Vuestra Majestad tiene razón, y el disgusto que expresa no está justificado en lo que concierne al género de música del que somos intérpretes. La música de cámara, esos cuartetos de los maestros de la música clásica, piden más intimidad que la que resulta de un numeroso público. Hace falta algo del recogimiento de un santuario...

—Sí, señores —dice la reina—. Esa música debe ser escuchada como se escucharían algunas páginas de una armonía celeste, y lo que más le conviene es un santuario...



—Que el rey y la reina —dijo entonces Yvernés— nos permitirán, pues, transformar este salón en santuario por una hora, y de hacemos oír de Sus Majestades solas...

Antes de que Yvernés hubiera acabado estas palabras, la fisonomía de los soberanos se ha animado.

—Caballeros —responde el rey— ¿ustedes quieren..., ustedes han tenido esta idea...?

—Es el objeto de nuestra visita.

—¡Ah! —dice el rey, tendiéndoles la mano— reconozco en este rasgo a los músicos franceses, en los que el corazón iguala ni talento... Les doy a ustedes las gracias en nombre de la reina y en el mío. ¡Nada... nada podía causarnos más placer que esto!

Y mientras el ayuda de cámara recibe la orden de llevar los instrumentos y de disponer el salón para el improvisado concierto, el rey y la reina invitan a sus huéspedes a que les sigan al jardín. Allí hablan de música como podrían hacerlo artistas en la más completa intimidad.

El rey se abandona a su entusiasmo por aquel arte como hombre que siente todo su encanto y comprende toda su belleza. Da muestras, hasta el punto de asombrar a sus oyentes, de lo bien que conoce a aquellos maestros que oír dentro de algunos instantes. Celebra el genio, a la vez inocente e ingenioso, de Haydn... Recuerda lo que un crítico ha dicho de Mendelssohn, ese compositor fuera de línea en la música de cámara, que expresa sus ideas en la lengua de Beethoven... Weber ¡qué exquisita sensibilidad, qué talento caballeresco, que hacen de él un maestro originalísimo! ¡Beethoven, el príncipe de la música instrumental...! En sus sinfonías se revela su alma... Las obras de su genio no ceden ni en grandeza ni en valor a las obras maestras de la poesía, de la pintura, de la escultura y de la arquitectura. ¡Astro sublime que se ha extinguido en la *Sinfonía con corazón*, en la que la voz de los instrumentos se funde tan íntimamente con las voces humanas!

—Y sin embargo ¡jamás pudo bailar con compás!

Se comprenderá que esta observación, de las más inoportunas, procede del señor Pinchinat.

—Sí —responde el rey, sonriendo—, lo cual prueba que el oído no es órgano indispensable para el músico. ¡El corazón es lo indispensable! ¿No lo prueba Beethoven en esa incomparable

sinfonía, de la que hablaba a ustedes, compuesta cuando su sordera no le permitía percibir los sonidos?

Después de hablar de Haydn, Weber, Mendelssohn, Beethoven, Su Majestad habla de Mozart, con avasalladora elocuencia.

—¡Ah! Señores —dice—, dejen ustedes que mi entusiasmo se desborde. Mucho tiempo hace que no puedo hablar de este modo. ¿No son ustedes los primeros artistas de los que puedo ser comprendido desde mi llegada a Standard Island? ¡Mozart! ¡Mozart! Uno de vuestros compositores dramáticos, el más grande, en mi opinión, de fines del siglo XIX, le ha dedicado admirables páginas. ¡Las he leído, y nada las borrará de mi recuerdo! Él ha dicho que Mozart da a cada palabra un sentido especial de entonación sin turbar la medida y el carácter de la frase musical... Él ha dicho que a la verdad patética une la perfección de la belleza plástica... ¿No es Mozart el único que ha adornado, con una seguridad constante y completa, la forma musical de todos los sentimientos, de todos sus matices de pasión y de carácter, es decir, todo lo que forma el drama humano...? Mozart no es un rey. ¿Qué es un rey ahora? —añade Su Majestad meneando la cabeza—. Es un dios, puesto que se tolera que Dios exista aún. ¡Es el dios de la música!

Inexplicable es el ardor con que Su Majestad expresa su entusiasmo. Y cuando la reina y él entran en el salón, seguidos por los artistas, toma un libreto colocado sobre la mesa. Este libreto, leído y releído por él, lleva este título: *Don Juan, de Mozart*. Lo abre, y lee estas líneas escritas por el maestro que mejor ha penetrado el alma de Mozart, el ilustre Gounod.

«¡Oh Mozart, ilustre Mozart! ¡Es preciso comprenderte para adorarte! ¡Tú, la verdad constante! ¡Tú, la belleza perfecta! ¡Tú, el poderoso encanto! ¡Tú, siempre profundo y limpio! ¡Tú, la humanidad completa y la sencillez del niño! ¡Tú, que lo has recitado todo y explicado todo en una frase musical, que no se ha sobrepujado nunca, ni se sobrepujará jamás!».

Entonces, Sébastien Zorn y sus camaradas toman sus instrumentos, y a la luz de la lámpara eléctrica, que derrama una suave luz sobre el salón, tocan el primero de los fragmentos que han elegido para aquel concierto.

Es el *Segundo Cuarteto en la menor*, op. 13, de Mendelssohn, con el que el real auditorio siente un placer infinito.

A este cuarteto sigue el *Tercer Cuarteto en do mayor*, op. 75, de Haydn, es decir, el himno austríaco, ejecutado con una incomparable maestría. Nunca los ejecutantes han estado más cerca de la perfección que en la intimidad de aquel santuario, en el que nuestros artistas no tienen por oyentes más que dos soberanos caídos.



Concluido el himno, tocan el *Sexto Cuarteto en si bemol*, op. 18, de Beethoven, aquella *Malinconia* de un carácter tan triste, de un poder tan penetrante, que los ojos de Sus Majestades se llenan de lágrimas.

Viene después la admirable *Fuga en do menor* de Mozart. Tan perfecta, tan desprovista de todo carácter de escuela, tan natural, que parece correr como limpia agua, o pasar como la brisa entre el ligero follaje. En fin, con uno de los más admirables cuartetos del divino compositor, el *Segundo Cuarteto en re mayor*, op. 35, termina aquella inolvidable velada, no disfrutada nunca por los nababs de Milliard City.

Los franceses no se cansan de ejecutar aquellas obras admirables, ni los reyes tampoco de oírles. Pero son las once y Su Majestad les dice:

—Mucho les agradecemos a ustedes el placer que nos han proporcionado. Gracias a lo perfecto de su ejecución acabamos de experimentar un goce que nunca olvidaremos... ¡Nos han hecho ustedes tanto bien...!

—Si el rey lo desea —dice Yvernés—, podríamos aún...

—Gracias, una vez más, señores, gracias. No queremos abusar de su complacencia... Es tarde..., y además, esta noche estoy de servicio...

Esta expresión en boca del rey lleva a los artistas al sentimiento de la realidad. Ante el soberano que habla así, siéntense confusos, y bajan los ojos...

—Sí, señores —añade el rey—. ¿No soy el astrónomo del observatorio de Standard Island, y —añade, no sin alguna emoción— el inspector de las estrellas... de las estrellas fugaces...?

CAPÍTULO IV

ULTIMÁTUM BRITÁNICO



Durante aquella última semana del año, consagrada a las alegrías de la Pascua, se envían numerosas invitaciones para comidas, saraos y recepciones oficiales. Un banquete ofrecido por el gobernador a los principales personajes de Milliard City, y aceptado por los notables de Babord y Tribord, atestigua cierta fusión entre las dos secciones de la ciudad. Los Tankerdon y los Coverley se sientan a la misma mesa. El primer día del año habrá cambio de tarjetas entre el hotel de la Decimonovena Avenida y el de la Decimoquinta. Por vez primera, Walter Tankerdon recibe una invitación para uno de los conciertos de mistress Coverley. La acogida que le reserva la dueña de la casa parece ser de buen agüero. Pero de aquí a formar lazos más estrechos, hay gran distancia aún, por más que Calixtus Munbar no cesa de repetir:

—¡Esto está hecho, amigos míos, esto está hecho!

Entre tanto la Isla de Hélice continúa su apacible navegación, dirigiéndose hacia el archipiélago de Tongatapu. Parece que nada había de turbarla, cuando en la noche del 30 al 31 de diciembre se manifiesta un inesperado fenómeno meteorológico.

Entre las dos y las tres de la madrugada se dejan oír lejanas detonaciones. Los vigías no se preocupan gran cosa de ello. No se puede suponer que allí se libre un combate naval, a menos que sea

entre navíos de esas repúblicas de América meridional que están frecuentemente en riña. Después de todo ¿por qué se había de inquietar por esto Standard Island, isla independiente y en paz con las naciones poderosas de ambos mundos?

Aquellas detonaciones que vienen de los parajes occidentales del Pacífico se prolongan hasta la mañana siguiente, y ciertamente no pueden ser confundidas con el ruido fuerte y regular de una artillería lejana.

El comodoro Simcoe, avisado por uno de sus oficiales, va a inspeccionar el horizonte desde lo alto de la torre del observatorio. Ninguna luz brilla en el largo espacio de mar que se extiende ante sus ojos. Sin embargo, el cielo no presenta su aspecto habitual. Reflejos de llamas lo colorean hasta el cénit. La atmósfera parece brumosa, por más que el tiempo sea hermoso y el barómetro no indique, por una baja repentina, ninguna perturbación de las corrientes del espacio.

Al rayar el día, los madrugadores de Milliard City experimentan una extraña sorpresa. No solamente no cesan las detonaciones, sino que el aire se mezcla con una bruma roja y negra, especie de impalpable polvo que comienza a caer en forma de lluvia. Parece un chaparrón de moléculas fuliginosas. En algunos instantes, las calles de la ciudad y los tejados de las casas están cubiertos de una sustancia donde se combinan los colores del carmín, de la rubia, del nácar, del púrpura, con escorias negruzcas.

Todos los habitantes están fuera, excepción hecha de Athanase Dorémus, que no se levanta nunca antes de las once, después de haberse acostado la víspera a las ocho. No hay que decir que el cuarteto se ha lanzado fuera del lecho y ha ido al observatorio, donde el comodoro, sus oficiales, sus astrónomos, sin olvidar al nuevo funcionario real, procuran inquirir la causa del fenómeno.

—Es de lamentar —dice Pinchinat— que esta materia roja no sea líquido y que este líquido no sea una lluvia de Pommard o de Château-Lafitte.

—¡Borrachín! —responde Sébastien Zorn.

¿Cuál es la causa del fenómeno? Hay numerosos ejemplos de estas lluvias de polvo rojo compuestas de silicio, de albúmina, de óxido de cromo y óxido de hierro. A principios de siglo la Calabria y los Abruzos fueron inundados de esos chaparrones, en los que los

supersticiosos habitantes creían ver gotas de sangre, cuando sólo era, como en Blencenbergh, en 1819, cloruro de cobalto. Hay igualmente transportes de esas moléculas de hollín o de carbón arrastradas de incendios lejanos. ¿No se ha visto caer lluvias de hollín en Pernambuco, en 1820, lluvias amarillas en Orleans, en 1829, y en los Bajos Pirineos en 1836, lluvias de polen arrancado a los abetos en flor?

¿Qué origen atribuir a aquella caída de polvo mezclado de escorias, del que el espacio parece cargado, y que proyecta sobre Standard Island y sobre el mar que la rodea esas gruesas masas rojizas?

El rey de Malecarlia emite la opinión de que estas materias deben provenir de algún volcán de las islas del oeste. Los compañeros del observatorio se unen a esta opinión. Recógense algunos puñados de estas escorias, cuya temperatura es superior a la del aire y que no se han enfriado por su paso a través de la atmósfera. Una erupción de gran violencia explicaría las detonaciones irregulares que aún se oyen. Además, estos parajes están sembrados de cráteres, los unos en actividad, extinguidos los otros, pero susceptibles de volver a encenderse bajo una acción infratélúrica, sin hablar de aquellos a los que un impulso geológico levanta alguna vez del océano, y cuyo poder de proyección es frecuentemente extraordinario.

Y precisamente, en medio del archipiélago de las Tonga, por el que va Standard Island, ¿no es donde algunos años antes el pico de Tufua ha cubierto una superficie de cien kilómetros, con sus materias eruptivas? ¿Acaso durante largas horas, las detonaciones del volcán no se propagaron hasta doscientos kilómetros de distancia?

Y en el mes de agosto de 1883, las erupciones del Krakatoa ¿no devastaron la parte de las islas de Java y de Sumatra, vecinas del estrecho de la Sonda, destruyendo ciudades enteras, causando numerosas víctimas, provocando temblores de tierra, levantando las aguas en remolinos formidables, infestando la atmósfera de vapores sulfurosos, y causando la pérdida de muchos navíos...?

El caso es, verdaderamente, para preguntarse si la Isla de Hélice no está amenazada por un peligro de este género...

El comodoro Simcoe no deja de estar bastante inquieto, pues la

navegación parece hacerse más difícil. Después que dio la orden de moderar la velocidad, Standard Island camina con lentitud extrema.

Cierto pavor se apodera de la población de Milliard City. ¿Es que los enfadosos pronósticos de Sébastien Zorn, respecto al resultado de la campaña, van a realizarse...?

Hacia el mediodía, la oscuridad es profunda. Los habitantes han abandonado sus casas, que no resistirían, si las fuerzas plutónicas levantasen la concha metálica. Peligro no menor que temer en caso de que el mar pasara por encima de la armadura del litoral y precipitara sus trombas de agua sobre el campo.

El gobernador Cyrus Bikerstaff y el comodoro Simcoe vuelven a la batería del espolón, seguidos de una parte de la población. Envíanse oficiales a los dos puertos con orden de permanecer en ellos. Los maquinistas están dispuestos a hacer evolucionar a la Isla de Hélice, si fuera preciso huir en dirección contraria. Lo peor es que la navegación se hace cada vez más penosa, a medida que el cielo se cubre de espesas tinieblas.

A las tres de la tarde no se ve nada a diez pasos de distancia. No hay rastro de luz difusa; de tal modo la masa de cenizas absorbe los rayos solares. Lo que sobre todo hay que temer es que Standard Island, sobrecargada por el peso de las escorias caídas en su superficie, no consiga conservar su línea de flotación sobre el nivel del océano.

La isla no es un navío que se pueda aligerar arrojando las mercancías al mar, y desembarazándola de su lastre. ¡Qué hacer sino esperar confiando en la solidez del aparato!

Llega la tarde, la noche más bien, y no sé puede hacerlo constar más que por la hora que marcan los relojes. La oscuridad es completa. Bajo la lluvia de escorias es imposible mantener en el aire las lámparas eléctricas, que se han colocado en el suelo. Es obvio que el alumbrado de las habitaciones y de las calles, que ha funcionado todo el día, continuará el tiempo que dure el fenómeno.

Llegada la noche, la situación no se modifica. Parece, sin embargo, que las detonaciones son menos frecuentes, y menos violentas también. Los furores de la erupción tienden a disminuir, y la lluvia de cenizas, arrastrada hacia el sur por una brisa bastante fuerte, comienza a apaciguarse.

Los habitantes, algo más tranquilos, decídense a volver a sus

casas, con la esperanza de que al día siguiente Standard Island se encontrará en condiciones normales. No habrá más que proceder a una completa y larga limpieza de la isla.

¡No importa! ¡Qué primer día del año más triste para la *Joya del Pacífico*, y qué poco ha faltado para que Milliard City haya corrido la suerte de Pompeya o Herculano! Aunque ella no esté situada al pie del Vesubio ¿su navegación no la expone a encontrar numerosos volcanes de los que están erizadas las regiones submarinas del Pacífico?



Entre tanto, el gobernador, sus auxiliares y el consejo de notables permanecen en el Ayuntamiento. Los vigías de la torre espían todo cambio que se produzca en el horizonte o en el cénit. A fin de conservar su dirección hacia el suroeste, la Isla de Hélice no ha cesado de caminar, pero con una velocidad de dos o tres millas por hora solamente. Cuando vuelva el día —o por lo menos desde que se disipen las tinieblas— pondrá el cabo hacia el archipiélago de las Tonga. Sin duda, allí se sabrá cuál de las islas de aquella porción del océano ha sido el teatro de tal erupción.

En todo caso, es evidente que con la noche que avanza el fenómeno tiende a aminorarse.

Hacia las tres de la mañana, otro incidente provoca un nuevo espanto entre los habitantes de Milliard City.

Standard Island acaba de recibir un choque que ha repercutido a través de los compartimientos de su cubierta metálica. Ciertamente que la sacudida no ha sido lo bastante fuerte para provocar el derrumbamiento de las casas, ni la rotura de las máquinas. Las hélices no han detenido su movimiento. Sin embargo, no hay duda: ha habido un choque en la proa.

¿Qué ha pasado...? ¿Ha chocado Standard Island contra algún alto fondo...? No, porque continúa andando. ¿Ha tropezado en algún escollo...? ¿En medio de aquella profunda oscuridad se ha producido un abordaje con algún navío cuyo camino cruzaba por no haber podido ver sus luces...? ¿Han resultado graves averías de este choque, si no de naturaleza para comprometer su seguridad, al menos para necesitar importantes reparaciones en la escala próxima...?

Cyrus Bikerstaff y el comodoro Simcoe se dirigen, no sin trabajo, por entre aquella espesa sabana de escorias y cenizas, a la batería del espolón.

Allí, los aduaneros les dicen que, efectivamente, ha habido un choque. Un navío de gran tonelaje, un vapor que caminaba de oeste a este, ha recibido un choque con el espolón de Standard Island. Que el choque no haya producido desperfectos en la Isla de Hélice ¿quiere decir que tampoco los haya causado en el vapor? No se ha entrevisto su masa más que en el momento del abordaje... Se han oído gritos, pero sólo por un instante... El jefe del puerto y su gente, que han acudido al extremo de la batería, no han visto ni

oído nada más... ¿Se ha hundido el barco...? Por desgracia esta hipótesis es admisible.

En lo que se refiere a Standard Island se hace constar que el choque no le ha ocasionado ningún desperfecto serio. Su masa es tal que bastaría, aun caminando a poca velocidad, chocar con un barco, aunque éste fuera muy poderoso, un acorazado de primer rango, por ejemplo, para que éste se viera amenazado de perder cuerpo y bienes. Esto es lo que, sin duda, ha sucedido.

Respecto a la nacionalidad de este navío, el jefe del puerto cree haber oído dar órdenes con voz ruda, uno de esos rugidos propios de los comandantes de la marina inglesa... No podría, sin embargo, afirmarlo de una manera formal.

Caso muy grave, y que puede traer consecuencias no menos graves. ¿Qué dirá el Reino Unido? Un barco inglés es un pedazo de Inglaterra, y ya se sabe que Gran Bretaña no se deja amputar impunemente miembro alguno. ¿Qué reclamaciones y responsabilidades no debe esperar Standard Island...?

De este modo empieza el año nuevo. Aquel día, hasta las diez de la mañana, el comodoro Simcoe no se encuentra en condiciones de emprender las búsquedas en el mar. El espacio está aún lleno de vapores, aunque el viento que refresca comienza a disipar la lluvia de cenizas y al fin el sol agujerea las brumas del horizonte.

¡En qué estado se encuentran Milliard City, el parque, el campo, las fábricas, los puertos! ¡Qué trabajo de limpieza! Pero, en fin, esto es cuestión de tiempo y de dinero, y ni uno ni otro faltan.

En primer lugar, los ingenieros van a la batería del espolón sobre la costa del litoral donde se ha producido el abordaje. Percances insignificantes. La sólida cubierta de acero no ha sufrido más que en el rincón que se hunde en el pedazo de madera.

A lo lejos, ni restos de un naufragio.

Desde lo alto de la torre del observatorio los anteojos más poderosos no dejan ver nada, aunque desde el choque Standard Island no haya andado más que dos millas.

Conviene prolongar las investigaciones en nombre de la humanidad.

El gobernador conferencia con el comodoro Simcoe. Se ordena a los maquinistas parar las máquinas, y a las embarcaciones eléctricas de los dos puertos lanzarse al mar.

Las investigaciones que se extienden en un radio de cinco a seis millas no dan ningún resultado... Seguramente que el barco, destrozado en su obra viva, ha debido hundirse sin dejar rastro de su desaparición.

El comodoro Simcoe ordena entonces que se vuelva a tomar la velocidad reglamentaria. Al mediodía la observación indica que Standard Island se encuentra a ciento cincuenta millas al suroeste de las Samoa.

Entre tanto los vigías están encargados de vigilar con un cuidado extremo.

Hacia las cinco de la tarde señálame espesas humaredas que se extienden al sureste. ¿Son debidas a las últimas bocanadas del volcán, cuya erupción ha turbado tan profundamente aquellos parajes? No es de presumir, porque los mapas no indican ni isla ni islote próximos. ¿Ha brotado un nuevo cráter del fondo del océano...?

No. Es manifiesto que las humaredas se aproximan a Standard Island.

Una hora más tarde, tres barcos que van en línea se acercan rápidamente forzando las máquinas.

Media hora después se ve que son navíos de guerra. De allí a una hora no puede haber duda alguna respecto a su nacionalidad. Es la división de la escuadra británica que, cinco semanas antes, ha rehusado saludar los colores de Standard Island.

Al caer la noche estos navíos no están más que a cuatro millas de la batería del espolón. ¿Van a pasar y a seguir su camino? No es lo probable, y levantando sus luces de posición, se ve que quedan quietos.

—Esos barcos tienen, sin duda, la intención de ponerse al habla con nosotros —dice el comodoro Simcoe al gobernador.

—Esperemos —responde Cyrus Bikerstaff.

Pero ¿en qué forma responderá el gobernador al jefe de la división si éste viene a reclamar a propósito del reciente abordaje? Posible es, en efecto, que tal sea su intento, y que tal vez la tripulación del navío abordado haya sido recogida por ellos salvándose en sus chalupas... En fin, tiempo habrá de tomar una resolución cuando se sepa de qué se trata.

Se sabe al día siguiente a primera hora.

Al amanecer el pabellón del contraalmirante flota en el palo mayor del crucero que va al frente, y que se mantiene a dos millas de Babord Harbour. Una embarcación se dirige al puerto, y un cuarto de hora después el comodoro Simcoe recibe este parte:

«El capitán Turner del crucero *Herald*, jefe del estado mayor del almirante sir Edward Collinson, solicita ser conducido inmediatamente a presencia del gobernador de Standard Island».

Prevenido, Cyrus Bikerstaff autoriza al oficial del puerto para que permita que se efectúe el desembarco, y responde que espera al capitán Turner en el Ayuntamiento.

Diez minutos después, un coche puesto a disposición del jefe del estado mayor, a quien acompaña un teniente de navío, deja a estos dos personajes ante el lugar indicado.

Inmediatamente son recibidos por el gobernador en el salón contiguo a su despacho. Cámbianse, aunque fríamente, los saludos de ordenanza. Después, pausadamente, puntualizando sus palabras como si recitase un trozo de literatura corriente, el capitán Turner se expresa de este modo:

«Tengo el honor de poner en conocimiento de Su Excelencia el gobernador de Standard Island, en este momento, a 177° 13' al este del meridiano de Greenwich, y a 16° y 54' de latitud sur, que en la noche del 31 de diciembre al 1 de enero, el vapor *Glen*, del puerto de Glasgow, de tres mil quinientas toneladas, cargado de trigo, de arroz, de vinos, cargamento de considerable valor, ha sido abordado por Standard Island, perteneciente a *Standard Island Company Limited*, con domicilio social en Bahía Magdalena, Baja California, Estados Unidos de América, por más que este vapor tuviese sus luces reglamentarias, luz blanca en el palo de mesana, luces de posición verde a estribor y roja a babor, y que después del choque ha sido encontrado al día siguiente a treinta y cinco millas del teatro de la catástrofe, habiéndose ido a pique, después de haberse podido, afortunadamente, poner a su capitán, oficiales y tripulación a bordo del *Herald*, crucero de primera clase de Su Majestad británica que navega bajo la bandera del contraalmirante Edward Collinson, el cual denuncia el hecho a Su Excelencia el gobernador Cyrus Bikerstaff, pidiéndole reconozca la responsabilidad en que ha incurrido *Standard Island Company Limited*, bajo la garantía de los habitantes de la dicha Standard Island, respecto a los armadores del

dicho *Glen*, cuyo valor, en casco, máquinas y cargamento, se eleva a la suma de un millón doscientas mil libras esterlinas^[4], o sea seis millones de dólares, cuya suma deberá ser entregada a dicho almirante sir Edward Collinson, a falta de lo cual se procederá hasta por la fuerza contra dicha Standard Island».

¡Sólo una frase en trescientas siete palabras, cortadas de comas, sin un solo punto! ¡Pero como lo dice todo, y como no deja lugar a ninguna escapatoria! Sí o no. ¿Resuelve el gobernador admitir la reclamación hecha por sir Edward Collinson y acepta lo que pide: 1.º la responsabilidad garantida por la compañía; 2.º el valor estimado en un millón doscientas mil libras, atribuido al vapor *Glen* de Glasgow?

Cyrus Bikerstaff responde con los argumentos acostumbrados en materia de colisiones:

«El tiempo estaba muy oscuro por efecto de una erupción volcánica que debió producirse en los parajes del oeste. Si el *Glen* tenía sus luces, Standard Island llevaba las suyas. De una y otra parte era imposible verlos. Nos encontramos, pues, con un caso de fuerza mayor. Así pues, según los reglamentos marítimos, las averías son a cuenta de cada uno de los buques, y no puede haber materia de reclamación ni responsabilidad».

Respuesta del capitán Turner:

«Su excelencia el gobernador tendría, sin duda, razón en el caso en que se tratara de dos barcos navegando en condiciones ordinarias. Si el *Glen* reunía estas condiciones, es evidente que Standard Island no las cumplía, pues no puede ser comparada a un navío, y constituye un peligro permanente, moviendo su enorme masa a través de las rutas marítimas que la asemeja a una isla, a un islote, a un escollo que se moviese sin que su yacimiento pueda ser indicado de un modo definitivo en los mapas, que Inglaterra ha protestado siempre contra ese obstáculo imposible de fijar, y que Standard Island debe siempre ser responsable de los accidentes que provengan de su naturaleza, etc.».

Es evidente que los argumentos del capitán Turner no están faltos de cierta lógica. En el fondo, Cyrus Bikerstaff conoce la justicia de ello. Mas no puede tomar una resolución por sí mismo. La causa será llevada ante quien de derecho pueda resolverla; él no puede más que dar al almirante sir Edward Collinson testimonio de

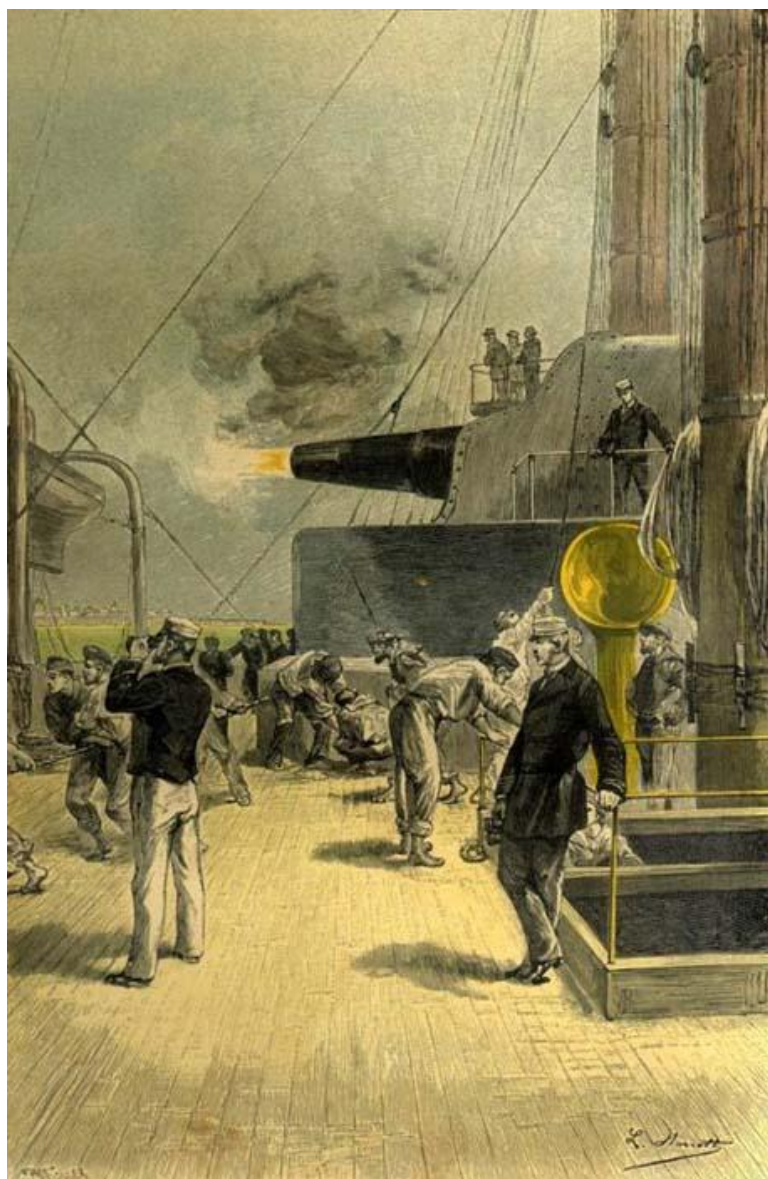
su reclamación. Felizmente, no ha habido desgracias personales...

—Felizmente —responde el capitán Turner—, pero ha habido pérdida de un navío. —¿El gobernador consiente en entregar al almirante sir Edward Collinson la suma que representa el valor atribuido al *Glen* y su cargamento?

¿Cómo ha de consentir el gobernador? Después de todo, Standard Island ofrece garantías suficientes. Está allí para responder de las pérdidas ocasionadas, si los tribunales juzgan que ha incurrido en responsabilidad, después de una información, tanto sobre las causas del accidente como sobre la importancia de la pérdida ocasionada.

—¿Es la última palabra de Vuestra Excelencia...? —preguntó el capitán Turner.

—Es mi última palabra —responde Cyrus Bikerstaff—, pues no tengo atribuciones para aceptar la responsabilidad de la Compañía.



Nuevos saludos, más fríos aún, se cambian entre el gobernador y el capitán inglés. Sube éste en el coche que le conduce a Babord Harbour y regresa al *Herald* en la chalupa de vapor.

Cuando la respuesta de Cyrus Bikerstaff es conocida por el consejo de notables, recibe su aprobación plena y entera y, después del consejo, de toda la población de Standard Island. No es posible someterse a la insolente e imperiosa reclamación de los representantes de Su Majestad Británica.

Entonces el comodoro Simcoe da las órdenes necesarias para que la Isla de Hélice vuelva a tomar su camino a toda velocidad.

Pero si la división del almirante Collinson se empeña ¿será posible escapar a su persecución? ¿No tienen sus barcos una marcha superior? Y si apoya su reclamación en algunos obuses de melinita ¿será posible resistir? Sin duda que las baterías de la isla son capaces de responder a los Armstrongs de que van armados los cruceros de la división, pero el campo ofrecido al tiro inglés es infinitamente más vasto... ¿Qué será de las mujeres y de los niños en la imposibilidad de encontrar un abrigo...? Aprovecharán todos los golpes, mientras que las baterías del espolón y de popa perderán, por lo menos, un cincuenta por ciento de sus proyectiles sobre un objeto pequeño y movable...

Es preciso, pues, esperar lo que va a decidir el almirante sir Edward Collinson.

No se espera mucho tiempo.

A las nueve y cuarenta y cinco un primer cañonazo parte de la torre central del *Herald*; al mismo tiempo el pabellón del Reino Unido sube a la punta del mástil.

Bajo la presidencia del gobernador y de sus ayudantes, el consejo de notables discute en el salón de sesiones del Ayuntamiento. Esta vez, Jem Tankerdon y Nat Coverley son de la misma opinión. Estos americanos, como gentes prácticas, no piensan en intentar una resistencia que podría traer la pérdida de gente y bienes de Standard Island.

Suena un segundo cañonazo. Esta vez un obús pasa silbando, dirigido de manera que cae a medio cable en el mar, donde estalla con formidable violencia, levantando enormes masas de agua.

Por orden del gobernador, el comodoro Simcoe hace bajar el pabellón que ha sido izado en respuesta al del *Herald*. El capitán

Turner vuelve a Babord Harbour. Allí recibe los valores, firmados por Cyrus Bikerstaff, y endosados por los principales notables, por una suma de un millón doscientas mil libras.



Tres horas más tarde, las últimas humaredas de la división desaparecen al este, y Standard Island continúa su camino hacia el archipiélago de las Tonga.

CAPÍTULO V

EL TABÚ EN TONGATAPU



entonces —dijo Yvernés— ¿haremos escala en las principales islas de Tongatapu?

—Sí —responde Calixtus Munbar—. Tendrá usted ocasión de conocer este archipiélago que tiene usted el derecho de llamar el archipiélago de Hapai, y hasta el archipiélago de los Amigos, como le ha llamado el capitán Cook en reconocimiento a la buena acogida que había recibido allí.

—¿Y seremos allí, sin duda, mejor tratados que en las Islas de Cook...? —preguntó Pinchinat.

—Es probable.

—Pero ¿visitaremos todas las islas de este grupo...? —preguntó Frascolin.

—No, seguramente, puesto que no se cuentan menos de ciento cincuenta...

—¿Y después...? —dice Yvernés.

—Después iremos a las Fidji, después a las Nuevas Hébridas y después, cuando hayamos repatriado a los malayos, volveremos a Bahía Magdalena, donde se terminará nuestra campaña.

—¿Y Standard Island hará escala en varios puntos de las Tonga? —pregunta nuevamente Frascolin.

—En Vava'u y en Tongatapu únicamente —responde el

superintendente— y no es todavía en estos sitios donde encontrará usted los verdaderos salvajes de sus sueños, mi querido Pinchinat.

—¡Decididamente no los hay ni en el oeste del Pacífico! — replica *Su Alteza*.

—Perdone usted. Existe un número respetable en las Nuevas Hébridas y en las Salomón. Pero en Tonga, los súbditos del rey Jorge I son casi civilizados, y añadido que sus súbditas son encantadoras. Sin embargo, yo no les aconsejaría a ustedes que se casasen con una de esas tonganas.

—¿Por qué razón...?

—Porque los matrimonios entre extranjeros e indígenas no suelen gozar de gran dicha. Generalmente hay incompatibilidad de caracteres.

—¡Bien! —exclama Pinchinat—. ¡Y este musiquillo de Zorn que esperaba casarse en Tongatapu!

—¡Yo! —responde el violonchelista encogiéndose de hombros—. Ni en Tongatapu, ni en otra parte ¿entiendes?

—Decididamente, nuestro director de orquesta es un sabio — responde Pinchinat—. Mire usted, mi querido Calixtus, y hasta permítame usted que le llame Eucalixtus, tanta simpatía me inspira usted...

—Se lo permito a usted, Pinchinat.

—Pues bien, mi querido Eucalixtus, no se han rascado durante cuarenta años las cuerdas del violonchelo sin llegar a ser filósofo, y la filosofía enseña que el único medio de ser feliz en el matrimonio es no ser casado.

En la mañana del 6 de enero aparecen en el horizonte las alturas de Vava'u, la más importante del grupo septentrional. Este grupo es muy diferente, por su formación volcánica, de los otros dos de Ha'apai y de Tongatapu. Los tres están comprendidos entre los 17° y 22° sur y 176° y 178° oeste, un área de dos mil seiscientos kilómetros cuadrados, sobre la que se reparten ciento cuarenta islas pobladas por sesenta mil habitantes.

Por allí se pasearon los navíos de Tasman en 1643 y los navíos de Cook en 1773, durante su segundo viaje de descubrimientos a través del Pacífico. Después de la caída de la dinastía de los Finare-Finare y de la fundación de un Estado federativo en 1797, una guerra civil diezmó la población del archipiélago. En esta época

desembarcaron los misioneros metodistas, que hicieron triunfar esta ambiciosa secta de la religión anglicana. Actualmente, el rey Jorge I es el soberano de este reino, bajo un protectorado de Inglaterra, en espera de que... (Estos puntos suspensivos indican el porvenir que la protección británica reserva a menudo a sus protegidos de allende el mar).

La navegación es bastante difícil en medio de este dédalo de islotes y de islas plantados de cocoteros, y que es necesario seguir para tocar en Neiafu, la capital del grupo de las Vava'u.

Vava'u es volcánica y, como tal, expuesta a los temblores de tierra; el temor de éstos ha preocupado al hacer las casas, cuya construcción no lleva un solo clavo. Juncos entrelazados forman los muros, y sobre pilares o troncos de árboles descansa un tejado oval. El conjunto es muy fresco y limpio, y atrae la atención de nuestros artistas, colocados en la batería del espolón, cuando Standard Island pasa a través de los canales bordeados de ciudades canacas. Aquí y allá algunas casas a la europea despliegan los pabellones de Alemania e Inglaterra.

Pero si esta parte del archipiélago es volcánica, no es a ninguno de sus volcanes al que hay que atribuir la formidable erupción de escorias y cenizas caídas en aquellos parajes. Los tonganos no han estado sumidos en las tinieblas durante aquellas cuarenta y ocho horas, pues las brisas del oeste han arrojado las nubes de materias eruptivas hacia el horizonte europeo. Muy verosímil es que el cráter que las ha arrojado pertenezca a alguna isla del este, a menos que se trate de un volcán de formación reciente entre las Samoa y las Tonga.

La escala de Standard Island en Vava'u no ha durado más que ocho días. Esta isla merece ser visitada, por más que años antes fuera asolada por un terrible ciclón que derribó la iglesia de los maristas franceses y destruyó gran número de casas indígenas. Aparte de esto, el campo es de gran atractivo, con sus numerosas villas encerradas en cercos de naranjos, sus fértiles planicies, sus campos de cañas de azúcar, de ñames, sus macizos de bananos, de moreras y de sándalos. Respecto a los animales domésticos, nada más que cerdos y aves. De aves, únicamente millares de palomas y papagayos de alegres colores y sonoro cacareo. En cuanto a los reptiles, algunas serpientes inofensivas y lindos lagartos Verdes,

semejantes a hojas caídas de los árboles.

El superintendente no ha exagerado la belleza del tipo indígena, común, por lo demás, a la raza malaya de los diversos archipiélagos del Pacífico central. Hombres soberbios, de alta estatura, tal vez un poco obesos, pero de una admirable estructura y de noble actitud, mirada altiva, tez que tiene el matiz desde el cobre fundido hasta el aceituna. Mujeres graciosas y bien proporcionadas, con manos y pies de una delicadeza de forma y de una pequeñez que hacen cometer más de un pecado de envidia a las alemanas y a las inglesas de la colonia europea.

Las indígenas, por otra parte, no se ocupan más que en la fabricación de esteras, de cestas, de telas semejantes a las de Tahití y los dedos no se deforman con estos trabajos manuales. Además, es fácil juzgar con la vista las perfecciones de la belleza tongana. Ni el abominable pantalón, ni la ridícula falda larga han sido aún adoptados por las modas del país. Un sencillo taparrabos para los hombres; el *caraco* y la falda corta con adornos de finas cortezas secas para las mujeres, que son, a la vez, reservadas y coquetas. En los dos sexos la cabellera siempre muy cuidada, que las jóvenes levantan coquetamente sobre su frente, sosteniéndola con un tejido de fibras de cocotero a modo de peineta.

Sin embargo, estas ventajas no hacen ceder las prevenciones del irascible Sébastien Zorn. Él no se casará ni en Vava'u ni en Tongatapu, ni en ningún otro país del mundo subllunar.

Para él y sus compañeros siempre es una satisfacción desembarcar en estos archipiélagos. Ciertamente, Standard Island les agrada, pero al fin, poner el pie en tierra firme no es cosa que les disguste. Verdaderas montañas, verdaderos campos, verdaderos ríos, descanso en la contemplación de riberas ficticias y litorales artificiales. Preciso es ser un Calixtus Munbar para dar a su *Joya del Pacífico* la superioridad sobre las obras de la naturaleza.

Aunque Vava'u no sea la residencia ordinaria del rey Jorge, posee en Neiafu un palacio, mejor dicho, una linda villa, en la que habita con bastante frecuencia. Pero sobre la isla de Tongatapu es donde se elevan el palacio real y las oficinas de los cónsules ingleses.

Standard Island va a hacer allí su última escala, casi en el límite del trópico de Capricornio, punto extremo que tocará en el curso de

su campaña por el hemisferio meridional.

Después de abandonar Vava'u, los habitantes de Milliard City han disfrutado, durante dos días, de una navegación muy variada. No se pierde de vista una isla más que para ver otra. Todas, presentando el mismo carácter volcánico, son debidas a la acción de las fuerzas plutónicas. Están a igual distancia del grupo septentrional que del grupo central de las Ha'apai. Los mapas hidrográficos de estos parajes, de perfección extrema, permiten al comodoro Simcoe aventurarse sin peligro entre los canales de este dédalo, desde Ha'apai hasta Tongatapu. Además, no faltarían pilotos si hubiera necesidad de ellos. Numerosas embarcaciones circulan a lo largo de las islas, la mayor parte goletas bajo el pabellón alemán, empleadas en el cabotaje, mientras que los navíos de comercio exportan el algodón, la copra, el café, el maíz, principales producciones del archipiélago. No solamente los pilotos se hubieran apresurado a acudir, de pedírselo Ethel Simcoe, sino hasta las tripulaciones de aquellas piraguas con balancines, reunidos por una plataforma capaces de contener hasta doscientos hombres. Sí, centenares de indígenas hubieran acudido a la primera señal; y ¡qué fortuna, por poco que el precio del pilotaje fuese calculado sobre el tonelaje de Standard Island! ¡Doscientos cincuenta y nueve millones de toneladas! Pero el comodoro Simcoe, al que todos aquellos sitios son familiares, no tiene necesidad de sus buenos servicios. Sólo en sí mismo tiene confianza y cuenta con la pericia de sus oficiales, que ejecutan sus órdenes con una precisión absoluta.

En la mañana del 9 de enero aparece Tongatapu a una distancia de tres o cuatro millas. Muy baja, no siendo debida su formación a un esfuerzo geológico, no ha subido del fondo submarino, como tantas otras islas inmovilizadas después de haber salido a la superficie de aquellas aguas. Los infusorios la han construido poco a poco, edificando sus pisos madreporicos.

¡Y qué trabajo! ¡Cien kilómetros de circunferencia, un área de setecientos a ochocientos kilómetros superficiales, sobre los que viven veinte mil habitantes!

El comodoro Simcoe se detiene frente al puerto de Maofuga. Las relaciones se establecen inmediatamente entre la isla sedentaria y la isla móvil, una hermana de aquella Latona de mitológico recuerdo.

¡Qué diferencia ofrece este archipiélago con las Marquesas, las Paumotu, el archipiélago de la Sociedad! La influencia inglesa domina allí, y, sometido a ella, el rey Jorge I no se apresurará a hacer buena acogida a los habitantes de Milliard City que son de origen americano.

Sin embargo, en Maofuga, el cuarteto encuentra un pequeño círculo francés. Allí reside el obispo de Oceanía, que hacía entonces una visita pastoral a los diversos grupos. Allí está la misión católica, la casa de las religiosas, las escuelas de jóvenes de ambos sexos. Inútil es decir que los parisienses son recibidos cordialmente por sus compatriotas. El superior de la misión les ofrece hospitalidad, lo que les evita acudir a «La casa de los extranjeros». Respecto a sus excursiones, no deben hacerlas más que a dos puntos importantes: a Nuku'alofa, la capital de los estados del rey Jorge, y a la aldea de Mua, cuyos cuatrocientos habitantes profesan el catolicismo.

Cuando Tasman descubrió Tongatapu, le dio el nombre de Amsterdam, nombre que no justificarían sus casas de hojas de pandano y fibras de cocotero. Es verdad que no faltan casas a la europea, pero el nombre indígena es más propio de esta isla.

El puerto de Maofuga está situado sobre la costa septentrional. Si Standard Island hubiese tomado su puerto de escala algunas millas más al oeste, Nuku'alofa, sus jardines reales y su palacio real se hubiesen ofrecido a sus ojos. Por el contrario, de haberse dirigido el comodoro Simcoe más al este, hubiese encontrado una bahía que rebaja muy profundamente el litoral, y cuyo fondo está ocupado por el pueblo de Mua. No lo ha hecho así porque su aparato hubiese corrido el riesgo de chocar entre aquel centenar de islotes cuyos pasos no dan acceso más que a navíos de mediano tonelaje. La Isla de Hélice debe, pues, permanecer ante Maofuga durante todo el tiempo que dure la escala.

Si cierto número de los habitantes de Milliard City desembarcan en este puerto, son bastante raros los que piensan recorrer el interior de la isla. Es, sin embargo, encantadora, y merece las alabanzas de las que Elisée Reclus la ha colmado. Sin duda el calor es muy fuerte, la atmósfera tormentosa y algunas lluvias de violencia extrema son bastantes para calmar el entusiasmo de los excursionistas, y preciso sería estar preso en las garras de la locura del turismo para recorrer el país. Sin embargo, esto es lo que hacen

Frascolin, Pinchinat e Yvernés, pues es imposible decidir al violonchelista a abandonar su cómoda habitación del casino antes de la tarde, cuando la brisa del mar refresque las arenas de Maofuga. El mismo superintendente se excusa de acompañar a los tres entusiastas.

—¡Me derritiría en el camino! —les dice.

—Pues bien, le traeríamos a usted en botella —responde *Su Alteza*.

Perspectiva que no convence a Calixtus Munbar, que prefiere conservarse en estado sólido.

Felizmente para los habitantes de Milliard City, desde hace tres semanas el sol sube hacia el hemisferio septentrional, y Standard Island sabrá mantenerse a distancia de aquel foco incandescente, a fin de conservar una temperatura normal.

Al día siguiente, al amanecer, los tres amigos abandonan Maofuga, dirigiéndose hacia la capital de la isla. Ciertamente hace calor, pero este calor es soportable bajo la cubierta de los cocoteros, de los leki-leki y de los toui-touis, que son los árboles de las candelillas, y de los cocas, cuyas bayas, rojas y negras, se reúnen en racimos de deslumbrantes yemas.



Es cerca del mediodía cuando la capital se muestra en toda su esplendorosa floración, expresión no falta de justicia en aquella época del año. El palacio real parece salir de un gigantesco bosque de verdor. Existe un gran contraste entre las casas indígenas, todas floridas, y las casas de británico aspecto que pertenecen a los misioneros protestantes. Por lo demás, la influencia de estos ministros wesleyanos ha sido considerable, y, después de haber sacrificado cierto número de ellos, los tonganos han concluido por adoptar sus creencias. Sin embargo, no han renunciado por completo a las prácticas de su mitología canaca. Para ellos, el gran sacerdote es superior al rey. Según enseña su extraña cosmogonía, los buenos y los malos genios desempeñan un papel importante. El cristianismo no desterrará fácilmente el tabú, y, cuando se trata de extirparlo, no se hace esto sin ceremonias expiatorias en las que alguna vez la vida humana es sacrificada...

Preciso es mencionar que, según los relatos de los exploradores, particularmente los de M. Aylié Marín en sus viajes de 1882, Nuku'alofa no es todavía más que un punto medio civilizado.

Frascolin, Pinchinat e Yvernés no han sentido el deseo de ir a depositar sus homenajes a los pies del rey Jorge; y no hay que tomar esto en sentido metafórico, puesto que la costumbre es besar los pies a este soberano. Y nuestros parisienses se felicitan de ello, cuando en la plaza de Nuku'alofa ven al *tui*, como se llama a Su Majestad, vestido con una especie de camisa blanca y un pequeño faldón, de tela del país, sujeto a los riñones. Dicho besapiés hubiérase contado seguramente entre los más desagradables recuerdos de su viaje.

—¡Se ve —hace observar Pinchinat— que los ríos son poco abundantes en el país!

Efectivamente, en Tongatapu, en Vava'u, lo mismo que en las demás islas del archipiélago, la hidrografía no indica ni un arroyo, ni una laguna. El agua de lluvia recogida en las cisternas: he aquí lo que la naturaleza ofrece a los indígenas; y los súbditos de Jorge I se muestran tan limpios como su soberano.

En el mismo día, los tres turistas, muy fatigados, regresan al puerto de Maofuga, y entran con gran satisfacción en su departamento del casino. Ante el incrédulo Sébastien Zorn afirman que su excursión ha sido de las más interesantes. Pero las poéticas

excitaciones de Yvernés no pueden decidir al violonchelista a volver, al siguiente día, al pueblo de Mua.

Este viaje debe ser bastante largo y fatigoso. Fácilmente se evitaría esta fatiga utilizando una de las chalupas eléctricas que Cyrus Bikerstaff pondría con mucho gusto a disposición de los excursionistas; pero para la exploración del interior de este curioso país vale la pena tomarse algún trabajo, y los turistas parten pedestremente por la bahía de Mua, rodeando un litoral de coral bordeado de islotes, donde parece que se han dado cita todos los cocoteros de Oceanía.

La llegada a Mua no puede efectuarse antes de la tarde. Habrá que dormir allí. Hay un sitio indicado para recibir franceses: la residencia de los misioneros católicos. El superior, al acoger a sus huéspedes, muestra una conmovedora alegría que les recuerda el modo como han sido recibidos por los maristas de Samoa. ¡Qué excelente velada, qué interesante conversación, cuyo tema ha sido más bien Francia que la colonia tongana! Los religiosos no piensan sin algún pesar en su tierra natal, de la que se encuentran tan lejos. Pero ¿acaso este pesar no está compensado por el bien que hacen a aquellas islas? ¿No es un consuelo verse respetado por aquel pequeño mundo que han sustraído a la influencia de los ministros anglicanos y convertido a la fe católica? Tal es su buen éxito que los metodistas han tenido que fundar una especie de anexo al pueblo de Mua, a fin de proveer a los intereses del proselitismo wesleyano.

No sin algún orgullo el superior hace admirar a sus huéspedes los establecimientos de la misión, la casa que fue construida gratuitamente por los indígenas de Mua, y la linda iglesia, obra de los arquitectos de Tonga, que no rechazarían sus compañeros de Francia.

Durante la velada se pasean por los alrededores del pueblo, llegando hasta las antiguas tumbas de Tui-Tonga, donde el esquisito^[5] y el coral se mezclan con un arte primitivo y encantador. Visítase la antigua plantación de meas, bananos o higueras monstruosas de raíces entrelazadas como serpientes, y cuya circunferencia pasa alguna vez de sesenta metros. Frascolin los mide, y después de inscribir la cifra en su cartera la hace certificar por el superior. ¡Id después de esto a poner en duda la existencia de semejante fenómeno vegetal!

Buena cena, buena noche en los mejores cuartos de la misión. Después de ello, buen almuerzo, buenos adioses a los misioneros residentes en Mua, y regreso a Standard Island, en el momento en que suenan las cinco en la torre del Ayuntamiento. Esta vez los excursionistas no tienen que recurrir a ampliificaciones metafóricas para asegurar a Sébastien Zorn que su viaje les dejará inextinguibles recuerdos.

Al día siguiente, Cyrus Bikerstaff recibe la visita del capitán Sarol con el siguiente objeto:

Un centenar de malayos habían sido reclutados en las Nuevas Hébridas, y conducidos a Tongatapu para los trabajos de desmonte; reclutamiento indispensable teniendo en cuenta la indiferencia, mejor dicho, la pereza nativa de los tonganos, que viven al día como vulgarmente se dice. Hace poco se han terminado estos trabajos, y dichos malayos esperaban la ocasión de volver a su archipiélago. ¿Les permitiría el gobernador tomar pasaje en Standard Island? Esto es lo que Sarol solicita. En cinco o seis semanas se llegará a Eromanga, y el transporte de estos indígenas no será carga muy pesada para el presupuesto municipal. No hubiera sido muy generoso rehusar a aquellas bravas gentes un servicio tan fácil. Así es que el gobernador concede la autorización, lo que le vale las gracias del capitán Sarol y las de los maristas de Tongatapu, por los que habían sido reclutados los malayos.

¿Quién hubiera podido sospechar que el capitán Sarol se unía así a sus cómplices, que estos neohebridianos le prestarían ayuda, cuando fuera ocasión, y que no había por qué felicitarse por haberles encontrado en Tongatapu e introducirlos en Standard Island...?

Aquel día es el último que los habitantes de Milliard City deben pasar en el archipiélago, pues la partida está fijada para el siguiente.

Por la tarde, podrán asistir a una de esas fiestas medio civiles medio religiosas, en las que los indígenas toman parte con extraordinario entusiasmo.

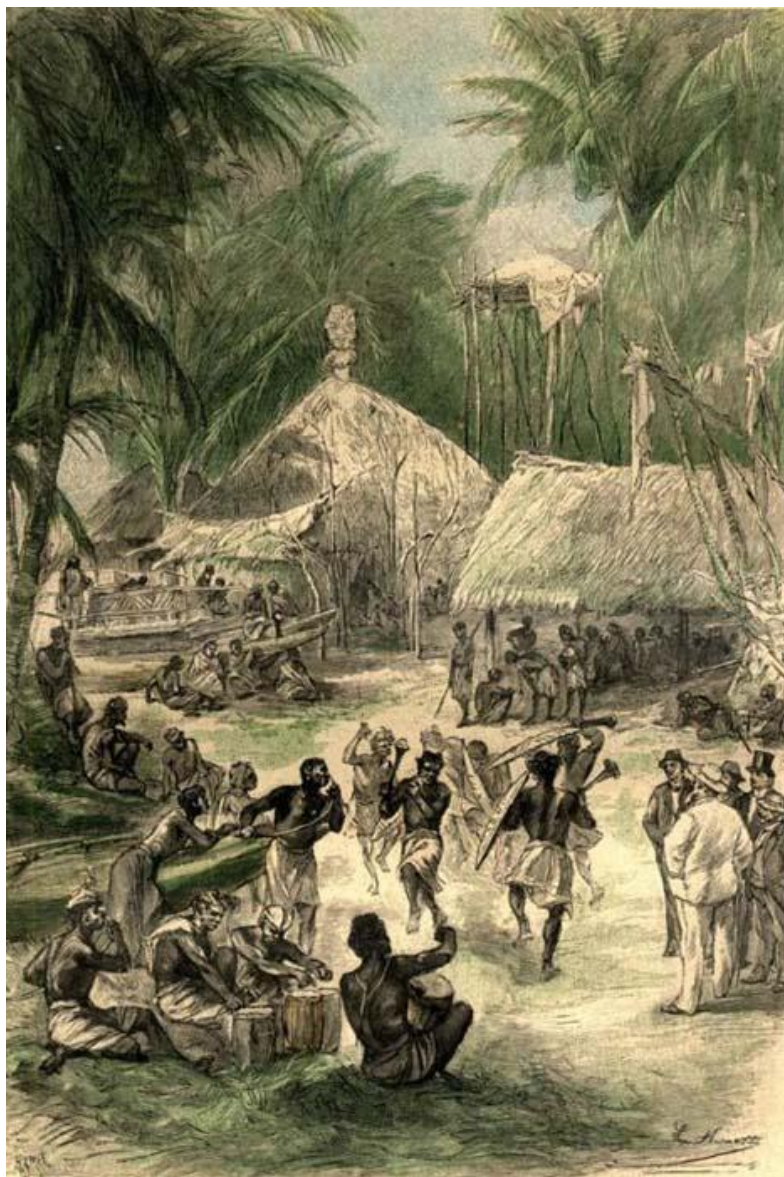
El programa de estas fiestas, a las que los tonganos son tan aficionados como sus congéneres de las Samoa y de las Marquesas, comprende varios números de danzas variadas. Como el espectáculo es para interesar a nuestros parisienses, vuelven a tierra a eso de las

tres.

El superintendente les acompaña, y esta vez Athanase Dorémus se ha unido a ellos. ¿La presencia de un profesor de baile y buenos modales no está indicada en una ceremonia de este género? Sébastien Zorn se ha decidido a seguir a sus compañeros, con más deseos sin duda de oír la música tongana que de asistir a la diversión coreográfica de la población.

Cuando llegan a la plaza, la fiesta está en su apogeo. El licor de *kava*, extraído de la raíz seca de la pimienta, circula en las calabazas y corre por el gaznate de un centenar de bailadores, hombres y mujeres, jóvenes de ambos sexos, ellas coquetonamente adornadas con sus largos cabellos, que deben llevar así hasta el día de su matrimonio.

La orquesta es de lo más sencillo: fórmanla una flauta nasal llamada *fanghu-fanghu*, más una docena de *nafas*, tambores, en los que se redobla hasta con cierto compás, como hace notar Pinchinat.



Evidentemente, el profesor Athanase Dorémus sólo desdén puede sentir por aquellas danzas, que no entran en la categoría de contradanzas, polcas, mazurcas y vales de la escuela francesa. Así es que se encoge de hombros ante Yvernés, que encuentra estas danzas llenas de una verdadera originalidad.

En primer lugar, ejecútanse bailes sentados, compuestos únicamente de actitudes, gestos, pantomimas, bomeos, con un ritmo lento y triste de efecto extraño.

Sigue a esto las danzas de pie, en las que los tonganos y las tonganas se abandonan a todo el fuego de su temperamento, representando, ya pasos graciosos, ya el furor de los guerreros.

El cuarteto contempla este espectáculo con ojos de artista, preguntándose a qué punto llegarían estos indígenas si fueran sobreexcitados por la música levantisca de los bailes parisienses.

Y entonces Pinchinat tiene una idea como todas las suyas. Propone a sus camaradas enviar a buscar sus instrumentos al casino y tocar ante aquellos bailarines los más rabiosos *seis-ocho*, y los más formidables *dos-cuatro* de los repertorios de Lecocq, Audran y Offenbach.

La proposición es aceptada, y Calixtus Munbar cree que va a causar un efecto prodigioso.

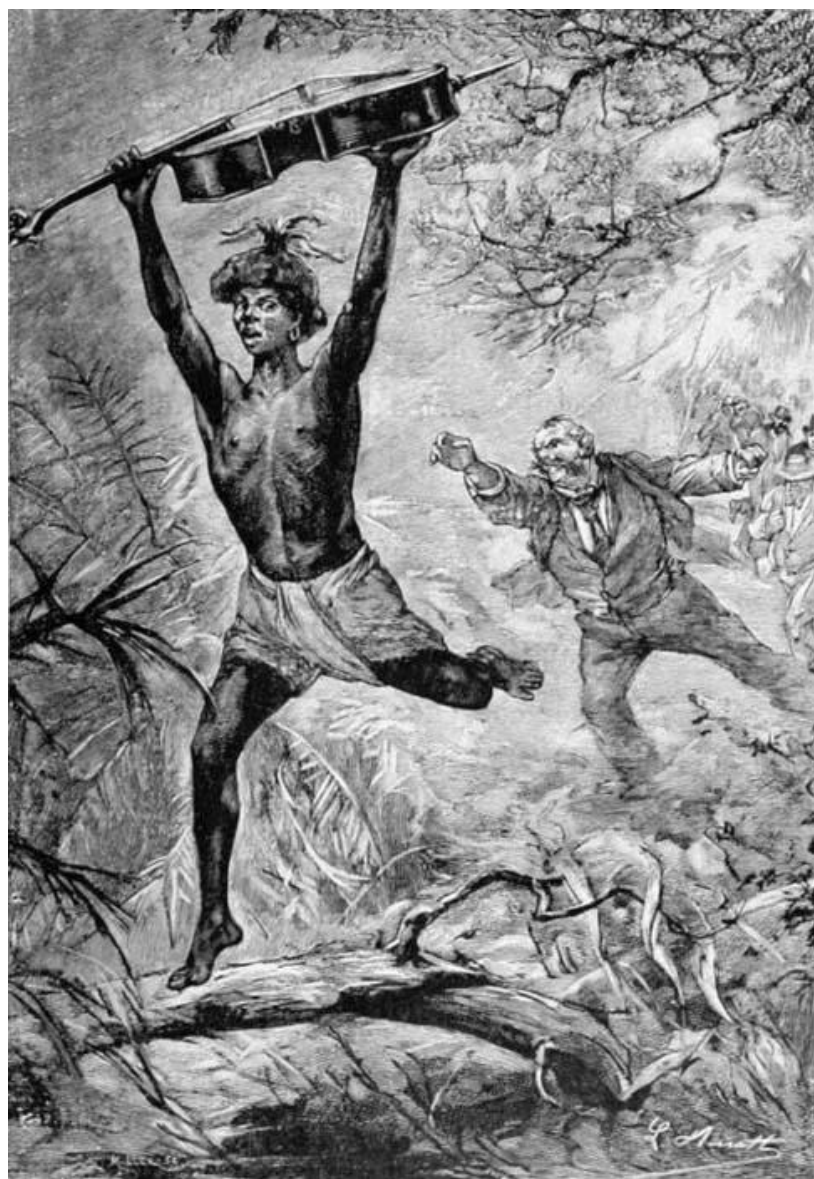
Media hora después los instrumentos están allí y comienza el baile.

Extrema sorpresa de los indígenas, pero también extremo el placer que demuestran al oír el violonchelo y los tres violines manejados a arco lleno, y de los que se escapa una música ultrafrancesa.

Los indígenas no son insensibles a tales efectos. Está probado hasta la evidencia que aquellas danzas características de los bailes al son de la gaita son instintivas y se aprenden sin maestros, piense lo que piense Athanase Dorémus. Tonganos y tonganas rivalizan en piruetas y saltos, cuando Sébastien Zorn, Yvernés, Frascolin y Pinchinat atacan los endiablados compases de *Orfeo en los infiernos*. El mismo superintendente no puede contenerse y se abandona a una desenfrenada contradanza, mientras el profesor de baile se cubre el rostro por no ver tales horrores. En lo más fuerte de aquella cacofonía, a la que se mezclan las flautas nasales y los sonoros tambores, la furia de los bailarines llega al máximo de intensidad, y

no se sabe en lo que aquello hubiere parado, a no sobrevenir un incidente que puso fin a, aquella coreografía infernal.

Un tongano —mozo alto y robusto— maravillado de los sonidos que saca el violonchelista de su instrumento, acaba de precipitarse sobre el violonchelo; lo coge y huye con él gritando:



—¡Tabú..., tabú...!

¡Aquel violonchelo está prohibido! No se puede tocar sin cometer sacrilegio. Los grandes sacerdotes, el rey Jorge, los dignatarios de su corte, toda la población de la isla se levantarían si se violase aquella costumbre sagrada...

Sébastien Zorn no lo entiende así. Quiere su obra maestra de Gand y Bemardel. Así es que se lanza tras el ladrón. Sus camaradas le siguen. Los indígenas se mezclan... De aquí, desbandada general.

Pero el tongano corre con tal rapidez que preciso es renunciar a alcanzarlo. En algunos minutos está lejos..., muy lejos.

Sébastien Zorn y los demás no pueden seguir, y vuelven a reunirse con Calixtus Munbar que ha quedado medio ahogado. Decir que el violonchelista se encuentra en un estado de indescriptible furor, no sería bastante. Se sofoca. Se ahoga. Prohibido o no, que se le devuelva su instrumento. Standard Island debe declarar la guerra a Tongatapu. ¿No han estallado guerras por motivos más fútiles? El violonchelo debe ser restituido a su propietario.

Felizmente las autoridades de la isla han intervenido en el asunto. Una hora después se ha conseguido coger al indígena y obligarle a devolver el instrumento. No se ha logrado sin esfuerzo esta restitución, y no ha estado lejos el momento en que el ultimátum de Cyrus Bikerstaff, a propósito de una cuestión del tabú, iba a levantar tal vez las pasiones religiosas de todo el archipiélago.

Por otra parte, la ruptura del tabú ha tenido que efectuarse de un modo regular, conforme a las ceremonias del culto del fata, en uso en estas circunstancias. Siguiendo la costumbre, se ha degollado un número considerable de cerdos, y después de asados en un agujero lleno de piedras ardientes, de batatas dulces, de taros y frutos del macoré, han sido comidos con gran satisfacción de los estómagos de los habitantes de Tonga.

Respecto al violonchelo, Sébastien Zorn no ha tenido más que recurrir al diapasón, después de haber reconocido que no había perdido ninguna de sus cualidades a consecuencia del encantamiento indígena.

CAPÍTULO VI

UNA COLECCIÓN DE FIERAS



1 abandonar Tongatapu, Standard Island pone el cabo al

noroeste, hacia el archipiélago de las Fidji. Comienza a alejarse del trópico, siguiendo al sol, que sube hacia el ecuador. No es preciso que se apresure. Doscientas leguas solamente la separan del grupo fidjiano, y el comodoro Simcoe se mantiene al ritmo de paseo.

La brisa es variable... Pero ¿qué importa la brisa para aquel poderoso aparato marino? Si alguna vez violentas tormentas estallan sobre aquel límite del vigésimo tercer paralelo, la *Joya del Pacífico* no se inquieta por ello. La electricidad que satura la atmósfera es contenida por los numerosos pararrayos de que están armados los edificios y las casas. En cuanto a las lluvias torrenciales, que vierten las nubes tormentosas, son bien recibidas. El parque y el campo verdean con aquellas duchas, muy raras, por otra parte. La existencia transcurre, pues, en las mejores condiciones, en medio de fiestas, conciertos y recepciones. Al presente, las relaciones entre una y otra sección son cordiales, y parece que nada puede amenazar la seguridad del porvenir.

Cyrus Bikerstaff no tiene por qué arrepentirse de haber concedido pasaje a los neohebridianos, embarcados por petición del capitán Sarol. Estos indígenas procuran ser útiles. Se ocupan en los trabajos del campo, como lo hacían en Tongatapu. Sarol y sus

compañeros no les abandonan durante el día, y por la noche regresan a los dos puertos donde la municipalidad les ha dado alojamiento. Nadie se queja de ellos. ¿Habrá allí tal vez una ocasión para convertirlos? Hasta entonces no han adoptado las creencias del cristianismo, al que una gran parte de la población neohebridiana se muestra refractaria, a despecho de los esfuerzos de los misioneros anglicanos y católicos. El clero de Standard Island ha pensado en esto, pero el gobernador no ha querido autorizar ninguna tentativa de este género.

Estos neohebridianos, cuya edad varía de veinte a cuarenta años, son de regular estatura. Más oscuros de color que los malayos, si no ofrecen la belleza del tipo de los naturales de las Tonga o de las Samoa, parecen dotados de una extrema dureza. El poco dinero que han ganado al servicio de los maristas de Tongatapu lo guardan preciosamente, y no piensan en gastarlo en bebidas alcohólicas, que, por otra parte, no les serían vendidas más que con extrema reserva. Además, costeados todos sus gastos, jamás, sin duda, han sido tan dichosos en su salvaje archipiélago.

Y, sin embargo, gracias al capitán Sarol, estos indígenas, unidos a sus compatriotas de las Nuevas Hébridas, van a participar en la obra de destrucción, cuya hora se aproxima. Entonces reaparecerá toda su ferocidad nativa. ¿Acaso no son los descendientes de los sacrificadores sanguinarios que han dado tan terrible fama a las poblaciones de aquella parte del Pacífico?

Entre tanto, los habitantes de Milliard City viven con la idea de que nada podrá comprometer una existencia donde todo está tan lógicamente previsto y tan sabiamente organizado. El cuarteto obtiene siempre el mismo brillante éxito. Nadie se cansa de oírle ni de aplaudirle. Las obras de Mozart, de Beethoven, de Haydn, de Mendelssohn son muy del agrado del público. Sin hablar de los conciertos regulares del casino, mistress Coverley da veladas musicales con mucha frecuencia, que el rey y la reina de Malecarlia han honrado muchas veces con su presencia. Si los Tankerdon no han visitado aún el hotel de la Decimoquinta Avenida, por lo menos Walter ha llegado a ser un asiduo concurrente a los conciertos que en él se celebran. Es imposible que su matrimonio con miss Dy no se efectúe algún día... De ello se habla en los salones de las dos secciones... Se designan hasta los testigos de los futuros novios...

No falta más que el consentimiento de los jefes de ambas familias... ¿No surgirá alguna circunstancia que obligará a Jem Tankerdon y Nat Coverley a pronunciarse...?

Esta circunstancia, tan impacientemente esperada, efectuóse al fin; pero ¡a precio de qué peligros y cómo amenazó la seguridad de Standard Island!

En la tarde del 16 de enero, y cerca del centro de la porción de mar que separa las Tonga de las Fidji, un navío es señalado en el sudeste. Parece ir en dirección de Tribord Harbour. Debe de ser un vapor de setecientas a ochocientas toneladas. Ningún pabellón flota en su mástil, ni ha sido izado cuando no estaba más que a una milla de distancia.

¿Cuál es la nacionalidad de este vapor? Los vigías del observatorio no pueden reconocerlo por su construcción. Como no ha honrado con su saludo a la detestada Standard Island, no será imposible que sea inglés.

Por lo demás, dicho barco no pretende ganar ninguno de los puertos. Parece que quiere pasar de largo, y sin duda al día siguiente no se le verá ya.

Llega la noche, muy oscura, sin luna. El cielo está cubierto de esas nubes parecidas al peluche, que absorben toda luz. No hay viento. Calma absoluta en el agua y en el aire. Silencio profundo en medio de aquellas espesas tinieblas.

A eso de las once, cambio atmosférico. El tiempo se transforma en tormentoso. Brillan relámpagos hasta más allá de la medianoche, y los rugidos del trueno continúan hasta la mañana, sin que caiga una sola gota de lluvia.

Tal vez el ruido de la tempestad ha impedido a los aduaneros que vigilan en la batería de popa oír singulares silbidos, extraños rugidos que han turbado aquella parte del litoral. No son ni los silbidos de un relámpago ni los rugidos de un rayo. Este fenómeno se ha producido entre las dos y las tres de la mañana.

Al día siguiente, una inquietante noticia se extiende por los barrios lejanos de la ciudad. Los guardianes de los ganados que pastan en el campo, llenos de repentino pánico, se dispersan en todas direcciones, los unos hacia los puertos, los otros hacia la verja de Milliard City.

Hecho de más gravedad: unos cincuenta carneros han sido

devorados durante la noche, y sus restos sangrientos yacen en los alrededores de la batería de popa. Algunas docenas de vacas, de ciervos, de gamos, en los cercados de pasto del parque, y unos veinte caballos han corrido la misma suerte...

No hay duda de que estos animales han sido atacados por las fieras... ¿Qué fieras...? ¿Leones, tigres, panteras, hienas...? ¿Es que esto es admisible...? ¿Acaso alguna vez ha aparecido en Standard Island alguno de esos terribles carniceros...? ¿Es que es posible que esos animales lleguen por el mar...? En fin, ¿acaso la *Joya del Pacífico* se encuentra en la vecindad de las Indias, de África, de Malasia, cuyas faunas poseen gran variedad de bestias feroces...?

¡No! Standard Island no está tampoco en las proximidades de la embocadura del Amazonas ni de las bocas del Nilo, y, sin embargo, a eso de las siete de la mañana, dos mujeres, que acaban de ser recogidas en el jardín del Ayuntamiento, han sido perseguidas por un enorme aligátor, el cual, volviendo a ganar los bordes del Serpentina, ha desaparecido bajo las aguas. Al mismo tiempo, el movimiento de las hierbas, a lo largo de las riberas, indica la presencia de otros saurios.

¡Júzguese el efecto que producen estas increíbles nuevas! Una hora más tarde, los vigías han hecho constar que varias parejas de tigres, de leones y de panteras andan por el campo. Varios carneros, que huían por la parte de la batería del espolón, son estrangulados por dos tigres de gran tamaño. De diversos sitios vienen animales domésticos espantados por los rugidos de las fieras. También hay gente a la que sus ocupaciones habían llamado a los campos desde la mañana. El primer tren para Babord Harbour no ha tenido más que el tiempo preciso para volver a la estación. Tres leones le han perseguido, y no ha faltado más que un centenar de pasos para tocarle.

No hay duda. Standard Island ha sido invadida durante la noche por una bandada de animales feroces, y Milliard City va a serlo si no se toman inmediatamente las precauciones necesarias.

Athanase Dorémus ha puesto a nuestros artistas al comente de la situación. El profesor de baile y buenos modales, que había salido más temprano que de ordinario, no se ha atrevido a regresar a su domicilio, y se ha refugiado en el casino, del que ningún poder humano podrá arrancarle.

—¡Vamos! ¡Sus tigres y sus leones son broma, y sus aligátors patrañas! —exclama Pinchinat.

Pero es preciso rendirse a la evidencia. Así es que la municipalidad ha dado orden de cerrar las verjas de la ciudad, y poner barreras en la entrada de los dos puertos y de los puestos de la aduana del litoral. Al mismo tiempo el servicio de trenes se ha suspendido y se ha prohibido aventurarse por el parque o el campo hasta que no se hayan conjurado los peligros de aquella inexplicable invasión.



En el momento en que los agentes cerraban la extremidad de la Primera Avenida por la parte del *square* del observatorio, a unos cincuenta pasos de allí, saltó una pareja de tigres, con los ojos echando fuego y la boca sangrienta. Algunos segundos más y aquellos feroces animales hubieran franqueado la verja.

La misma precaución se ha tomado por la parte del Ayuntamiento, y Milliard City no tiene nada que temer.

¡Qué suceso, qué noticia, qué materia de crónicas para el *Starboard Chronicle* y el *New Herald* y otros periódicos de Standard Island!

En realidad, el terror ha llegado al colmo. En los hoteles y casas se han hecho barricadas. Las tiendas se han cerrado. Ni una sola puerta está abierta. En las ventanas de los pisos altos aparecen las caras asustadas. No hay en las calles más que las escuadras de la milicia bajo las órdenes del coronel Stewart, y los destacamentos de la policía dirigidos por sus oficiales.

Cyrus Bikerstaff, sus ayudantes Barthelemy Ruge y Hubley Harcourt, que han acudido desde el primer momento, permanecen en el salón de la administración. Por los aparatos telefónicos de los dos puertos, las baterías y los puestos del litoral, la municipalidad recibe las noticias más importantes. Hay fieras por todas partes... centenares al menos —dicen los telegramas—, donde el miedo ha puesto tal vez un cero de más... Lo que es seguro es que cierto número de leones, de tigres, de panteras y de caimanes corren por el campo.

¿Qué es, pues, lo que ha pasado...? ¿Es que unas fieras escapadas de una jaula se han refugiado en Standard Island...? Mas ¿de dónde han venido...? ¿Qué barco las transportaba...? ¿El vapor que se ha visto desde la ciudad...? ¿Se ha acercado durante la noche...? ¿Acaso las fieras, después de escapar a nado, han conseguido poner el pie en el litoral...? ¿Es que el barco se ha hundido? Sin embargo, tan lejos como puede llegar la vista de los vigías, a la distancia que alcanza el anteojo del comodoro Simcoe, ningún resto flota en la superficie del mar, y Standard Island no se ha desplazado nada desde la víspera... Además, de haberse ido a pique el barco, ¿cómo su tripulación no ha buscado refugio en Standard Island, toda vez que sus fieras han podido hacerlo...?

El teléfono del Ayuntamiento interroga con este motivo a los

distintos puestos, y éstos responden que no ha habido choque ni naufragio. Esto no hubiera podido engañar su atención, por más que la oscuridad haya sido muy profunda. Decididamente, de todas las hipótesis, ésta es la menos admisible.

—¡Misterio...! ¡Misterio...! —No cesa de repetir Yvernés.

Él y sus compañeros están en el casino, donde Athanase Dorémus va a participar de su desayuno, que será seguido, si es preciso, del almuerzo del mediodía y de la comida de las seis.

—A fe mía —responde Pinchinat, tomando su acostumbrado chocolate—, a fe mía, renuncio a comprender lo que pasa. Pero sea de ello lo que sea, comamos, señor Dorémus, en espera de ser comidos...

—¡Quién sabe! —replica Sébastien Zorn—. Y que esto sea por leones, tigres o caníbales...

—Me gustaría más los caníbales —responde *Su Alteza*—. Cada uno tiene sus gustos, ¿no es verdad?

Y se echó a reír, pero el profesor de baile y buenos modales no ríe y Milliard City, presa de espanto, no tiene tampoco ganas de reír.

Desde las ocho de la mañana el consejo de notables, convocado en el Ayuntamiento, no ha dudado en reunirse con el gobernador. No hay nadie en las avenidas ni en las calles, si no son las escuadras de milicianos y los agentes en los sitios que se le han designado.

El consejo que preside Cyrus Bikerstaff comienza en seguida su deliberación.

—Señores —dice el gobernador—, conocen ustedes la causa del pánico muy justificado que se ha apoderado de la población de Standard Island. Esta noche nuestra isla ha sido invadida por una bandada de animales carnívoros y saurios. Lo más urgente es proceder a su destrucción, y llegaremos a conseguirlo, no hay duda de ello. Pero nuestros administrados deberán conformarse con las medidas que tomemos. Si la circulación está todavía autorizada en Milliard City, cuyas puertas han sido cerradas, no debe serlo por el parque y el campo. Así pues, hasta nueva orden quedarán prohibidas las comunicaciones entre la ciudad, los dos puertos, las baterías de popa y del espolón.

Aprobadas estas medidas, el consejo pasa a la discusión de los medios que permitirán destruir los terribles animales que infestan

Standard Island.

—Nuestros milicianos y nuestros marinos van a organizar batidas sobre diversos puntos de la isla. Rogaremos a aquellos que han sido cazadores, que se unan a ellos y dirijan sus movimientos, a fin de prevenir en lo que sea posible toda catástrofe.

—En otra ocasión —dice Jem Tankerdon—, yo he cazado en la India y en América. Estoy presto, y mi hijo mayor me acompañará...

—Damos las gracias al honorable Jem Tankerdon —responde Cyrus Bikerstaff—, y, por mi parte, yo le imitaré. Al mismo tiempo que los milicianos del coronel Stewart, una escuadra de marinos operará bajo las órdenes del comodoro Simcoe, y sus filas están abiertas para ustedes, señores.

Nat Coverley hace una proposición análoga a la de Jem Tankerdon, y, finalmente, todos aquellos de los notables a los que su edad se lo permite, se apresuran a ofrecer sus servicios. Las armas de tiro rápido y gran alcance no faltan en Milliard City. No es, pues, dudoso, gracias al sacrificio y valor de todos, que Standard Island quedará pronto libre de aquel peligro. Pero, como repite Cyrus Bikerstaff, lo esencial es que no haya que lamentar la muerte de nadie.

—Importa que esas fieras, cuyo número no podemos precisar —añade—, sean destruidas en breve espacio. Dejarles el tiempo de aclimatarsen y multiplicarse sería comprometer la seguridad de nuestra isla.

—Es probable —hace observar uno de los notables— que esta bandada no sea de consideración...

—En efecto, pues no han podido venir más que en un navío que transportase una colección —responde el gobernador—, un navío expedido de la India, de Filipinas o de las Islas de la Sonda, por cuenta de alguna casa de Hamburgo, donde se comercia con estos animales.

Allí está el principal mercado de las fieras, cuyos precios corrientes son doce mil francos para los elefantes, veintisiete mil para las jirafas, veinticinco mil para los hipopótamos, cinco mil para los leones, cuatro mil para los tigres, dos mil para los jaguares, precios bastante crecidos, como se ve, y que tienden a elevarse, mientras baja el de las serpientes.

Y con este motivo, habiendo un miembro del consejo hecho observar que la colección poseería tal vez algunos representantes de la clase de los ofidios, el gobernador responde que no se ha visto aún ningún reptil. Por otra parte, si los leones, los tigres, los aligátores han podido introducirse a nado por la embocadura del Serpentina, esto no hubiera sido posible a las serpientes, como hace observar Cyrus Bikerstaff.

—Pienso, pues —dice—, que no debemos temer la presencia de boas, serpientes de cascabel, najas^[6], víboras y otras de la misma especie. Además, haremos todo lo que podamos para asegurar a la población con este motivo. Pero no perdamos tiempo, señores, y antes de buscar la causa de la invasión de estos animales feroces, ocupémonos de destruirlos.

Nada más sensato ni mejor dicho. El consejo de notables iba a separarse a fin de tomar parte en las batidas con la ayuda de los más hábiles cazadores de Standard Island, cuando Hubley Harcourt pide la palabra.

Le es concedida, y he aquí lo que el honorable ayudante cree deber decir al consejo:

—Señores notables: no es mi intento retardar las operaciones decididas. Lo principal es proceder a la caza de esas fieras. Permítanme, no obstante, que les comunique una idea que tal vez ofrece una explicación lógica de la presencia de esas fieras en Standard Island.

Hubley Harcourt, de una antigua familia francesa de las Antillas, americanizada durante su estancia en la Luisiana, goza de una extrema consideración en Milliard City. Es de un talento serio, muy reservado, que jamás juzga a la ligera, muy económico de palabras, y su opinión se tiene muy en cuenta. Así es que el gobernador le ruega que se explique, y él lo hace en frases de gran lógica.

—Señores notables: un barco ha sido visto en la tarde de ayer. Este barco no ha hecho conocer su nacionalidad, sin duda por querer tenerla oculta. No es, pues, dudoso, en mi opinión, que él transportaba este cargamento de fieras...

—Eso es evidente —responde Nat Coverley.

—Pues bien, señores notables, si algunos de ustedes creen que la invasión de Standard Island ha sido debida a un accidente de mar... yo... ¡yo no lo pienso así...!

—Pero entonces —exclama Jem Tankerdon, que cree entrever la luz a través de las palabras de Hubley Harcourt—, ¿habrá sido voluntariamente... con premeditación...?

—¡Oh! —dice el consejo.

—Tengo la convicción de ello —dice el ayudante con voz firme—; y esta maquinación no ha podido ser obra más que de nuestro eterno enemigo, de ese John Bull, para el que todos los medios son buenos contra Standard Island...

—¡Oh! —repite el consejo.

—No teniendo el derecho de exigir la destrucción de nuestra isla, ha querido dejarla inhabitable. ¡De aquí esa colección de leones, de jaguares, de tigres, de panteras, de aligátos que el vapor ha arrojado por la noche a nuestros dominios!

—¡Oh! —dice por tercera vez el consejo.

Pero de dubitativo que era al principio este ¡oh! Se ha hecho afirmativo. ¡Sí, debe de ser una venganza de aquellos encarnizados ingleses, que no retroceden ante nada cuando se trata de mantener su soberanía marítima! ¡Sí, aquel barco ha sido fletado para aquella obra criminal, y después de cometerla ha desaparecido! ¡Sí, el gobierno del Reino Unido no ha vacilado en sacrificar algunos miles de libras con el objeto de hacer imposible a sus habitantes la estancia en Standard Island!

Y Hubley Harcourt añade:

—Si he formulado esta observación, si las sospechas que había concebido se han cambiado en certeza, señores, es que mi memoria me ha recordado un hecho idéntico, una maquinación perpetrada en circunstancias casi iguales, cuya mancha los ingleses no han podido nunca lavar...

—¡Sin embargo, no es agua lo que les falta! —dice uno de los notables.

—¡El agua salada no lava! —responde otro.

—¡Toda el agua del mar no hubiera podido lavar la mancha de sangre sobre la mano de *lady Macbeth*! —exclama un tercero.

Y nótese que estos dignos consejeros responden, de este modo, antes que Hubley Harcourt les hubiese manifestado el hecho al que acaba de hacer alusión.

—Señores notables —continúa—, cuando Inglaterra tuvo que dejar las Antillas francesas a Francia quiso dejar allí la huella de su

paso, ¡y qué huella! Hasta entonces no había habido nunca una sola serpiente ni en Guadalupe ni en Martinica, y después de la partida de la colonia anglosajona, aquella última isla fue infestada. ¡Era la venganza de John Bull! Antes de abandonarla, había arrojado centenares de reptiles sobre el dominio que se le escapaba, y desde aquella época estas venenosas bestias se han multiplicado hasta el infinito con gran perjuicio de los colonos franceses.

Es cierto que esta acusación contra Inglaterra, nunca desmentida, hace bastante plausible la explicación dada por Hubley Harcourt. Pero ¿puede creerse que John Bull haya querido hacer inhabitable la Isla de Hélice, y hasta lo haya intentado en una de las Antillas francesas...? Ninguno de estos hechos ha podido ser probado... Sin embargo, en lo que a Standard Island se refiere, el caso debía ser tenido como auténtico por la población de Milliard City.

—Pues bien —exclama Jem Tankerdon—, si los franceses no han podido limpiar la Martinica de las víboras que los ingleses habían dejado en su lugar...



Tempestad de hurras y de bravos acogen esta comparación del fogoso personaje.

—Los *milliardais* sabrán limpiar Standard Island de las ñeras que Inglaterra ha arrojado sobre ella.

Nueva tempestad de aplausos, que no cesan más que para recomenzar, cuando Jem Tankerdon añade:

—¡A nuestro sitio, señores!, y no olvidemos que persiguiendo a esos leones, a esos jaguares, a esos tigres, a esos caimanes, ¡es a los ingleses a quienes damos caza!

El consejo se separa.

Una hora después, cuando los principales periódicos publican el relato estenográfico de aquella reunión, cuando se sabe que manos enemigas han abierto las jaulas de aquella flotante colección de fieras, cuando se sabe a qué se debe la invasión de aquellas legiones de feroces bestias, de todos los pechos brota un grito de indignación, e Inglaterra es maldecida en sus hijos y en sus nietos, en espera de que su detestado nombre se borre al fin de los recuerdos del mundo.

CAPÍTULO VII

BATIDAS



rátase de proceder a la destrucción total de los animales

qué han invadido Standard Island. Con una sola pareja de aquellas terribles bestias, saurios o carniceros, que escape, la seguridad del porvenir quedaría comprometida. La pareja se multiplicaría, y tanto valdría irse a vivir a los bosques de la India o de África. Haber fabricado un aparato de acero, haberle lanzado sobre la inmensidad del Pacífico sin que jamás se haya acercado a las costas de los archipiélagos sospechosos, haber tomado toda clase de precauciones para que esté al abrigo de las epidemias y de las invasiones... y, de repente, en una noche... Verdaderamente, *Standard Island Company* no debía dudar en perseguir al Reino Unido ante un tribunal internacional y reclamarle una fuerte indemnización. ¿Acaso el derecho de gentes no ha sido violado? Sí... y si alguna vez puede probarse el caso...

Pero como el consejo de notables ha decidido, hay que acudir a lo más urgente.

En primer lugar, y contra lo que algunas familias han pedido bajo el imperio del espanto, no puede admitirse que la población se refugie en los vapores de los dos puertos y huya de Standard Island. Aquellos navíos, por otra parte, no bastarían.

No; se va a dar caza a aquellos animales de importación inglesa;

se les destruirá, y la *Joya del Pacífico* no tardará en recobrar su antigua seguridad.



Los habitantes de Milliard City ponen manos a la obra sin perder un instante. Algunos han propuesto medios extremos, entre otros, introducir el mar en la isla, propagar el incendio a través de los macizos del parque, las llanuras y los campos para ahogar o quemar a aquellos animales. Pero, en todo caso, el remedio sería ineficaz en lo que concierne a los anfibios, y mejor es proceder por batidas sabiamente organizadas.

Esto es lo que se hace.

Advertiremos aquí que el capitán Sarol, los malayos y los neohebridianos han ofrecido sus servicios, aceptados al punto por el gobernador; aquellas gentes han querido mostrar su reconocimiento por el favor que se les ha dispensado. En el fondo, el capitán Sarol teme, sobre todo, que el incidente interrumpa la campaña, que los *milliardais* y sus familias quieran abandonar Standard Island, y que obliguen a la administración a regresar directamente a la Bahía Magdalena, lo que reduciría sus proyectos a la nada.

El cuarteto se muestra a la altura de las circunstancias y digno de su nacionalidad. No se dirá que cuatro franceses no ofrecen su persona cuando se trata de correr un peligro. Se colocan bajo las órdenes de Calixtus Munbar, el que, según dice, ha visto cosas peores que aquélla, y se encoge de hombros en señal de desprecio hacia aquellos leones, tigres, panteras y demás inofensivas bestias. ¿Ha sido tal vez domador o director, por lo menos, de colecciones ambulantes...?

Las batidas comienzan aquella misma mañana, y dan buen resultado desde el principio.

Durante aquel primer día, dos cocodrilos han cometido la imprudencia de aventurarse fuera del Serpentina y, se sabe, los saurios, muy temibles en el líquido elemento, lo son menos en tierra firme por la dificultad que tienen para regresar. El capitán Sarol y sus malayos les atacan con valor y, no sin que uno de ellos recibiese una herida, desembarazaron el parque de estos anfibios.

Entre tanto han sido vistos unos diez más, los que, sin duda, constituyen la banda. Son animales de gran talla; miden de cuatro a cinco metros y, por consecuencia, son muy peligrosos. Se han refugiado en las aguas de la ribera, y los marinos se disponen a enviarles algunas de esas balas explosivas que hacen estallar los más sólidos caparazones.

Por otra parte, las escuadras de cazadores se extienden a través del campo. Uno de los leones es muerto por Jem Tankerdon, el cual ha tenido razón al decir que no hace su primer ensayo, y ha encontrado su sangre fría, su destreza de antiguo cazador del Far West. La bestia es soberbia, de esas que pueden valer de cinco a seis mil francos. La bala le ha atravesado el corazón en el momento en que se dirigía contra el grupo del cuarteto, y Pinchinat afirma «que ha sentido el rostro rozado por el viento de su cola».

Por la tarde, en un ataque en el que uno de los milicianos ha sido tocado por una dentellada en un hombro, el gobernador echa por tierra un magnífico león. Si John Bull ha contado que estos animales encastarían, parece que se ha equivocado.

No termina el día sin que caiga una pareja de tigres bajo las balas del comodoro Simcoe, a la cabeza de un destacamento de sus marinos, de los que uno, gravemente herido, ha tenido que ser transportado a Tribord Harbour. Según los informes recibidos, esos terribles felinos parecen ser los más numerosos de los carniceros desembarcados en la Isla de Hélice.

Al cerrar la noche, las fieras, después de haber sido resueltamente perseguidas, se esconden entre los macizos, por la parte de la batería del espolón, donde se proponen atacarlas desde que apunte el día.

De la noche a la mañana, terribles aullidos no han cesado de dejarse oír, sembrando el terror en las mujeres y niños de Milliard City. Su, espanto va en aumento, porque ¿cómo estar seguros de que Standard Island ha concluido con aquella vanguardia de la armada británica? Así es que las recriminaciones contra la pérfida Albión no cesan.

Al alba prosigue la batida. Siguiendo las órdenes del gobernador, de acuerdo con la opinión del comodoro Simcoe, el coronel Stewart se dispone a emplear la artillería contra las fieras, a fin de arrojarlas de sus guaridas, y, al efecto, se llevan a la parte de la batería del espolón dos piezas de cañón de Tribord Harbour, de las que funcionan como los Hotchkiss lanzando metralla.

En aquel sitio, los macizos de lotos están atravesados por la línea del tranvía que empalma hacia el observatorio. Cierta número de fieras han pasado la noche al abrigo de estos árboles. Entre las ramas bajas aparecen algunas cabezas de leones y de tigres con las

pupilas brillantes. Los marineros, los milicianos, los cazadores, dirigidos por Jem y Walter Tankerdon, Nat Coverley y Hubley Harcourt, toman posiciones en la parte izquierda de dichos macizos, esperando la salida de las feroces bestias que la metralla no haya matado.

A una señal del comodoro Simcoe, los dos cañones hacen fuego simultáneamente. Resuenan formidables rugidos. No es dudoso que varios carniceros hayan sido alcanzados. Los otros, unos veinte, se abalanzan y, pasando cerca del cuarteto, son saludados con una descarga que hiere mortalmente a dos de ellos. En aquel momento, un enorme tigre salta sobre el grupo, y Frascolin recibe tal terrible empuje que cae rodando a diez pasos de distancia.

Sus camaradas se precipitan a socorrerle. Se le levanta casi sin sentido; pero pronto vuelve en sí. No ha recibido más que un choque. ¡Ay! ¡Qué choque!

Entre tanto se trata de perseguir a los caimanes que están bajo las aguas del Serpentina. ¿Cómo se puede estar nunca seguro de verse libre de tales animales? Por fortuna, Hubley Harcourt ha tenido la idea de hacer levantar las compuertas del río, y es posible atacar a los saurios en mejores condiciones, y con buen éxito.

La única víctima que lamentar es un magnífico perro, propiedad de Nat Coverley. Cogido por un aligátor, el pobre animal ha sido partido en dos de una dentellada. Pero una docena de estos saurios han sucumbido a las balas de los milicianos, y es posible que Standard Island se vea completamente libre de aquellos terribles anfibios.

Por lo demás, la jornada ha sido buena. Seis leones, ocho tigres, cinco jaguares y nueve panteras, machos y hembras, se cuentan entre los animales muertos.

Llegada la noche, el cuarteto, con Frascolin también, repuesto de la sacudida, se sienta en el restaurante del casino.

—Me parece que estamos al cabo de nuestro trabajo —dice Yvernés.

—A menos que ese vapor, como una segunda Arca de Noé, no haya encerrado todos los animales de la creación —responde Pinchinat.

No era lo probable, y Athanase Dorémus se cree lo bastante seguro para regresar a su domicilio de la Vigesimoquinta Avenida.

Allí, en su casa, dispuesta como una barricada, encuentra a su vieja sirvienta desesperada ante el temor de que sólo volvieran los restos de su antiguo señor.

Aquella noche ha sido bastante tranquila. Apenas si a lo lejos se han oído rugidos por la parte de Babord Harbour. Es de suponer que al día siguiente, procediendo a una batida general por el campo, la destrucción de las fieras será completa.

Los grupos de cazadores se organizan desde el amanecer. No hay que decir que desde hace veinticuatro horas Standard Island está parada, pues todo el personal de la maquinaria se dedica a la obra común.

Las escuadras, compuesta cada una de veinte hombres armados con fusiles de tiro rápido, tiene orden de recorrer toda la isla. El coronel Stewart no ha juzgado útil emplear las piezas de artillería contra las fieras, puesto que al presente se han dispersado. Trece de estos animales, alcanzados en los alrededores de la batería de popa, caen bajo las balas. Pero ha sido preciso librar a dos aduaneros del puesto vecino que, acometidos por un tigre y una pantera, han recibido graves heridas.

Esta última caza eleva a cincuenta y tres el número de los animales destruidos desde la primera batida de la víspera.

Son las cuatro de la mañana. Cyrus Bikerstaff y el comodoro Simcoe, Jem Tankerdon y su hijo, Nat Coverley y sus dos auxiliares, algunos otros de los notables, escoltados por un destacamento de la milicia, se dirigen al Ayuntamiento, donde el consejo espera las relaciones expedidas de los dos puertos, de las baterías del espolón y de la popa.

Cuando sólo les faltan unos cien pasos para llegar al edificio municipal, suenan gritos violentos y vese gran número de personas, mujeres y niños, presas de un repentino pánico, huir corriendo a lo largo de la Primera Avenida.

En seguida, el gobernador, el comodoro Simcoe y sus compañeros se precipitan hacia el *square*, cuya verja debiera estar cerrada... Pero por una inexplicable negligencia, la verja está abierta, y no es dudoso que alguna de las fieras, la última tal vez, la haya franqueado.

Nat Coverley y Walter Tankerdon, que son los primeros que llegan, se precipitan en el *square*.

De pronto, y cuando está a tres pasos de Nat Coverley, Walter es derribado por un enorme tigre.

No teniendo Nat Coverley tiempo de cargar su fusil, desenvaina el cuchillo de caza, y va en socorro de Walter, en el momento en que las garras del animal caen sobre la espalda del joven.

Walter está salvado, pero el tigre se vuelve y se dirige contra Nat Coverley...

Este le hiere con el cuchillo, sin poder tocarle en el corazón, y cae de espaldas.

El tigre retrocede, con la boca rugiente, la mandíbula abierta, la lengua sangrienta...

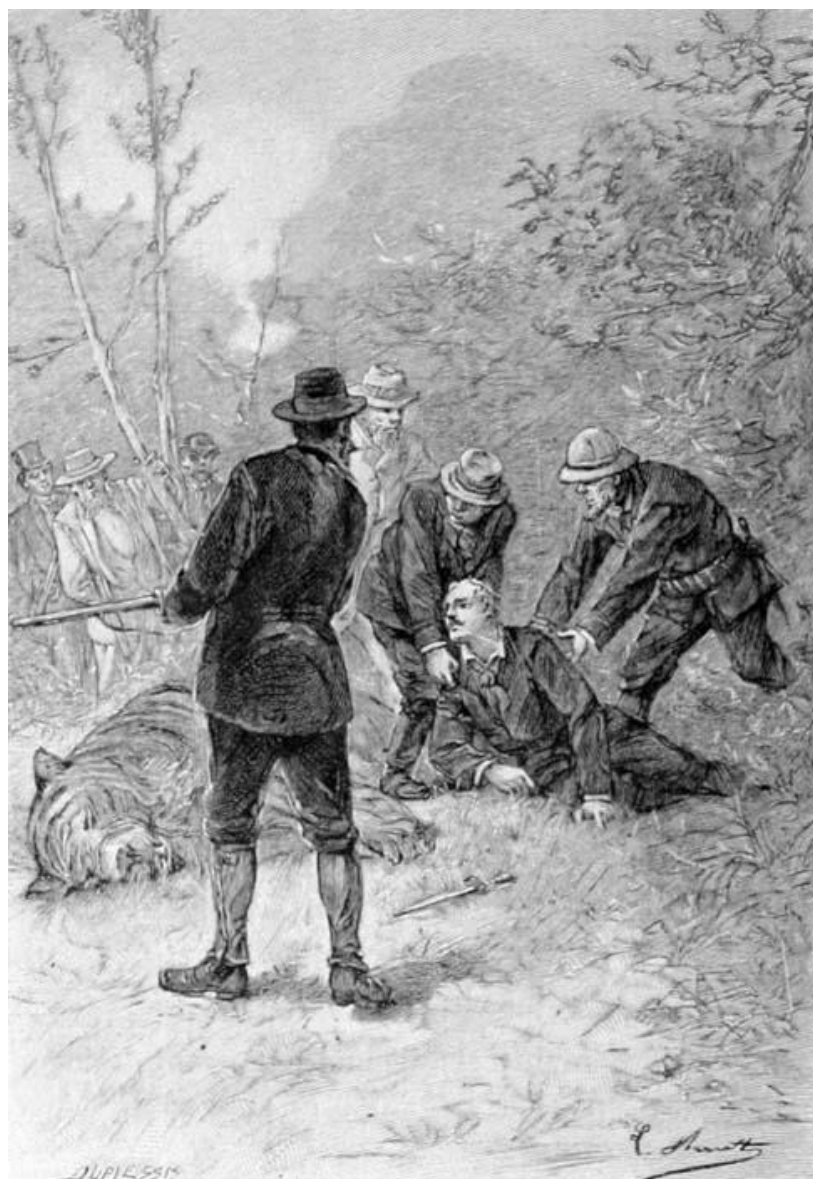
Óyese un tiro...

Es Jem Tankerdon que acaba de hacer fuego.

Suena un segundo tiro...

Es la bala de su fusil, que acaba de explotar en el cuerpo del tigre.

Se levanta a Walter, que tiene un hombro medio desgarrado.



Respecto a Nat Coverley, si no ha sido herido, por lo menos nunca ha visto tan cerca la muerte.

Se yergue y, avanzando hacia Jem Tankerdon, le dice con voz grave:

—Me ha salvado usted... ¡Gracias!

—Ha salvado usted a mi hijo... ¡Gracias! —responde Jem Tankerdon.

Y ambos se estrechan la mano, en testimonio de un reconocimiento que muy bien podrá terminar en amistad sincera...

En seguida Walter es transportado al hotel de la Decimonovena Avenida, donde está refugiada su familia, mientras Nat Coverley regresa a su domicilio, del brazo de Cyrus Bikerstaff.

En lo que se refiere al tigre, el superintendente se encarga de utilizar su magnífica piel. El soberbio animal será disecado admirablemente, y figurará en el Museo de Historia Natural de Milliard City con esta inscripción:

*Ofrecido por el Reino Unido
de Gran Bretaña e Irlanda
a Standard Island,
infinitamente reconocido.*

De suponer que el atentado debe apuntarse en la cuenta de Inglaterra, no sería fácil conseguir venganza más ingeniosa. Por lo demás, ésta es la opinión de *Su Alteza* Pinchinat, buen perito en tales materias.

No hay que extrañar que, al día siguiente, mistress Tankerdon visite a mistress Coverley para darle las gracias por el servicio prestado a Walter, ni que mistress Coverley devuelva su visita a mistress Tankerdon para darle las gracias por el servicio prestado a su marido... Digamos que miss Dy ha querido acompañar a su madre, ¿y no es natural que ambas hayan pedido noticias de su querido enfermo?

En fin, todo va de lo mejor posible, y libre de sus terribles huéspedes, Standard Island puede seguir, en plena seguridad, su camino hacia el archipiélago de las Fidji.

CAPÍTULO VIII

FIDJI Y FIDJIANOS



¿Cuántos dices? —pregunta Pinchinat.

—Doscientos cincuenta y cinco, amigos míos —responde Frascolin—. Sí... entre islas e islotes se cuentan doscientos cincuenta y cinco en el archipiélago de las Fidji.

—¿Y qué nos importa eso —responde Pinchinat— si la *Joya del Pacífico* no debe hacer doscientas cincuenta y cinco escalas?

—¡Tú no sabrás nunca geografía! —Proclama Frascolin.

—¡Y tú... tú sabes demasiada! —replica *Su Alteza*.

Siempre que el segundo violín quiere instruir a sus compañeros, es acogido de este modo.

Sin embargo, Sébastien Zorn, que le escucha con más gusto, se deja llevar ante el mapa del casino, sobre el que todos los días se señala el punto. Allí es fácil seguir el itinerario de Standard Island, desde su partida de la Bahía Magdalena. Este itinerario forma una especie de gran S, cuyo bucle inferior se desarrolla hasta el grupo de las Fidji.

Frascolin muestra entonces al violonchelista ese amontonamiento de islas descubierto por Tasman en 1643, un archipiélago comprendido de una parte entre el decimosexto y el vigésimo paralelo sur, y de otra entre el centésimo septuagésimo cuarto meridiano oeste, y el centésimo septuagésimo noveno

meridiano este.

—¿Vamos, pues, a meter nuestra máquina entre esos centenares de guijarros sembrados por el camino? —observa Sébastien Zorn.

—Sí, mi antiguo compañero de cuerdas —responde Frascolin—, y si miras con alguna atención...

—Y cerrando la boca —añade Pinchinat.

—¿Por qué...?

—Porque, como dice el refrán: «En boca cerrada no entran moscas...».

—Y ¿de qué mosca quieres hablar...?

—De la que te pica cuando se trata de injuriar a Standard Island. Sébastien Zorn se encoge desdeñosamente de hombros, y volviéndose a Frascolin, pregunta:

—¿Decías...?

—Decía que para tocar las dos grandes islas de Viti Levu y de Vanua Levu, existen tres pasos que atraviesan el grupo oriental: el paso Nanuku, el paso Lakemba, el paso Oneata.

—¡Sin contar el paso donde se hará uno pedazos! —grita Sébastien Zorn—. ¡Esto será lo que acabará sucediéndonos al fin...! ¿Acaso está permitido navegar en tales mares, con toda una ciudad y toda una población en esta ciudad? ¡No...! ¡Esto es contrario a las leyes de la naturaleza!

—¡La mosca...! —responde Pinchinat—. ¡La mosca de Zorn...! ¡Ahí está!

En efecto, ¡siempre estos fastidiosos pronósticos que el testarudo violonchelista no quiere desechar!

En realidad, en aquella parte del Pacífico, el primer grupo de las Fidji opone una especie de barrera a los navíos que llegan del este. Pero los pasos son lo suficiente anchos para que el comodoro Simcoe pueda aventurar por ellos su aparato flotante, sin hablar de los otros indicados por Frascolin. Entre estas islas, las más importantes, fuera de las dos Levu, situadas al oeste, son Ono, Ngaloa, Kandavu, etc.

Entre aquellas montañas que emergen del fondo del océano, está encerrado el Mar de Koro, y si este archipiélago, entrevisto por Cook, visitado por Bligh en 1789, por Wilson en 1792, es tan minuciosamente conocido, débese a que los notables viajes de Dumont d'Urville en 1828 y en 1833, los del americano Wilkes en

1839, los del inglés Erskine en 1853, y después la expedición del *Herald*, capitán Durham, de la marina británica, ha permitido establecer los mapas con una precisión que hace honor a los ingenieros hidrógrafos.

Así pues, el comodoro Simcoe no abriga duda de ningún género. Viniendo del sudeste emboca el paso Fulanga, dejando a babor la isla de este nombre —una especie de galleta empezada, servida en su plato de coral—. Al día siguiente, Standard Island da en el mar interior, que está protegido por esas sólidas cadenas submarinas contra las grandes olas.

No hay que decir que el temor por los animales feroces, aparecidos bajo el techo del pabellón británico, no se ha extinguido por completo. Los habitantes de Milliard City están siempre alerta. Se organizan incesantes batidas por los bosques, los campos y las aguas. No hay huella alguna de fieras. Ni rugidos por la noche ni por el día. Al principio, los más cobardes se resisten a abandonar la ciudad para aventurarse por el parque o el campo. ¿No puede temerse que el vapor haya desembarcado una carga de serpientes — ¡como en la Martinica!— y que los sotos estén infestados? Se ha prometido una prima a cualquiera que se apodere de alguno de estos reptiles. Se le pagará a peso de oro o a tanto el centímetro, y por pequeña que sea una boa, ya hará una suma aceptable. Pero como de las pesquisas practicadas no ha resultado nada, hay motivo para estar seguros, y la población de Standard Island se ha tranquilizado.

El resultado más positivo es el haberse efectuado una reconciliación completa entre las dos secciones de la ciudad. Desde el asunto Walter-Coverley y Coverley-Tankerdon, las familias de Tribord y Babord se visitan, se invitan, se reciben. Recepciones sobre recepciones; fiestas sobre fiestas. Todas las noches baile y concierto en las casas de los principales notables, más particularmente en el hotel de la Decimonovena Avenida y en el de la Decimoquinta Avenida. El *Cuarteto concertante* no se da punto de reposo. Por lo demás, el entusiasmo que excita no ha disminuido, sino al contrario.

En fin, la gran noticia se esparce una mañana, cuando Standard Island bate con sus poderosas hélices la tranquila superficie del Mar de Koro. Míster Jem Tankerdon ha hecho una visita oficial al hotel

de míster Nat Coverley, y le ha pedido la mano de miss Dy Coverley, su hija, para su hijo Walter Tankerdon. Míster Nat Coverley ha otorgado la mano de miss Dy Coverley, su hija, a Walter Tankerdon, hijo de míster Jem Tankerdon. Respecto a la dote no ha habido dificultad alguna. Será de doscientos millones para cada uno de los jóvenes esposos.

—Y tendrán con qué vivir... ¡hasta en Europa! —Hace observar Pinchinat.

Las dos familias reciben felicitaciones de todas partes. El gobernador Cyrus Bikerstaff no oculta su extrema satisfacción. Gracias a aquel matrimonio desaparecen las causas de rivalidad tan comprometedoras para el porvenir de Standard Island. El rey y la reina de Malecarlia son los primeros en enviar su enhorabuena a los jóvenes, haciendo votos por su felicidad. Las tarjetas, impresas en oro sobre aluminio, llenan las bandejas de los hoteles. Los periódicos hacen extensas crónicas a propósito de los esplendores que se preparan, como nunca se han visto en Milliard City ni en ningún otro punto del globo. Expídense cablegramas a Francia para la confección de las galas de la novia. Las tiendas de novedades, los establecimientos de las grandes modistas, las fábricas de alhajas y de objetos de arte reciben inverosímiles pedidos. Un vapor especial, que partirá de Marsella, vendrá por el Canal de Suez y el océano índico a traer aquellas maravillas de la industria francesa. La fecha del matrimonio ha sido fijada para cinco semanas después, o sea el 27 de febrero. Observaremos que los mercaderes de Milliard City tendrán su parte de beneficios en el negocio, pues también contribuirán a la confección de las galas mencionadas, y solamente con los gastos que van a imponerse los nababs de Standard Island habrá para realizar algunas fortunas.

El organizador indicado de todas las fiestas es el superintendente Calixtus Munbar. Preciso es renunciar a describir su estado de ánimo, cuando el matrimonio de Walter Tankerdon y miss Dy Coverley ha sido declarado públicamente. Sábese lo que lo deseaba... Es la realización de su sueño, y como la municipalidad acuerde dejarle carta blanca, tened seguridad que estará a la altura de sus funciones, organizando un ultramaravilloso festival.

El comodoro Simcoe pone en conocimiento del público, por un suelto de los periódicos, que en la fecha elegida para la ceremonia

nupcial, la Isla Hélice se encontrará en aquella parte de mar comprendida entre las Fidji y las Nuevas Hébridas. Antes pasará por Viti Levu, donde la escala debe durar unos diez días, la única que se propone hacer en medio de aquel vasto archipiélago.

Navegación deliciosa. En la superficie del mar se ven numerosas ballenas. Con los mil juegos de agua de sus aventadores, parece aquello un inmenso estanque de Neptuno; en comparación, el de Versalles no es más que un juguete de niño, como hace observar Yvernés. También por centenares aparecen enormes tiburones que escoltan a Standard Island, como si siguieran un navío en marcha.

Esta porción del Pacífico limita la Polinesia, que confina con la Melanesia, donde se encuentra el grupo de las Nuevas Hébridas^[7]. Está cortada por el centésimo octogésimo grado de longitud, línea convencional que describe el meridiano que separa las dos mitades de este inmenso océano. Los marinos que viniendo del este tocan este meridiano, quitan un día del calendario, y viceversa, los que vienen del oeste añaden uno. Sin esta precaución no habría concordancia de fechas. El año anterior Standard Island no había tenido que hacer este cambio, puesto que no había avanzado en el oeste más allá de dicho meridiano. Pero ahora tiene que acomodarse a esta regla, y ya que viene del este, el 22 de enero se cambia en 23.

De las doscientas cincuenta islas que componen el archipiélago de las Fidji, solamente unas cien están habitadas. La población total no pasa de ciento veintiocho mil habitantes, población pobre para una extensión de veintiún mil kilómetros cuadrados.

De estos islotes, simples cimas de montañas submarinas, rodeados de una franja de coral, no hay ninguno que mida más de ciento cincuenta kilómetros superficiales. Este dominio insular no es, en verdad, más que una división política de la Australasia, dependiente de la corona desde 1874, lo que significa que Inglaterra ha anexionado bien a su imperio colonial. Los fidjianos se han decidido a someterse al protectorado británico por haber sido amenazados, en 1859, de una invasión tongana, a la que el Reino Unido se ha opuesto por la intervención de su famosísimo Pritchard, el Pritchard de Tahití. Al presente, el archipiélago está dividido en diecisiete distritos, administrados por dos subjeses indígenas, más o menos unidos a la familia soberana del último rey Thakumbau.

—¿Es ésta la consecuencia del sistema inglés? —dice el comodoro, que habla de este asunto con Frascolin—. ¿Y pasará en las Fidji lo que ha pasado en Tasmania? Yo no lo sé, pero lo cierto es que el indígena tiende a desaparecer, la colonia no está en vía de prosperidad, ni la población en vía de crecimiento, y esto lo demuestra la inferioridad numérica de las mujeres con relación a los hombres.

—Esto es, en efecto, indicio de la extinción próxima de una raza —responde Frascolin— y en la vieja Europa hay ya algunos Estados a los que amenaza esta inferioridad.

—Además, aquí —responde el comodoro— los indígenas no son más que verdaderos siervos, lo mismo que los naturales de las islas vecinas, reclutados por los plantadores para los trabajos de labranza. Por otra parte, la enfermedad les diezma, y en 1875 solamente la viruela ha hecho perecer más de treinta mil. Sin embargo, como puede usted notar, es éste un admirable país. Si en el interior de las islas la temperatura es elevada, es muy moderada en el litoral. El terreno es muy fértil en frutos y legumbres, en árboles, cocoteros, bananos, etc. No hay más que el trabajo de recolectar los ñames, los taros^[8], y la sustancia alimenticia de la palmera que produce el sagú...

—¡El sagú! —exclama Frascolin—. ¡Qué recuerdo de nuestro Robinsón suizo!

—En cuanto a los cerdos y a los pollos —continúa el comodoro Simcoe—, estos animales se han multiplicado desde su importación de un modo extraordinario. De aquí la facilidad completa para satisfacer las necesidades de la existencia. Por desgracia, los indígenas son propensos a la indolencia, al *far niente*, aunque sean de una inteligencia muy viva y de un carácter espiritual...

—Y cuando se tiene tanto talento... —dice Frascolin.

—¡Los niños viven poco! —responde el comodoro Simcoe.

Realmente, todos esos polinesios, melanesios y otros ¿qué son sino niños?

Avanzando hacia Viti Levu, Standard Island pasa por varias islas intermedias como Vanua Vatu, Moala, Ngau, sin detenerse en ellas.

De todas partes salen, rodeando su litoral, flotillas de esas largas piraguas con balancín de bambúes entrecruzados que sirven para mantener el equilibrio del aparato y acomodar el cargamento.

Circulan, evolucionan con gracia, mas no pretenden entrar ni en Tribord Harbour ni en Babord Harbour. Es posible que no se les hubiera consentido, dada la mala reputación de los fidjianos. Es verdad que estos indígenas han abrazado el cristianismo. Desde que los misioneros europeos se han establecido en Lecumba, en 1835, son casi todos protestantes wesleyanos, mezclados con algunos millares de católicos. Pero antes estaban tan afectos a las prácticas del canibalismo, que no han perdido del todo el gusto por la carne humana. Por lo demás, esto es cuestión de principios religiosos. Sus dioses amaban la sangre. La benevolencia era mirada, en los pueblos, como una debilidad y hasta un pecado. Comer a su enemigo era hacerle un honor. Hombre que se le despreciaba, se le cocía, no se le comía. Los niños servían de plato principal en los festines, y no está lejos el tiempo en que el rey Thakumbau gustaba de sentarse bajo un árbol, cada una de cuyas ramas soportaba un miembro humano reservado a la mesa real. A veces hasta una tribu, como sucedió a la de los nulocas, de Viti Levu, cerca de Namosi, fue devorada entera, excepto algunas mujeres, una de las cuales ha vivido hasta 1880.

Decididamente, si Pinchinat no encuentra en cualquiera de estas islas nietos de antropófagos que conserven las costumbres de sus abuelos, tendrá que renunciar a pedir un resto de color local a aquellos archipiélagos del Pacífico.

El grupo occidental de las Fidji comprende dos grandes islas, Viti Levu y Vanua Levu, y dos islas medianas, Kandavu y Taveuni. Más al noroeste, están las islas Wassava y el sitio por donde se abre el paso de la isla Ronde, por el que el comodoro Simcoe debe salir remontando a las Nuevas Hébridas.

En la tarde del 25 de enero, las alturas de Viti Levu se dibujan en el horizonte. Esta isla montañosa es la más considerable del archipiélago, un tercio mayor que Córcega, o sea de diez mil seiscientos cuarenta y cinco kilómetros cuadrados.

Sus cimas suben a mil doscientos y mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Son volcanes extinguidos o dormidos, por lo menos, cuyo despertar es generalmente muy desagradable.

Viti Levu está unida a su vecina del norte Vanua Levu por una barrera submarina de arrecifes que brotaba sin duda en la época de formación telúrica. Por encima de esta barrera, Standard Island

podía aventurarse sin peligro. De otra parte, al norte de Viti Levu, las profundidades son valuadas entre cuatrocientos y quinientos metros, y al sur entre quinientos y dos mil.

En otra época la capital del archipiélago era Levuka, en la isla de Ovalau, al este de Viti Levu. Tal vez hasta las factorías fundadas por las casas inglesas son allí más importantes que las de Suva, la capital actual, en la isla de Viti Levu. Pero este puerto ofrece grandes ventajas a la navegación, por estar situado en la extremidad este de la isla, entre dos deltas, cuyas aguas mojan aquel litoral. En cuanto al puerto de atracada de los paquebotes, en relación con las Fidji, ocupa el fondo de la bahía de Ngaloa, al sur de la isla Kandaaua, el yacimiento más vecino de Nueva Zelanda, de Australia, de las islas francesas Nueva Caledonia y Lealtad.

Standard Island ancla en la abertura del puerto de Suva. Las formalidades del caso se cumplen el mismo día, acordándose la libre plática. Como estas visitas son de indudable provecho, tanto para los colonos como para los indígenas, los *milliardais* tienen la seguridad de una excelente acogida, en la que tal vez existe más interés que simpatía. Por otra parte, no hay que olvidar que las Fidji dependen de la corona, y que las relaciones son siempre tirantes entre el *Foreign Office* y la *Standard Island Company*, tan celosa de su independencia.

Al día siguiente, 26 de enero, los comerciantes de Standard Island, que tienen que efectuar negocios de compra o de venta, se hacen conducir a tierra desde las primeras horas. Los turistas, y entre ellos nuestros parisienses, no se hacen esperar. Aunque Pinchinat e Yvernés bromean con Frascolin, el distinguido discípulo del comodoro Simcoe, sobre sus estudios «etnorasantogeográficos» —como dice *Su Alteza*— se aprovechan de ellos. Para las preguntas de sus compañeros sobre los habitantes de Viti Levu, sus, costumbres, sus prácticas, etc., el segundo violín tiene siempre alguna respuesta instructiva. Sébastien Zorn no se desdén de interrogarle sobre aquel asunto, y cuando Pinchinat sabe que aquellos parajes eran, no hace mucho, el principal teatro del canibalismo, no puede contener un suspiro, al decir:

—Sí, pero llegaremos demasiado tarde, y veréis que esos fidjianos, enervados por la civilización, han sucumbido al guisado de pollo y a los pies de cerdo a la *sainte-menehould*.

—¡Antropófago! —le grita Frascolin—. Merecerías haber figurado en la mesa del rey Thakumbau...

—¡Je, je! ¡Un *entrecote* de Pinchinat a la bordelesa...!

—Vamos —replica Sébastien Zorn—. Si perdemos el tiempo en consideraciones odiosas...

—¡No realizaremos el progreso más que marchando adelante...! —exclama Pinchinat—. He aquí una frase de las que te gustan, mi viejo violonchelista. Pues bien, ¡andando...!, ¡en marcha!

La ciudad de Suva, construida sobre la derecha de una pequeña bahía, esparce sus casas tras una colina verde. Posee muelles dispuestos para el anclaje de los navíos, calles con aceras entarimadas, ni más ni menos que las playas de nuestros establecimientos balnearios. Las casas de madera, con piso bajo, y alguna, aunque rara vez, con un primer piso, son alegres y frescas. En los alrededores de la ciudad, algunas cabañas indígenas muestran sus paredes adornadas de conchas. Los tejados, de gran solidez, resisten las lluvias del invierno, de mayo a octubre, que son torrenciales. En efecto, según cuenta Frascolin, en marzo de 1871, Mbua, situada en el este de la isla, ha recibido en un día treinta y ocho centímetros de agua.

Viti Levu, no menos que las otras islas del archipiélago, está sometida a las desigualdades climatológicas, y la vegetación difiere de un litoral a otro. Por la parte opuesta a los vientos alisios del sudeste, el ambiente es húmedo, y magníficos bosques cubren el suelo. Por la otra, se extienden inmensas sabanas propias para el cultivo. Obsérvase, no obstante, que ciertos árboles comienzan a destruirse, entre otros, el sándalo y el dakua, ese pino especial de las Fidji.

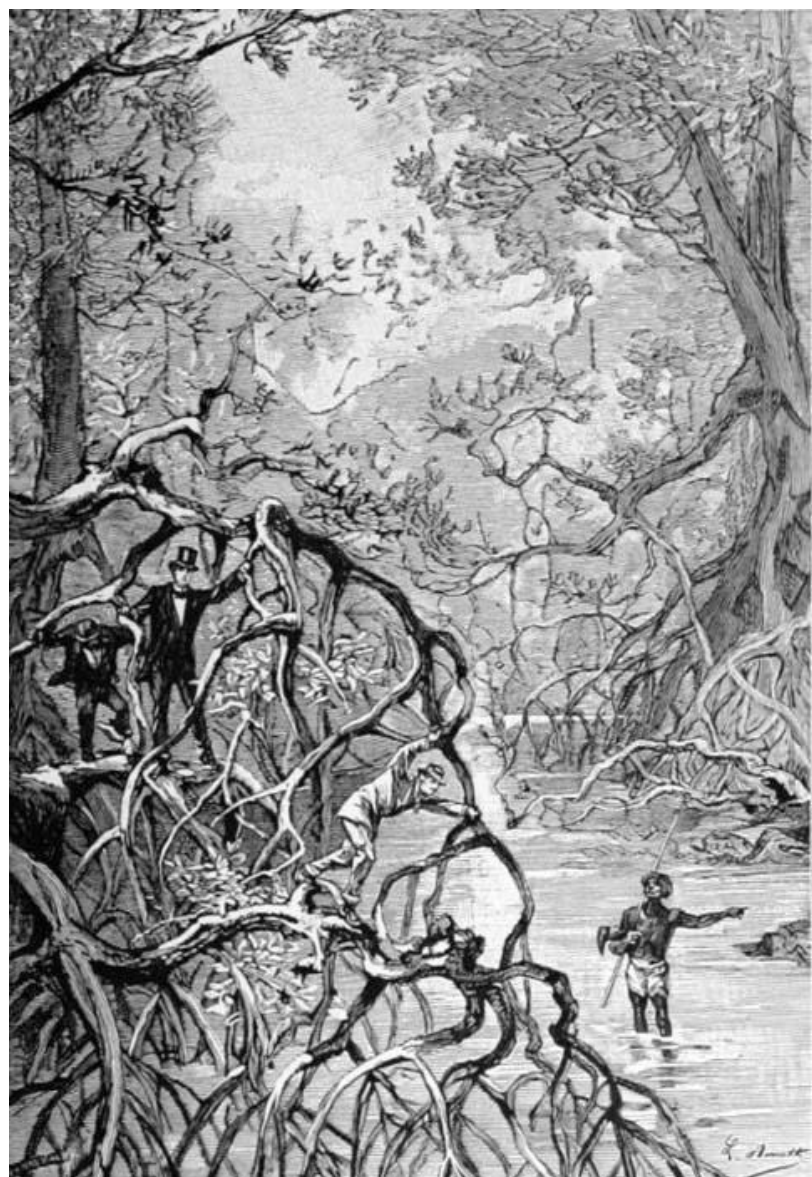
Sin embargo, en sus paseos, el cuarteto nota que la flora de la isla es de una lujuria tropical. Por todas partes, bosques de cocoteros y palmeras, con troncos tapizados de orquídeas parásitas, macizos de casuarinas, de pandanos, acacias, helechos arborescentes, y en los sitios pantanosos gran número de esos mangles, cuyas raíces serpentean fuera del suelo. Pero el cultivo del algodón y el del té no han dado los resultados que este clima tan poderoso permitía esperar. En realidad, el suelo de Viti Levu —lo que es común al grupo—, arcilloso y de color amarillento, no está formado más que de cenizas volcánicas, a las que la descomposición

ha dado cualidades productivas.

Respecto a la fauna, no es más variada que en los diversos parajes del Pacífico: una cuarentena de especies de pájaros, cotorras y canarios aclimatados, de murciélagos, de ratas que forman legiones, de reptiles de especie no venenosa, muy apreciados por los indígenas desde el punto de vista comestible, de lagartos y cucarachas repugnantes, de una voracidad de caníbales. Fieras, ninguna, lo que provoca esta burla de Pinchinat:

—Nuestro gobernador Cyrus Bikerstaff ha debido de conservar algunas parejas de leones, de tigres, de panteras y de cocodrilos, y depositarlos en las Fidji... Esto hubiera sido una mera restitución, puesto que estas islas pertenecen a Inglaterra.

Estos indígenas, mezcla de la raza polinesia y melanesia, presentan buen tipo, menos notable, cierto, que los de Samoa y las Marquesas. Los hombres, de tez cobriza, casi negros, la cabeza cubierta de una cabellera velluda, son altos y vigorosos. Su vestido es bastante rudimentario: el más frecuente, un sencillo taparrabos, o un faldón hecho de *masi*, tela indígena que se saca de una especie de moral que produce también el papel. En su primer estadio de fabricación, dicha tela es de una blancura perfecta; pero los fidjianos la tiñen, y es solicitada en todos los archipiélagos del este del Pacífico.



Es de advertir que estos hombres no se desdennan de vestir, en ocasiones, con los viejos despojos europeos, escapados de las prenderas del Reino Unido o de Alemania. Es asunto de burla para un parisiense ver a esos fidjianos hundidos en un pantaln deforme o un abrigo fuera de uso, y hasta en un traje negro, el que tras muchas fases de decadencia ha venido a concluir sobre la espalda de un natural de Viti Levu.

—Sería cosa de hacer la novela de uno de estos trajes... — observa Yvernés.

—¡Una novela que correría el riesgo de terminar en un chasco! — responde Pinchinat.

Respecto a las mujeres, su vestido consiste en la falda y el justillo de *masi*, que las visten de un modo más o menos decente, a despecho de los sermones wesleyanos. Tienen buenas formas, y, con el atractivo de la juventud, algunas pueden pasar por bonitas. Pero tienen la detestable costumbre —lo mismo que los hombres— de endurecer con cal su cabellera negra, formando una especie de sombrero calcáreo, que tiene por objeto preservarles de las insolaciones. Además, fuman tanto como sus esposos y hermanos, ese tabaco del país que huele a hierba quemada, y cuando el cigarrillo no está en sus labios está enhebrado en el lóbulo de sus orejas, en el sitio donde en Europa se llevan pendientes de diamantes y de perlas.

En general, estas mujeres están reducidas a la condición de esclavas, cargadas con los más rudos trabajos de la casa, y no está lejos del tiempo en que después de haber penado para entretener la indolencia de su marido, se las estrangulaba sobre su tumba.

Varias veces, durante los tres días que han consagrado a sus excursiones en torno de Suva, nuestros turistas intentaron visitar algunas casas indígenas. No pudieron entrar, no por inhospitalidad de sus moradores, sino por el mal olor que de tales sitios salía. Los habitantes, frotados con aceite de coco, su promiscuidad con los cerdos, los pollos, los perros, los gatos, en estas nauseabundas chozas de paja, la luz sofocante obtenida por la goma resinosa del dammana... ¡no...! No había modo de permanecer allí. Y, además, después de haber tomado sitio en el hogar fidjiano, ¿no hubiera sido preciso, so pena de faltar a las conveniencias, aceptar el mojar los labios en el bol de *kava*, el licor fidjiano por excelencia? Aparte

de que, por estar sacado de la raíz seca de la pimienta, ese *kava* sea inaceptable para los paladares europeos, hay que tener en cuenta además la manera como se prepara. ¿No es para excitar la más invencible repugnancia? No se monda, se machaca, se tritura entre los dientes, se echa en el agua de un vaso y se os ofrece con una insistencia salvaje que no permite rehusarlo. No hay más que dar las gracias pronunciando estas palabras, que son de uso corriente en el archipiélago: *E mana ndina*, o lo que es lo mismo, *Amen*.

Y no hablemos de las cucarachas que pululan en el interior de las chozas, de las hormigas blancas que las devastan y de los mosquitos, que se cuentan por millares, de cuyos bichos se ven correr innumerables falanges por las paredes, por el suelo, por los vestidos de los indígenas.

Así no es de extrañar que *Su Alteza*, con ese acento cómico británico de los clowns ingleses, exclame viendo hormigear esos formidables insectos:

—¡Mioustic...! ¡Mioustic...!

En fin, ni sus compañeros ni él tienen el valor suficiente para penetrar en las casas fidjianas. De forma que, desde este punto de vista, sus estudios etnológicos quedan incompletos, y el mismo Frascolin ha retrocedido, lo que forma una laguna en sus recuerdos de viaje.

CAPÍTULO IX

UN *CASUS BELLI*



Mientras nuestros artistas pasean y examinan las costumbres

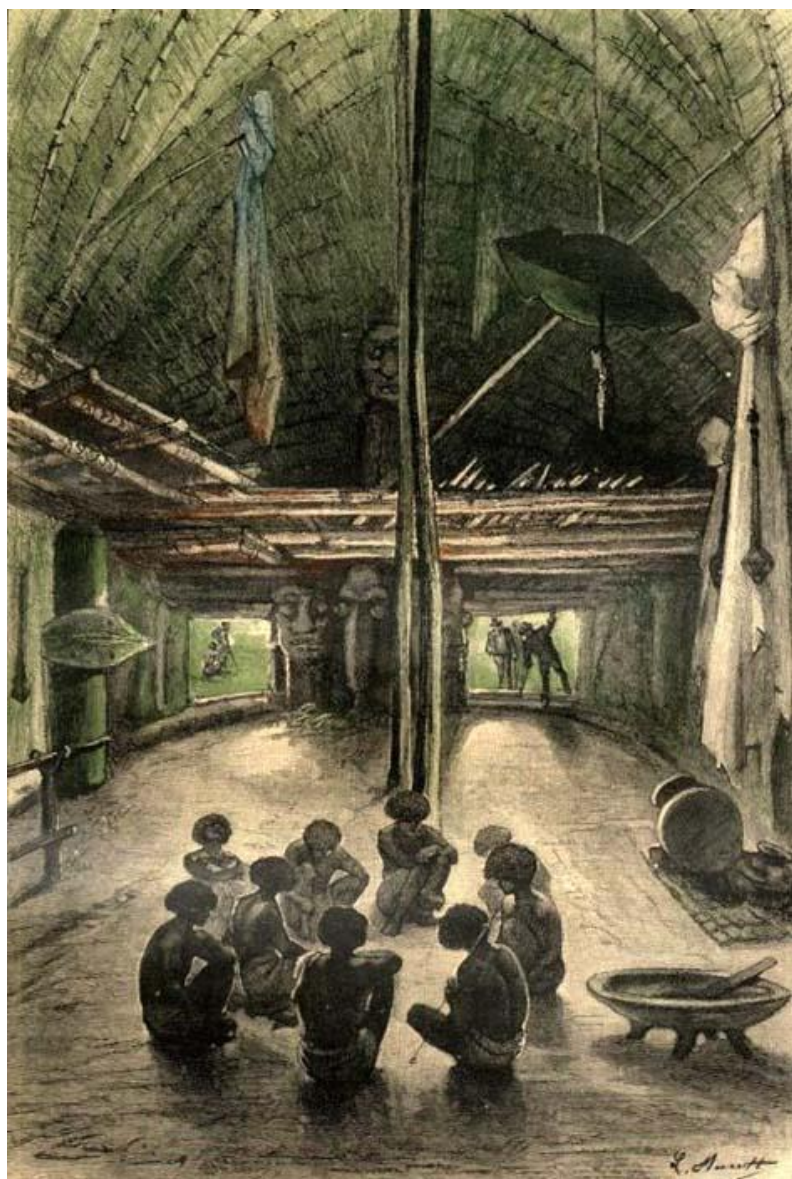
del archipiélago, algunos notables de Standard Island no se han desdenado de entrar en relaciones con las autoridades indígenas del archipiélago. Los *papalangis* —así se llama a los extranjeros en estas islas— no podían temer ser mal recibidos.

Las autoridades europeas están representadas por un gobernador general, que es al mismo tiempo cónsul general de Inglaterra para esos grupos del oeste, que sufren más o menos eficazmente el protectorado del Reino Unido. Cyrus Bikerstaff no cree estar en el deber de hacerle una visita oficial. Dos o tres veces se han mirado, pero sus relaciones no han pasado de aquí.

Con el cónsul de Alemania, que es al mismo tiempo uno de los principales comerciantes del país, las relaciones se han limitado a un cambio de tarjetas.

Durante la escala, las familias Tankerdon y Coverley han organizado excursiones a los alrededores de Suva, y a los bosques que erizan sus alturas hasta los últimos picos.

Con este motivo, el superintendente hace a sus amigos del cuarteto una observación muy justa.



—Si los *milliardais* se muestran tan aficionados a esos paseos por las alturas —dice—, esto obedece a que nuestra Standard Island no es suficientemente accidentada... Es muy plana, demasiado uniforme..., pero yo espero que algún día se fabricará una montaña artificial que podrá rivalizar con las más altas cimas del Pacífico. Entre tanto, siempre que la ocasión se presenta, nuestros conciudadanos se apresuran a ir a respirar, a algunos centenares de pies, el aire puro y vivificante del espacio... Esto responde a una necesidad de la naturaleza humana...

—Muy bien —responde Pinchinat—. Pero un consejo, mi querido Eucaliptus. Cuando usted construya su montaña en acero o en aluminio, no se olvide usted de ponerle un lindo volcán en las entrañas... Un volcán con cajas fulminantes y piezas de artificio...

—¿Y por qué no, señor burlón? —responde Calixtus Munbar.

—Eso es lo que yo digo: ¿y por qué no? —replica *Su Alteza*.

No hay que decir que Walter Tankerdon y miss Dy Coverley toman parte en estas excursiones, uno del brazo del otro.

No se ha descuidado visitar en Viti Levu las curiosidades de su capital, esos *mburé-kalou*, los templos de los espíritus, y también el local destinado a las asambleas políticas. Estas construcciones, que se alzan sobre una base de piedra, se componen de bambúes trenzados, de vigas recubiertas de una especie de pasamanería vegetal, de listones ingeniosamente dispuestos para soportar la paja del techado. Los turistas visitan el hospital, que reúne excelentes condiciones higiénicas, y el jardín botánico, en forma de anfiteatro detrás de la ciudad. Frecuentemente, estos paseos se prolongan hasta la noche, y entonces el regreso se efectúa, como en los antiguos tiempos, con la linterna en la mano. En las Islas Fidji no hay aún gasómetro, ni mecheros Auer, ni lámparas de arco, ni gas acetileno, pero todo llegará bajo el protectorado de Gran Bretaña, insinúa Calixtus Munbar.

¿Y el capitán Sarol y sus malayos, y los neohebridianos embarcados en las Samoa, qué hacen durante esta escala? Nada que esté en pugna con su existencia habitual. No descienden a tierra, conociendo como conocen a Viti Levu y sus vecinos, los unos por haberla frecuentado en su navegación al cabotaje, los otros por haber trabajado allí por cuenta de los plantadores. Prefieren permanecer en Standard Island, que exploran sin cesar, no dejando

de visitar la ciudad, los puertos, el parque, el campo, las baterías de popa y del espolón. Pasadas algunas semanas, y gracias a la complacencia de la compañía y al gobernador Cyrus Bikerstaff, aquellas bravas gentes desembarcarán en su país después de una estancia de cinco meses sobre la Isla de Hélice...

Algunas veces nuestros artistas conversan con Sarol, que es muy inteligente, y emplea corrientemente la lengua inglesa. Sarol les habla con entusiasmo de las Nuevas Hébridas, de los indígenas de aquel grupo, de su manera de alimentarse, de su cocina, lo que interesa particularmente a *Su Alteza*. La ambición secreta de Pinchinat sería descubrir un nuevo plato cuya receta comunicaría a las sociedades gastronómicas de la vieja Europa.

El 30 de enero, Sébastien Zorn y sus compañeros, a disposición de los cuales el gobernador ha puesto una de las chalupas eléctricas de Tribord Harbour, parten con la intención de remontar el curso del Rewa, uno de los principales ríos de la isla. El patrón de la chalupa, un maquinista y dos marineros se embarcan con un piloto fidjiano. En vano se ha instado a Athanase Dorémus para que se una a la partida. El sentimiento de la curiosidad no existe en el profesor de baile y modales... Además, durante su ausencia, podría presentarse algún discípulo, y prefiere no abandonar la sala de baile del casino.

A las seis de la mañana, bien dispuesta y con algunas provisiones, pues no debe volver hasta la noche a Tribord Harbour, la embarcación sale de la bahía de Suva y sigue el litoral hasta la bahía del Rewa.

No solamente los arrecifes, sino los tiburones, se muestran en gran número en estos parajes, y conviene guardarse de los unos y de los otros.

—¡Eh! —Hace observar Pinchinat—. ¡Vuestros tiburones no son caníbales de agua salada! ¡Los misioneros ingleses han debido convertirlos al cristianismo, como han convertido a los fidjianos! Apostemos a que esas bestias han perdido el gusto por la carne humana...

—No se fíe usted —responde el piloto— más de lo que se fiaría de los fidjianos del interior.

Pinchinat se encoge de hombros. ¡Se le fastidia ya con esos pretendidos antropófagos que no «antropofaguean» ni aun en los

días de fiesta!

El piloto conoce perfectamente la bahía y el curso del Rewa. Sobre este importante río, llamado también Wai-Levou, el oleaje se hace sentir a una distancia de cuarenta y cinco kilómetros, y los barcos pueden remontarlo en ochenta.

La anchura del Rewa pasa de cien toesas en su embocadura. Corre entre riberas arenosas bajas, en la izquierda, escarpadas en la derecha, y en las que los bananos y cocoteros se destacan con vigor sobre un ancho fondo de verdor. Su nombre es Rewa Rewa, conforme a esa repetición de la palabra que es casi general en los pueblos del Pacífico, y que, como hace observar Yvernés, no es más que una imitación de esa pronunciación infantil que se encuentra en las palabras *papa*, *mama*, *chacha*, *lulú*, etc. Realmente, estos indígenas apenas han salido de la infancia.

El verdadero Rewa está formado por el confluente Wai-Levou (agua grande), y el Wai-Manu, y su embocadura principal es designada con el nombre de Wai-Ni-Ki.

Después de dar la vuelta al delta, la chalupa se dirige hacia el pueblo de Kamba, medio oculto en su cesta de flores. No se detiene, a fin de no perder la corriente, ni tampoco en el pueblo de Naitasiri. Además, en aquella época, este pueblo acababa de ser declarado tabú, con sus casas, sus árboles, sus habitantes, y hasta las aguas del Rewa que bañan la arena. Los indígenas no hubieran permitido a nadie poner allí el pie. Es una costumbre, si no muy respetable, al menos más respetada que el tabú —Sébastien Zorn sabía alguna cosa—, y se la respeta.

Cuando los excursionistas costean Naitasiri, el piloto les invita a mirar un árbol de alta talla, un tavala, que se yergue en un ángulo de la ribera.

—¿Y qué tiene ese árbol de notable...? —pregunta Frascolin.

—Nada —responde el piloto—, si no es que su corteza está llena de incisiones que indican el número de cuerpos humanos que fueron asados en este lugar y comidos en seguida...

—¿Como las hendiduras del tendero sobre la tarja? —observa Pinchinat, que se encoge de hombros en señal de incredulidad.

No tiene razón, sin embargo. Las Islas Fidji han sido por excelencia el país del canibalismo, y, preciso es insistir en ello, estas prácticas no se han desterrado por completo. La glotonería las

conservará largo tiempo entre las tribus del interior, puesto que en opinión de los fidjianos, nada es comparable, por el gusto y la delicadeza, con la carne humana, muy superior a la de vaca. Según el piloto, existió un jefe, Ra-Undrenudu, que hacía poner piedras sobre piedras, y cuando murió el número de ellas se elevaba a ochocientos veintidós.

—¿Saben ustedes lo que indicaban esas piedras...?

—Nos es imposible adivinarlo —responde Yvernés— ¡ni aun aplicando toda nuestra inteligencia de instrumentistas!

—¡Pues indicaban el número de cuerpos humanos que este jefe había devorado!

—¿Él solo...?

—¡Él solo!

—¡Era un gran glotón! —Se contenta con responder Pinchinat, que tiene ya formada su opinión respecto a estas «fanfarronadas fidjianas».

A eso de las once, una campana suena en la ribera de la derecha. El pueblo de Naililii, compuesto de algunas chozas de paja, aparece entre la frondosidad, bajo la sombra de los cocoteros y de los bananos. En este pueblo hay una misión católica. ¿No podrían los turistas detenerse una hora, el tiempo para dar un apretón de manos al misionero, un compatriota? El piloto no ve inconveniente en ello, y la embarcación es amarrada al tronco de un árbol.

Sébastien Zorn y sus compañeros ponen el pie en tierra, y no han andado más que unos dos minutos cuando encuentran al superior de la misión.

Es éste un hombre de unos cincuenta años, y rostro enérgico y simpático. Muy contento de hablar con franceses, les conduce a su casa, situada en medio del pueblo que encierra un centenar de fidjianos. Insiste en que sus huéspedes acepten algún refrigerio del país. No se trata del repugnante *kava*, sino de una especie de bebida, más bien caldo de bastante buen gusto, obtenido por la cocción de los *cyreae*, mariscos muy abundantes en las arenas del Rewa.

Este misionero está dedicado en cuerpo y alma a la propaganda del catolicismo, no sin ciertas dificultades, pues tiene que luchar con un pastor wesleyano, que le hace una formal competencia en la vecindad. En suma, está muy satisfecho de los resultados obtenidos,

y conviene en que le cuesta gran trabajo arrancar a sus fieles al amor del *bukalo*, es decir, de la carne humana.

—Y puesto que suben ustedes hasta el interior, mis queridos huéspedes —añade—, sean prudentes y precavidos.

—¿Entiendes, Pinchinat? —dice Sébastien Zorn.

Se parte un poco antes de que el ángelus del mediodía haya sonado en el campanario de la pequeña iglesia. En el camino, la embarcación se cruza con algunas piraguas que llevan cargamento de plátanos. Es la moneda corriente que el colector de tasas acaba de recoger entre sus administrados. Las orillas están siempre sembradas de laureles, acacias, limoneros y cactus con flores rojas. Por encima, los bananeros y cocoteros enderezan sus altas ramas cargadas de fruto, y toda este verdor se prolonga hasta las últimas montañas, dominadas por el pico de Mbugge-Levou.



Entre estos macizos se destacan una o dos fábricas a la europea, no muy en armonía con la naturaleza salvaje del país. Son fábricas de azúcar, provistas de todos los utensilios de la maquinaria moderna, y cuyos productos, según ha dicho un viajero, míster Verschnur, «pueden sostener ventajosamente la comparación con los azúcares de las Antillas y de las demás colonias».

En una hora la embarcación llega al término de su viaje sobre el Rewa. Dentro de dos horas, el reflujo se dejará sentir, y se podrá aprovechar para volver a bajar el río, operación que se efectuará rápidamente, pues el reflujo es vivo. Los excursionistas estarán de seguro en Tribord Harbour antes de las diez de la noche.

Dispónese, pues, de algún tiempo, y en nada se puede emplear mejor que en visitar el pueblo de Tampoo, del que se ven las primeras casas a una media milla. Se acuerda que el maquinista y los dos marineros quedarán guardando la chalupa, y que el piloto guiará a los pasajeros hasta el pueblo, en el que las costumbres fidjianas se han conservado en toda su pureza. En esta parte de la isla, los misioneros han perdido su trabajo y sus sermones. Allí reinan todavía los brujos y funcionan sociedades de esta clase, sobre todo las que llevan el nombre complicado de *Vaka-Ndran-ni-Kan-Tacka*, es decir, «la conjuración practicada por las hojas». Se adora a los *katoavous*, dioses cuya existencia no ha tenido comienzo ni tendrá fin, y que no desdeñan sacrificios especiales que el gobernador general no puede prevenir ni menos castigar.

Tal vez hubiera sido más prudente no aventurarse entre aquellas tribus sospechosas; pero nuestros artistas, como verdaderos parisienses, insisten, y el piloto consiente en acompañarles, recomendándoles que no se alejen los unos de los otros.

En primer lugar, a la entrada de Tampoo, formada de un centenar de chozas de paja, encuentran algunas mujeres, verdaderas salvajes vestidas de un simple taparrabos anudado a la cintura. No sienten asombro alguno a la vista de los extranjeros que acaban de sorprenderlas en sus trabajos. Estas visitas no son para molestarlas desde que el archipiélago está sometido al protectorado de Inglaterra.

Dichas mujeres están ocupadas en la preparación del cúrcuma^[9], especie de raíces conservadas en zanjas tapizadas de hierbas y hojas de banano; se sacan de allí, se queman, se raspan, se prensan en

cestones guarnecidos de helechos, y el jugo que se escapa es introducido en cañas de bambú. Este jugo sirve a la vez de alimento y de pomada, y es muy usado en ambos conceptos.

Entran en el pueblo. Ningún recibimiento de parte de los indígenas, que no se apresuran ni a cumplimentar a los visitantes, ni a ofrecerles hospitalidad. Aparte de esto, el aspecto exterior de las casas no tiene atractivo alguno. De ellas se escapa un olor nauseabundo, en el que predomina el aceite rancio de coco, por lo que el cuarteto se felicita de que no se cumplan con ellos las leyes de la hospitalidad.

Sin embargo, cuando llegan ante la mansión del jefe, éste —un fidjiano de alta estatura, aspecto feroz y fisonomía horrible— avanza a ellos entre un cortejo de indígenas. Su cabeza, llena de cal blanca, está rizada; viste su traje de ceremonia, camisa rayada, cinturón, el pie izquierdo calzado con una vieja zapatilla y —¿cómo Pinchinat no ha soltado la carcajada?— una antigua levita azul con botones de oro, remendada por muchas partes, y cuyo faldón desigual le golpea las pantorrillas.

Al avanzar hacia el grupo de los *papalangis*, este jefe tropieza con un tronco, pierde el equilibrio y cae al suelo. Inmediatamente, conforme a la etiqueta, los demás tropiezan a su vez y caen, a fin de tomar su parte de ridículo en la caída.

El piloto explica el caso, y Pinchinat aprueba esta formalidad, no más risible que otras tantas en uso en las cortes europeas, en su opinión al menos.

Entre tanto, cuando todo el mundo se ha levantado, el jefe y el piloto cambian algunas palabras en lengua indígena, de las que el cuarteto no comprende nada. Estas frases, traducidas por el piloto, no tienen más objeto que el de interrogar a los extranjeros sobre lo que vienen a hacer al pueblo de Tampoo. Respóndese que únicamente el deseo de visitarlo y hacer una excursión por los alrededores, autorización que se concede después de haber cambiado algunas preguntas y respuestas.

Por lo demás, el jefe no manifiesta ni placer ni disgusto por la llegada de los turistas a Tampoo, y a una señal suya los indígenas vuelven a entrar en sus casas.

—Después de todo, no parecen mala gente —hace observar Pinchinat.

—Lo que no es razón para cometer ninguna imprudencia — responde Frascolin.

Durante una hora los artistas se pasean por el pueblo sin ser molestados por los indígenas. El jefe del traje azul ha regresado a su casa, y es notorio que la acogida de los naturales está llena de una profunda indiferencia.

Después de haber vagado por las calles de Tampoo sin que ninguna casa se haya abierto para recibirles, Sébastien Zorn, Yvernés, Pinchinat, Frascolin y el piloto se dirigen a las ruinas de unos templos, situadas no lejos de la casa que sirve de morada a uno de los hechiceros de aquel sitio.

Este hechicero, plantado en la puerta, les dirige una mirada aviesa, y sus ademanes parecen indicar que les arroja alguna maldición.

Frascolin intenta entablar conversación con él valiéndose del piloto. El hechicero toma entonces tan amenazadora actitud, que preciso es renunciar a la esperanza de sacar una palabra de aquel puerco espín fidjiano.

Durante este tiempo, y a despecho de las recomendaciones que le han sido hechas, Pinchinat se ha alejado, flanqueando un espeso macizo de bananos, situado al pie de una colina.

Cuando Sébastien Zorn, Frascolin e Yvernés, rechazados por la acritud del hechicero, se preparan a abandonar Tampoo, no ven a su compañero.

Llega la hora de volver a la embarcación. La marea no ha de tardar, y es preciso aprovecharla para bajar el río Rewa.

Frascolin, inquieto por la ausencia de Pinchinat, le llama a voces.

Nadie responde.

—¿Dónde está, pues? —pregunta Zorn.

—No sé... —responde Yvernés.

—¿Es que alguno de ustedes ha visto alejarse a su amigo...? —pregunta el piloto.

¡Nadie le ha visto!

—Habrá, sin duda, vuelto a la embarcación por el camino del pueblo —dice Frascolin.

—Es una torpeza... Pero no perdamos tiempo y reunámonos con él —responde el piloto.

Se parte, no sin una ansiedad bastante viva. Aquel Pinchinat será siempre el mismo; y considerar como imaginarias las ferocidades de aquellos indígenas, que han permanecido tan obstinadamente salvajes, puede exponerle a peligros muy serios.



Al atravesar Tampoo, el piloto nota, no sin cierta inquietud, que ningún fidjiano se muestra más. Todas las puertas de las chozas permanecen cerradas. Delante de la casa del jefe no se ve grupo alguno. Las mujeres que se ocupaban en la preparación del cúrcuma han desaparecido. No parece sino que el pueblo haya sido abandonado desde hace una hora.

Apresuran el paso entonces. Se llama varias veces al ausente y el ausente no responde. ¿Habrá, pues, ganado la ribera por la parte donde la embarcación está amarrada...? ¿O es que la embarcación no estará en aquel sitio, bajo la guarda del maquinista y los dos marineros...?

Aún quedan por recorrer algunos centenares de pasos. Se apresuran, y pasada la orilla de los árboles, se ve la chalupa y los tres hombres en su puesto.

—¿Nuestro compañero...? —grita Frascolín.

—¿No está con ustedes...? —responde el maquinista.

—No... desde hace media hora...

—¿No ha venido aquí...? —pregunta Yvernés.

—No.

¿Qué le ha sucedido a aquel imprudente? El piloto no oculta su extrema inquietud.

—Es preciso volver al pueblo —dice Sébastien Zorn—. No podemos abandonar a Pinchinat...

Dejan la chalupa al cuidado de uno de los marineros, aunque obrar así tal vez sea peligroso. Pero vale más volver a Tampoo, bien armados esta vez. Se registrarán todas las chozas, no se abandonará el pueblo, no se volverá a Standard Island sin haber encontrado a Pinchinat.

De nuevo toman el camino de Tampoo. La misma soledad en el pueblo y en los alrededores. ¿Dónde, pues, se ha refugiado aquella población? En las calles no se oye un ruido. Las casas están vacías.

Desdichadamente, la duda no es posible... Pinchinat se ha aventurado por el bosque de bananos... Ha sido cogido... Ha sido arrastrado... ¿Dónde...? Ya se puede calcular la suerte que le reservan aquellos caníbales de que se burlaba... Las pesquisas por los alrededores de Tampoo no producirán resultado alguno... ¿Cómo encontrar una pista en medio de aquella región forestal, a través de aquella selva de matorrales que únicamente conocen los

fidjianos...? Por otra parte, ¿no hay motivo para temer que quieran apoderarse de la embarcación, guardada por un solo marinero...? Si acontece esta desgracia, se perderá toda esperanza de salvar a Pinchinat y la vida de los compañeros de éste se verá comprometida...

No puede expresarse la desesperación de Frascolin, de Yvernés y de Sébastien Zorn. ¿Qué hacer...? El piloto y el maquinista no saben qué partido tomar.

Frascolin, que ha conservado su sangre fría, dice entonces:

—Volvamos a Standard Island...

—¿Sin nuestro compañero...? —exclama Yvernés.

—¿Y tú piensas...? —añade Zorn.

—No veo que se pueda tomar otro partido —responde Frascolin—. Es preciso que se prevenga al gobernador de Standard Island... que las autoridades de Viti Levu sean advertidas y puestas en condiciones de actuar...

—Sí..., partamos —aconseja el piloto—, y si queremos aprovechar la marea descendente ¡no tenemos un momento que perder!

—Es el único medio de salvar a Pinchinat —exclama Frascolin— ¡si es que ya no es tarde!

El único medio, en efecto.

Se abandona Tampoo con el temor de no encontrar la chalupa en su sitio. ¡En vano el nombre de Pinchinat es gritado por todas las bocas! Y, si hubieran estado menos azorados, tal vez el piloto y sus compañeros hubieran podido ver tras los zarzales algunos de aquellos feroces fidjianos que espiaban su partida.

La embarcación está en su sitio. El marinero no ha visto a nadie rondando por las riberas del Rewa.

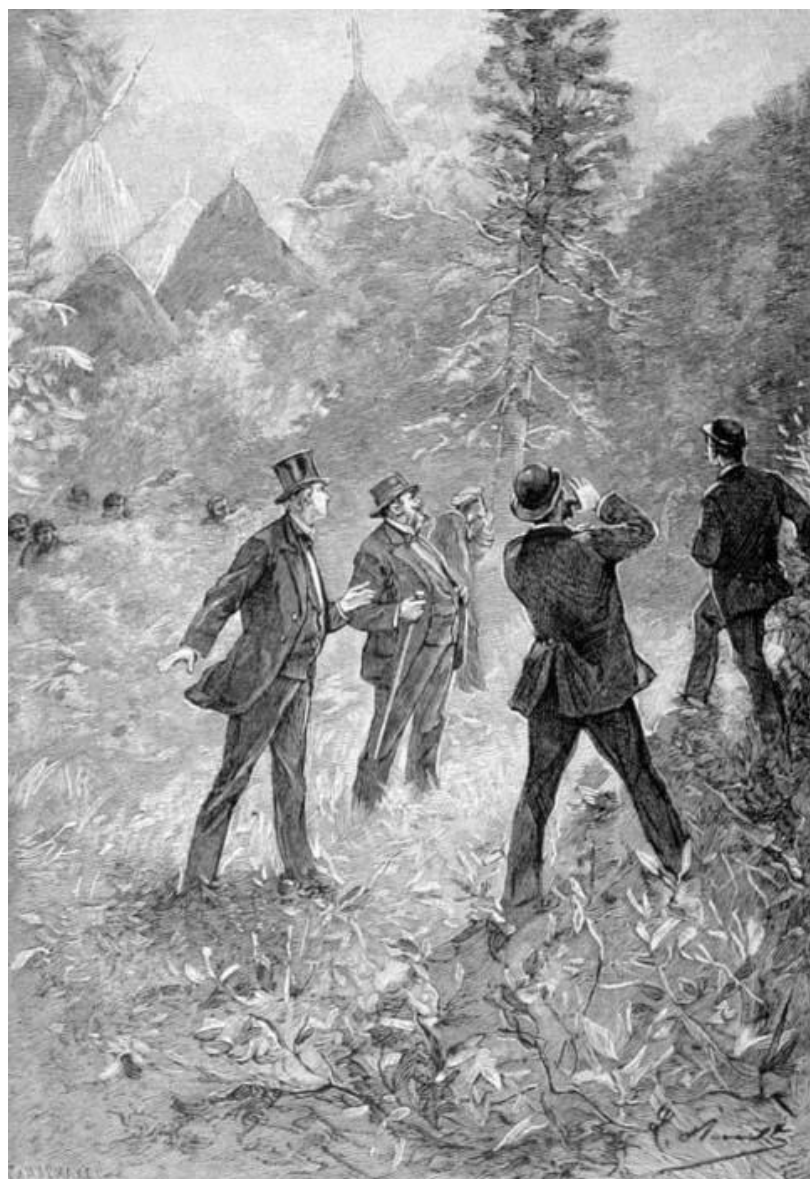
Con el corazón oprimido, Sébastien Zorn, Frascolin e Yvernés se deciden a ocupar sus puestos en el barco. Dudan... Lllaman todavía... Pero, como ha dicho Frascolin con mucha razón, es preciso partir.

El maquinista pone en actividad las dínamos, y la chalupa, ayudada por la marea, desciende por el Rewa con una rapidez prodigiosa.

A las seis se dobla la punta oeste del delta. Una media hora después, se amarra en Tribord Harbour.

En un cuarto de hora, Frascaolin y sus dos compañeros, transportados por el tranvía, llegan a Milliard City y se dirigen al Ayuntamiento.

Desde que se le pone al corriente de lo que sucede, Cyrus Bikerstaff se hace conducir a Suva, y solicita una entrevista con el gobernador general del archipiélago, que le es concedida.



Cuando aquel representante de la reina se entera de lo ocurrido en Tampoo, no oculta que es muy grave el asunto... ¡Aquel francés en manos de una de esas tribus del interior que escapan a toda autoridad...!

—Por desgracia, no podemos intentar nada antes de mañana —añade—; contra el reflujo del Rewa, nuestras chalupas no podrían subir a Tampoo. Además, es preciso ir en buen número, y lo más seguro sería ir a través de la maleza...

—Sea —responde Cyrus Bikerstaff—, pero no mañana, sino hoy; al momento, es preciso partir...

—No tengo a mi disposición los hombres necesarios —responde el gobernador.

—Nosotros los tenemos, caballero —replica Cyrus Bikerstaff—. Tome usted, pues, las medidas que estime convenientes para unirlos a los soldados de su milicia, y a las órdenes de uno de los oficiales de usted, que conocerá bien el país...

—Perdone usted, caballero —responde secamente Su Excelencia—, no tengo costumbre...

—Perdone usted también —responde Cyrus Bikerstaff—, pero le prevengo que si no se hace lo que digo en el momento, si nuestro amigo, nuestro huésped no nos es devuelto, la responsabilidad caerá sobre usted, y...

—¿Y...? —pregunta el gobernador en tono altivo.

—¡Las baterías de Standard Island destruirán a Suva, vuestra capital, y todas las propiedades extranjeras, sean inglesas o alemanas!

El ultimátum es serio, y no hay más que someterse. Los pocos cañones de la isla no podrían luchar contra la artillería de Standard Island. El gobernador, pues, se somete, y preciso es confesar que hubiera sido mejor que lo hiciese en nombre de la humanidad.

Media hora después, cien hombres, marinos y milicianos, desembarcan en Suva a las órdenes del comodoro Simcoe, que ha querido conducir la operación por sí mismo. El superintendente, Sébastien Zorn, Yvernés y Frascaolin están a su lado. Una escuadra de la gendarmería de Viti Levu les presta su auxilio.

Desde la partida, la expedición se arroja a través de la maleza, rodeando la bahía del Rewa, bajo la dirección del piloto, que conoce aquellas difíciles regiones del interior. Se va por lo más

corto, con paso rápido, a fin de llegar a Tampoo en el menor tiempo posible...

No es preciso llegar al pueblo. A eso de la una de la madrugada se da orden de hacer alto.



En lo más profundo de un bosque casi impenetrable, se ha visto el resplandor de una hoguera. No hay duda de que allí hay un grupo de naturales de Tampoo, puesto que el pueblo no se encuentra más que a una media hora de camino al este.

El comodoro Simcoe, el piloto, Calixtus Munbar y los tres parisienses van delante... A unos den pasos de distancia se detienen y quedan inmóviles...

Frente a un fuego vivísimo, rodeado de una multitud tumultuosa de hombres y mujeres, Pinchinat, medio desnudo, está atado a un árbol..., y el jefe fidjiano se adelanta hacia él con el hacha levantada...

—¡Corramos... corramos! —grita el comodoro Simcoe a sus marinos y milicianos.

Sorpresa súbita y terror muy justificado de estos indígenas, a los que el destacamento hace fuego y da sablazos. En un momento el lugar queda vado, y toda la banda se dispersa por el bosque...

Pinchinat, desatado del árbol, cae en los brazos de su amigo Frascolin.

¿Cómo expresar la alegría de aquellos artistas, aquellos hermanos, a la que se mezclaron lágrimas y también reproches muy merecidos?

—Pero, desdichado —dice el violonchelista—, ¿qué idea te dio de alejarte...?

—Todo lo desdichado que tú quieras, mi viejo Sébastien —responde Pinchinat— pero contén tu indignación y dame mis vestidos, a fin de que pueda presentarme de un modo conveniente ante las autoridades.

Al pie del árbol se encuentran los vestidos, y él los toma, conservando una sangre fría admirable. Después, cuando está «presentable», va a estrechar la mano del comodoro Simcoe y del superintendente.

—Vamos —le dice Calixtus Munbar— ¿creerá usted ahora en el canibalismo de los fidjianos...?

—No tan caníbales —responde *Su Alteza*—, ¡puesto que no me falta ni un miembro!

—¡Siempre el mismo, endemoniado fantasioso! —exclama Frascolin.

—¿Sabéis lo que me fastidiaba más en aquella situación de caza

humana? —dice Pinchinat.

—¡Que me ahorquen si lo adivino! —responde Yvernés.

—Pues bien, no era ser comido de prisa y corriendo por esos indígenas, no; ¡era el ser devorado por un salvaje con traje azul y botones de oro, y con un paraguas bajo el brazo... un horrible paraguas viejo británico!

CAPÍTULO X

CAMBIO DE PROPIETARIOS



a partida de Standard Island se ha fijado para el 2 de febrero. En la víspera, acabadas sus excursiones, los diversos turistas regresan a Milliard City. El asunto de Pinchinat ha sonado mucho. Toda la *Joya del Pacífico* hubiera intervenido a favor de *Su Alteza*. De tanta universal simpatía goza el *Cuarteto concertante*. El consejo de notables ha dado su entera aprobación a la enérgica conducta del gobernador Cyrus Bikerstaff. Los periódicos le han felicitado vivamente. Así es que Pinchinat ha llegado a ser el hombre del día. ¡Un viola terminando su carrera artística en el estómago de un fidjiano...! Él conviene en que los indígenas de Viti Levu no han renunciado en absoluto a sus gustos de antropófagos. Después de todo, según ellos, ¡la carne humana es tan buena, y aquel diablo de Pinchinat es tan apetitoso...!

Al alba apareja Standard Island y toma la dirección de las Nuevas Hébridas. Esta vuelta va a alejarla unos 10° o sea doscientas leguas hacia el oeste. No se puede evitar, puesto que es preciso dejar al capitán Sarol y a sus compañeros en las Nuevas Hébridas. Por otra parte, no hay disgusto en ello. Todos se alegran de prestar este servicio a aquella brava gente que tanto valor ha demostrado en la lucha contra las fieras. ¡Y parecen tan satisfechos de ser repatriados en aquellas condiciones, después de tan larga ausencia!

Además, esto dará ocasión para visitar aquel grupo, que los *milliardais* no conocen todavía.

La navegación se efectúa con una lentitud calculada. En efecto, en los parajes comprendidos entre las Fidji y las Nuevas Hébridas, por 170° 35' de longitud este, y por 19° 13' de latitud sur, es donde el vapor expedido de Marsella por encargo de las familias Tankerdon y Coverley debe reunirse con Standard Island.

No hay que decir que el matrimonio de Walter y de miss Dy es, más que nunca, el objeto de la preocupación general. ¿Se podría pensar en otra cosa? Calixtus Munbar no tiene un momento libre. Prepara y combina los diversos elementos de una fiesta que se contará entre los grandes acontecimientos de la Isla de Hélice.

Standard Island no camina más que a una marcha de veinte a veinticinco kilómetros por día. Avanza hasta la vista de Viti, cuyas soberbias riberas están bordeadas de lujuriantes bosques de un verde sombrío. Emplea tres días en salir de aquellas aguas tranquilas, desde la isla Wanara hasta la isla Ronda. El paso al que los mapas asignan este último nombre ofrece un ancho camino a la *Joya del Pacífico*. Gran número de ballenas, conmovidas y locas, chocan su cabeza contra el casco de acero, que se estremece a estos golpetazos, pero es sólido y no hay nada que temer.

Al fin, en la tarde del día 6 de febrero, las últimas cimas de las Fidji desaparecen en el horizonte. En este momento el comodoro Simcoe acaba de abandonar el dominio polinesio por el dominio melanesio del océano Pacífico.

Durante los tres días siguientes, Standard Island continúa hacia el oeste, después de haber tocado el 19° en latitud. El 10 de febrero encuéntrase en el sitio en que debe unírsele el vapor de Europa. El punto es conocido por todos los habitantes de Milliard City. Los vigías del observatorio están alerta. El horizonte es inspeccionado por centenares de anteojos... Toda la población espera... ¿No es esto a manera del prólogo de aquella obra tan solicitada por el público, cuyo desenlace será el matrimonio de Walter Tankerdon y de miss Dy Coverley...?

Standard Island debe permanecer quieta, manteniéndose contra las corrientes. El comodoro da sus órdenes con este objeto, y sus oficiales vigilan la ejecución de las mismas.

—¡Decididamente, la situación es de las más interesantes! —dijo

aquel día Yvernés.

Esto era durante las dos horas de *far niente* que sus camaradas y él se concedían, de costumbre, después del almuerzo.

—Sí —respondió Frascolin—, y no tenemos motivo para quejarnos de esta campaña a bordo de Standard Island... piense lo que piense nuestro amigo Zorn...

—Esperemos a que la campaña esté concluida —replica el violonchelista—, y a que nos hayamos embolsado el cuarto trimestre del sueldo que habremos ganado bien...

—¡Eh! —dice Yvernés—. Ya son tres los que la compañía nos ha entregado desde nuestra partida, y apruebo la idea de Frascolin, nuestro precioso administrador, de haber enviado esa fuerte suma al banco de Nueva York.

En efecto, el precioso administrador ha creído muy sabio verter ese dinero, por conducto de los banqueros de Milliard City, en una de las honradas cajas de la Unión. No significaba esto desconfianza, sino únicamente porque aquella caja inmóvil parecía ofrecer más seguridad que una caja flotante que tenía bajo ella un abismo de cinco o seis mil metros, profundidad que mide comúnmente el Pacífico.

En el curso de aquella conversación, entre el humo perfumado de los cigarros y las pipas, Yvernés hizo la siguiente observación:

—Las fiestas, con motivo del matrimonio, prometen ser espléndidas, amigos míos. Nuestro superintendente no economiza ni su imaginación ni su trabajo. Habrá lluvias de dólares, y las fuentes de Milliard City verterán vinos generosos, sin duda alguna. Sin embargo, ¿sabéis lo que faltará a la ceremonia?

—¡Una catarata de oro líquido corriendo sobre montañas de diamantes! —exclama Pinchinat.

—No —responde Yvernés—. Una cantata...

—¿Una cantata...? —replica Frascolin.

—Sin duda —dice Yvernés—. Se hará música: tocaremos los fragmentos más en boga, apropiados a las circunstancias, pero si no hay cantata, canción nupcial, epitalamio en honor a los novios...

—¿Por qué no, Yvernés? —dice Frascolin—. Si tú te encargas de hacer rimar *flamme* con *âme* y *jours* con *amours*, en unos doce versos desiguales, Sébastien Zorn, que ha hecho sus pruebas como compositor, pondrá música a tu poesía...

—¡Excelente idea! —exclama Pinchinat—. ¿Qué te parece, Zorn? Alguna cosa con carácter y gran número de *spiccati*, *allegri*, *molto agitati* y una *coda* delirante, a cinco dólares la nota...

—No... gratis esta vez... —responde Frascaolin—. Será el presente del Cuarto concertante a esos nababs de Standard Island.

Así se decide, y el violonchelista se declara dispuesto a implorar las inspiraciones del dios de la música, si el dios de la poesía otorga las suyas a Yvernés.

Y de esta colaboración iba a salir la *Cantata de las Cantatas*, a imitación del *Cantar de los Cantares*, en honor de los Tankerdon unidos a los Coverley.

En la tarde del 10 se esparce el rumor de que un gran vapor está a la vista, viniendo del nordeste. Su nacionalidad no ha podido ser reconocida, pues aún está a una distancia de diez millas en el momento en que las brumas del crepúsculo han ensombrecido el mar.

Este vapor parece forzar las máquinas, y se debe tener como cierto que se dirige hacia Standard Island. Verosíblemente no llegará hasta el día siguiente al alba.

La noticia produce un efecto indescriptible. Todas las imaginaciones femeninas se conmueven al pensamiento de las maravillas de joyería, de trajes de moda, de objetos de arte, que conduce aquel barco transformado en un ajuar de novia... de una fuerza de quinientos a seiscientos caballos.

No se han engañado; aquel barco va con destino a la Isla de Hélice. Por la mañana se acerca a Tribord Harbour desplegando en su asta el pabellón de *Standard Island Company*.

De repente, otra noticia que los teléfonos transmiten a Milliard City. El pabellón del barco está a media asta.

¿Qué ha ocurrido...? ¿Una desgracia, una muerte a bordo...? Esto sería un mal augurio para aquel matrimonio que debe asegurar el porvenir de Standard Island.

Pero he aquí otra cosa. El barco en cuestión no es el esperado, y no llega de Europa. Viene del litoral americano, de la Bahía Magdalena. A parte de esto, el vapor cargado con las riquezas nupciales no se retrasa. La fecha del matrimonio está fijada para el 27, y no se está más que a 11 de febrero; tiene, pues, tiempo de llegar.

¿Entonces qué quiere aquel navío...? ¿Qué noticia trae...? ¿Por qué el pabellón a media asta...? ¿Por qué la compañía le ha expedido hasta aquel paraje de las Nuevas Hébridas...? ¿Es que va a hacer a los *milliardais* alguna comunicación de una gravedad excepcional...?

Sí, y no deben tardar en saberlo.

Apenas el vapor se acerca al muelle, un pasajero desembarca.

Es uno de los agentes superiores de la compañía que rehúsa contestar a las preguntas de los numerosos e impacientes curiosos agrupados en Tribord Harbour.

Un tranvía está en disposición de partir, y, sin perder instante, el agente salta a uno de sus coches.

Diez minutos después llega al Ayuntamiento, y pide audiencia al gobernador, «para un negocio urgente», audiencia que le es concedida en el acto.

Cyrus Bikerstaff le recibe en el gabinete, cuya puerta es cerrada.

No transcurre un cuarto de hora, y todos los miembros del consejo de notables son prevenidos telefónicamente para que se reúnan en el salón de sesiones.

Entre tanto, las imaginaciones toman gran vuelo en los puertos y en la ciudad; la aprehensión, después de la curiosidad, llega al colmo.

A las ocho menos veinte el consejo está reunido bajo la presidencia del gobernador, asistido de sus dos auxiliares. El agente dice entonces lo siguiente:

«Con fecha 23 de enero, *Standard Island Company Limited* ha sido declarada en quiebra, y míster William T. Pomeroy ha sido nombrado liquidador con plenos poderes para tratar el negocio del mejor modo en lo que con los intereses de dicha sociedad se relaciona».

Míster William T. Pomeroy, al que se han dado estas funciones, es el agente en persona.

La noticia se esparce, y la verdad es que no produce el efecto que hubiera producido en Europa. ¿Qué queréis? *Standard Island* es «un pedazo separado de la gran parte de los Estados Unidos de América», como dice Pinchinat. Una quiebra no es para asombrar a los americanos, ni menos para cogerles desprevenidos... ¿Acaso no es una de las fases naturales de los negocios, un accidente aceptable

y aceptado...? Los *milliardais* toman, pues, el caso con su flema habitual. La compañía se ha hundido. Esto puede suceder a las más honradas sociedades financieras. ¿Su pasivo es muy considerable...? Mucho, como lo hace conocer el balance presentado por el liquidador: quinientos millones de dólares. Y ¿quién ha causado la quiebra...? Especulaciones insensatas, si se quiere, puesto que han resultado mal, pero que hubieran podido tener buen éxito...; un inmenso negocio para la fundación de una ciudad nueva sobre terrenos de Arkansas, que se han hundido por efecto de una depresión geológica que nadie hubiera podido prever... Después de todo, no es por culpa de la compañía, y, si los terrenos se hunden, no puede extrañar que a los accionistas les suceda lo mismo... Por sólida que parezca Europa, lo mismo pudiera sucederle algún día... Nada hay que temer de esto con Standard Island, lo que demuestra su superioridad sobre los continentes e islas...

Lo esencial es tomar una resolución conveniente. El activo de la compañía se compone *hic et nunc* del valor de la Isla de Hélice, casco, fábricas, hoteles, casas, campo, flota, en una palabra, todo lo que lleva el aparato del ingeniero William Tersen, todo lo que a él se une y los establecimientos de la Bahía Magdalena. ¿Cabe que se funde una nueva sociedad para comprar en conjunto...? Sí... No hay que dudarlo, y el producto de esta venta será aplicado a la liquidación de las deudas de la compañía... Pero ¿será preciso para la formación de esta sociedad acudir a capitales extranjeros? ¿Es que los *milliardais* no cuentan con bastantes recursos para pagar...? De simples arrendatarios, ¿no es preferible que se transformen en propietarios de la *Joya del Pacífico*...?

Se sabe que hay dinero en las arcas de los miembros del consejo de notables. Así es que son de la opinión de que sin tardanza se proceda a la compra de Standard Island. ¿Tiene el liquidador bastantes poderes para tratar este asunto...? Los tiene. Además, si la compañía conserva la esperanza de encontrar en breve tiempo las sumas indispensables para la liquidación, es en las arcas de los notables de Milliard City, algunos de los que se cuentan ya entre sus más fuertes accionistas. Ahora que ha cesado la rivalidad entre las dos principales familias y las dos secciones de la ciudad, la cosa irá perfectamente. Entre los anglosajones de los Estados Unidos, los negocios no se dilatan mucho. Así es que los fondos se ofrecen en la

misma sesión. En opinión de los notables, es inútil proceder a una suscripción pública. Jem Tankerdon, Nat Coverley y algunos otros ofrecen cuatrocientos millones de dólares. No hay discusión sobre este precio... Es para tomarlo o dejarlo... El liquidador acepta.

El consejo se había reunido a las ocho horas trece minutos en el salón del Ayuntamiento. Cuando se separa, a las nueve y cuarenta y siete, la propiedad de Standard Island está en manos de los dos archimillonarios y algunos otros de sus amigos, bajo la razón social *Jem Tankerdon, Nat Coverley and Co.*

Del mismo modo que la noticia de la quiebra de la compañía no ha producido ningún temor en la población de la Isla de Hélice, la noticia de la adquisición hecha por los principales notables no ha producido emoción alguna. Se encuentra el caso muy natural, y si hubiera sido preciso reunir una suma más considerable, los fondos se hubieran encontrado al instante. Para los *milliardais* es una profunda satisfacción ver que están en su casa, o que, por lo menos, no dependen más de una sociedad extranjera. Así, la *Joya del Pacífico*, representada en todas sus clases por empleados, agentes funcionarios, oficiales, militares, marineros, quiere dar las gracias a los dos jefes de familia que tan bien han comprendido el interés general.

Aquel día, en una reunión celebrada en el parque, se hace una proposición sobre el asunto, seguida de una triple salva de hurras y bravos. En seguida se envía una comisión a los hoteles de Coverley y Tankerdon.

Es recibida con agrado y sale con el convencimiento de que en nada se cambiarán los reglamentos, usos y costumbres de Standard Island. La administración seguirá en la misma forma. Todos los empleados continuarán desempeñando sus destinos. ¿Cómo había de ser de otro modo...?

Resulta de aquí, que el comodoro Ethel Simcoe queda encargado de los servicios marítimos, teniendo la alta dirección de la marcha de Standard Island, conforme a los itinerarios establecidos por el consejo de notables. Así mismo, Stewart conserva el mando de las milicias. Lo mismo en lo que se refiere a los servicios del observatorio, que no son modificados, y, por lo tanto, el rey de Malecarlia no está amenazado en su empleo. En fin, a nadie se destituye de la plaza que ocupa, ni en los dos puertos, ni en las

fábricas de energía eléctrica, ni en la administración municipal, ni aun a Athanase Dorémus en sus inútiles funciones, bien que los discípulos se obstinan en no frecuentar sus clases.

Es claro que en nada se modifica el contrato celebrado con el *Cuarteto concertante*, el que hasta el fin de la campaña continuará disfrutando del inverosímil sueldo convenido al contratarlo.

—¡Estas gentes son extraordinarias! —dice Frascaolin al tener noticias de que el negocio se ha terminado a gusto de todos.

—Esto es porque son riquísimos —responde Pinchinat.

—Tal vez debiéramos aprovechar el cambio de propietarios para anular nuestro contrato... —Hace observar Sébastien Zorn, que no cesa en sus absurdas prevenciones contra Standard Island.

—¡Anularlo! —exclama *Su Alteza*—. Pues bien, inténtalo solamente.

Y con la mano izquierda, cuyos dedos se abren y se cierran, amenaza al violonchelista con darle uno de esos bofetones que realizan una velocidad de ocho metros cincuenta por segundo.

Sin embargo, en lo que se refiere al gobierno de la isla, va a haber una modificación. Cyrus Bikerstaff, representante directo de la *Standard Island Company*, se cree en el deber de presentar su, dimisión, determinación que parece lógica en el estado actual de las cosas. Su dimisión es aceptada en los términos más honrosos para el gobernador. Respecto a sus dos auxiliares, Barthelemy Rudge y Hubley Harcourt, medio arruinados por la quiebra de la compañía, de la que eran principales accionistas, tienen la intención de abandonar la Isla de Hélice en uno de los próximos vapores.

Cyrus Bikerstaff acepta permanecer al frente de la administración municipal hasta el fin de la campaña.

De este modo, sin ruido, sin discusiones, sin temores ni rivalidades, se efectúa aquella importante transformación financiera del dominio de Standard Island. Y el negocio es hecho de modo tan sabio y rápido que, en aquel mismo día, el liquidador ha podido embarcarse de nuevo, llevando las firmas de los principales compradores, con la garantía del consejo de notables.

Respecto a aquel personaje importantísimo llamado Calixtus Munbar, superintendente de Bellas Artes y de las diversiones de la incomparable *Joya del Pacífico*, ha sido confirmado en sus atribuciones, emolumentos, beneficios, y, realmente, ¿se hubiera

podido encontrar sucesor a aquel hombre irremplazable?

—¡Vamos! —Hace observar Frascolin—. Todo marcha perfectamente. El porvenir de Standard Island está asegurado y nada tiene que temer...

—¡Veremos! —murmura el testarudo violonchelista.

He aquí en qué condiciones va ahora a efectuarse el matrimonio de Walter Tankerdon y de miss Dy Coverley. Las dos familias quedarán unidas por los intereses pecuniarios que, en América, como en otras partes forman los más sólidos lazos sociales. ¡Qué certeza de prosperidad para los ciudadanos de Standard Island! Desde que pertenece a los principales *milliardais*, parece que es más independiente y más dueña de su destino. Antes, una amarra la sujetaba a aquella Bahía Magdalena de Estados Unidos, y acaba de romper esta amarra.

Por el presente todo es fiesta.



¿Es necesario insistir en la alegría de las dos partes, expresar lo que es inexplicable, pintar la dicha que resplandece en torno de ellos? Los dos novios no se separan. Lo que ha parecido ser un matrimonio de conveniencia para Walter Tankerdon y miss Dy Coverley es realmente un matrimonio de corazón. Se aman con un amor en el que para nada entra el interés. El joven y la joven poseen esas cualidades que deben asegurarles la más dichosa de las existencias. El alma de Walter es de oro, y estad convencidos de que el alma de miss Dy está hecha del mismo metal, en sentido figurado se entiende, y no en el sentido material que autorizarían sus millones. Están creados el uno para el otro, y jamás esta frase, un poco banal, ha tenido un sentido más estricto. Cuentan los días, las horas que les separan de aquella fecha tan deseada del 27 de febrero. No les disgusta más que una cosa, y es que Standard Island no se dirige hacia el 180° de longitud, pues viniendo del oeste, debería borrar veinticuatro horas de su calendario, y la dicha de los futuros esposos se adelantaría un día. Pero no: la ceremonia debe efectuarse a la vista de las Nuevas Hébridas, y hay que resignarse.

Observemos, por otra parte, que el navío cargado con todas aquellas maravillas de Europa, el «navío ajuar» no ha llegado aún. He aquí un lujo del que los novios prescindirían. ¿Acaso tienen necesidad de aquellas magnificencias casi reales? Con su amor, ¿qué más les hace falta?

Pero las familias, los amigos, la población de Standard Island desean que la ceremonia sea rodeada de un brillo extraordinario. Así es que los anteojos se dirigen con obstinación hacia la parte este del horizonte. Jem Tankerdon y Nat Coverley han ofrecido una fuerte prima a cualquiera que señale al vapor tan vivamente esperado.

Entre tanto, el programa de la fiesta es preparado cuidadosamente. Comprende los juegos, las recepciones, la doble ceremonia en el templo protestante y en la catedral católica, la reunión de gala en el Ayuntamiento, el festival en el parque. Calixtus Munbar está a la vista de todo, se prodiga, puede decirse que se arruina en lo que a su salud se refiere... ¿Qué queréis? Su temperamento le arrastra, y no se detendrá, como no se detendría un tren a toda velocidad.

La cantata está lista. El poeta Yvernés y el músico Zorn se han

mostrado digno el uno del otro. Será cantada por las masas corales de un orfeón, fundado para dicho objeto. El efecto será maravilloso cuando resuene en el *square* del observatorio, alumbrado por la electricidad al caer la noche. Después los jóvenes esposos comparecerán ante el encargado del registro civil, y el matrimonio religioso se celebrará a medianoche.

Al fin, el navío esperado es señalado. Uno de los vigías de Tribord Harbour gana la prima, que consiste en un respetable número de dólares.

Sucede esto a las nueve de la mañana del 19 de febrero. El vapor dobla el muelle, y comienza el desembarco.

Inútil es hacer minuciosa relación de los artículos, alhajas, vestidos, modas, objetos de arte, que componen aquel cargamento nupcial. Baste saber que la exposición que se hace en los vastos salones del hotel Coverley obtiene un éxito sin precedente. Que numerosos de esos personajes inverosímilmente ricos puedan procurarse aquellos magníficos productos, bien está, pero es preciso tener en cuenta el gusto, el sentido artístico que ha presidido a la elección, y esto es muy de admirar. Los que tengan curiosidad de conocer la nomenclatura de los referidos artículos pueden satisfacerla leyendo los números del *Starboard Chronicle* y del *New Herald* de los días 21 y 22 de febrero. Si no quedan satisfechos será que la satisfacción absoluta no es de este mundo.

—¡Caramba! —dice simplemente Yvernés al salir de los salones del hotel de la Decimoquinta Avenida, en unión de sus tres compañeros.

—¡Caramba! Me parece una justa expresión para el caso —hace observar Pinchinat—. Le dan a uno deseos de casarse con miss Dy Coverley sin dote... ¡nada más que por ella misma!

Respecto a los novios, la verdad es que no han concedido más que una vaga atención a aquel *stock* de las obras maestras del arte y de la moda.

Entre tanto, desde la llegada del vapor, Standard Island ha vuelto a tomar la dirección del oeste a fin de acercarse a las Nuevas Hébridas. Si se llega a la vista de alguna de las islas del grupo antes del 27, el capitán Sarol desembarcará con sus compañeros, y Standard Island comenzará su campaña de regreso.

Lo familiares que son estos parajes al capitán malayo facilitará

la navegación. El comodoro Simcoe ha solicitado sus servicios, y Sarol permanece de continuo en el observatorio. En cuanto aparezcan las primeras alturas, nada más sencillo que aproximarse a la isla Eromanga, una de las más orientales del grupo, lo que permitirá evitar los numerosos escollos de las Nuevas Hébridas.

El capitán Sarol, deseoso de asistir a las fiestas nupciales, maniobra con cierta lentitud, y las primeras islas no son señaladas hasta la mañana del 27 de febrero, precisamente el día fijado para la ceremonia nupcial.

Poco importa. El matrimonio de Walter Tankerdon y miss Dy Coverley no será menos feliz por ser celebrado a la vista de las Nuevas Hébridas, y, si esto ha de proporcionar tanto placer a los malayos —placer que no disimulan—, pueden tomar parte en las fiestas.

Encuentran primero algunos islotes, y después de pasarlos, según las indicaciones precisas del capitán Sarol, la Isla de Hélice dirígese hacia Eromanga, dejando al sur las alturas de la isla Tanna.

En estos parajes, Sébastien Zorn, Frascolin, Pinchinat e Yvernés no están lejos —trescientas millas lo más— de las posesiones francesas en aquella parte del Pacífico, las islas Loyalty y Nueva Caledonia, esa penitenciaría situada en los antípodas de Francia.

Eromanga posee grandes bosques, está accidentada por múltiples colinas, al pie de las que se extienden grandes terrenos propios para cultivo. El comodoro Simcoe se detiene a una milla de la bahía de Cook de la costa oriental. No hubiera sido prudente aproximarse más, pues los bancos de coral avanzan a flor de agua hasta media milla del mar. Además, la intención del gobernador Cyrus Bikerstaff no es estacionarse ante dicha isla, ni detenerse en ninguna otra del archipiélago. Después de las fiestas, los malayos desembarcarán, y Standard Island remontará hacia el ecuador para volver a la Bahía Magdalena.

Es la una de la tarde cuando Standard Island se detiene. Por orden de las autoridades todo el mundo está libre, funcionarios y empleados, marinos y militares, a excepción de los aduaneros de guardia en los puertos del litoral, a los que nada debe distraer en su vigilancia.

Ínútil es decir que el tiempo es magnífico, refrescado por la brisa del mar. Siguiendo la expresión consagrada por el uso diremos que

el sol se ha puesto de parte de las fiestas.

—Positivamente, ese disco orgulloso parece estar a las órdenes de estos millonarios —exclama Pinchinat—. Si, como Josué, quisieran prolongar el día, él les obedecería... ¡Oh, poder del oro!

No hay para qué insistir en los diversos números del programa de sensación, tal como ha sido confeccionado por el superintendente Calixtus Munbar. Desde las tres todos los habitantes, tanto los del campo como los de la ciudad y los de los puertos afluyen al parque. Los notables se confunden familiarmente con el pueblo.



Los juegos se efectúan con gran entusiasmo, al que no es extraño el afán de ganar los premios ofrecidos. Se organizan bailes al aire libre. El más brillante se celebra en uno de los grandes salones del casino, donde los jóvenes de ambos sexos participan con gracia y animación. Yvernés y Pinchinat toman parte en estas danzas y a nadie ceden en galantería sus bellas parejas. Nunca *Su Alteza* ha estado más amable ni ha mostrado más ingenio. No hay que extrañar, pues, la contestación que ha dado a una de sus parejas, que le ha dicho, después de un vals vertiginoso:

—¡Ah, caballero...! Estoy sudando... —Sudando agua de vals...
— Agua de vals, miss, —ha respondido él.

Frascolin, que le escucha, enrojece hasta las orejas, e Yvernés que le oye también se pregunta si los rayos del cielo no van a caer sobre la cabeza del culpable.

Añadamos que las familias Tankerdon y Coverley están en la fiesta, y las graciosas hermanas de la novia se muestran muy contentas de su dicha. Miss Dy se pasea del brazo de Walter, lo que no es contra las conveniencias sociales, tratándose de ciudadanos originarios de la libre América. Se aplaude aquel grupo simpático, se le aclama, se le ofrecen flores, se le dirigen cumplimientos que él recibe con gran amabilidad.

Y durante las horas que se suceden, los refrescos servidos con profusión no dejan de entretener el buen humor del público.

Llegada la noche, el parque resplandece con la luz eléctrica que las lámparas de aluminio vierten a torrentes. El sol ha obrado sabiamente al desaparecer en el horizonte, pues hubiera quedado humillado ante aquellos rayos artificiales que hacen la noche tan clara como el día.

La cantata es entonada entre las nueve y las diez con un gran éxito. Tal vez, en aquel momento, el violonchelista ha sentido deshacerse sus injustas prevenciones contra la *Joya del Pacífico*.

Al sonar las once un largo cortejo procesional se dirige hacia el Ayuntamiento. Walter Tankerdon y miss Dy Coverley marchan en medio de sus familias. Toda la población les acompaña.

El gobernador Cyrus Bikerstaff permanece en el gran salón del Ayuntamiento. Va a celebrar el más hermoso matrimonio en el que ha intervenido durante su carrera administrativa...

De pronto, en el barrio extremo de la Sección Tribord Harbour,

suenan gritos.

El cortejo se detiene a la mitad de la calle.

Casi en seguida, en medio de los gritos que aumentan, se dejan oír lejanas detonaciones.

Un instante después algunos aduaneros, heridos varios de ellos, se precipitan fuera del *square* del Ayuntamiento.

La ansiedad llega al límite. Entre la multitud se propaga ese espanto instintivo que nace de un peligro desconocido...

Cyrus Bikerstaff aparece en la escalera del Ayuntamiento seguido del comodoro Simcoe, del coronel Stewart y de los notables que se les han reunido.

A las preguntas que se les hacen, los aduaneros responden que Standard Island acaba de ser invadida por una banda de neohebridianos —tres o cuatro mil— con el capitán Sarol en cabeza.

CAPÍTULO XI

ATAQUE Y DEFENSA



al es el principio del abominable complot preparado por el capitán Sarol, al que concurren los malayos recogidos con él en Standard Island, los neohebridianos embarcados en las Samoa, los indígenas de Eromanga e islas vecinas. ¿Cuál será el desenlace? No es posible preverlo, dadas las condiciones en que se efectúa aquella agresión.

El grupo neohebridiano no comprende menos de ciento cincuenta islas, que, bajo la protección de Inglaterra, forman una dependencia geográfica de Australia. Aquí, como en las Salomón, situadas en el noroeste de los mismos parajes, esta cuestión del protectorado es la manzana de la discordia entre Francia y el Reino Unido. Y aun los Estados Unidos no ven con buenos ojos el establecimiento de colonias europeas en medio de un océano de cuyo disfrute pretenden la exclusiva. Implantando su pabellón sobre estos diversos grupos, Gran Bretaña busca el crearse una estación de avituallamiento que le será indispensable en el caso en que las colonias australianas escaparan a la autoridad del *Foreign Office*.

La población de las Nuevas Hébridas se compone de negros y de malayos de origen canaco. Pero el carácter de estos indígenas, su temperamento, sus instintos difieren según pertenezcan a las islas del norte o del sur. Lo que permite dividir en dos grupos este

archipiélago.

En el grupo septentrional, en la isla Espíritu Santo, en la bahía de San Felipe, el tipo es menos marcado, de tez menos oscura, de cabellera más suave.

Los hombres, rechonchos y fuertes, pero dulces y pacíficos, no han atacado jamás a las factorías ni a los navíos europeos. La misma observación en lo que se refiere a la isla Vaté o Sandwich, de la que muchos pueblos están en estado floreciente, entre otros, Port-Vila, capital del archipiélago —conocida también con el nombre de Franceville—, donde muchos colonos utilizan las riquezas de un suelo admirable y que posee abundantes pastos, campos propios para el cultivo, terrenos favorables a las plantaciones de café, bananos y cocoteros y a la fructífera industria de los «copramakers»^[10]. En este grupo las costumbres de los indígenas se han modificado completamente desde la llegada de los europeos. Su nivel moral e intelectual ha subido. Gracias a los esfuerzos de los misioneros, las escenas de canibalismo, tan frecuentes en otra época, no se reproducen. Desgraciadamente, la raza canaca tiende a desaparecer, y es indudable que acabará por extinguirse en detrimento de ese grupo del norte, donde se ha transformado al contacto de la civilización.

Pero tratándose de las islas meridionales del archipiélago, la cosa varía. Así, no sin razón, el capitán Sarol ha elegido este grupo del sur para organizar su criminal tentativa contra Standard Island. En estas islas, los indígenas, que permanecen como verdaderos papúes, ocupan un lugar muy bajo en la escala humana, tanto en Tana como en Eromanga. De esta última, sobre todo, un antiguo fabricante de sandalias ha dicho con razón al doctor Hayen: «¡Si esta isla pudiese hablar contaría cosas que harían erizar los cabellos!».

En efecto, la raza de estos canacos, de origen inferior, no se ha revivificado con la sangre polinesia como en las islas septentrionales. En Eromanga, de unos dos mil quinientos habitantes, los misioneros anglicanos, de los que desde 1839 han sido sacrificados cinco, no han convertido más que una mitad al cristianismo. La otra mitad permanece pagana. Además, convertidos o no, todos representan todavía esos indígenas feroces que merecen su triste reputación, aunque sean de talla más pequeña y

constitución menos robusta que los naturales de la isla Santo o de la Sandwich. De aquí serios peligros, contra los que deben prevenirse los turistas que se aventuran a través de ese grupo del sur.

Se pueden citar diversos ejemplos. Hace unos cincuenta años se ejecutaron actos de piratería contra el bergantín *Aurora*, teniendo que ser severamente reprimidos por Francia. En 1869, el misionero Gordon fue muerto a mazazos. En 1875 la tripulación de un navío inglés, atacada a traición, es asesinada, y los cadáveres devorados después por los caníbales. En 1894, en los archipiélagos vecinos a la Louisiade, en la isla Rossel, un comerciante francés y sus obreros, el capitán de un barco chino y su tripulación, perecen bajo los golpes de estos antropófagos. En fin, el crucero inglés *Royalist*, se ve en la necesidad de emprender una campaña, a fin de castigar a aquellas salvajes poblaciones por haber sacrificado un gran número de europeos. Cuando oye esta relación, Pinchinat, escapado recientemente de los terribles dientes fidjianos, se guarda ya de encogerse de hombros.

Tal es la población en la que el capitán Sarol ha reclutado sus cómplices. Les ha prometido el saqueo de la opulenta *Joya del Pacífico*. De los salvajes que espiaban su aparición en las cercanías de Eromanga, han venido muchos de las islas vecinas separadas por brazos de mar, principalmente de Tanna, que no está más que a treinta y cinco millas al sur. Ella es la que ha lanzado los robustos naturales del distrito de Wanissi, feroces adoradores del dios Teapolo, y cuya desnudez es casi completa, los indígenas de la Playa Negra, de Sangalli, los más temibles y los más temidos del archipiélago.

Pero de que el grupo septentrional sea relativamente menos salvaje, no hay que deducir que no haya dado ningún contingente al capitán Sarol. Al norte de la isla Sandwich está la isla de Epi, con sus dieciocho mil habitantes, donde se devora a los prisioneros, cuyo tronco es reservado a la gente joven, los brazos y piernas a los hombres maduros, y los intestinos a los perros y a los cerdos. También hay la isla de Paama, con sus feroces tribus, que no ceden a los naturales de Epi; la isla de Mallicolo, con sus canacos antropófagos, y, en fin, la isla Aurora, una de las peores del archipiélago, donde no reside ningún blanco, y donde, algunos años antes, había sido asesinada la tripulación de un barco francés. De

estas islas le han llegado refuerzos al capitán Sarol.

Cuando Standard Island no estaba más que a algunos cables de Eromanga, el capitán Sarol ha hecho la señal esperada por los indígenas, y, en algunos minutos, las rocas a flor de agua han facilitado el paso a tres o cuatro mil salvajes.

El peligro es de los más graves, pues los neohebridianos, desencadenados sobre la población *milliardaise*, no retrocederán ante ningún atentado ni violencia. Tienen la ventaja de la sorpresa, y están armados, no solamente de largos venablos con puntas de hueso, que causan heridas muy peligrosas, y de flechas envenenadas, sino también de esos fusiles Snyders cuyo uso se ha extendido por el archipiélago.



Desde el principio del asunto, preparado con anticipación, puesto que es Sarol el que va a la cabeza de los asaltadores, ha sido preciso llamar a la milicia, a los marinos, a los funcionarios, a todos los hombres válidos en estado de combate.

Cyrus Bikerstaff, el comodoro Simcoe y el coronel Stewart han conservado toda su sangre fría. El rey de Malecarlia ha ofrecido sus servicios y, aunque no está en el vigor de la juventud, tiene mucho valor. Los indígenas están todavía lejos de Babord Harbour, donde el oficial del puerto organiza la resistencia. Pero, sin duda, las bandas no tardarán en precipitarse sobre la ciudad.

En primer lugar, se da orden de cerrar las puertas de la muralla de Milliard City, donde está casi toda la población para las fiestas del matrimonio. Se debe temer que el campo y el parque sean devastados, arruinados los dos puertos y las fábricas del espolón y de popa. La mayor desgracia sería que la artillería de Standard Island se volviese contra la ciudad, y no es imposible que los malayos sepan manejarla...

Ante todo, y a propuesta del rey de Malecarlia, se hace entrar en el Ayuntamiento a la mayor parte de las mujeres y de los niños.

El vasto edificio está sumido en la más profunda oscuridad, como la isla entera, pues los aparatos eléctricos han cesado de funcionar, por la huida de los maquinistas ante los salteadores.

El comodoro Simcoe dispone que las armas depositadas en el Ayuntamiento sean distribuidas entre los militares y marinos, y las municiones no les faltarán. Después de haber dejado a miss Dy con mistress Tankerdon y Coverley, Walter se reúne al grupo en el que están Jem Tankerdon, Nat Coverley, Calixtus Munbar, Pinchinat, Yvernés, Frascolin y Sébastien Zorn.

—Vamos... ¡Esto debía concluir de esta manera...! —murmura el último.

—¡Pero no ha concluido! —exclama el superintendente—. No... ¡No es nuestra querida Standard Island la que sucumbirá ante un puñado de canacos!

¡Bien hablado, Calixtus Munbar! Se comprende que te devore la cólera a la idea de que esos indecentes neohebridianos hayan interrumpido una fiesta tan admirablemente organizada... Sí, preciso es esperar que serán rechazados... Por desgracia, si no la superioridad del número, tienen la ventaja de la ofensiva.

Entre tanto, a lo lejos, en dirección de los dos puertos, se oyen detonaciones. El capitán Sarol ha comenzado por interrumpir el funcionamiento de las hélices, a fin de que Standard Island no pueda alejarse de Eromanga, donde se encuentra la base de la operación.

El gobernador, el rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe y el coronel Stewart, reunidos en consejo de defensa, han pensado primero en hacer una salida. No, hubiera sido sacrificar gran número de hombres, de los que tanta necesidad se tiene. No hay más merced que esperar de aquellos salvajes que de las fieras que quince días antes han invadido Standard Island. Además, ¿no intentarán hacer estrellarse a ésta contra las rocas de Eromanga para saquearla en seguida...?

Una hora después, los invasores han llegado ante las rejas de Milliard City. Procuran destruirlas; ellas resisten. Intentan franquearlas y se las defiende a tiros.

Toda vez que Milliard City no ha podido ser sorprendida desde el principio será difícil forzar la muralla en medio de aquella profunda oscuridad. Así es que el capitán Sarol lleva a los indígenas hacia el parque y el campo, donde esperará que se haga de día.

Entre las cuatro y las cinco de la mañana, las primeras luces del alba matizan el horizonte del este. Los militares y marinos, a las órdenes del comodoro Simcoe y del coronel Stewart, quedando la mitad de ellos en el Ayuntamiento, se dirigen al *square* del observatorio, pensando que el capitán Sarol intentará forzar las verjas de esta parte. Como no hay que esperar que de fuera venga socorro alguno, es preciso a todo precio impedir que los indígenas penetren en la ciudad.

El cuarteto ha seguido a los defensores, a los que sus oficiales arrastran hasta la extremidad de la Primera Avenida.

—¡Haber escapado de los caníbales de las Fidji —exclama Pinchinat— y verse obligado a defender las propias chuletas contra los caníbales de las Nuevas Hébridas...!

—No nos comerán enteros, ¡qué diablo! —responde Frascolin.

—¡Y yo resistiré hasta mi último pedazo, como el héroe de Labiche! —añade Yvernés.

Sébastien Zorn permanece silencioso. Ya se sabe lo que se piensa de aquella aventura, lo que no le impedirá cumplir con su deber.

Desde el alba se cambian algunos tiros a través de la verja. Comienza la defensa en las murallas del observatorio. Hay víctimas de una y otra parte. Por la de los *milliardais*, Jem Tankerdon es ligeramente herido en un hombro, pero se resiste a abandonar su puesto. Nat Coverley y Walter se batan en primera línea. El rey de Malecarlia, desafiando las balas de los Snyders, procura ver al capitán Sarol, que anima a sus indígenas.

En realidad, los salteadores son muchos. Todos los combatientes de Eromanga y de Tanna e islas vecinas se encarnizan contra Milliard City. Sin embargo, hay una circunstancia feliz que el comodoro Simcoe ha podido observar, y es que Standard Island, en vez de ser empujada hacia la costa de Eromanga, sube, bajo la influencia de una ligera corriente, y se dirige hacia el grupo septentrional, aunque mejor hubiera sido seguir a lo ancho.

Transcurre el tiempo, los indígenas redoblan sus esfuerzos, y a pesar de la valiente resistencia, los defensores no podrán contenerlos. A eso de las diez, las verjas son arrancadas. Ante la multitud que invade el *square*, el comodoro se ve obligado a replegarse hacia el Ayuntamiento, donde procurará defenderse como en una fortaleza.

Retrocediendo, los militares y marinos ceden palmo a palmo el terreno. Tal vez, puesto que han conseguido forzar la muralla de la ciudad, los neohebridianos, arrastrados por el instinto del pillaje, van a dispersarse por los diversos barrios, lo que permitirá alguna ventaja a los *milliardais*...

¡Vana esperanza! El capitán Sarol no permitirá a los indígenas salir de la Primera Avenida. Se dirigirán contra el Ayuntamiento, donde reducirán los últimos esfuerzos de los sitiados. Dueño el capitán Sarol del mencionado edificio, habrá sonado la hora del pillaje y de la matanza.

—¡Decididamente son muchos! —dice Frascolin en el momento en que un dardo le hiere ligeramente en un brazo.

Siguen lloviendo flechas y balas, y la retirada se acentúa.

A las dos, los defensores han retrocedido hasta el *square* del Ayuntamiento. Se cuentan unos cincuenta muertos de ambas partes, y un número doble o triple de heridos. Antes de que el palacio haya sido invadido por los indígenas, se precipitan los defensores en él, se cierran las puertas, se obliga a las mujeres y a los niños a

refugiarse en las habitaciones interiores, donde estarán al abrigo de los proyectiles. Después Cyrus Bikerstaff, el rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe, el coronel Stewart, Jem Tankerdon, Nat Coverley, sus amigos, los militares y los marinos se apostan en las ventanas, y el fuego comienza con nueva violencia.

—¡Es preciso mantenerse aquí! —dice el gobernador—. Es nuestra última esperanza, ¡y que Dios haga un milagro para salvarnos!



El asalto es dado en seguida por orden del capitán Sarol, que se cree seguro del buen éxito, aunque la tarea sea ruda. En efecto, las puertas son sólidas, y será difícil echarlas abajo sin artillería. Los indígenas las atacan a hachazos bajo el fuego de las ventanas que les ocasiona grandes bajas. Esto no es para detener al jefe, y sin embargo, si fuera muerto, tal vez se cambiaría la faz de las cosas.

Transcurrieron dos horas. El Ayuntamiento aún resiste. Si las balas diezman a los sitiadores, su gente se renueva sin cesar. En vano los más diestros tiradores, Jem Tankerdon y el coronel Stewart, dirigen sus tiros contra Sarol. En tanto que numerosos de los suyos caen en torno suyo, él parece ser invulnerable.

En medio de una descarga más nutrida, la bala de un Snyder da contra el balcón central y hiere a Cyrus Bikerstaff en mitad del pecho. Cae... No puede pronunciar más que algunas palabras ahogadas... La sangre se le sube a la garganta... Se le lleva a la antecámara y no tarda en exhalar el último suspiro. Así sucumbió el que fue el primer gobernador de Standard Island, hábil administrador y corazón grande y honrado.

El asalto continúa con furor creciente. Las puertas van a ceder a las hachas de los indígenas. ¿Cómo impedir la invasión de aquella última fortaleza de Standard Island? ¿Dónde buscar refugio? ¿En la batería de popa? Pero ¿se podrá llegar a ella? ¿En alguno de los puertos? Pero ¿no son los indígenas dueños de ellos? ¿Y se va a abandonar los numerosos heridos?

En este momento se efectúa un suceso feliz que puede modificar la naturaleza de la situación.

El rey de Malecarlia ha avanzado sobre el balcón sin cuidarse de las balas ni de las flechas que llueven en tomo suyo. Se echa a la cara su fusil y apunta al capitán Sarol en el momento en que una de las puertas va a ofrecer franco el paso a los sitiadores...

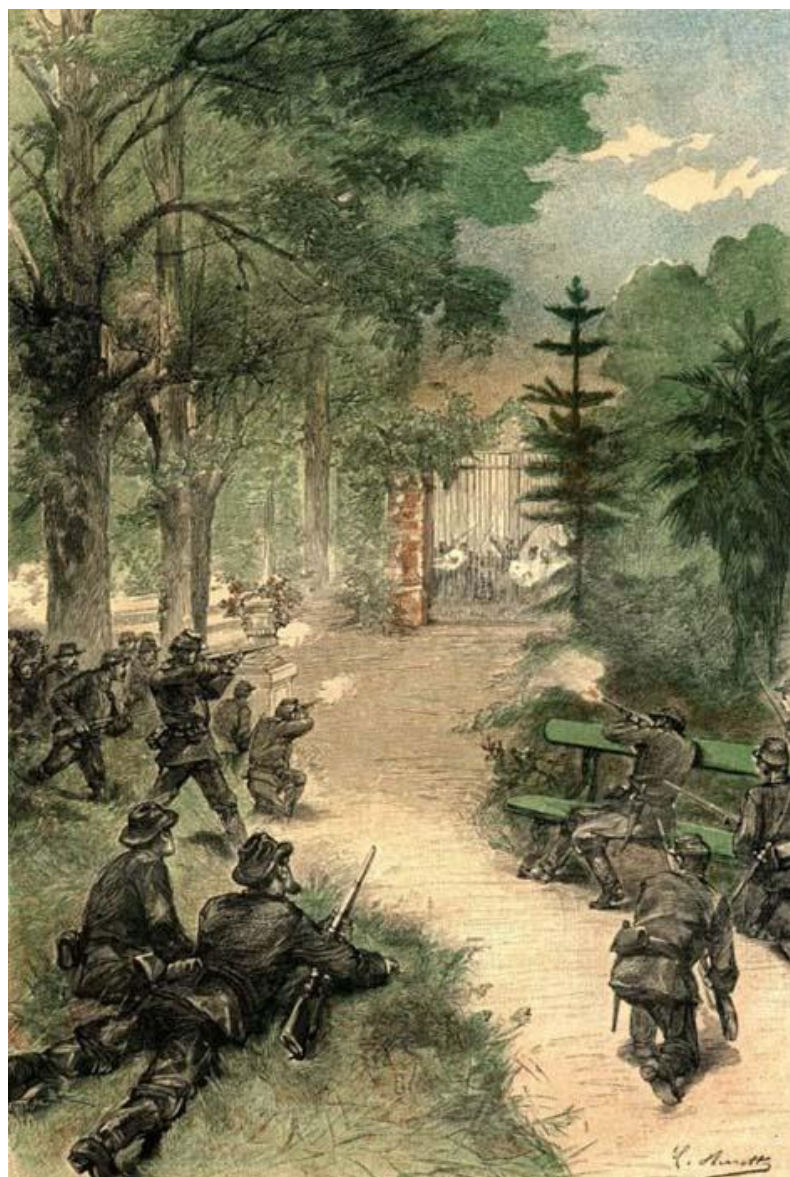
El capitán Sarol cae...

Los malayos se detienen y retroceden, llevando el cadáver de su jefe, y la masa de indígenas es rechazada hacia la verja del *square* del observatorio.

Casi al mismo tiempo se oyen gritos en lo alto de la Primera Avenida, donde la fusilería estalla con nueva intensidad.

¿Qué ha sucedido...? ¿Es que la ventaja vuelve a los defensores de los puertos y de las baterías...? ¿Es que acuden a la ciudad...?

¿Es que, no obstante su inferioridad numérica, atacan a los indígenas por la espalda...?



—¡El tiroteo redobla por el lado del observatorio! —dice el coronel Stewart.

—¡Algún refuerzo que llega a esos infames! —responde el comodoro Simcoe.

—No lo creo —observa el rey de Malecarlia...— Esos tiros no se explicarían...

—Sí... ¡Debe de haber algo nuevo a nuestro favor! —exclama Pinchinat.

—¡Mirad...! ¡Mirad...! —replica Calixtus Munbar—. Empiezan a abandonar el campo...

—Vamos, amigos míos —dice el rey de Malecarlia—, arrojemos a esos miserables de la ciudad. ¡Adelante...!

Oficiales, militares y marinos, bajan al piso bajo y se precipitan por la puerta principal.

El *square* se ve libre de la multitud de salvajes que huyen los unos por la Primera Avenida, los otros por las calles vecinas.

¿Cuál es la causa de este cambio tan rápido como inesperado...? ¿Será menester atribuirlo a la desaparición del capitán Sarol... y a la falta de su dirección...? ¿Es admisible que los asaltantes, tan superiores en fuerza, se hayan desanimado hasta este punto por la muerte de su jefe, en el momento en que el Ayuntamiento iba a ser invadido...?

Arrastrados por el comodoro Simcoe y el coronel Stewart, unos doscientos hombres de la marina y de la milicia, entre ellos Jem y Walter Tankerdon, Nat Coverley, Frascolin y sus compañeros, descienden por la Primera Avenida, rechazando al enemigo, que no se vuelve para lanzarles la última bala o la última flecha, y arroja fusiles, arcos y venablos.

—¡Adelante! ¡Adelante...! —grita el comodoro con potente voz.

Entre tanto, en el observatorio los tiros redoblan... Es seguro que allí se baten con gran encarnizamiento...

¿Ha llegado, pues, un socorro a Standard Island...? ¿Pero cuál...? ¿De dónde...?

Sea lo que sea, los salteadores huyen por todas partes, presos de un incomprensible pasmo. ¿Son atacados por los refuerzos llegados de Babord Harbour...?

Sí... ¡Un millar de neohebridianos ha invadido Standard Island bajo la dirección de los colonos franceses de la isla Sandwich!

¡No hay, pues, que asombrarse de que el cuarteto sea saludado en su lengua nacional cuando se encuentra con sus valientes compatriotas!

He aquí en qué circunstancias se ha efectuado esta intervención inesperada, casi milagrosa podría decirse.

En el transcurso de la noche anterior, y desde el alba, Standard Island no ha cesado de derivar hacia la isla Sandwich, donde no se habrá olvidado que residía una colonia francesa en vías de prosperidad. Desde que los colonos tuvieron noticia del ataque efectuado por el capitán Sarol, resolvieron, con la ayuda de un millar de indígenas sometidos a su influencia, ir en socorro de la Isla de Hélice. Pero las embarcaciones de la isla Sandwich no bastaban para transportarlos a aquella...

Júzguese la alegría de aquellos honrados colonos, cuando por la mañana, y arrastrada por la corriente, Standard Island llegó a la altura de la isla Sandwich. Todos se arrojan en seguida en las chalupas de pesca, seguidos de los indígenas —a nado la mayor parte— y desembarcan en Babord Harbour...

En un momento, los hombres de las baterías del espolón y de popa, que habían permanecido en los puertos, se unen a ellos. A través del campo y del parque se dirigieron hacia Milliard City, y gracias a ello el Ayuntamiento no cayó en manos de los invasores, ya quebrantados por la muerte del capitán Sarol.

Dos horas después, las bandas neohebridianas, arrojadas de todas partes, no pueden buscar su salvación más que arrojándose en el mar, a fin de llegar a la isla Sandwich, y gran número de ellos perecen bajo las balas de la tropa.

Ahora Standard Island no tiene nada que temer. Está a salvo del pillaje y de la matanza.

Parece que el resultado de la aventura debiera producir grandes manifestaciones de regocijo público y acciones de gracia. Pues no es así. ¡Oh! ¡Esos americanos son siempre raros! Diríase que el resultado no les ha sorprendido..., que estaba previsto...

Sin embargo, débese creer que los principales propietarios de Standard Island se deben felicitar *in petto* por haber conservado su propiedad, precisamente en el momento en que el matrimonio de Walter Tankerdon con miss Dy Coverley iba a asegurar su porvenir.

Digamos ahora que los novios, cuando han vuelto a verse, han

caído uno en brazos del otro. Nadie piensa ver en este acto una infracción a las conveniencias sociales. ¿Acaso no debieran estar casados desde veinticuatro horas antes...?

En la acogida que nuestros artistas hacen a los colonos franceses de la isla Sandwich, no hay nada de esta reserva ultraamericana. ¡Qué apretones de manos! ¡Qué felicitaciones recibe el cuarteto de sus compatriotas! Ellos han cumplido bravamente su deber. Respecto al excelente Athanase Dorémus, ha permanecido tranquilamente en el salón del casino, en espera de un discípulo que se obstina en no ir...

¿Quién podría reprochárselo...?

Una excepción en lo que concierne al superintendente. Por *ultrayankee* que sea, su alegría ha sido delirante. ¿Qué queréis? Por sus venas corre la sangre del ilustre Barnum, y no es de extrañar que el descendiente de tal antecesor no sea tan circunspecto como sus conciudadanos del norte de América.

Terminada felizmente la aventura, el rey de Malecarlia, acompañado de la reina, ha regresado a su casa de la Trigesimonovena Avenida, donde el consejo de notables le dará las gracias por su valor y sacrificio por la causa común.

Standard Island está, pues, sana y salva. Su salvación le ha costado cara. Cyrus Bikerstaff, muerto en lo más rudo de la acción, y unos sesenta militares y marinos heridos por las balas y las flechas, y otros tantos funcionarios, empleados y comerciantes que tan valientemente se han batido. La población entera se asociará al duelo público, y la *Joya del Pacífico* les recordará siempre.

Por lo demás, con la rapidez de ejecución que les es propia, los *milliardais* pondrán las cosas en su estado anterior. Después de una escala de algunos días en la isla Sandwich, toda huella de aquella sangrienta lucha habrá desaparecido.

Entre tanto, existe acuerdo completo sobre la cuestión de los poderes militares, que siguen en manos del comodoro Simcoe. Por esta parte no hay competencia ni rivalidad alguna. Ni míster Jem Tankerdon, ni míster Nat Coverley emiten pretensión alguna sobre este asunto. Más tarde la elección decidirá la importante cuestión del nuevo gobernador de Standard Island.

Al siguiente día una imponente ceremonia congrega a la población en los muelles de Tribord Harbour. Los cadáveres de los

malayos y de los indígenas han sido arrojados al mar; pero esto no debe hacerse con los ciudadanos muertos en defensa de la Isla de Hélice. Los cuerpos, piadosamente recogidos, son llevados al templo protestante y a la catedral católica, y allí reciben los honores debidos. Tanto el gobernador Cyrus Bikerstaff, como el más humilde, son objeto de la misma oración y del mismo dolor.

Después, aquel fúnebre cargamento es confiado a uno de los más rápidos vapores de Standard Island, y el barco parte para Bahía Magdalena, conduciendo aquellos preciosos restos a tierra cristiana.

CAPÍTULO XII

TRIBORD Y BABORD. LA SEPARACIÓN



Standard Island ha abandonado los parajes de la isla

Sandwich el 3 de marzo. Antes de su partida, la colonia francesa y sus aliados indígenas han sido objeto de vivo reconocimiento por parte de los *milliardais*. Son amigos que volverán a ver, hermanos que Sébastien Zorn y sus camaradas dejan en aquel grupo de las Nuevas Hébridas, que figurará en el itinerario anual.

Bajo la dirección del comodoro Simcoe, las reparaciones han sido hechas con gran rapidez. Además, los desperfectos eran poco considerables. Las máquinas de las fábricas de electricidad están intactas. Con lo que resta de *stock* de petróleo, el funcionamiento de las dínamos está asegurado para varias semanas. Además, la Isla de Hélice no tardará en llegar a aquella parte del Pacífico en que los cables submarinos la permitan comunicarse con la Bahía Magdalena. Hay, pues, la seguridad de que la campaña se acabará sin contratiempo; antes de cuatro meses Standard Island habrá anclado en la costa americana.

—Esperémoslo —dice Sébastien Zorn, cuando el superintendente habla con el calor de costumbre del porvenir del maravilloso aparato marítimo.

—Pero —observa Calixtus Munbar— ¡qué lección hemos recibido...! ¡Aquellos malayos tan serviciales, ese capitán Sarol...!

¡Nadie hubiera podido sospechar de ellos...! Ésta es la última vez que Standard Island habrá dado asilo a personas extranjeras...

—¿Hasta si un naufragio les arroja en vuestro camino...? —pregunta Pinchinat.

—Amigo mío... yo no creo ya ni en náufragos ni en naufragios.

A pesar de que el comodoro Simcoe sigue encargado como antes de la dirección de la Isla de Hélice, los poderes civiles no están en sus manos. Desde la muerte de Cyrus Bikerstaff, Milliard City no tiene gobernador, y los antiguos auxiliares no han conservado sus cargos. Dedúcese de aquí la necesidad de nombrar un nuevo gobernador a Standard Island.

Así que, por no haber oficial del estado civil, no se podía proceder a la celebración del matrimonio de Walter Tankerdon y de miss Dy Coverley. ¡Una dificultad que no hubiera surgido sin las maquinaciones de aquel miserable Sarol! Y no solamente los dos futuros esposos, todos los notables de Milliard City, toda la población desean que el matrimonio se celebre cuanto antes, por significar la más segura garantía del porvenir. Ya Walter Tankerdon habla de embarcarse en uno de los vapores de Tribord Harbour, e ir con las dos familias al archipiélago más próximo, donde un gobernador proceda a la ceremonia nupcial... ¡Qué diablo! Los hay en las Samoa, en las Tonga, en las Marquesas, y antes de una semana, caminando a todo vapor...

Las gentes prudentes hacen entrar en razón al impaciente joven. Se está en época de elecciones... Dentro de algunos días será nombrado el nuevo gobernador... El primer acto de su administración será celebrar con gran pompa el matrimonio tan ardientemente esperado... El programa de fiestas será repetido... ¡Un gobernador...! Éste es el grito que sale de todas las bocas...

—¡Con tal que esas elecciones no reaviven las rivalidades acaso mal extinguidas! —Hace observar Frascolin.

No, y Calixtus Munbar está decidido a hacer toda clase de esfuerzos para llevar las cosas a un buen fin.

—Y además —exclama— ¿se olvida usted de los novios...? Creo que convendrá usted en que el orgullo nada podrá contra el amor.

Standard Island sigue subiendo al noreste hacia el punto en que se cruzan el paralelo 12° sur y el meridiano 175° oeste. En estos parajes los últimos cablegramas expedidos, antes de la escala en las

Nuevas Hébridas, han citado a los navíos que traen víveres de la Bahía Magdalena. Por lo demás, la cuestión de provisiones no es para alarmar al comodoro Simcoe. Con las reservas hay para más de un mes. Es cierto que hay pocas novedades extranjeras. *Starboard Chronicle* se queja, el *New Herald*, lo mismo... Pero ¿qué importa? ¿Acaso no forma Standard Island un pequeño mundo aparte, sin que le importe gran cosa lo que pasa en el resto del esferoide terrestre...? ¿Son noticias políticas las que se desean...? No tardará en haber muchas cuestiones de esta clase en la misma Standard Island... ¡Demasiadas, tal vez!

En efecto, se ha abierto el período electoral. Se trabaja entre los treinta miembros del consejo de notables, donde los *babordais* y los *tribordais* se cuentan en número igual. Seguramente, la elección de gobernador será motivo de grandes discusiones, pues de nuevo aparecerá la rivalidad entre Jem Tankerdon y Nat Coverley.

Transcurren algunos días en reuniones preparatorias. Compréndese desde el principio lo difícil de llegar a un acuerdo, dado el amor propio de los dos candidatos. Así es que en la ciudad y en los puertos reina gran agitación. Los agentes de las dos secciones tratan de provocar un movimiento popular, a fin de ejercer presión sobre los notables. El tiempo pasa, y no parece fácil llegar a un acuerdo. ¿No se puede temer que ahora Jem Tankerdon y los principales *babordais*, pretendan imponer sus ideas, rechazadas por los de Tribord, de hacer de Standard Island una isla industrial y comercial...? Esto no lo aceptaría jamás la otra sección. Tan pronto el partido de Coverley parece ser victorioso, como lo parece el partido Tankerdon. De aquí recriminaciones malsonantes, tirantez entre los dos bandos, una frialdad manifiesta entre ambas familias, frialdad en la que ni Walter ni Dy quieren reparar. ¿Qué les importan a ellos estas cuestioncillas de política...?

Hay, sin embargo, un sencillísimo medio de arreglar las cosas, desde el punto de vista administrativo, por lo menos, y es decidir que los dos competidores desempeñen por turno el cargo; seis meses uno, y seis el otro. Pero lo que es de buen sentido no ha tenido nunca la probabilidad de ser adoptado en este bajo mundo, y aunque independiente de los continentes terrestres, Standard Island no está exenta de todas las pasiones de la humanidad sublunar.

—He aquí —dice un día Frascaolin a sus camaradas— las

dificultades que yo temía...



—¿Y qué nos importan esas discusiones? —responde Pinchinat—. ¿Qué perjuicio puede resultarnos a nosotros de ellas...? Dentro de algunos meses habremos llegado a la Bahía Magdalena, nuestra contrata habrá terminado, y pondremos el pie en tierra con un millón en el bolsillo cada uno...

—¡Si no ocurre antes ninguna catástrofe! —responde el intratable Sébastien Zorn—. ¿Es que con semejante máquina flotante se está nunca seguro del porvenir...? Después del abordaje del navío inglés, la invasión de las fieras; después de la de las fieras, la invasión de los neohebridianos...; después de los indígenas, los...

—Calla, pájaro de mal agüero —exclama Yvernés—. ¡Calla o haremos que te pongan una mordaza!

De todos modos, hay motivo para lamentar que el matrimonio Tankerdon-Coverley no se haya celebrado en la fecha fijada. Estando unidas ambas familias por un lazo nuevo, tal vez la situación hubiera sido menos difícil... Los dos esposos hubieran intervenido de una manera eficaz. En fin... la agitación no debe durar mucho, pues la elección debe ser efectuada el 15 de marzo.

Entonces el comodoro Simcoe intenta un aproximamiento entre las dos secciones de la ciudad. Se le suplica que no se mezcle en lo que no le atañe. Su función es conducir la isla... ¡que la conduzca! Hay escollos que evitar... ¡que los evite! La política no es de su competencia.

El comodoro lo sabe.

Hasta las pasiones religiosas han entrado en juego en este debate, y el clero se mezcla más de lo conveniente. ¡Y, sin embargo, vivían en tan buen acuerdo el templo y la catedral, el pastor y el obispo!

No hay que decir que los periódicos han descendido al palenque. El *New Herald* combate por los Tankerdon, y el *Starboard Chronicle* por los Coverley. La tinta corre a oleadas, y es de temer que a esta tinta se mezcle la sangre... ¡Dios santo! ¿No ha sido regado bastante aquel suelo virgen de Standard Island, durante la lucha contra los salvajes de las Nuevas Hébridas...?

En suma, la clase media se interesa sobre todo por los novios, cuya encantadora novela se ha interrumpido en el primer capítulo. Pero ¿qué podría hacer para asegurarles la dicha? Las relaciones entre las dos secciones de Milliard City han cesado ya. Nada de

reuniones, ni de invitaciones, ni de veladas musicales. Si aquello dura, los instrumentos del *Cuarteto concertante* van a enmohecerse en sus cajas, y nuestros artistas ganarán sus enormes sueldos por no hacer nada.

Aunque no lo confiese, el superintendente está devorado por una mortal inquietud. Su situación es falsa, lo comprende, pues toda su inteligencia se emplea en no disgustar ni a los unos ni a los otros, medio seguro de disgustar a todos.

El 12 de marzo Standard Island se eleva sensiblemente hacia el ecuador, no lo bastante, sin embargo, para encontrarse con los navíos expedidos de la Bahía Magdalena. Pero esto no puede tardar; mas, probablemente, las elecciones se efectuarán antes, pues están fijadas para el 15.

Entre tanto, siguen siempre los pronósticos de igualdad en los votos de ambas secciones. No hay mayoría posible.

Entonces surge una idea genial que parece nacida en el mismo momento en el ánimo de todos los que no debían ser consultados. Es sencilla, digna y pondría término a todas las rivalidades. Los mismos candidatos se inclinarían ante ella, considerándola como justa solución.

¿Por qué no ofrecer al rey de Malecarlia el gobierno de Standard Island? Aquel soberano es un sabio. Su tolerancia y su filosofía serían la garantía mejor contra las sorpresas del porvenir. Conoce a los hombres por haberlos visto de cerca. Sabe que es preciso contar con sus flaquezas e ingratitud. Carece de ambición y nunca pensará en sustituir con el poder personal aquellas instituciones democráticas que constituyen el régimen de la Isla de Hélice. No será más que el presidente del consejo de administración de la nueva sociedad *Tankerdon Coverley and Co.*

Un importante número de comerciantes y funcionarios de Milliard City, al que se reúnen algunos oficiales y marinos de ambos puertos, decide ir a manifestar estos deseos a su real conciudadano.

Sus Majestades reciben a la diputación en el salón del piso bajo de su casa de la Avenida Trigesimonovena. Escuchan con agrado, pero rehúsan. Los soberanos caídos se acuerdan del pasado y, bajo el imperio de esta emoción, el rey dice:

—Mucho se lo agradezco a ustedes. Su petición me conmueve, pero nos encontramos muy dichosos del presente, y tenemos la

esperanza de que nada vendrá a turbar nuestra tranquilidad en el porvenir. ¡Créanme ustedes! En nosotros se han extinguido esas ilusiones que son inherentes a una soberanía cualquiera. Yo no soy más que un modesto astrónomo del observatorio de Standard Island, y no quiero ser otra cosa.

Ante respuesta tan formal no se debía insistir, y la diputación se retira.

En los últimos días que preceden al escrutinio, acrece la sobreexcitación de los ánimos. Es imposible entenderse. Los partidarios de Jem Tankerdon y de Nat Coverley evitan encontrarse hasta en las calles. No se va de una sección a otra. Ni los de estribor ni los de babor pasan de la Primera Avenida. Milliard City está ahora formada de dos ciudades enemigas. El único que corre de una a otra parte, agitado, loco, sudando sangre y agua, dando buenos consejos, rechazado por unos y otros, es el desesperado superintendente Calixtus Munbar. Y tres o cuatro veces por día va como un navío sin timón a los salones del casino, donde el cuarteto procura en vano consolarle.

Respecto al comodoro, se limita a las funciones que son de su competencia. Dirige la Isla de Hélice siguiendo el itinerario convenido. Profesa un horror grande a la política, y aceptará al gobernador, sea el que sea. Sus oficiales, como los del coronel Stewart, muestran tan poco interés como él por la cuestión que agita todos los cerebros. En Standard Island no hay que temer los pronunciamientos.

Entre tanto, el consejo de notables, en sesión permanente en el Ayuntamiento, discute y disputa. La cuestión llega a tomar un carácter personal. La policía se ve en el caso de adoptar ciertas precauciones, pues la multitud se agolpa de la mañana a la noche ante el palacio, y deja oír gritos sediciosos.

Por otra parte, circula una noticia deplorable. Walter Tankerdon se ha presentado la víspera en el hotel Coverley, y no ha sido recibido. Prohibición a los dos novios de verse, y puesto que el matrimonio no ha sido celebrado antes del ataque de las bandas neohebridianas, ¿quién se atreverá a decir ya que se efectuará...?

Llega el 15 de marzo. Se va a proceder a la elección en el salón del Ayuntamiento. Numeroso público llena el *square*, como en otro tiempo la población romana ante el palacio del Quirinal, donde el

cónclave procedía a la exaltación de un papa al trono de San Pedro.

¿Qué va a resultar de aquella suprema deliberación? Sin duda habrá empate. Si los *tribordais* se mantienen fieles a Nat Coverley, y los *babordais* a Jem Tankerdon, ¿qué sucederá...?



Entre la una y las tres, la vida normal está como en suspenso en Standard Island. De cinco a seis mil personas se agitan bajo las ventanas del edificio municipal. Se espera el resultado de los votos de los notables, que será inmediatamente comunicado por teléfono a las dos secciones y a los dos puertos.

El primer turno del escrutinio se efectúa a la una y treinta y cinco.

Los candidatos obtienen el mismo número de votos...

Una hora después, el segundo turno del escrutinio.

No modifica en nada las cifras del primero.

A las tres y treinta y cinco, tercero y último turno.

Ninguno de los candidatos obtiene un voto más que su contrario.

El consejo se separa, y obra con prudencia; de continuar en sesión, sus miembros, exasperados, hubieran llegado a las manos. Cuando atraviesan el *square* para regresar los unos al hotel Tankerton, los otros al hotel Coverley, la multitud les acoge con murmullos desagradables.

Es preciso, no obstante, salir de aquella situación que no se podría prolongar ni algunas horas. Es demasiado lastimosa para los intereses de Standard Island.

—Entre nosotros —dice Pinchinat, cuando sus compañeros y él saben por el superintendente el resultado del escrutinio—, me parece que hay un medio muy sencillo para arreglar la cuestión.

—¿Y cuál...? —pregunta Calixtus Munbar, que levanta ah cielo los brazos—. ¿Cuál...?

—Cortar por el medio la Isla de Hélice..., dividirla en dos ramas iguales, como una galleta, y cada parte navegará por su lado con el gobernador que haya elegido.

—¡Cortar nuestra isla...! —exclama el superintendente, como si Pinchinat le propusiera la amputación de un miembro de su cuerpo.

—Con un cuchillo, un martillo y una llave inglesa —añade *Su Alteza*—, la cuestión quedaría resuelta, y habría dos islas movibles, en vez de una, en la superficie del océano Pacífico.

¡El tal Pinchinat no podrá nunca ser formal, ni aun en circunstancias tan graves!

Sea lo que sea, si su consejo no debe ser seguido —materialmente al menos—, si no se hace intervenir ni al cuchillo ni a la llave inglesa, la separación no es menos real desde el punto de

vista moral. Los de Babord y los de Tribord van a ser tan extraños los unos de los otros, como si les separasen cien leguas de mar. En efecto, los treinta notables, en la imposibilidad de entenderse, se han decidido a votar separadamente. Jem Tankerdon es nombrado gobernador de su sección, y la gobernará a su gusto. Nat Coverley es nombrado gobernador de la suya, y hará lo mismo. Cada uno conservará su puerto, sus navíos, sus oficiales, sus marinos, sus militares, sus funcionarios, sus comercios, su fábrica de energía eléctrica, sus máquinas, sus motores, sus maquinistas, sus fogoneros. Así ambos estarán contentos.

Muy bien, pero ¿qué hará el comodoro Simcoe para atender a los dos? ¿Qué hará Calixtus Munbar para llenar sus funciones a satisfacción de ambos?

Es verdad que al caso, en lo que a lo último se refiere, tiene poca importancia. Su destino no va a ser más que una prebenda. ¿Quién va a pensar en fiestas, cuando una guerra civil amenaza a Standard Island, pues la aproximación no es posible?

Júzguese por este solo indicio: el 17 de marzo los periódicos anuncian la ruptura definitiva del matrimonio de Walter Tankerdon y de miss Dy Coverley.

¡Sí! Roto a pesar de las súplicas de los novios, y aunque Calixtus Munbar haya dicho otra cosa, el amor no ha sido el más fuerte. ¡Pero no! Walter y miss Dy no se separarán... Abandonarán su familia... Se casarán en el extranjero... Encontrarán un rincón del mundo donde podrán ser dichosos sin tantos millones.

Después del nombramiento de Jem Tankerdon y de Nat Coverley, en nada ha cambiado el itinerario de Standard Island. El comodoro Simcoe continúa dirigiéndose hacia el nordeste. Una vez en la Bahía Magdalena, es probable que, molestados por aquel estado de cosas, numerosos *milliardais* vayan a pedir al continente la calma que ya no les ofrece la *Joya del Pacífico*. Tal vez la Isla de Hélice será abandonada... Se la liquidará, se la venderá a peso en pública subasta, como hierro viejo.

Así sea, pero las cinco mil millas que hay que recorrer todavía, exigen unos cinco meses de navegación. Durante esta travesía ¿no se verá comprometida la dirección, por el capricho o la terquedad de ambos jefes? Además, el espíritu de rebelión se ha infiltrado en el alma de la población. ¿Van los de Babord y los de Tribord a

llegar a las manos, a atacarse a tiros, bañando en sangre el suelo de Standard Island?

¡No...! No llegarán a este extremo, sin duda. No estallará otra guerra de Secesión, si no entre norte y sur, entre las secciones de Tribord y Babord de Standard Island... Pero lo que era fatal llega, a riesgo de provocar una verdadera catástrofe.

El 19 de marzo, por la mañana, el comodoro Simcoe está en su despacho del observatorio, donde espera que le sea comunicada la primera observación de altura. Según sus cálculos, Standard Island no debe hallarse lejos de los parajes en que debe encontrar los navíos que traen víveres. Algunos vigías situados en lo alto de la torre, vigilan el mar, a fin de señalar dichos vapores. Junto al comodoro, se encuentran el rey de Malecarlia, el coronel Stewart, Sébastien Zorn, Pinchinat, Frascolin, Yvernés, algunos oficiales y funcionarios de los que se pueden llamar neutros, pues no toman parte en las disensiones intestinas. Para ellos, lo esencial es llegar lo más pronto posible a la Bahía Magdalena, donde acabará aquel deplorable estado de cosas.

En aquel momento suenan dos timbres, y se transmiten por teléfono dos órdenes al comodoro. Vienen del Ayuntamiento, en el que Jem Tankerdon ocupa el ala derecha, y Nat Coverley la izquierda. Desde allí administran a Standard Island, y no hay que extrañarse de que den órdenes contradictorias.

Aquella misma mañana, la orden se refiere al itinerario seguido por Ethel Simcoe, y sobre el cual, por lo menos, los dos gobernadores hubieran debido entenderse. No ha podido ser así. El uno, Nat Coverley, ha decidido que Standard Island tome la dirección nordeste, a fin de llegar al archipiélago de las Gilbert. El otro, Jem Tankerdon, terco en crearse relaciones comerciales, ha resuelto que se camine en dirección suroeste, hacia los parajes australianos.

Y entre los dos rivales y sus amigos, han jurado sostenerlo.

Al recibir las dos órdenes simultáneas en el observatorio, dice el comodoro:

—¡He aquí lo que yo temía...!

—¡Esto no se puede prolongar, en interés público! —dice el rey de Malecarlia.

—¿Qué decide usted...? —pregunta Frascolin.

—¡Diablo! —exclama Pinchinat—. Tengo curiosidad de ver lo que hace usted en tal situación.

—¡Malo...! —murmura Sébastien Zorn.

—Hagamos primero conocer a Jem Tankerdon y a Nat Coverley que sus órdenes son inejecutables, puesto que se contradicen. Además, lo mejor es que Standard Island no se mueva, en espera de los navíos que ha de encontrar en estos parajes.

Esta prudente respuesta es telefoneada inmediatamente al edificio municipal.



Transcurre una hora sin que al observatorio llegue otra comunicación. Probablemente, los dos gobernadores han renunciado a modificar el itinerario en sentido opuesto...

De repente, se produce un singular movimiento en el casco de Standard Island... ¿Qué indica este movimiento...? Que Jem Tankerdon y Nat Coverley llevan su terquedad hasta los últimos límites.

Todos se miran y se preguntan:

—¿Qué hay...? ¿Qué hay...?

—¿Qué pasa...? —responde el comodoro Simcoe, encogiéndose de hombros—. Pues pasa que Jem Tankerdon ha enviado directamente sus órdenes a míster Watson, el maquinista de Babord Harbour, mientras Nat Coverley ha enviado órdenes contrarias a míster Somwah, el maquinista de Tribord Harbour. El uno ha ordenado dar máquina hacia adelante, para ir hacia el nordeste; el otro hacia atrás, para ir al suroeste. El resultado es que Standard Island gira, y esto durará tanto tiempo como quiera el capricho de esos dos personajes.

—Vamos —exclama Pinchinat— ¡esto acabará en un vals...! ¡El vals de los testarudos...! Athanase Dorémus está de más... Los *milliardais* no tienen necesidad de sus lecciones...

Tal vez esta situación absurda e irónica, mirada por cierto lado, fuera propia para excitar la risa; pero desdichadamente, la doble maniobra es extremadamente peligrosa, como hace observar el comodoro. Arrastrada en sentidos inversos por una tracción de diez millones de caballos, Standard Island corre el riesgo de dislocarse.

En efecto, las máquinas han sido lanzadas a toda velocidad, las hélices funcionan con el máximum de su poder, y esto se conoce en el estremecimiento del subsuelo de acero. Imagínese un atelaje donde uno de los caballos tira hacia la derecha, el otro hacia la izquierda, ¡y se tendrá la idea de lo que pasa!

Con el movimiento, que se acentúa, Standard Island da vueltas sobre su centro. El parque, el campo, describen círculos concéntricos, y los puntos del litoral, situados en la circunferencia, se separan con una velocidad de doce millas por hora.

No hay que pensar en hacer entrar en razón a los maquinistas. El comodoro no tiene sobre ellos autoridad alguna. Obedecen a las mismas pasiones que los de Tribord y Babord. Fieles servidores de

sus jefes míster Watson y Somwah, llegarán hasta el fin, máquina contra máquina, dínamos contra dínamos...

Prodúcese entonces un fenómeno tan desagradable, que hubiera debido calmar los cerebros y suavizar los corazones.

Por consecuencia de la rotación de Standard Island, gran número de *milliardais*, y sobre todo de *milliardaises*, comienzan a sentirse singularmente turbados. En el interior de las casas se manifiestan angustias y náuseas, principalmente en aquellas que, más alejadas del centro, sufren un movimiento de «vals» más pronunciado.

A fe mía que, en presencia de tan cómico resultado, Yvernés, Pinchinat y Frascaolin se sienten víctimas de risa loca, aunque la situación parece que llegará a ser muy crítica. En efecto, la *Joya del Pacífico* está amenazada de un desgarramiento material que igualará, si no le traspassa, a su desgarramiento moral.

En cuanto a Sébastien Zorn, bajo la influencia de aquel movimiento continuo, está muy pálido.

El corazón se le sube a los labios. ¿Durará mucho aquello...? ¡Estar prisionero sobre aquella inmensa tabla movable, que no tiene ni aun el don de descubrir los secretos del porvenir...!

Durante toda una interminable semana, Standard Island no cesa de girar sobre su centro, que es Milliard City. Así es que la ciudad está siempre llena de una multitud que busca allí refugio contra las náuseas, por ser en aquel sitio menos sensible el movimiento. En vano el rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe y el coronel Stewart han ensayado intervenir entre los dos poderes que se reparten el palacio municipal... Ninguno ha querido bajar su pabellón. Si el mismo Cyrus Bikerstaff resucitara, habría visto sus esfuerzos chocar contra aquella tenacidad ultraamericana.

Para colmo de desdichas, durante estos ocho días el cielo ha estado cubierto constantemente de nubes, por lo que no ha sido posible tomar altura... El comodoro Simcoe no sabe cuál es la posición de Standard Island. Arrastrada en sentido opuesto por sus poderosas hélices, se la siente temblar hasta en el fondo de sus compartimientos. Nadie ha pensado en entrar en su casa. El parque rebosa de gente. Se acampa al aire libre. Por un lado estallan gritos: ¡Hurra por Tankerdon! Por otro: ¡Hurra por Coverley!

Los ojos lanzan resplandores, los brazos se extienden. ¿Va, pues,

a producirse la guerra civil, ahora que la población ha llegado al paroxismo de la locura...?

Sea lo que sea, ni los unos ni los otros quieren reparar en el próximo peligro. No se cederá, y se continuará así hasta que, faltas de corriente, las dínamos cesen de mover las hélices...

En medio de esta agitación general, en la que no toma parte alguna, Walter Tankerdon experimenta la más viva angustia. No teme por él, pero sí por miss Dy Coverley. Desde hace ocho días no ha vuelto a ver a la que fue su novia y debía ser su mujer. Desesperado, ha suplicado veinte veces a su padre que desista de aquella deplorable maniobra... Jem Tankerdon le ha escuchado sin querer entenderle...

Entonces, en la noche del 27 al 28 de marzo, aprovechándose de la oscuridad, Walter procura reunirse con la joven. Quiere estar a su lado por si la catástrofe se produce. Después de arrojarle por medio de la multitud que llena la Primera Avenida, penetra en la sección enemiga a fin de llegar al hotel Coverley...

Un poco antes de amanecer, estalla una formidable explosión. Con más presión de la que pueden soportar, las calderas de babor acaban de estallar. Y como la corriente de fuerza energética es bruscamente agotada por este lado, la mitad de Standard Island queda sumida en una oscuridad profunda...

CAPÍTULO XIII

LA CLAVE DE LA SITUACIÓN, DICHA POR PINCHINAT



Si las máquinas de Babord Harbour están ahora fuera del estado de funcionar a consecuencia del estallido de las calderas, las de Tribord Harbour están intactas. Resulta, pues, como si Standard Island no tuviese ningún aparato de locomoción. Reducida a sus hélices de estribor, no podrá ir hacia delante.

El accidente ha agravado, pues, la situación. En efecto, cuando Standard Island poseía sus dos máquinas, susceptibles de trabajar simultáneamente, hubiera bastado un acuerdo entre el partido Tankerdon y el partido Coverley para poner fin a aquel estado de cosas. Los motores hubieran adquirido su buena costumbre de moverse en igual sentido, y el aparato, retrasado algunos días únicamente, hubiese vuelto a tomar su dirección hacia la Bahía Magdalena.

Al presente no va a suceder así. La navegación va a resultar imposible, y el comodoro Simcoe no dispone más que de la fuerza propulsiva necesaria para abandonar aquellos lejanos parajes.

¡Y aún si Standard Island hubiera permanecido quieta durante aquella última semana! ¡Si los vapores esperados hubieran podido reunirse a ella, tal vez fuera posible ganar el hemisferio septentrional!

No... y aquel día, una observación astronómica ha permitido hacer ver que Standard Island se ha movido hacia el sur durante aquel movimiento giratorio prolongado. Ha derivado del paralelo 12° sur hasta el 17° .

Efectivamente, entre el grupo de las Nuevas Hébridas y el grupo de las Fidji existen ciertas corrientes debidas a la compresión de los dos archipiélagos, que se propagan hacia el sudeste. Mientras sus máquinas han funcionado con perfecto acuerdo, Standard Island ha podido rechazar sin trabajo estas corrientes. Pero, a partir del momento en que fue presa del vértigo, ha sido arrastrada irresistiblemente hacia el trópico de Capricornio.

Reconocido el hecho, el comodoro Simcoe no oculta a aquellas personas a quienes hemos dado el nombre de neutras la gravedad de las circunstancias. Y he aquí lo que les dice:

—Hemos sido arrastrados cinco grados hacia el sur. Lo que un marino puede hacer a bordo de un vapor desamparado de su máquina, yo no puedo hacerlo con Standard Island. Nuestra isla carece de velamen, que permitiría utilizar el viento, y estamos a merced de las corrientes. ¿Dónde llegaremos? Lo ignoro. En cuanto a los vapores que han partido de la Bahía Magdalena, nos buscarán en vano por los sitios convenidos, ¡y derivamos con una velocidad de ocho a diez millas por hora hacia la parte menos frecuentada del Pacífico!

Con estas frases, Ethel Simcoe acaba de establecer la situación que él no puede modificar. La Isla de Hélice es como un inmenso naufrago entregado al capricho de las corrientes. Si éstas van al norte, al norte irá ella; si al sur, al sur, tal vez hasta los límites extremos del océano Antártico. Y entonces...

Esta situación no tarda en ser conocida tanto en la población de Milliard City como en los dos puertos. Se conoce el peligro. De aquí (lo que es muy humano) cierto apaciguamiento en los ánimos. No se piensa en empeñar una lucha fratricida, y si los odios persisten, al menos no se traducirán en violencias. Poco a poco todos vuelven a su sección, a su barrio, a su casa. Jem Tankerdon y Nat Coverley renuncian a disputarse el primer puesto. También, y a propuesta de los dos gobernadores, el consejo de notables toma el único partido razonable dictado por las circunstancias: pone todos sus poderes en manos del comodoro Simcoe, único jefe al que se confía la salvación

de Standard Island.



Sin dudar acepta el comodoro. Cuenta con la ayuda de sus amigos, de sus oficiales, de su personal. Pero ¿qué podrá hacer a bordo de aquel vasto aparato flotante, de una superficie de veintisiete kilómetros cuadrados, ingobernable ahora desde que no se dispone de sus dos máquinas?

¿No es fundado decir que Standard Island, mirada como la obra maestra de las construcciones marítimas, está condenada a ser el juguete de los vientos y de las olas...?

Es cierto que el accidente no es debido a las fuerzas de la naturaleza, de las que la *Joya del Pacífico*, desde su fundación, había siempre victoriosamente desafiado las tormentas y ciclones. Es por culpa de esas disensiones intestinas, de esas rivalidades de *milliardais*, de aquella terquedad de los unos por ir hacia el sur y de los otros por subir al norte. ¡Su injusta estupidez es la que ha producido la explosión de las calderas de babor...!

Pero ¿de qué sirven las recriminaciones? Lo que es preciso ante todo es darse cuenta de las averías de Babord Harbour. El comodoro reúne a sus oficiales e ingenieros. El rey de Malecarlia se une a ellos. No es ciertamente el real filósofo quien se asombra de que las humanas pasiones hayan provocado tal catástrofe.

La comisión designada dirígese hacia la parte donde se elevaban las construcciones de la fábrica de energía eléctrica y de la maquinaria. La explosión de los aparatos evaporatorios lo ha destruido todo, causando la muerte de dos maquinistas y seis fogoneros. El destrozo no es menor en la fábrica de electricidad. Felizmente, las dínamos de estribor continúan funcionando, y, como dice Pinchinat:

—Aún podemos ver con un ojo.

—Sí —responde Frascolin—, pero también hemos perdido una pierna, y la otra no nos servirá.

De la información resulta que las averías no son reparables, y que será imposible ordenar la marcha hacia el sur. De aquí la necesidad de esperar a que Standard Island salga de aquella corriente que la arrastra más allá del trópico.

Conocido este punto, es llegada la ocasión de comprobar el estado en que se encuentran los compartimientos del casco. ¿No han sufrido por efecto del movimiento general que tan violentamente les ha sacudido durante aquellos ocho días...? ¿Los

palastros se han aflojado...? ¿Los remaches se han saltado...? Si se han abierto las vías de agua, ¿qué medio habrá para cegarlas...?

Los ingenieros proceden a esta segunda información. El resultado de ella, que se comunica al comodoro Simcoe, es algo más tranquilizador. El movimiento ha hecho estallar las placas y ha roto los travesaños. Se ha producido gran número de desgarraduras. Algunos compartimientos están ya invadidos por el mar. Pero, como la línea de flotación no ha bajado, la solidez del suelo metálico no está seriamente comprometida, y los nuevos propietarios de Standard Island no tienen que temer por su propiedad. En la batería de popa las hendiduras son más numerosas. Respecto a Babord Harbour, uno de sus muelles se ha hundido con la explosión... Pero Tribord Harbour está intacto, y sus dársenas ofrecen toda seguridad a los navíos.

Se dan las oportunas órdenes para que lo que se pueda reparar se haga sin retraso alguno. Importa que la población quede tranquila desde el punto de vista material. Ya es bastante que, por falta de sus motores de babor, Standard Island no pueda dirigirse hacia la tierra más próxima. Para esto no hay remedio.

Queda la gravísima cuestión del hambre y de la sed... ¿Las reservas son suficientes para un mes... para dos meses...?

He aquí las informaciones del comodoro Simcoe:

En lo que concierne al agua no hay nada que temer. Si una de las fábricas destiladoras ha sido destrozada por la explosión, la otra continúa funcionando, y debe bastar para todas las necesidades.

En lo que respecta a los víveres, el estado de la cuestión es menos tranquilizador. Su duración no excederá de quince días, a menos que un severo racionamiento se imponga a los diez mil habitantes. Excepto las frutas y las legumbres, todo viene de fuera, como ya se sabe... Y ¿a qué distancia están las tierras más próximas, y cómo llegar a ellas...?

Vese, pues, el comodoro en la necesidad de disponer un riguroso racionamiento, y aquella misma tarde los hilos telefónicos y telotográficos empiezan a esparcir la funesta nueva.

De aquí, general espanto en Milliard City y en los dos puertos, y presentimiento de catástrofes mayores aún. El espectro del hambre, para emplear una frase vulgar, pero muy gráfica, ¿no se levantará pronto en el horizonte, puesto que no existe medio alguno para

renovar las provisiones...? En efecto, el comodoro Simcoe no dispone de un solo navío que expedir hacia el continente americano... La fatalidad quiere que el último se haya dado al mar, hace tres semanas, llevando los mortales despojos de Cyrus Bikerstaff y de los defensores muertos en la lucha contra Eromanga.



¡No se sospechaba entonces que las cuestiones de amor propio pusieran a Standard Island en una posición peor que en el momento en que fue invadida por las bandas neohebridianas!

¡Verdaderamente! ¿De qué sirve poseer millones, ser ricos como Rothschild, Mackay, Astor, Vanderbilt, Gould, cuando ninguna riqueza es capaz de conjurar el hambre...? ¡Sin duda, esos nababs tienen lo mejor de su fortuna en seguridad en los bancos del antiguo y nuevo continente! ¡Pero quién sabe si está próximo el día en que un millón no podrá procurar ni una libra de carne, ni una libra de pan...!

¡Después de todo, la culpa está en sus disensiones absurdas, en sus estúpidas rivalidades, en su deseo de obtener el poder! Los culpables son los Tankerdon y los Coverley. ¡Guárdense de las represalias, de la cólera de los oficiales, de los funcionarios, de los empleados, mercaderes, de toda aquella población a la que han puesto en tan peligroso trance! ¿A qué excesos no se entregará cuando esté bajo los tormentos del hambre?

Digamos que tales reproches jamás se dirigirán contra Walter Tankerdon y miss Dy Coverley, puesto que no son merecedores de ellos. ¡No! ¡Ni el joven ni la joven son responsables de lo sucedido! Eran el lazo que debía asegurar el porvenir de las dos secciones, y este lazo no se ha roto por culpa de ellos.

Durante cuarenta y ocho horas, por el estado del cielo, no ha podido hacerse observación alguna, y la posición de Standard Island no ha podido ser establecida con exactitud.

El 31 de marzo, desde el alba, el cenit se muestra bastante puro y las brumas desaparecen. Hay motivo para esperar que la operación mencionada podrá efectuarse.

Se espera el resultado con febril impaciencia. Muchos habitantes se reúnen en la batería del espolón. Entre ellos está Walter Tankerdon. Pero ni su padre, ni Nat Coverley, ni ninguno de aquellos notables a quienes justamente se puede acusar de haber traído aquel estado de cosas, han abandonado sus hoteles, donde se sienten amenazados por la indignación pública.

Un poco antes del mediodía, los observadores se preparan a aprovechar el instante en el que el disco solar está en su culminación. Dos sextantes, el uno en manos del rey de Malecarlia, y el otro en las del comodoro Simcoe, son dirigidos hacia el

horizonte.

Tomada la altura meridiana se procede a los cálculos. El resultado da:

29° 17' latitud sur.

A las dos se hace una segunda observación, realizada en las mismas condiciones favorables, para la longitud:

179° 32' longitud este.

De modo que desde que Standard Island fue presa de aquella locura giratoria, las corrientes la han arrastrado unas mil millas al sudeste.

Estudiado el mapa, he aquí lo que resulta.

Las islas más próximas —cien millas a lo menos— constituyen el grupo de las Kermadec, rocas estériles, casi inhabitadas, sin recursos, y, además, ¿cómo llegar a ellas? A trescientas millas al sur se extiende Nueva Zelanda, y ¿cómo ir a ella, si las corrientes lo impiden? Al oeste, a mil quinientas millas, está Australia. Al éste, a algunos millares de millas, América meridional a la altura de Chile. Más allá de Nueva Zelanda el océano Glacial con el desierto antártico. ¿Irá, pues, Standard Island a chocar en las tierras del polo...? ¿Es allí donde los navegantes encontrarán un día los restos de toda una población muerta de miseria y de hambre...?

El comodoro Simcoe va a estudiar con el mayor cuidado las corrientes de aquellos mares. ¿Pero qué sucederá, si no se modifican, si no encuentra corrientes contrarias, si se desencadena una de esas formidables tempestades tan frecuentes en las regiones circumpolares...?

Estas noticias son muy a propósito para provocar el espanto. Crece la indignación contra los autores del daño, aquellos malditos nababs de Milliard City que son responsables de la situación. Precisas son toda la influencia del rey de Malecarlia, toda la energía del comodoro Simcoe y del coronel Stewart, toda la abnegación de los oficiales, toda su autoridad sobre los marineros y los soldados de la milicia para impedir un levantamiento.

El día se pasa sin cambio alguno. Todos han tenido que someterse al racionamiento en lo que concierne a la alimentación, limitándose a lo estrictamente preciso, tanto los de mayor fortuna como los que poseen menos.

Entre tanto, el servicio de vigías se establece con una extrema

atención, y el horizonte es vigilado severamente. Si aparece un navío se le harán señales, y tal vez sea posible establecer las comunicaciones interrumpidas. Desgraciadamente, la Isla de Hélice ha derivado fuera de las rutas marítimas, y son pocos los barcos que atraviesan aquellos parajes vecinos del océano Antártico. ¡Y allá abajo, en el sur, ante las imaginaciones enloquecidas, se yergue el espectro del polo, alumbrado por las luces volcánicas del Erebo y del Terror!

En la noche del 3 al 4 de abril efectúase una feliz circunstancia. El viento del norte, tan violento desde algunos días, cae repentinamente. Sucede la calma, y la brisa pasa bruscamente al sudeste por uno de esos caprichos atmosféricos tan frecuentes en las épocas del equinoccio.

El comodoro Simcoe recobra alguna esperanza. Basta que Standard Island sea arrojada unas cien millas hacia el oeste para que la contracorriente la aproxime a Australia o a Nueva Zelanda. En todo caso, su marcha hacia el mar polar parece ser detenida, y es muy posible el encuentro con navíos en las proximidades de las tierras de Australasia.

Al amanecer, la brisa del sudeste es ya muy fresca. Standard Island siente su influencia de una manera muy viva. Sus altos monumentos, el observatorio, el Ayuntamiento, el templo, la catedral hacen el oficio de velas de aquel enorme barco de cuatrocientos treinta y dos millones de toneladas.

Aunque el cielo está manchado por rápidas nubes, como el disco solar aparece por intervalos, sin duda será posible obtener una buena observación.

En efecto, después de dos intentos se puede practicar, y los cálculos dicen que, desde la víspera, Standard Island ha remontado dos grados hacia el noroeste.

Difícil es admitir que la Isla de Hélice no haya obedecido más que al viento. Hay que pensar, pues, que ha entrado en uno de esos remolinos que separan las grandes corrientes del Pacífico. Que tenga la buena suerte de encontrar la que lleva hacia el noroeste, y sus probabilidades de salvación serán serias. Pero ¡por Dios! Que esto no tarde, pues ha sido preciso acortar las raciones. Las reservas disminuyen en presencia de diez mil habitantes a quienes alimentar.

Cuando la última observación astronómica es comunicada a los

dos puertos y a la ciudad, se tranquilizan algo los espíritus. Sábese con qué rapidez una multitud puede pasar de un sentimiento a otro, de la desesperación a la esperanza. Esto es lo que sucede. Aquella población, muy diferente a la de las masas miserables de las grandes ciudades de los continentes, debía ser, y lo era, menos propensa a la locura, más reflexiva, más paciente... Verdad que ante la amenaza del hambre, ¿no puede temerse todo...?

Durante la mañana el viento indica una tendencia a refrescar. El barómetro baja lentamente. El mar se levanta en largas y poderosas olas, prueba de que ha debido experimentar grandes turbaciones en el sudeste. Standard Island, impasible en otra época, no soporta ya, como de costumbre, aquellas enormes desnivelaciones. Algunas casas oscilan de un modo amenazador y los objetos cambian de sitio. Los efectos son semejantes a los que produce un temblor de tierra. Este fenómeno, nuevo para los *milliardais*, produce vivísima inquietud.

El comodoro Simcoe y su personal permanecen en el observatorio, donde se han concentrado todos los servicios. Las sacudidas del edificio no dejan de preocuparles, y reconocen la extrema gravedad del caso.

—Es evidente —dice el comodoro— que Standard Island ha sufrido en sus fondos... Sus compartimientos se han separado... Su cubierta no ofrece la rigidez que la hacía tan sólida...

—Y Dios quiera —añade el rey de Malecarlia— que no tenga que sufrir alguna violenta tempestad, pues no ofrecería una resistencia suficiente.

Sí... Y ahora la población no tiene ya confianza en aquel suelo artificial... Conoce que puede faltarle el apoyo. ¡Preferible era cien veces aquella eventualidad de chocar contra las rocas de las tierras antárticas! Temer, a cada momento, que Standard Island se cuarte y se hunda en medio de aquellos abismos del Pacífico, cuya profundidad no ha alcanzado aún la sonda, es cosa capaz de hacer que desfallezcan los más fuertes corazones.

Imposible dudar que nuevas averías se han producido en ciertos compartimientos. Algunos tabiques han cedido, las separaciones han hecho saltar los remaches de los palastros. En el parque a lo largo del Serpentina, en la superficie de las calles excéntricas de la ciudad, se ven señales ciertas que indican la dislocación del suelo.

Ya varios edificios se inclinan. No hay que pensar en cegar las vías de agua. Es cosa segura que el mar se ha introducido en diversas partes del subsuelo, puesto que la línea de flotación se ha modificado. En casi toda la periferia de los dos puertos, lo mismo que en las baterías del espolón y de popa, aquella línea se ha hundido un pie, y si su nivel baja todavía, las olas invadirán el litoral. En tal caso el hundimiento de Standard Island no sería más que cuestión de algunas horas.

El comodoro Simcoe pretende ocultar esta situación, pues es de naturaleza para determinar el más horrible pánico. ¡Y a qué excesos no se entregarían los habitantes contra los responsables de tales males! No pueden buscar su salvación en la huida, como hacen los pasajeros de un navío, arrojar a las embarcaciones, construir una balsa en la que se refugia una tripulación, con la esperanza de ser recogida en el mar... ¡No! Esa balsa es la propia Standard Island, próxima a sumergirse.

De hora en hora, durante aquel día, el comodoro Simcoe hace notar los cambios que experimenta la línea de flotación. El nivel de Standard Island no cesa de bajar, pues la filtración continúa a través de los departamentos, lenta, pero incesante e irresistible.

El tiempo, además, toma mal aspecto. El cielo adquiere tonos rojizos y de cobre. El barómetro acentúa su movimiento de descenso. La atmósfera presenta todas las apariencias de una tempestad próxima. Tras los vapores acumulados, el horizonte está tan limitado que parece circunscribirse al litoral de Standard Island.

A la caída de la tarde se desencadena el viento. Bajo la violencia de las olas crujen las casas, los palastros se desgarran. Por todas partes se oyen chirridos metálicos. Las avenidas de la ciudad, los céspedes del parque amenazan entreabrirse... Como la noche se aproxima, Milliard City es abandonada por el campo, que, menos cargado de pesadas construcciones, ofrece más seguridad. La población entera se reparte entre los dos puertos y las baterías del espolón y de popa.

A las nueve, un estremecimiento sacude Standard Island hasta en sus cimientos. La fábrica de Tribord Harbour, que suministraba la luz eléctrica, acaba de hundirse en los abismos. La oscuridad es tan profunda que no deja ver ni cielo ni mar.

Bien pronto, nuevos temblores del suelo anuncian que las casas

comienzan a caer como los castillos de naipes. Antes de algunas horas, ¡no quedará nada más que el tablero de Standard Island!

—Señores —dice el comodoro Simcoe—, no podemos permanecer más tiempo en el observatorio, que amenaza ruina. Vayamos al campo, donde esperaremos el fin de la tempestad...

—Esto es un ciclón —responde el rey de Malecarlia, que muestra el barómetro a 713 milímetros.

En efecto, la Isla de Hélice es presa de uno de esos ciclones que obran como poderosos condensadores. Esas tempestades, constituidas por una masa de agua que gira en torno de un eje casi vertical, se propagan de oeste a este, pasando el sur por el hemisferio meridional.



Un ciclón es por excelencia el meteoro fecundo en desastres, y, para evitarlo, preciso sería llegar a su centro en relativa calma, o, por lo menos, a la parte derecha de la trayectoria fuera de la fuerza de las olas. Pero sin motores, tal maniobra es imposible. Esta vez no es la tontería humana ni la terquedad imbécil de sus jefes lo que arrastra a Standard Island. Es un formidable meteoro que va a acabar de destruirla.

El rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe, el coronel Stewart, Sébastien Zorn y sus compañeros, los astrónomos y los oficiales abandonan el observatorio donde no están seguros. ¡Ya era hora! Apenas han dado doscientos pasos, la torre cae con horrible estrépito, agujerea el suelo del *square* y desaparece en el abismo.

Un instante después, el edificio entero no es más que un montón de ruinas.

Entre tanto, el cuarteto tiene el pensamiento de subir por la Primera Avenida y correr al casino, donde se encuentran sus instrumentos, para salvarlos si es posible. Aún está el casino en pie; consiguen llegar a él, suben a sus habitaciones y se llevan los dos violines, la viola y el violonchelo al parque, donde van en busca de refugio.

Allí están reunidos varios millares de personas de las dos secciones. También se encuentran las familias Tankerdon y Coverley, y tal vez es una fortuna para ellos que, por efecto de la oscuridad, no puedan ser vistos.

Walter ha tenido la suerte de reunirse con miss Dy. Él procurará salvarla en el momento de la suprema catástrofe... Intentará agarrarse con ella a algún resto del naufragio...

La joven ha adivinado que está a su lado y deja escapar este grito.

—¡Walter...!

—Dy... querida Dy... Aquí estoy. No la abandonaré a usted más...

Nuestros parisienses no han querido separarse... Frascolin no ha perdido su sangre fría. Yvernés está muy nervioso. Pinchinat tiene la resignación irónica. Sébastien Zorn repite a Athanase Dorémus, que al fin se ha decidido a unirse con sus compatriotas:

—¡Ya había yo predicho que esto acabaría mal...! ¡Ya lo había predicho!

—¡Basta de trémolos en menor, viejo Isaías! —le grita *Su Alteza*.

A medianoche la violencia del ciclón redobla. Los vientos que convergen levantan olas monstruosas, precipitándolas contra Standard Island.

¿Dónde la arrastrará esta lucha de los elementos...? ¿Irá a chocar contra algún escollo...? ¿Se hará pedazos en pleno océano...?



Al presente, su casco está agujereado en mil sitios. Los monumentos, Saint Mary Church, el templo, el Ayuntamiento se hunden a través de estas cancheras abiertas por las que el agua del mar brota hasta grandes alturas. Sus magníficos edificios han caído sin dejar vestigios. ¡Cuántas riquezas, cuántos tesoros, cuadros, estatuas y objetos de arte perdidos para siempre! ¡La población no volverá a ver nunca, al nacer el día, aquella soberbia Milliard City, en el supuesto de que luzca el día para ella!

Ya, en efecto, sobre el parque, sobre el campo, donde el subsuelo ha resistido, empieza a extenderse el agua. La línea de flotación ha descendido de nuevo. El nivel de la Isla de Hélice ha llegado al nivel del mar, y el ciclón lanza sobre ella furiosas olas.

No hay refugio en parte alguna. La batería del espolón, que está al viento, no ofrece abrigo ni contra las olas ni contra el huracán. La dislocación, por así decirlo, de Standard Island se propaga con un estrépito que dominaría los más violentos cañonazos... La catástrofe suprema está próxima...

A las tres de la mañana el parque se corta en una extensión de dos kilómetros, siguiendo el cauce del Serpentina, y por la cortadura salta el agua del mar. Preciso es huir, y la población se dispersa por el campo. Los unos corren hacia los puertos, los otros hacia las baterías. Las familias se separan; algunas madres buscan en vano a sus hijos, mientras las furiosas olas barren la superficie de Standard Island como una marea gigantesca.

Walter Tankerdon, que no ha abandonado a miss Dy, quiere arrastrarla a la parte de Tribord Harbour. Ella no tiene fuerzas para seguirle. Él la levanta casi inanimada, y entre sus brazos la lleva a través de los gritos de espanto de la multitud, en medio de aquella horrible oscuridad...

A las cinco de la mañana, un nuevo desgarramiento metálico se deja oír en dirección este.

Un trozo de una media milla cuadrada acaba de separarse de Standard Island...

Es Tribord Harbour con sus fábricas, sus máquinas, sus tiendas que van a la deriva...

Bajo los golpes redoblados del ciclón, en el *summum* de su violencia, entonces Standard Island es impulsada a uno y otro lado como un naufrago... Su casco acaba de romperse... Los

compartimientos se separan, y algunos desaparecen en la profundidad del océano.

—¡Después del estallido de la compañía, el de la Isla de Hélice!
—exclama Pinchinat.

Y esta frase resume la situación.

Al presente, de la maravillosa Standard Island no quedan más que pedazos dispersos, semejantes a los fragmentos esporádicos de un cometa estrellado, que flotan no en el espacio, sino en la superficie del inmenso Pacífico.

CAPÍTULO XIV

DESENLACE



e aquí lo que, al salir el sol, hubiera visto un observador que dominara aquellos parajes en un centenar de pies: tres fragmentos de Standard Island, que miden de dos a tres hectáreas cada uno, flotan sobre estos parajes, una docena de menor tamaño sobrenadan a la distancia de unos diez cables unos de otros.

El decrecimiento del ciclón ha comenzado a las primeras luces del día. Con la rapidez especial de esas grandes turbaciones atmosféricas, su centro ha cambiado de sitio, en unas treinta millas hacia el este. Sin embargo, el mar, tan violentamente sacudido, está siempre monstruoso, y aquellos restos grandes y chicos ruedan como navíos sobre un océano enfurecido.

La parte de Standard Island que ha sufrido más es la que servía de base a Milliard City. Se ha hundido totalmente bajo el peso de sus edificios. En vano se buscaría algún vestigio de los monumentos y hoteles que bordeaban las principales avenidas de las dos secciones. ¡Nunca la separación de los *babordais* y *tribordais* ha sido más completa, y nunca la soñaron ellos así, seguramente!

¿Ha sido considerable el número de las víctimas...? Motivos hay para temerlo, por más que la población se haya refugiado a tiempo en el campo, donde el suelo ofrece más resistencia.

Y bien, ¡ya pueden estar satisfechos esos Coverley y esos

Tankerdon, de los resultados de su culpable rivalidad...! ¡No gobernará ninguno de ellos con exclusión del otro...! ¡Ya se ha hundido Milliard City, y con ella el enorme precio que les costó...! ¡Pero no hay que condolerse por su suerte! ¡Les quedan todavía bastantes millones en las arcas de los bancos americanos y europeos, para que tengan asegurado en su vejez el sustento de cada día!

El mayor fragmento comprende aquella parte del campo que se extendía entre el observatorio y la batería del espolón. Su superficie mide unas tres hectáreas, sobre las que los náufragos —¿por qué no darles este nombre?— están agrupados en número de tres mil.

El segundo trozo, un poco menor, ha conservado algunos edificios vecinos de Babord Harbour, el puerto con varias tiendas de provisiones y una de las cisternas de agua dulce. En cuanto a la fábrica de energía eléctrica, a los edificios que encerraban la maquinaria, han desaparecido en la explosión de las calderas. Este segundo fragmento sirve de refugio a dos mil habitantes. Tal vez podrán comunicarse con el primer fragmento, si no han perecido todas las embarcaciones de Babord Harbour.

En lo que concierne a Tribord Harbour, no se habrá olvidado que esta parte de Standard Island ha sido violentamente separada a las tres de la madrugada. Sin duda se ha hundido, pues las miradas no lo ven ni a lo más lejos que pueden alcanzar.

Con los dos primeros fragmentos sobrenada un tercero, de una superficie de cuatro a cinco hectáreas, comprendiendo aquella porción del campo que confinaba con la batería de popa, y sobre la que se encuentran unos cuatro mil náufragos.

En fin, una docena de pedazos, que miden algunos centenares de metros cuadrados, dan asilo al resto de la población salvada del desastre.

¡He aquí todo lo que resta de la que fue la *Joya del Pacífico*!

Conviene, pues, evaluar en varios centenares las víctimas de la catástrofe. ¡Y dense gracias al cielo de que Standard Island no haya sido devorada por completo por las aguas del Pacífico!

Pero, estando tan lejos de toda tierra, ¿cómo podrán aquellas fracciones tocar a algún litoral del Pacífico...? ¿Aquellos náufragos no están destinados a morir de hambre...? ¿Sobrevivirá un solo testigo de aquel siniestro sin precedente en la necrología

marítima...?

No es preciso desesperar. Aquellos pedazos llevan hombres enérgicos, y todo lo que sea posible hacer para la salvación común ellos lo harán.

En la parte vecina de la batería del espolón, están reunidos el comodoro Simcoe, el rey y la reina de Malecarlia, el personal del observatorio, el coronel Stewart, algunos de sus oficiales, cierto número de los notables de Milliard City, los miembros del clero, en suma, una parte importante de la población.

También se encuentran allí las familias Coverley y Tankerdon, abrumadas por la tremenda responsabilidad que pesa sobre sus jefes. ¿No están además heridas en sus más caras afecciones, puesto que Walter y miss Dy han desaparecido...? ¿Les ha recogido alguno de los otros fragmentos? ¿Pueden tener esperanza de volverles a ver...?

El cuarteto, con sus instrumentos, está completo. Para emplear una frase conocida, «sólo la muerte hubiera podido separarlos». Frascolin mira la situación con sangre fría y no ha perdido toda esperanza. Yvernés, que tiene la costumbre de considerar las cosas por su lado extraordinario, ha exclamado ante aquel desastre:

—¿Sería difícil imaginar un fin más grandioso!

Sébastien Zorn está fuera de sí. No puede consolarle haber sido buen profeta, prediciendo las desgracias de Standard Island, como Jeremías las de Sión. Tiene hambre, frío, está acatarrado, y es presa de violentos furores que se suceden sin intervalo. Pinchinat le dice:

—Vamos, viejo Zorn... Ese furor está mal... Es poco *armónico*.

El violonchelista estrangularía a *Su Alteza* si tuviera fuerzas para ello, pero no las tiene.

¿Y Calixtus Munbar? Pues bien, el superintendente está sublime... ¡sí!, sublime. No quiere desesperar ni de la salvación de los naufragos ni de la de Standard Island... Se volverá a la patria... Se reparará la Isla de Hélice... Los pedazos son buenos y no se dirá que los elementos han podido vencer en la lucha contra aquella obra maestra de la arquitectura naval.

Lo cierto es que el peligro no es inminente. Todo lo que debía hundirse durante el ciclón ha caído con Milliard City, sus monumentos, sus casas, las fábricas, las baterías, todo lo que tema un peso considerable. En el momento actual los restos están en

buenas condiciones, su línea de flotación ha subido y las olas no les bañan su superficie.



Hay, pues, un reposo serio, una aminoración en el peligro, y como la amenaza de un hundimiento inmediato está descartada, el estado de los náufragos es mejor. Renace algo de calma. Únicamente las mujeres y los niños, incapaces de razonar, no pueden dominar su espanto.

¿Qué ha sido de Athanase Dorémus...? Desde el principio del desastre el profesor de baile y de modales ha sido llevado con su anciana criada sobre uno de los restos. Pero una corriente le ha conducido hacia el fragmento donde se encontraban sus compatriotas.

Entre tanto, el comodoro Simcoe, como un capitán sobre un navío desamparado, ayudado de su personal, se ha puesto a trabajar. En primer lugar, ¿será posible reunir aquellos pedazos que flotan aislados? Y si no lo es, ¿podrá establecerse una comunicación con ellos? Esta última pregunta no tarda en ser contestada afirmativamente, pues en Babord Harbour hay varias embarcaciones intactas. Y enviándolas de un resto a otro, el comodoro sabrá los recursos de que se dispone, lo que resta de víveres y de agua dulce.

Pero ¿se está en condiciones de señalar la posición de aquella flotilla de náufragos en longitud y latitud...? ¡No! Faltan los aparatos para tomar la altura y no se puede determinar si dicha flotilla está en la proximidad de un continente o de una isla.

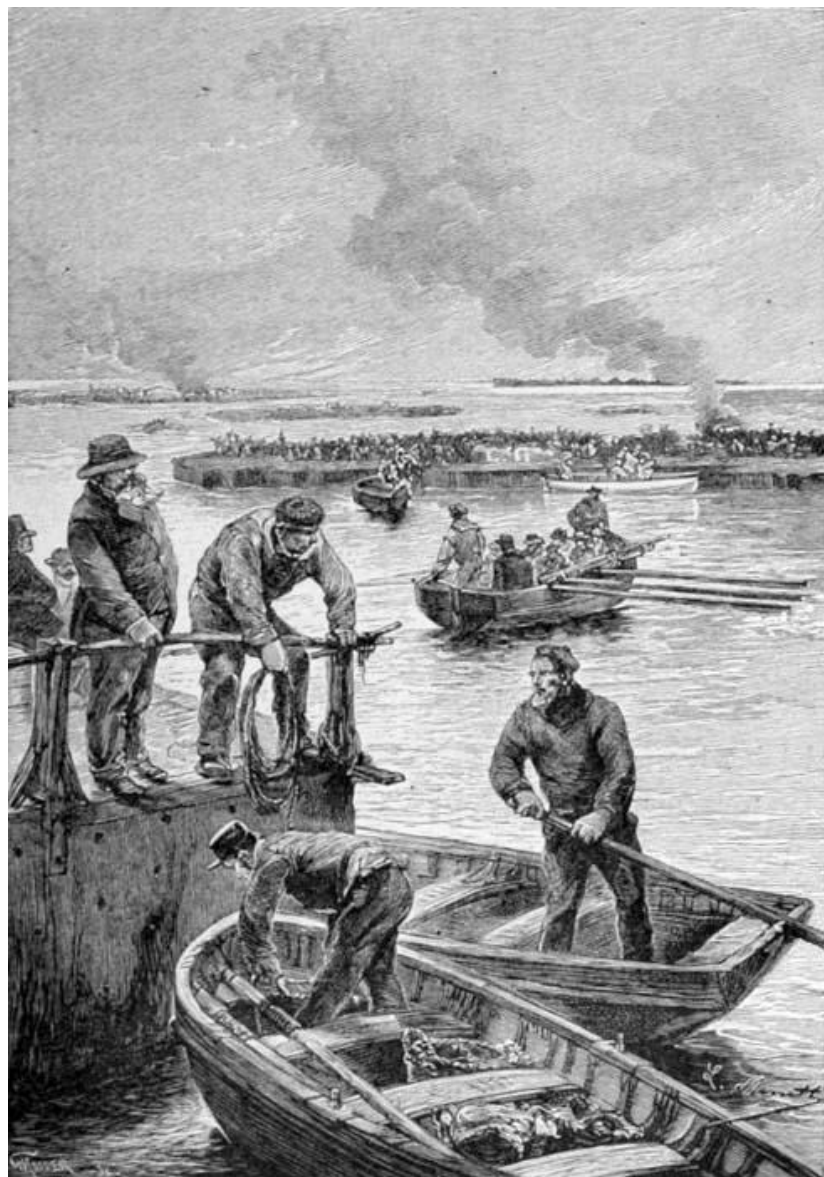
A las nueve de la mañana el comodoro Simcoe se embarca con dos de sus oficiales en una chalupa que acaba de enviar Babord Harbour. Esta embarcación le permite visitar los diversos fragmentos, y he aquí los resultados obtenidos en esta información.

Los aparatos destilatorios de Babord Harbour están destruidos, pero la cisterna contiene aún agua suficiente para quince días, si se reduce el consumo a lo estrictamente necesario. En cuanto a las reservas de los establecimientos del puerto, pueden asegurar la alimentación de los náufragos durante un lapso de tiempo casi igual al indicado.

Resulta, pues, que es preciso que en el término de dos semanas los náufragos hayan tocado tierra en cualquier punto del Pacífico.

Estas noticias son, hasta cierto punto, tranquilizadoras. Entre tanto, el comodoro Simcoe ha tenido que reconocer que aquella terrible noche ha causado algunos centenares de víctimas. El dolor

de las familias Tankerdon y Coverley es inexpresable. Ni Walter ni miss Dy han sido hallados sobre los restos visitados por la embarcación. En el momento de la catástrofe, el joven, llevando a su novia desmayada, se había dirigido hacia Tribord Harbour, y de esta parte de Standard Island no ha quedado nada en la superficie del Pacífico...



Por la tarde el viento decrece, el mar se tranquiliza y los fragmentos sienten apenas las ondulaciones de las olas. Gracias a los muchos viajes de las embarcaciones, el comodoro Simcoe se ocupa de proveer la alimentación de los náufragos, no dándoles más que lo preciso para que no mueran de hambre.

Por lo demás, las comunicaciones se hacen cada vez más fáciles y más rápidas. Los diversos trozos de la isla, obedeciendo a las leyes de la atracción, tienden a aproximarse unos a otros. ¿Cómo no ha de parecer esto de buen agüero al confiado Calixtus Munbar, que entrevé ya la reconstitución de su *Joya del Pacífico*...?

La noche transcurre en una oscuridad profunda. Ya está lejos el tiempo en que las avenidas de Milliard City, las calles de sus barrios comerciales, el parque, los campos y praderas resplandecían por la luz eléctrica, cuyas lunas de aluminio alumbraban profusamente la superficie de Standard Island.

En medio de estas tinieblas se producen algunos choques entre varios fragmentos; choques que no pueden ser evitados, pero que felizmente no son tan rudos para que produzcan serios contratiempos.

Al amanecer se nota que los restos de la isla se han aproximado mucho, y flotan unidos sin chocar sobre el mar tranquilo. Con algunos golpes de remo se pasa de unos a otros. El comodoro ha hecho fácilmente la distribución de víveres y de agua. Es la cuestión capital: los náufragos lo comprenden y se resignan a un parco racionamiento.

Las embarcaciones transportan a varias familias que van en busca de aquellos de los suyos que aún no han visto. ¡Qué alegría cuando se encuentran, sin cuidarse de los peligros que les amenazan! ¡Qué dolor en los que han buscado infructuosamente a los ausentes!

Sin duda, es una feliz circunstancia que el mar se haya calmado. Tal vez, sin embargo, es de lamentar que el viento no siga soplando del sudeste, pues hubiese ayudado a la corriente que, en aquella parte del Pacífico, lleva hacia las tierras australianas.

Por mandato del comodoro Simcoe colócanse vigías para que observen el horizonte en todo su perímetro. Si aparece algún navío se le harán señales. Pero rara vez pasa alguno por aquellos lejanos parajes, y menos aún en esta época del año en que se desencadenan

los temporales equinocciales.

Es, pues, muy débil la esperanza de ver el humo de algún vapor o la vela de algún barco cortando el horizonte... Sin embargo, a eso de las dos de la tarde, el comodoro Simcoe recibe la comunicación siguiente de uno de los vigías:

En dirección nordeste se ve un punto que se mueve, y aunque no se puede distinguir su casco, es seguro que un barco pasa a lo ancho de Standard Island.

Esta noticia produce una emoción extraordinaria. El rey de Malecarlia, el comodoro Simcoe, los ingenieros, los oficiales, todos se dirigen hacia aquella parte desde la que el barco ha sido visto. Se da orden de llamar la atención, bien izando pabellones, bien por detonaciones simultáneas de las armas de fuego de que se dispone. Si llega la noche antes de que hayan sido vistas esas señales, se encenderá una hoguera sobre el primer fragmento, y como durante la noche será visible a gran distancia, es imposible que el barco no acuda.

No hay necesidad de esperar hasta la noche. La masa en cuestión se aproxima visiblemente. Una gran humareda se desarrolla por encima, y no es dudoso que busca ir hacia los restos de Standard Island.

Los anteojos no la pierden de vista, por más que su casco se eleve poco sobre el mar y no posea velamen.

—Amigos míos —exclama el comodoro Simcoe—. ¡No me engañó...! Es un pedazo de nuestra isla... y no puede ser más que Tribord Harbour, que ha sido arrastrado por las corrientes... Sin duda míster Somwah ha podido hacer reparaciones en su máquina y se dirige hacia nosotros.

Demostraciones que tocan en la locura acogen esta noticia. ¡Parece que la salvación de todos está asegurada! ¡Es como una parte vital de la isla lo que vuelve con Tribord Harbour!

Las cosas han pasado, efectivamente, como las piensa el comodoro. Después del desgarramiento, Tribord Harbour, impulsado por una contracorriente, ha sido llevado hacia el nordeste. Llegado el día, míster Somwah, el oficial del puerto, después de haber hecho algunas reparaciones en la máquina, ha vuelto al lugar del siniestro, llevando varios centenares de sobrevivientes con él.

Tres horas después, Tribord Harbour no está más que a un cable de la flotilla... ¡Qué transporte de alegría, qué gritos de entusiasmo acogen su llegada! Walter Tankerdon y miss Dy Coverley, que habían podido encontrar refugio antes de la catástrofe, están allí...

Desde la llegada de Tribord Harbour con sus reservas de víveres y de agua, se entrevé alguna probabilidad de salvación. Sus establecimientos poseen una cantidad suficiente de combustible para mover sus máquinas, alimentar sus dínamos y accionar sus hélices durante algunos días. La fuerza de cinco millones de caballos de que dispone le permite ganar la tierra más cercana. Esta tierra es Nueva Zelanda, según las observaciones que han sido hechas por el oficial del puerto.

Pero la dificultad está en el modo en que aquellos millares de personas van a tomar pasaje en Tribord Harbour, cuya superficie no es más que de seis a siete kilómetros cuadrados. ¿Se verán obligados a esperar que les envíen socorro desde cincuenta millas de allí...?

¡No! Esta navegación exigiría mucho tiempo, y las horas están contadas. No hay un día que perder si se quiere preservar a los náufragos de los horrores del hambre.

—Hay otro medio —dice el rey de Malecarlia—. Los fragmentos de Tribord Harbour, de la batería del espolón y de la batería de popa pueden conducir a todos los sobrevivientes de Standard Island. Unamos estos fragmentos por medio de fuertes cadenas, y pongámoslos en fila, como en un remolcador. Después, Tribord Harbour a la cabeza, con su fuerza de cinco millones de caballos, nos conducirá a Nueva Zelanda.

La idea es excelente y práctica, y tiene probabilidades de producir buen resultado desde el momento en que Tribord Harbour dispone de una tan poderosa fuerza locomotriz. La confianza vuelve al corazón de todos.

El resto del día se emplea en los trabajos necesarios para la unión por medio de cadenas que suministran las tiendas de Tribord Harbour. El comodoro calcula en ocho o diez millas la distancia que se podrá recorrer por día. Así es que en cinco días, ayudados por la corriente, habrán franqueado las cincuenta millas que les separan de Nueva Zelanda. Se tiene la seguridad de que las provisiones alcanzan para estos días. No obstante, por prudencia, y en previsión de retrasos, el racionamiento será mantenido con todo rigor.

Terminados los preparativos, Tribord Harbour a la cabeza, empieza la marcha hacia las siete de la tarde. Bajo la propulsión de sus hélices, los otros dos fragmentos, puestos a remolque, andan lentamente sobre aquel mar en calma.

Al día siguiente, al alba, los vigías han perdido de vista los últimos restos de Standard Island.

Ningún incidente digno de ser relatado en los días 4, 5, 6, 7 y 8 de abril. El tiempo es favorable, el oleaje apenas se siente, y la navegación se efectúa en excelentes condiciones.

A las ocho de la mañana del 9 de abril se señala tierra a babor, una tierra alta que se ha podido ver a gran distancia.

Tomada la altura con los instrumentos conservados en Tribord Harbour, no hay duda alguna sobre la identidad de aquella tierra.

Es la punta de Ika-Na-Mawi, la gran isla septentrional de Nueva Zelanda.

Transcurren aún un día y una noche, y al siguiente, 10 de abril, por la mañana, Tribord Harbour se detiene a un cable del litoral de la bahía Ravaraki.

¡Qué satisfacción, qué seguridad experimenta toda aquella población al sentir bajo sus pies la verdadera tierra, en vez del suelo artificial de Standard Island! Y, sin embargo, ¡cuánto tiempo no hubiera durado aquel sólido aparato marítimo si las pasiones humanas, más fuertes que los vientos y el mar, no hubiesen trabajado para su destrucción!

Los náufragos son recibidos hospitalariamente por los neozelandeses, que se apresuran a suministrarles todo aquello de que tienen necesidad.

A la llegada a Auckland, la capital de Ika-Na-Mawi, el matrimonio de Walter Tankerdon y de miss Dy Coverley se celebra con toda la pompa propia de las circunstancias. El *Cuarteto concertante* se hace oír por última vez en aquella ceremonia a la que han asistido todos los *milliardais*. ¡Unión feliz y que en interés común debía haberse celebrado más pronto! Los pobres esposos no poseen más que un mísero millón de renta, cada uno...

—Pero —como dice Pinchinat— todo induce a creer que aún encontrarán la dicha en esta mediana situación de fortuna.

Los Tankerdon, los Coverley y otros notables, tienen el proyecto de volver a América, donde no tendrán que disputarse el gobierno

de ninguna Isla de Hélice.

La misma determinación han tomado Ethel Simcoe, el coronel Stewart y sus oficiales, el personal del observatorio y hasta el superintendente Calixtus Munbar, que no renuncia a su idea de fabricar una nueva isla artificial.

El rey y la reina de Malecarlia no ocultan su disgusto por la pérdida de aquella Standard Island, en la que pensaban terminar tranquilamente su existencia... Esperemos que encontrarán un rincón de tierra donde acabar sus últimos días al abrigo de las discusiones políticas.

¿Y el *Cuarteto concertante*?

El *Cuarteto concertante*, diga lo que quiera Zorn, no ha hecho un mal negocio, y pecaría de ingrato si acusara a Munbar por haberle embarcado sin su voluntad.

Desde el 25 de mayo del año anterior al 10 de abril del presente, han transcurrido poco más de once meses, durante los que nuestros artistas han vivido como se sabe. Han cobrado los cuatro trimestres, de los que tres están depositados en los bancos de San Francisco y de Nueva York, que les serán entregados mediante su firma cuando lo deseen...

Después de la ceremonia del matrimonio, Sébastien Zorn, Yvernés, Frascaolin y Pinchinat se han despedido de sus amigos, sin olvidar a Athanase Dorémus, y se han embarcado en un vapor con destino a San Diego.

Llegados el 3 de mayo a la capital de la Baja California, su primer cuidado ha sido excusarse, por medio de los periódicos, de haber faltado a su palabra, y expresar su vivo disgusto por haber hecho esperar once meses.

«¡Señores, les hubiéramos esperado a ustedes veinte años!».

Tal es la respuesta que reciben del amable director de las veladas musicales de San Diego.

No se puede ser más cortés. La mejor manera de corresponder a tales atenciones es dar el concierto anunciado desde tanto tiempo.

Y, ante un público tan numeroso como entusiasta, el *Cuarteto en fa mayor* del op. 9 de Mozart, vale a aquellos virtuosos escapados del naufragio de Standard Island, uno de los triunfos mayores de su carrera.

He aquí cómo termina la historia de aquella novena maravilla

del mundo, de la incomparable *Joya del Pacífico*. Lo bueno acaba bien, y mal lo malo, se dice, ¿y no es éste el caso de Standard Island...?

—¡Acabada, no! —Un día u otro será reconstruida, según pretende Munbar.

Y, sin embargo, crear una isla artificial, una isla que se mueve en la superficie de los mares, ¿no es traspasar los límites asignados al genio humano, y no está prohibido al hombre, que no dispone ni de los vientos ni de las olas, usurpar tan temerariamente su obra al Creador...?

Notas volumen I

[1] Palabra inventada por Rabelais, en tono burlesco, para decir que una persona se vuelve loca a fuerza de cavilar, estudiar o escribir una cosa que debe dar un resultado insignificante. (*N. del T.*). < <

[2] La muralla fortificada de París mide treinta y nueve kilómetros
(*N. del A.*). < <

[3] Buques menores de guerra. *(N. del T.)*. < <

[4] Género de plantas esterculiáceas. (*N. del T.*). < <

[5] La comparación sólo puede aplicarse en francés, donde el sueño es *rêve*. (*N. del T.*). < <

[6] Nombre inglés de una fécula extraída de la raíz del *Maranta indica*: el arrumiz; planta de las Indias Orientales. (*N. del T.*). < <

Notas volumen II

[1] Género de plantas dicotiledóneas terebintáceas. (*N. del T.*). < <

[2] Género de plantas gesneriáceas. (*N. del T.*). < <

[3] Nombre vulgar de un árbol americano del género de los laureles. Con sus frutos se prepara un manjar agradable y se los cree antidisentéricos. (*N. del T.*). < <

[4] Treinta millones de francos. (*N. del A.*). < <

[5] Nombre de las piedras que pueden dividirse en láminas o planchuelas como sucede con la pizarra y otras. (*N. del T.*). < <

[6] Género de reptiles ofidinos heterodermos que contiene dos especies igualmente dañosas. (*N. del T.*). < <

[7] Estos datos están tomados de los mapas franceses, cuyo meridiano cero pasa por París, meridiano generalmente adoptado en aquella época. (*N. del A.*). < <

[8] Esta aroidea se utiliza mucho en la alimentación de los naturales del Pacífico. (*N. del A.*). < <

[9] Vulgarmente azafrán de Indias. (*N. del T.*). < <

[10] Industria que utiliza la nuez del coco, que después se seca, ya al sol, ya al fuego, forma esa pulpa conocida con el nombre de copra, que entra en la composición de los jabones de Marsella. (*N. del A.*).

< <